Col. 522
Top. 201.551

SUR

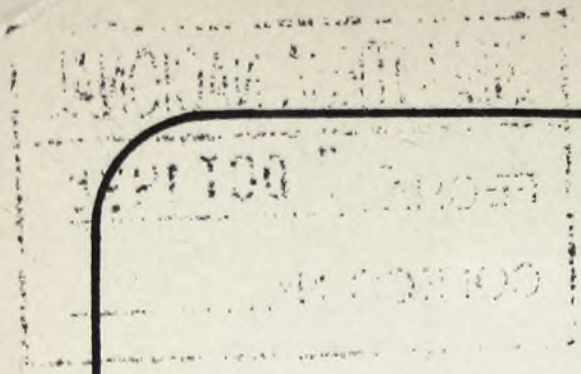
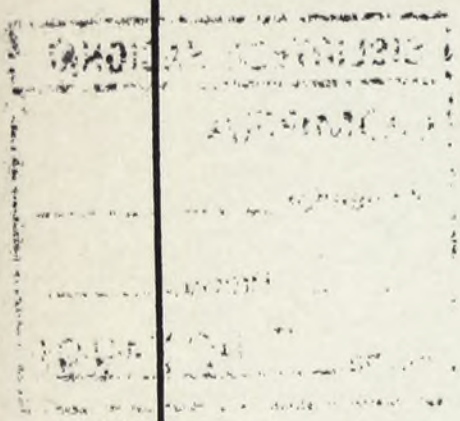
REVISTA SEMESTRAL

EDUARDO MALLEA

HOMENAJE

354

ENERO - JUNIO 1984
BUENOS AIRES

SUR

FUNDADA EN 1931
POR
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración
BULNES 1730
1425 Capital Federal
Tel.: 84-6209

Comité de Colaboración

Mildred Adams
Adolfo Bioy Casares
Alberto Luis Bixio
Jorge Luis Borges
Adolfo de Obieta
Alberto Girri
Silvina Ocampo
Soledad Ortega
Enrique Pezzoni
Ernesto Sábato

S1CJ.15.1.2 58

H0008135

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor ALBERTO PRIETO
CASORES Precio $12.000
Fecha - 7 OCT 1998

SUR

Librería ESPAÑOLA
FLORIDA 943 BUENOS AIRES

354

ENERO - JUNIO

1984

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD DEL ZULIA
MARACAIBO - VENEZUELA

LIBRERIA — PAPELERIA

SARMIENTO

Novedades literarias
Papelería comercial y escolar
Impresiones — Fotocopias
Encuadernaciones

Envíos al Interior y Exterior

CREDITOS

LIBERTAD 1214/20 Tel.: 41-4792/9500 44-3097
BUENOS AIRES

Librería ESPAÑOLA

FLORIDA 943 1005-BUENOS AIRES
Tel. 312-3214 312-5850

FUNDACION SUR

En cumplimiento de sus propósitos brinda una nueva edición de la obra de

VICTORIA OCAMPO

TESTIMONIOS
Segunda serie
1937-1940

VENTAS

SUR S. A. Bulnes 1730
Tel.: 84-6209

MASSUH SA

CELULOSA Y PAPEL

25 DE MAYO 195 - 4° PISO — CAPITAL
TEL. 30-4343 - 0964 - 5946 - 7669 - 2221



PLUS ULTRA

Una Editorial Argentina al servicio de la cultura Iberoamericana.

★

Libros de texto y lectura primarios y secundarios, historia, derecho, literatura, didáctica, diccionarios, ciencia y técnicas, economía, sociología, psicología, arte, etcétera.

VIAMONTE 1755

44-6605/6694/6788 1055 Buenos Aires

LIBRERIA GENERAL DE TOMÁS PARDO S.R.L.

(Casa fundada en el año 1914)

Abarcamos todas las ramas del saber

Unica Dirección:

MAIPU 618 Tel.: 392-0496 BUENOS AIRES

GALERIA DEL RETIRO

FLORIDA 943 1005-BUENOS AIRES

Tel. 312-5850 312-3214

OBRAS DE VICTORIA OCAMPO

De Francesca a Beatrice (con un epílogo de Ortega y Gasset). **Revista de** Occidente, Madrid, 1924. Sur, Buenos Aires, 1963.

La laguna de los nenúfares (fábula escénica). Revista de Occidente, **Madrid**, 1926.

La laguna de los nenúfares (fábula escénica). 2da. ed. Fundación Sur, Buenos Aires, 1982

Testimonios, I serie, Revista de Occidente, Madrid, 1935.

Testimonios, I serie. 2da. ed. Fundación Sur, Buenos Aires, 1982

Domingos en Hyde Park, Sur, Buenos Aires, 1936.

Testimonios, II serie, Sur, Buenos Aires, 1941.

San Isidro (con un poema de Silvina Ocampo y 68 fotografías de Gustav Torlichen. Sur, Buenos Aires, 1941.

338.171 T.E. Sur, Buenos Aires, 1942. Sur, Buenos Aires, 1963.

Testimonios, III serie, Sudamericana, Buenos Aires, 1946.

Soledad sonora (Testimonios, IV serie), Sudamericana, Buenos Aires, 1950

El viajero y una de sus sombras (Keyserling en mis memorias), Sudamericana, Buenos Aires, 1951.

Lawrence de Arabia y otros ensayos, Aguilar, Madrid, 1951.

Virginia Woolf en su diario, Sur, Buenos Aires, 1954.

Testimonios, V serie (1950-1957), Sur, Buenos Aires, 1957.

Habla el Algarrobo (Luz y sonido), Sur, Buenos Aires, 1960.

Libro de cumpleaños (R. Tagore). Selección y traducción de... Sur, Buenos Aires, 1961.

Tagore en las barrancas de San Isidro, Sur, Buenos Aires, 1961.

Testimonios, VI serie (1957-1962), Sur, Buenos Aires, 1962.

Juan Sebastián Bach. El hombre, Sur, Agosto 1964.

La Bella y sus enamorados, Sur, Septiembre 1964.

Testimonios, VII serie (1962-1967), Sur, Buenos Aires, 1967.

Diálogo con Borges. Sur, Buenos Aires, 1969.

Diálogo con Mallea. Sur, Buenos Aires, 1969.

Testimonios, VIII serie (1968-1970). Sur, Buenos Aires, 1971.

Roger Caillois y la Cruz del Sur en la Academia Francesa, Sur, Buenos Aires, 1972.

Testimonios, IX serie (1971-1974,. Sur, Buenos Aires, 1975.

Testimonios, X serie (1975-1977), Sur. Buenos Aires, 1977, 2da. ed. 1978.

AUTOBIOGRAFIA I. El Archipiélago, Ed. Revista Sur, Buenos Aires, 1ra. ed. 1979, 2da. ed. 1980, 3ra ed. 1981.

AUTOBIOGRAFIA II. El Imperio Insular. Ed. Revista Sur, Buenos Aires, 1980.
AUTOBIOGRAFIA III. La rama de Salzburgo. Ed. Revista Sur, Buenos Aires, 1981.
AUTOBIOGRAFIA IV: Viraje, Ed. Revista Sur, Buenos Aires, 1982

EN FRANCÉS

De Francesca à Béatrice. Editions Bossard, París, 1926.
Le Vert Paradis. Lettres Françaises, Buenos Aires, 1947.
338.171 T.E. (Lawrence d'Arabie), N.R.F., Gallimard, París, 1947.

EN INGLÉS

338.171 T.E. (Lawrence of Arabia) Traducción de David Garnet. Gollancz, Londres, 1963

TRADUCCIONES

Albert Camus: Calígula. Marzo Abril 1946, "Sur", Buenos Aires, **Nos**. 137-138.
Colete y Anita Loos: Gigi. Sur, Buenos Aires, 1946.
Dostoievsky-Camus: Los poseídos. Losada, Buenos Aires, 1960.
William Faulkner-Albert Camus: Requiem para una reclusa. Sur, Buenos Aires, 1957.
Graham Greene: El cuarto en que se vive, Sur, Buenos Aires, 1953.
Graham Greene: El que pierde gana, Sur, Buenos Aires, 1957.
Graham Grenne: La casilla de las macetas. Sur, Buenos Aires, 1957.
Graham Grenne: El amante complaciente. Sur, Buenos Aires, 1959.
Lanza del Vasto: Vinoba (en colaboración con Enrique Pezzoni). Sur, Buenos Aires, 1955.
T.E. Lawrence: El troquel. Sur, Buenos Aires, 1955.
Dylan Thomas: Bajo el bosque de leche (con la colaboración de Félix della Páolera), Sur, Buenos Aires, 1959.
Graham Greene: Tallando una estatua. Sur, Buenos Aires, 1965.
Jawaharlal Nehru: Antología (Selecicón y Prefacio de Victoria Ocampo), Sur, Buenos Aires, 1966.
John Osborne: Recordando con ira. Sur, Buenos Aires, 1958.
Mahatma Gandhi: Mi vida es mi mensaje. Sur, Buenos Aires, 1970.
Graham Greene: La vuelta de A. J. Raffles. Sur, Buenos Aires, 1976.
Paul Claudel: Oda Jubilar, Sur, Buenos Aires, 1979.

AL LECTOR

Eduardo Mallea fue un hombre de Sur. *Desde el principio. Desde la fundación de la revista.*

En la "Carta a Waldo Frank" con que se inicia el número 1 (verano 1931), Victoria Ocampo le dice al escritor estadounidense: "Usted, Waldo, me ha impuesto una tarea (fundar y dirigir la revista). Finalmente vencida, la he aceptado de usted como un don precioso. He creído poder aceptarla debido a los amigos que están en torno de mí y en quienes tengo confianza. Gracias a su ayuda todo se hace posible.

"Esta revista no será mi revista sino porque es la revista de ellos y la revista de usted. Ella será el lugar constante de nuestro encuentro."

Y Sur *fue la revista que Victoria Ocampo fundó, dirigió y llevó adelante con el apoyo de los amigos que la rodeaban, la ayudaban y con los cuales estaba tendido un puente de confianza y de fe. Entre esos amigos estuvo Mallea desde el verano de 1931. Y no participó sólo del quehacer de la revista —de la que se ocupó personal, activa y eficazmente desde la Redacción—, sino que aparecieron bajo el sello SUR —en este caso sello*

editorial también fundado por Victoria Ocampo— algunas de las primeras ediciones de obras suyas como: Nocturno europeo *(1935);* Conocimiento y expresión de la Argentina *(1935);* La ciudad junto al río inmóvil *(1936);* Historia de una pasión argentina *(1937);* La vida blanca *(1960) y* La guerra interior *(1963).*

Desde ese día de noviembre de 1982 en que Eduardo Mallea dejó de estar físicamente entre nosotros, pensamos en dedicarle un número de la revista que fue tan suya. Y también pensamos que el mejor homenaje a su memoria consistiría en conformar ese número recopilando las páginas que llevan su firma.

Así, este número de Sur *dedicado a Mallea, es Su número en Su revista.*

Buenos Aires, septiembre de 1984.

Sur agradece la valiosa y desinteresada colaboración de Jorge Cruz.

MALLEA EN UN TRIPTICO

I

Historia de una pasión argentina entrelaza autobiografía y doctrina. Las páginas propiamente autobiográficas muestran a un hombre joven (la obra aparece en 1937, cuando el escritor tiene 34 años), a un joven reconcentrado y preocupado, y evocan a un niño solitario en la casa austera de una ciudad asediada por los vientos. "Cuando me llamaban a correr, mi eficacia era mediocre: si urgidas iban mis piernas, otra urgencia era mayor, la carrera de mi asombro, mi reflexión, mi hurañez meditante", se lee en el primer capítulo. El niño que descubre el mundo en la naturaleza y en los libros anuncia al hombre que se conmueve frente a la realidad circundante y la acomete con armas apasionadamente reflexivas, resuelto a desentrañar su índole y, con intención positiva, dispuesto a poner a su reflexión las alas de la prédica y el diálogo. A ellos se abre el joven reconcentrado, encendido de pronto por las chispas de una meditación que impulsa a actuar. Y en ellos, propagados a otros libros, se empina una línea, el vigor de cuyo trazo irá más tarde declinando debido a oscuras circunstancias de la vida del país. No disminuirá la "pasión argentina" ni el ánimo de prédica, como lo demuestra la publicación de *La vida blanca* en 1960, pero el dálogo quedará sin interlocutor.

En la autobiografía intelectual de 1937, casi un "Bildungsroman" (tecnicismo aplicado a la novela educativa, que relata la formación de un personaje), Mallea, parco en fechas, apunta el año 1916 no sólo como el del traslado de la familia de Bahía Blanca a Buenos Aires sino también como el de la asunción presidencial de Hipólito Yrigoyen. "Los años que precedieron inmediatamente al 1916 fueron el digno y recio advenimiento a

la política de unos hombres que sentían la cosa pública bajo especie de actuante probidad". Se refería a la "ilustre Unión Cívica", devoción del padre, quien, fiel a sus principios, no quiso convertirse en radical. Se alejó Narciso Mallea de la política y el hijo no se sintió atraído por sus ambiguos vaivenes. En 1916, a los trece años, llega a la metrópoli y en ella asiste al nacimiento de la propia conciencia, nuevo y esencial nacimiento. El niño huraño se convierte en adolescente huraño, ansioso de conocimientos esenciales y profundos.

Mallea es ya "el hombre desnudo enfrentado con la tierra desnuda, el habitante natural frente a frente, a solas con su destino interior". A su alrededor advierte una realidad que lo rebela y de la cual no quiere participar. Lee, escribe, traba amistades en buscas desesperadas pero todavía sin clara orientación. Del mundo literario no le atraen las algazaras del grupo de muchachos herederos de las recientes vanguardias europeas. No lo divierten los juegos metafóricos de los ultraístas, no acompaña a los que pegan en los muros de las calles porteñas los ejemplares de una revista de avanzada ni acompaña a los martinfierristas. Sin embargo *Martín Fierro* celebra su cuento "Cynthia", publicado en la *Revista de América* en 1922. El es uno de los fundadores de esa publicación que coincide con su anhelo de tener un medio para darse a los demás. Los insurrectos del grupo —dice— "queríamos a toda costa levantar la bandera del examen crítico sobre viejos cánones de arte y traer a la pelea nuevos criterios, oposición, una sed y una fiebre nuevas, un fervor no manoseado". También ellos se sitúan a la vanguardia, pero con actitud más circunspecta. Benedetto Croce, Oswald Spengler, Jean Cocteau, Lautréamont, Apollinaire, Joyce, el superrealismo son nombres y temas de debate y entusiasmos.

En 1926 se publican los *Cuentos para una inglesa desesperada*, de prosa rauda y encendida. En 1941, en el prólogo escrito para la edición de Austral, lo califica de "librito", pero aclara, al mismo tiempo, que no le es indiferente su reaparición. "Lo concebí entre los veinte y los veintitrés años, cuando nuestra vida entra encandilada en el recinto del mundo, y está el volumen teñido de esa ingenua y poética sorpresa con que cada adolescencia reconoce en el más antiguo de los lenguajes, el lenguaje del universo, su porción personal de novedad". No es poca la porción de novedad que Mallea trae a las letras argenti-

nas con esos cuentos insólitos entonces por antitradicionales. Los límites de la especie narrativa caen en ellos ante el impulso de lo poético; historias, como dice en "Neel" "sin rumbo, sin asidero", historias finamente confesionales, finamente románticas.

Pero el autor persigue otra cosa, se empeña en otras sumersiones, y después de ese libro juvenil abrirá un paréntesis de silencio de casi una década. Es el período de afirmación de la "pasión argentina"; años no de libros sino de lecturas, conversaciones, descubrimientos, viajes, amistades, de páginas que anticipan la nueva actitud. Interviene en la organización de la revista *Sur*, aventura fascinante, y en 1931 se hace cargo de la dirección del Suplemento Literario de *La Nación*. El mundo intelectual se ensancha. Y tantas experiencias e indagaciones en lo profundo del hombre retemplan la pluma del escritor, nunca tan urgido a explicarse, sea en el ensayo, sea en la narración. Ese nuevo sesgo de sus preocupaciones se manifiestan en una serie de novelas cortas en las cuales trabaja desde 1931. Coinciden con los cuentos de 1926 sólo en el desapego a la intriga y ceden el primer lugar a los personajes y el ámbito en que estos cavilan y sufren. Son las nueve novelas cortas que la editorial SUR publica en 1936 en un volumen titulado *La ciudad junto al río inmóvil.* "Sumersión" había aparecido en 1931 en el segundo número de la revista recién fundada por Victoria Ocampo; "La angustia", al año siguiente aparece en dos números de la *Revista de Occidente*; y "Suerte de Jacobo Uber", denominada después "La causa de Jacobo Uber", perdida, en el número 9 de *Sur*. Historias de seres solitarios en ese "desierto populoso y edificado" que es Buenos Aires. La urgencia por manifestarse toma además la forma de una conferencia que leerá en Roma y en Milán en 1934; un mensaje del Nuevo al Viejo Mundo, al cual llega, o retorna, dice con devoción occidentalista, como el hijo Pródigo. "Y no es al azar que escojo la palabra retorno, porque, después de Dante, toda llegada a este suelo del hombre con vocación de poesía es un retorno a la fuente fundamental". Con el título de *Conocimiento y expresión de la Argentina*, SUR, la editorial, la publica en 1935 en un tomito de 57 páginas.

Allí se define como novelista, "mi oscuro aporte al concierto humano", y a él le corresponde la caracterización de escritor como la de "un hombre que renace perennemente de sus agonías por la palabra". Agonías, es decir luchas. Ese escritor es un

hombre rebelde; "precozmente lúcido y sin tregua veía crecer en sí una tiránica voracidad de conocimiento y expresión". El rebelde se aparta de los conformes y va en busca de sus hermanos, los que anhelan que América se exprese, pues el continente nuevo tiene una voz profunda que debe hacerse oír. "Desde el momento en que este testigo comienza a plantear su cisma con el mundo circundante hasta la hora en que se encuentra con otros grupos que llevan dentro igual fiebre, su historia es la de una pasión". Es la pasión del "hombre del 900", de los nacidos a comienzos de siglo (Mallea es de 1903).

Conocimiento y expresión de la Argentina se adelanta como el testimonio de esos hombres —pero sin demasiado orden ni estricto rigor—, en el tono exaltado que suelen blandir los manifiestos. En él se afirman una serie de oposiciones cortantes, comenzando por el hombre que se rebela frente al hombre que se conforma. De un lado está el europeo, que halla madurez; del otro, el argentino (o el americano, pues los términos equivalen), que halla agrura, dificultad. La oposición se extiende a un hemisferio físico y a un hemisferio moral. En el primero se enfrentan campo y ciudad; en el segundo, el ser arraigado y el ser del aire, o sea el habitante de los grandes centros industriales, representante de la prosperidad económica, contrapuesta a toda actividad en el orden espiritual. Según este juego de esquemas, el hombre de la ciudad, el que habla, no ha sido transplantado a la literatura (afirmación discutible); en tanto que el habitante del campo, refugiado en su silencio, sí ha tenido expresión artística. Además, el gaucho se opone al patricio. El primero está "dotado en menor grado de virtudes trascendentes"; el segundo (el hombre del período que abarca desde la emancipación hasta el advenimiento de Rosas) tiene una actitud esencialmente imaginativa y creadora. "El hombre nacido en el 900, que os describo —dice el joven Mallea—, se nutre de esta certidumbre; no ignora dónde están sus orígenes". Finalmente, la oposición de las dos Argentinas antagónicas, mejor definidas en Buenos Aires: "la una, visible; la otra, sensible; la Argentina que habla y la Argentina que vive, siente, se agita y piensa sumergida". Pero no obstante la sumersión, esa vida oculta, potencial, es un "imán de amor" para el hombre del 900 que padece "al no poder fundirse en la urbe con esa sustancia humana profunda". Tratar de conocerla para expresarla es su cometido fundamental. Al hom-

bre del 900 lo rodea una masa desarraigada de hombres adventicios; la ciudad, implacable, sólo le ofrece caos poblado de islas de desconocimiento. Contra él debe empeñar sus agonías.

El hombre del 900 se siente descorazonado frente al caos y la superficialidad; debe alejarse de las masas "cuya región moral es el aire", y esa distancia le revelará los escasos y dispersos grupos humanos donde la otra Argentina se forja. "La historia de estos hombres nuevos constituirá la historia del progreso de una conciencia". Y concluye: "Estos hombres nuevos constituyen hoy la Argentina que yo quiero. Su esfuerzo es también el mío. Junto a ellos sufro, trabajo y vivo". La "confesión", según la califica, tuvo auditorios extranjeros; el pequeño volumen de 1935 le dio más vastos y propios destinatarios. Aparte algunas oposiciones discutibles, el manifiesto, de tanta jerarquía espiritual, culmina en la opción por la Argentina profunda. Al cabo de años de reconcentrado silencio, Mallea señala cuál es el dominio en el cual nacerán sus obras, al mismo tiempo que da las claves para entenderlas y situarlas.

Así ocurre con *Nocturno europeo*, novela publicada también en 1935, eco obvio de su reciente experiencia del Viejo Mundo. "Esta es la historia —tan oscura, tan desordenada— de la hora de un hombre en esta hora del mundo". ¿Por qué oscura, por qué desordenada? Acaso porque se aparta del modo de narrar tradicional, acaso por la oscuridad y el desorden de un momento de la historia contemporánea. Es la primera novela de Mallea, y, como en los cuentos y las novelas cortas publicadas hasta entonces, prescinde de la trama. Pasan cosas, se describen otras, pero no se las entreteje ni se las dispone de tal modo que estimulen la sorpresa del lector; nada de las sabias astucias de la narración tradicional. Escrita en tercera persona, la obra impone sin embargo una primera persona en que Adrián, el protagonista, asume la actitud de "afligido observador". Es un yo permanente que absorbe la sustancia de cuanto la novela cuenta y describe. Después del punto final, cuando las andanzas de Adrián concluyen, la "Despedida del novelista" subraya la presencia del autor, tan parecido al protagonista. Caminando por la calle piensa en su manuscrito. "Era un Nocturno desagradable, abarrotado de confusión y de apuro. Eso era lo que yo había escrito. Tantos años de pulcritud laboriosa frente al papel, de lucha, de clarificación solicitada, perseguida —y ahora esto. Esa cosa desordenada y amarga escrita con tinta negra, al cabo de tantas tardes, al borde

del Sena". De nuevo la referencia a lo desordenado y lo oscuro declarado en la pequeña nota inicial, donde se advierte que los personajes de la novela no tienen que ver con personas reales y que los sitios podrían trocarse por otros. Pero a pesar de esos rasgos negativos de su manuscrito no se anima a romperlo. "Aquel manuscrito era yo mismo. El yo de un momento: hosco, impaciente, propenso al arrebato, desesperado". "No podía romper mi manuscrito. No quería corregir, tocar una palabra". "Había sido una confesión tortuosa pero estaba en paz con mi natural, con lo natural".

¿No identifican estas palabras de la "Despedida" a personaje y autor, no los confunden al tiempo que los separan en el plano de la ficción y en el plano de la realidad? ¿Y el autor que al final se manifiesta es el mismo Mallea o es un personaje más? Esto induciría a pensar la advertencia del comienzo: "Ningún carácter de los que figuran en este libro es retrato de persona actual alguna".

En cuanto al título: ¿por qué "nocturno", palabra de reminiscencias musicales y románticas? Quizá se refiera al carácter meditativo, lento y soñador de este tipo de composición, quizá señale la hora nocturna del mundo que el protagonista vive en Europa, primero en Francia, luego en Italia, una hora oscura, llena de malos presagios. Por ese continente va el "observador afligido", solitario, taciturno, entre "islas humanas", testigo de una agria realidad que le infunde desaliento: en manos de grandes ansiosos o grandes cínicos, los hombres del Viejo Mundo se transforman y cada hora trae vientos de disolución, de incertidumbre y de furia. El observador teme sobre todo los riesgos de la exacerbación nacionalista y prevé oscuridad y tormentas. No lo sustraen de su ensimismamiento los personajes que de pronto aparecen y de pronto se esfuman: la aparatosa Anne Julie Baër, la enigmática y atrayente Ira Dardington, el escritor Pierre Davalier, ni los intelectuales que polemizan en torno de la intolerancia, ni el pintor Hugo Osentierne. Ninguno de ellos satisface su necesidad de comunicación ni le procura el encuentro con protagonistas de su propia circunstancia, aspiración del hombre del 900 caracterizado en la conferencia de 1934. Lo conmueven, en cambio, un amanecer, una obra de arte o las voces varoniles en una minúscula iglesia, donde oye un coro de jóvenes sacerdotes. " ¡Hombres jóvenes y aptos, que entregaban a aquel acto de

fervor sacro, al perfecto ajustamiento de aquel "Credo", su seria y combativa vehemencia (. . .) Y fue la seguridad explícita de esa juventud, al ver su masculinidad arquitecturada en un gozo, lo que conmovió, en aquel sitio donde estaba de pie junto a otros extranjeros que escuchaban, junto a la puerta abierta al aire de afuera, el espíritu de Adrián".

Concluye la confesión del "hombre habituado al contacto con una humanidad [la americana] que no ha aprendido a articular confesiones, que no sabe decir todavía lo que es". Pertenece al continente que se encierra en su mutismo, que no acierta a articular su expresión, su verbo soterrado. Pero, desengañado de la experiencia europea, no lo abandona la esperanza, a pesar de la aflicción y el desconcierto, de "fructificar algún día —¡vaya a saber cómo! — en medio de una sociedad llamada a la aridez . . ." Mallea, hombre del 900, se ha propuesto semejante tarea y la ha emprendido ya en esas obras iniciales que fructificarán pronto en la busca cada vez más ahincada de la voz oculta.

II

La idea de las dos Argentinas tiene su más extensa enunciación en *Historia de una pasión argentina.* Mallea escribe con ardor el libro célebre, pensado junto al océano, en una casa amiga. No es un filósofo, un pensador metódico y sereno, sino un joven escritor vehemente, más poeta que sociólogo, encendido por reflexiones orientadas hacia la esperanza. Su optimismo, ni ciego ni fácil, se sustenta en la rica veta de un pasado lejano pero reconquistable. El "hombre con vocación de crear por la palabra", el "hombre de muchas dudas con vocación de escritor" revaloriza ese pasado mirando al futuro. La ejemplar riqueza pretérita es el "patriciado"; el futuro, acaso un sueño imposible. La historia, implacable, se ha ido alejando de la meta querida. Un cuarto de siglo después de las apasionadas meditaciones de aquel libro, Mallea vuelve en *La guerra interior* sobre la vieja distinción, no división —aclara— "entre país de profundidad y país de superficie", dos aspectos de un mismo objeto. Y en *La vida blanca*, listo en 1942 pero publicado sólo en 1960, insiste sobre el paradigma de una generación que tenía "una voluntad

general de desinterés orientada en un sentido constructor". La doble distinción recuerda, matiz más matiz menos, la que Galdós atribuye al personaje protagónico de *El amigo Manso* entre una patria apócrifa y una patria auténtica. "Era preciso echar por tierra este vano catafalco de pintado lienzo y abrir cimientos nuevos en las firmes entrañas del verdadero país, para que sobre ellos se asentara la construcción de un nuevo y sólido Estado". Pero no interesa aquí la originalidad de la idea, ni siquiera la exactitud de la concepción de la historia nacional que Mallea traza sino el papel que la Argentina visible y el país invisible tienen en la creación del escritor. Una y otro nos dan la clave de muchas de sus obras, de aquellas forjadas al fuego de la "pasión argentina" del autor. No hay escisión entre las ficciones y las meditaciones de Mallea. Las une ante todo un mismo lenguaje vehemente. Hay en las últimas una temperatura demasiado elevada para suponerlas obra exclusiva del cerebro y se aprecian más como soliloquios de personajes de la ficción que como lucubraciones de un pensamiento riguroso. Por eso dije que *Historia de una pasión argentina* podía leerse también como "novela educativa" y, por cierto, sin adecuarse a los moldes tradicionales de la especie narrativa, una novela-ensayo, en suma.

La distinción apuntada en la conferencia europea de 1934 reaparece en el Introito de *La ciudad junto al río inmóvil*, editada en 1936, y nos da la pauta para la interpretación de las nueve novelas cortas que integran ese libro, "¿Por qué, por qué está unida la gente por un cargado mutismo? ", pregunta alguien, y otro contesta: "Creo que pasaría lo mismo con una larva. Es un gran silencio en marcha. Millones y millones de hombres americanos que se están buscando; los ojos cargados, taciturnos, la boca dramáticamente plegada en ese obstinado silencio, la voluntad tensa, la conciencia soportando el oscuro trabajo subterráneo de la gestación, todo el ser un poco sombrío y a la expectativa, como esas muchachas hurañas que llevan en las vísceras el hijo . . ." Y más adelante: a la pregunta que se formula el mismo personaje: "¿Sabe usted lo que es esto? El hombre subterráneo de América en marcha". Los hombres de las nueve novelas cortas son varones y mujeres de esa América o de esa Argentina, habitantes del país invisible. Lo es Avesquín, aunque extranjero, invadido por ese gran silencio; lo es Solves, silencioso, indeciso, oscilante, escrupuloso, y lo es Cristina Ruiz

en la misma historia, que no titubea ni se deja llevar por fantasías desmoralizadoras; lo es Carlos Oro, que vuelve a la ciudad luego de dos años de ausencia, "de vida subterránea y oscura"; la pareja de "Conversación"; la taciturna Ana Borel; Jacobo Uber, solitario y triste; la rebelde Serena Barcos; el solitario protagonista de "Los jóvenes hombres muertos"; la pareja de solitarios y sufrientes en medio de una concurrencia opulenta y frívola en "Encuentro en lo de Parcolevine". Seres de una zona subterránea, seres mudos, aún incapaces de "nacer a sí mismos . . . nacer a un nuevo hombre, nacer a la palabra . . . nacer a su propio conocimiento". Y no obstante, el "Adiós" final, opuesto al introito, concluye con una nota de esperanza. Tantos taciturnos, angustiados, solitarios "¿no constituían, sin embargo, la tierra espiritual? ¿No constituían el fondo de dolor, la honda, dramática corriente humana que irriga la propia tierra? ".

La misma esperanza domina en una de las novelas más significativas de Mallea y sin duda la más importante del ciclo que podría llamarse de "la pasión argentina": *La bahía de silencio.* La domina desde el epígrafe, desde las estrofas del "In Memorian" de Lord Tennyson. "Oh, creemos sin embargo que el bien / será la meta final del mal". No puedo sino confiar en el que el bien se impondrá —a lo lejos—, al fin, en todo, / y cada invierno se convierte en primavera". "Así es mi sueño: pero ¿qué soy yo? / Un niño que grita en la noche, / un niño que clama por la luz, / y no con palabras sino con un grito". Cuánto aclaran los versos del poeta inglés el sentido de las apasionadas reflexiones de Mallea, firme en la convicción del advenimiento del bien, y cuánto sugieren acerca de su idea cristiana del mundo. No renunciará a la esperanza a pesar de las vicisitudes de la historia nacional en las décadas siguientes y a pesar del embate de generaciones empequeñecidas por las ideologías.

La bahía de silencio transfiere a la ficción la sustancia autobiográfica de *Historia de una pasión argentina.* De los tres libros de la novela, el primero, "Los jóvenes", revive las febriles jornadas de la acción intelectual. Martín Tregua, el estudiante pobre nacido en una ciudad del Sur, en Río Negro, se rodea de amigos con los cuales funda una revista. *Basta* es su nombre cortante, crítico, propulsor de cambios urgentes. Alguien define a los amigos como "buscadores de almas". Buscan naturalezas

auténticas con las cuales formar el rostro íntimo del país. El joven estudiante de Derecho, llamado por la vocación de escritor, siente que el goce solitario de escribir cede ante la necesidad de que en otros semejantes repercutan sus propias pasiones. Ha sido precedido por muchos argentinos de su misma sangre y pertenece a una generación que no ha asistido al declinar de la dignidad política del país. La de Martín Tregua alienta en el subsuelo de la nación y posee un motor magnífico y un aparato moral nuevo. Es una bohemia austera que niega al país visible. "Aquel país que veíamos no era el país que queríamos. Aquel país que tocábamos no era el país que esperábamos. Debajo de la púrpura queríamos ver el sayal. El sayal es lo que está cerca de la piel y la piel es lo que está cerca de la sangre. En el país, la púrpura mentía". Y la pregunta esperanzada: ¿Cuándo vendrá a la superficie el país profundo, el sano, el que existe puesto que creemos en él? Ese país, ése, ¿cuándo vendrá? ".

También Mallea ha llegado de una ciudad del Sur a la metrópoli recostada a orillas de un río que por lo inmenso parece inmóvil; también él se ha decepcionado en las aulas universitarias y como Martín Tregua siente la necesidad de escribir y la no menos urgente de entablar diálogos de amistad con hombres inteligentes, y silenciosos diálogos con los insurrectos de la literatura. Con él coincide en el desprecio hacia los medradores, los demagogos y los políticos; como él milita entre los fundadores de una revista y cree que hay "un hombre argentino visible y otro hombre argentino no visible, silencioso, obstinado, conmovido y laborioso en el fondo tremendamente extenso del país, en las estancias, las provincias, los pueblos, las selvas, los territorios. Y aun en la ciudad, mas en la ciudad profunda, no en la fácil, no en la inmediata", según dice en el segundo capítulo de *Historia de una pasión argentina.* Desde el viejo mundo, luego de los primeros deslumbramientos, mira "con ojos diferentes aquella América que, atraído por el fasto secular de un orden grandioso, pero ya muerto, había olvidado. (. . .) La vi envuelta en la dignidad laboriosa de sus pueblos. La vi decidida y segura en su destino con el andar lleno de salud de un cuerpo joven". Así se expresa el hombre real, en tanto que el personaje de la ficción, Martín Tregua, piensa en su tierra y en el aliento de sus hombres dignos. "Ellos se iban a levantar alguna vez, pero no como éstos, sino llenos de esa voluntad de construcción

inteligente y honestamente combatiente que se parece a la marcha de un hombre que sabe adónde va y que no necesita más que conocer su fuerza para no andar con gritos y ademanes. Un hombre caminaba en mi tierra, en la Argentina. Venía desde abajo, desde lo profundo del país, desde la raíz de esa continuidad espiritual que es una nación . . ." En cambio, los amigos con quienes se relaciona en Europa "eran la tripulación del fracaso, islas ["Las islas" se denomina la segunda parte de *La bahía de silencio*], esperanzas y tristezas aisladas".

La Argentina invisible no se impone en la ficción ni en la realidad, pero quienes trabajan en su ámbito oculto, tenaces, con "ánimo de donación" y "ánimo de libertad", impulsados por la "exaltación severa de la vida" son los desterrados de *Historia de una pasión argentina*, los que trabajan en el fondo de su destierro creador y se identifican con los "derrotados triunfantes" ("Los derrotados" es el título de la tercera parte de la novela), mencionados en el capítulo en que Martín Tregua transcribe una página de su obra *Las Cuarenta Noches*, referente al suicidio de un escritor (evidentemente Lugones), en quien la exaltación severa de la vida había alcanzado uno de sus ejemplos más cabales. Con la esperanza del triunfo en la derrota concluye la novela de Mallea. "Yo estoy al lado de los que esperan el triunfo final recogidos en la bahía, en la bahía de silencio". ¿Es posible tal triunfo? ¿Puede esperarse para esos derrotados otra victoria que la de su individual agonía, su severa batalla con ellos mismos? Ese triunfo ¿es más que una utopía? La realidad de las últimas décadas ha sido dura desmentida; pocos años después de estas reflexiones y de estas ficciones, en la Argentina surgieron olas de resentimiento, reiterados errores y corrientes de impetuosa violencia. Pero el país oculto sigue trabajando en lo profundo y la actitud de Martín Tregua es la del que espera el triunfo final.

La autobiografía y la novela son confesiones. El autor lo señala en más de una oportunidad: en el prefacio de *Historia de una pasión argentina*, en el último capítulo de la novela, cuando el protagonista, un 31 de diciembre, luego de haber dejado casi concluido el manuscrito de *Las Cuarenta Noches*, empieza a escribir *La bahía de silencio*. "Me apresuré a escribirla en poco tiempo, febrilmente. Necesitaba confesarme. Necesitaba confiársela". Como una confesión dirigida a un "Usted", que vuelve

una y muchas veces a través del más de medio millar de páginas, trascurre la obra. Ese "Usted" le infunde un tono particular de ininterrumpida devoción, casi religiosa. Ese "Usted" al cual se dirige es una mujer que no lo conoce y con quien, siempre de modo casual, se encuentra en varias ocasiones. Sólo una vez ella repara en él, pero Martín nunca osa hablarle.

Entre tantos personajes, entre tantas vicisitudes, la figura de la mujer enaltecida se eleva hasta alcanzar una dimensión sobrehumana y una significación de símbolo. Con la palabra "Usted" comienza la novela y con alusión a esa persona concluye al cabo de 59 capítulos. La primera secuencia, en la florería, se verifica después de unos doce o trece años del primer encuentro. Hasta él se remonta y a partir de entonces el protagonista despliega la variedad de sus vicisitudes, más de una década de lenta maduración, de entusiasmos, de viajes, de decepciones, de fe. Ese primer encuentro, imprecisamente recordado, es una impresión visual: "Bajaba usted por la calle Charcas, costeando la plaza San Martín". Y esa imagen visual se asocia con otra, la del grabado "tan vulgar de Dante Alighieri cuando ve aparecer a Beatriz en uno de los puentes del Arno". La asociación se produce al pasar, y la referencia a la vulgaridad del socorrido grabado parece quitarle trascendencia. Sin embargo, aunque en otro contexto, el papel de inspiradora y guía de la Señora de Cárdenas ("Usted") se asemeja a la que Beatriz desempeña en la *Comedia* del Alighieri. Beatriz ignoró la devoción del joven florentino, así como la dama porteña ignora el fervor de Martín.

Primero es el deslumbramiento ante ella: "Me pareció la representación de la mujer que yo no había visto nunca, de la más posible de soñar y de la más imposible de ver". Todo cambia entonces. "La ciudad tenía otra dimensión y esa dimensión era de su tamaño, del tamaño de usted". Y ese "Usted" está en lo más profundo. "Pero en el fondo, en el fondo último, en ese último, pequeño cuarto del alma, allí donde estamos al fin solos con nosotros mismos —sin nadie, solos; sin voces, solos—, allí, lo que estaba era su imagen. Era usted la que vivía, la distante". Verla es como una gracia. "Por aquellos días yo soñaba con verla a usted. Verla me proporcionaba una misteriosa plenitud, una suerte de gracia, si bien lo misterioso de ese beneficio no era tan gratuito o abstracto, sino una forma de maciza presciencia, como si en usted sintiera yo que habría de

leer los elementos de certidumbre que me faltaban". Cuando un auto lo atropella en la Diagonal, la mujer aparece, por azar, y solo atina a decirle, en inglés, "God bless you", literalmente, "Dios lo bendiga". Es la única vez que advierte su presencia. "Era como si la gracia demandada hubiera bajado ya sobre mí". Por sobre los demás cree tener "ese secreto voto, ese deseo musitado, pronunciado casi sin voz a fuerza de humano y natural, por los labios más altos y extraños de la tierra".

En el capítulo XIX otro personaje cuenta la historia de la mujer alta y hermosa, vástago de una vieja familia criolla, de esas familias que "son la custodia, la defensa final contra un profundo mestizaje". La prosapia selecta del personaje coincide con la concepción del patriciado al que Mallea, como se ha visto, atribuye el sustento de la esencia nacional. Asediada por hombres ambiciosos, concluye por casarse, por rebeldía y por piedad, con un hombre pobre en lo material y en lo intelectual, en quien no hay pedantería ni falsa virilidad sino una naturaleza simpática y abierta; hasta que, resentido a causa de la superioridad de la mujer, se convierte en un habitante más del país visible y se lanza a la vida mundana y a la conquista de la figuración.

Para el joven escritor, ella es la guía que lo alienta con su lejana presencia. "Era para mí el personaje intocable, el más alto (. . .) Representaba para mí, mujer como era, una suma de mis aspiraciones profundas en cuanto al hombre de esta tierra: una dignidad, una negación al soborno, una resistencia a las vilezas que la vida propone, una fe en la calidad señorial de la vieja Argentina, un desprecio por los recién llegados y los ambiciosos serviles, un desapego tal a todo cuanto fuera predatorio, astuto, hazaña de *vivo* (. . .) que yo habría querido cuidarla y seguirla hasta ver producir de usted un poco del tipo de la nueva Argentina".

La Señora de Cárdenas, en fin, es el símbolo de la Argentina esencial del escritor; quizá los hijos de esa mujer superior, anhela, se parezcan a los "hombres del país interior", así como los hijos de la fantasía de Martín Tregua, en sus *Cuarenta Noches*, "organizan el avance de un espíritu llamado a infundir la vieja savia íntegra del país, genuina, pura, a los hechos nuevos". El ciclo de la "pasión argentina alcanza en *La bahía de silencio* su expresión más encumbrada gracias a ese casi irreal,

casi angelical personaje que para Martín Tregua representa a la Argentina auténtica.

III

La concepción de un país invisible y un país visible puede aplicarse no sólo a la Argentina y a América. Recuérdese las dos Españas de Galdós, por ejemplo. Cabe trasladarla al individuo. Hay hombres proclives a lo exterior, hombres enmascarados, no auténticos, y hombres vueltos hacia adentro, celosos de su identidad. En cada uno de ellos conviven en grado distinto la máscara y el rostro, lo falso y lo verdadero, el parecer y el ser. Esa bifurcación que se plantea en el ciclo de la pasión argentina es como la especie respecto al género, no es sino la manifestación de la dicotomía presente en cada individuo. La existencia auténtica ahonda en esa verdad interior, sin la cual la vida se adultera. En las novelas y en los cuentos de Mallea los personajes más característicos alientan en esa zona interior o viven con el afán de alcanzarla. Es una veta de la realidad a la que sólo el narrador omnisciente o el personaje lúcido tienen acceso.

En 1953 el novelista publicó una obra a mi modo de ver particularmente significativa en cuanto a la índole de sus hombres y mujeres. Se trata de *La sala de espera*, siete "monólogos de conciencia" que cada personaje dice mentalmente mientras todos ellos aguardan en la sala de espera de una estación de provincia el tren que los llevará a Buenos Aires. El autor habla de "actores" y de las "peripecias de la trama" aproximando estos soliloquios a la forma dramática. Y, curiosamente, virando hacia otra forma de la literatura, califica al libro de "narración poemática escrita como un mero ejercicio al margen de una obra novelística con otras preocupaciones y otros rasgos [¿se refiere a *Simbad*, a un conjunto de obras?], que no la incluye necesariamente en su sistema". Son historias distintas unidas por un elemento común, en este caso "su supuesta unidad de lugar": la sala de espera. Cada monólogo va precedido por un texto que hace referencia a los personajes y a sus actitudes en el inhóspito recinto que casual y temporalmente los reúne. Estos textos, en bastardilla, recuerdan las acotaciones dramáticas y sugieren una

línea sucesiva de soliloquios. Pero, sustancialmente, los capítulos de *La sala de espera* son cuentos en los cuales los personajes relatan en primera persona sus vicisitudes. Sólo las dos mujeres y el niño aparecen caracterizados, en tanto que los cuatro hombres se confunden en el silencioso conjunto. "Cada una de las siete personas pensaba en sí misma, y toda la estación estaba subyugada, suspendida por el vaho perceptible de esos siete pensamientos".

El primer personaje, deslumbrado por el brillo social, ha abandonado a su novia para casarse con una mujer rica y aristocrática. Esta unión le permite situarse en el nivel más alto; allí se instala fatuo y seguro, hasta que la revelación de la infidelidad de la mujer lo derrumba de su pedestal. "Nos creemos cazadores —reflexiona—, ya estamos cazados". Huye de su lujosa casa y emprende la busca de su hermana, cuyo matrimonio con un peón a quien ella amaba había desaprobado. A ella están dirigidos sus pensamientos y hacia ella irá en el tren que lo llevará a Buenos Aires.

El segundo personaje, Violeta Méndez, ha vivido envanecida por su belleza. Se ha casado muy joven con un modesto agrimensor y con él ha ido a vivir a Bahía Blanca. Al contento sigue el hastío. "Qué gran belleza se perdía conmigo en aquel tedio". Y el tedio concluye por destruir el matrimonio. Ella quiere disfrutar de su belleza: la atrae la capital y hacia ella parte como quien sale a escena. Tiene amantes, pero a la exaltación de la carne le sucede el hastío. "Me entregué maniatada a aquel a quien yo creía estar maniatando". Después de su tercera y frustrada experiencia, siente "una especie de enfrentamiento claro con la vida, que no lleva velos". Se arrepiente y coincide esa noche en la estación perdida en la llanura con los demás silenciosos, aguardando el tren que la conducirá a Buenos Aires, donde espera reunirse con su marido.

El tercer personaje es el biólogo Tomás Botón, cuya única preocupación es buscar la posesión de sí mismo en el nivel más profundo. "Yo quiero salvar en mí esta cosa: lo que soy; lo entero de mí mismo; el mundo de mi razón; la razón misma de mi mundo. Los otros quieren coartarme". "Quiero salvar mi canto personal". Y llevado por esa actitud egoísta, fracasa en su matrimonio, en su necesidad de dar a otros cuanto ha asimilado su sensibilidad y en su actividad científica. Solo, viaja sin rumbo

por el país. La espera en la estación provinciana es otra etapa de ese perpetuo tránsito. Pasará por la capital "como un extraño, como el que sube del fondo de la tierra".

Francisco Díaz es el cuarto personaje, un dramaturgo y, según dice, el peor enemigo de sí mismo. Un hombre gravita en su vida: el suficiente y sarcástico Claudio Murillo. Confiado en su amistad, Díaz le somete sus obras. Los sarcasmos y las sutiles reservas de Claudio lo estimulan. "Yo seguía escribiendo cada vez con más aplicación, en virtud de una especie de fervor compensativo porque me tenía recelo, me desconfiaba, no me quería". Tiene éxitos pero cae bajo el influjo de la insidiosa envidia de Claudio, quien perturba a Díaz y a su mujer, plantea dudas y desentendimientos. La mujer muere y Claudio incita al dramaturgo a escribir sobre ella la que será su obra maestra. Lo alienta y se convierte así en autor y espectador de su caída, cuando se produce el fracaso. Sólo entonces Francisco Díaz comprende que su pretendido amigo ha querido ser "destructor de todo lo que toqué feliz y que él no tuvo". A punto de estrangularlo huye, cierra su casa, quema sus papeles, se aparta de todos y va de pueblo en pueblo con "el tema de un gran odio, el tema de mí mismo".

El quinto personaje es José Vido, solitario y gran lector que vive entre los héroes de la ficción. En determinado momento resuelve entrar "en la gran rueda del amor humano" y se da a los demás. "De mi parte de gestor y espectador obtenía yo todo el premio". Se casa, pero al cabo de dos años se desilusiona porque su mujer se indigna cuando él, altruista, transfiere en su empleo un ascenso a un compañero más necesitado. Su actitud lo malquista con todos. Los demás hallan en su desinterés una forma de indiferencia y desdén, un deseo de singularizarse. "Mi vida cabe en este poco: quise entrar en la rueda, la rueda me rechazó". Y Solo, como lo llaman, decide alejarse por un tiempo.

A Isolina Navarro, el sexto personaje, la tortura desde niña su fealdad. Se defiende de los otros refugiándose en su mirada orgullosa, cortante. La solicitud de un hombre, un inspector de impuestos, modifica la monotonía de sus días, pero ella lo rechaza, desconfiada. El no vuelve a insistir. Isolina comenta: "Me quedé con el triunfo; pero sin la victoria". Cuando mueren su hermana y su cuñado en un accidente, su soledad es total. Es

ella entonces quien decide tomar la iniciativa en la conquista del hombre. A los 57 años trata de comprar al ayudante del administrador, tentar su codicia. Pero el hombre huye. El deseo adquiere en ella fuerza arrolladora. La fiebre de ser poseída se impone a todo. Compra vestidos, perfumes, tules, sombreros para llamar la atención, pero los hombres del pueblo se apartan de la mujer ya sexagenaria. Isolina decide irse a Buenos Aires, a "la ciudad a cuyo enigma llevara en mí a la desconocida: un enigma al enigma, un deseo a la tempestad de deseos".

El último personaje es el pequeño Hugo, el inocente, solitario entre sus padres desavenidos y entre los compañeros del colegio religioso de la capital donde aquéllos lo confinan. Regresa en las vacaciones y comprueba que la discordia continúa. "Comprende, mi Dios —piensa—: en el colegio no aprendí a rezar. Pero no fue por mi culpa, sino porque no estaba preocupado de Ti, ni de mí —sino de ellos. Pero ahora voy a hacer todo lo posible. Estas personas que están aquí, que esperan como yo, tal vez no sepan tampoco rezar. Tal vez como yo tengan temor, y dolor. Tal vez como yo no sepan nada de lo que tienen que hacer. Yo te prometo estar atento a lo que Tú me digas. Quizá los que están aquí también prometerían. Están cansados. El tren no llega. Todos parecen tan caídos como yo, tan sin contento ni fuerzas como yo. Ayúdame, oh Dios. Ayúdalos". Hugo es el único que advierte la presencia y el drama de los demás, el único que piensa en Dios, como instancia final. Los siete personajes sufren, en efecto, encerrados en sí mismos. El primero, infatuado de aristocracia, y la mujer infatuada de su belleza, derrotados y arrepentidos; Tomás Botón persiguiéndose a sí mismo; Francisco Díaz huyendo de sí mismo; José Vido, marginado; Isolina Navarro, poseída por la sensualidad; y Hugo, ansioso de ternura.

Cada soliloquio es un paréntesis en la vida de los personajes, una recapitulación dramática. Se desenmascaran, se sumergen en su conciencia, descienden al infierno personal para ascender luego a su verdad. En esa sala de espera transcurren los dramas de los personajes de Mallea, una sala de espera interior donde se plantean situaciones extremas, donde cada ser se mira en un espejo implacable. Y ese ámbito oculto da la medida de la universalidad de un escritor cuya "pasión argentina" no es un límite sino una expresión más de la pasión del escritor agonista.

La "sala de espera" no señala solamente la profundidad de ese vasto mundo sino también su rasgo característico de esperanza. Lo dice Mallea a través de un párrafo del *Diario* de Gide que utiliza como epígrafe de su libro: "*Sala de espera*. Qué bella lengua la que confunde la espera con la esperanza".

Jorge Cruz

N° 2. Otoño de 1931.

SUMERSION

Aquella ciudad no ofrecía destinos blandos, aquella ciudad marcaba. Su gran sequedad era un aviso; su clima, su luz, su cielo azul mentían. Una riqueza fabulosa ocultaba el hierro rojo. Sin embargo era el país del hierro rojo, animales y hombres lo soportaban en el campo y en la ciudad. Esta tenía una aspecto amable y engañoso: engañaban sus calles rectas y limpias, tan hospitalarias que hasta su seno entraban, venidos de ultramar, las chimeneas y los mástiles para mezclarse con los árboles del país, en sus plazas; engañaban las luces, al anochecer, de un gigantesco estuario que esperaba a los viajeros como un horizonte suntuoso, iluminado; engañaban sus hombres, engañaban sus mujeres —bellos ojos ásperos y malignos, carne dorada, mujeres de una rara especie animal y secreta. Pero estos últimos engañaban sin conciencia como si la atmósfera les impusiera insidiosamente una conducta.

Sin embargo aquella ciudad y sus fuertes mujeres se parecían. Gravitaba sobre su corazón, sobre su seno, la misma ley instintiva y odiosa: ambas encontraban para el extraño un profundo rigor, una honda veta negra. ¡Cómo dejaban acercar al extraño sólo con mostrar el brillo de su piel saludable —acercar el beso, acercar las proas cargadas de racimos humanos— para mostrar después el hierro rojo y asentarlo con pasividad!

Contra esta pasividad ominosa clamaban sin suerte las carnes desolladas, esos racimos de gente con ojos de bestia dócil que se quedaban rezagados junto a los mármoles de los Bancos, de los Grandes Almacenes, de las estatuas. Poseídos de una sed de inmediata conquista siete mil inmigrantes llegaban por semana. Todos tenían que atravesar por un barrio antes de llegar al seno de la ciudad. En esta región se habituaban, para no sufrirlos de golpe, a la edificación poderosa, al clima de actividad poderosa. También en esta región comenzaba para los miserables, el sometimiento a la ley de la tierra prometida. Muchos soportaban la

marca roja con ojos dolientes y firmes, como en el interior del país los mansos ganados; muchos pagaban su derecho sangriento sobre el futuro; pero, en esta región vaga —tierra de nadie de la ciudad— otros, débiles, se retorcían, gritaban sordamente ante el olor de su carne señalada. Este acre y pobre olor humano no lo conocían los hombres y las mujeres de la ciudad, demasiado atentos a la pequeña ingeniería de su alma y a la inmensa ingeniería de su ciudad. De este sacrificio nadie tenía noticia, nadie sabía más que sus héroes oscuros.

Los más fuertes entraban después en la ciudad pero los débiles permanecían enquistados en ese barrio, gente que no entraría nunca en el laberinto, pálidos menospreciados de Ariadna.

Taciturnos, habían construido sus defensas provisorias, improvisado los falsos goces de su fracaso, y así estaba el barrio lleno de recursos contra la opresión invasora, de diminutos cinematógrafos, de hosterías con nombres cándidos, de barracas con "novedades" y pasatiempos, de vastos bares que trascendían una música internacional. Y este barrio, a la luz de los reverberos y tugurios, tenía sus mujeres —circulantes mujeres de alma ingenua y dientes podridos que se maravillaban ante los llamativos colgajos de las tiendas—, señoritas capaces de reemplazar con grandes gestos los gestos de la amada, demasiado rojas, pintadas y fragantes, comparables a esos modelos que las casas de belleza movilizan como un último recurso ante la ruina.

¡Felices los que de ese limbo oscuro subían a una nave de vuelta! Acodados en la borda, al anochecer, rostros de extrema blandura, ojos azules, veían desaparecer sin odio, más acá de la ciudad, lo único que conquistaron de ese populoso desierto, esa franja de tierra miserable, isla negra surcada de estrellas.

I

Avesquín, llegado al puente, se detuvo. El puerto abría su boca monstruosa, la noche viajaba, las bellas aguas nocturnas oscilaban brillando. Una queja de animal poderoso vibraba; trepidantes, usinas y sirenas rompían la garganta del estuario, conmovían los mástiles, los castillos esqueléticos, todo lo que vela, por la noche, el sueño de las naves. Avesquín contempló absorto ese

abismo. Apretó las manos en el parapeto mientras lo invadía una alucinación angustiosa. Un lejano reflector resbalaba de pronto, escrutaba, descubría en la cubierta de los barcos, en medio del gran foco negro de maderas podridas, tripulantes dormidos; por un instante ponía en aquellas caras amarillas o negras el mismo relieve luminoso, después desaparecía, dejaba que la noche les diera una muerte lívida y transitoria. Los inmensos muelles rectangulares oprimían.

Lo iba llenando una alucinación angustiosa y al mismo tiempo una placidez, un bienestar, semejante a ese alivio que se siente al entregarse del todo, después de la crisis, a un lento dolor. Ese ruido portentoso comunicaba su espíritu, su profunda soledad, con el universo; sólo el poder de esta otra enorme soledad, trepidante, llevaba a su espíritu palabras activas, una voz. Era la voz del hierro, de las proas martilladas, de los silbatos guardianes, pero detrás de todo eso imaginaba hombres, grandes cansancios, tragedias respiradas con el carbón, gemidos, ojos huidos de la labor hacia ignotas regiones. Hombre errante, él estaba acosado, pero no sabría decir por qué, por qué mal en medio de un mundo nuevo y poderoso. En la urbe, ante la grandiosidad helada, la suntuosidad vertical de una sorda Babilonia, las mil diagonales de cemento blanco, extrañaba su tierra, el Café de los Intelectuales, el teatro Cómico, la señorita Iva, las iglesias barrocas del suburbio, los muelles de madera de su río nativo, descompuestos y hediondos. En medio del mutismo de la ciudad nueva, cuyas fiestas o penas no conocería nunca, extrañaba sus antiguas charlas con todo el mundo en los viejos parques europeos, sus discusiones con cada cliente a la luz de un chopp opulento, al atardecer, en los cafés cuyas paredes decoraba sin prisa, ocioso e ilusionado.

Ese mutismo brutal lo llenaba de asombro. Le traía, anochecido, a buscar la inmensidad abierta —donde aún las risas, los gritos, en los navíos cercanos, que no eran para él, veníanle ofrecidas por un eco servicial—, el rumor de la noche libre y el eco de una terrible laboriosidad recogida y naturalizada por el agua. Hasta medianoche la vida del puerto era intensa.

Con su camisa negra y su traje oscuro, pobre, Avesquín se confundía con la noche en aquel puente tenebroso, y sus manos, su rostro, aculotadas por una vida sedentaria, le parecían ahora demasiado blancos y débiles, con esa cicatriz que le cruzaba la

sien; tenían para esa atmósfera la misma luz humilde y silenciosa de la luna. Sus ojos seguían sin fatigarse el cuadro turbio del puerto. Pero, pensó, no era, realmente, piel curtida lo que este mundo nuevo imponía con su clima a los hombres sino una condición particular del gesto: un fondo de impavidez sobre el que la risa o el llanto ya no pueden tener nunca derecho de ciudad. Dio unos pasos en el puente, esforzándose por ver en el canal distante, a su izquierda, las maniobras de un pequeño remolcador cargado de frutas. Estaba demasiado lejos y permaneció un rato, inclinado sobre el murallón; la luna le daba en la espalda. Su cuerpo era proporcionado y hermoso, con un viril acento en los hombros; al volverse absorto, cualquiera hubiera visto el poco carácter de sus facciones, sus rasgos blandos, sus labios pálidos encima de un mentón huyente. Sólo los ojos sometían esas facciones a una profundidad; eran lentos y justos, se desplomaban sobre las cosas; tenían ese tenso brillo, ese brillo doloroso que presta a la mirada de los viajeros el cierzo helado.

Todavía por un instante sorbió —él, que no hallaba en su soledad otro objetivo que su soledad— la inútil lección de esa gran masa negra y circundante. Toda la ingeniería del universo establecía allí su concurso; mientras la precisión de un pequeño sistema cósmico mantenía aislado su austera escuadra, los docks, abajo, se atenían a ese mismo espíritu, rectos, sólidos, concluidos. Un perfecto destino a cada rato recomenzaba y concluía en estas cosas inertes. De pronto un barco pasó lentamente, quebró ese ritmo dirigiéndose al canal, con un dibujo obsceno pintado en la chimenea gris.

Avesquín volvió la espalda al parapeto, abandonó sombrío aquel abismo. Sus pasos golpearon duramente la piedra y en este resonar seco se fue transformando el estrépito que pesaba sobre las aguas. Se detuvo; no sabía si volver, si sentir un rato más en los oídos aquella orquestación inquietante o venir al mutismo y al páramo, a la ciudad. Pero vio las luces de la calle cercana, fragmentadas por grandes arcos, enturbiadas por los árboles de una plazoleta, y se sintió atraído. Material y débilmente atraído; no tenía voluntad y caminaba a la deriva.

Fluctuaba, pensó, fluctuaba como un leño, en el foso circundante de la metrópoli, sin penetrarla, como un leño seco e inerte. No tenía comunión con nada. Se desayunaba todos los

días con un café amargo, y sus pasos eran amargos a lo largo de las vidrieras brillantes, a lo largo de esas áridas calles cuyas emanaciones secas tragaba. Con sol, con agua, con un vigoroso contacto humano, ¿no se hubiera sentido revivir? Ah, en aquella ciudad el agua moraba en napas remotas, grandes moles de piedra hueca interceptaban el sol, los hombres tenían entre sí contactos inconfesables. Estos hombres se ocultaban para vivir y uno los sorprendía, amantes crudos, huyendo de los hoteles amueblados con una mano en la cara, huyendo de los parques donde su breve presencia era también subrepticia. Estos hombres olvidaban el destino de sus manos, las tornaban incapaces de asir, de acariciar a la ventura, naturalmente, como la carne desarrolla y satisface su hambre.

Al atravesar el puesto de los guardacostas uno de ellos lo detuvo, pero como contestara dócilmente lo dejaron pasar sin revisarlo. Avesquín evocó sus dos semanas en la capital. Dos semanas, dos semanas errando, levantándose y acostándose entre días y noches espantosamente desolados y extensos; ¡qué turbio transcurso por esos días cuyo paso de ida era claro ante las ventanas del hotel y su vuelta, su declinación, cargada de humos! Y todo esto debido a una tonta ilusión, a sus años, ya pasados los treinta por algunos más. En su urbe europea —al lado de un río espeso, oscuro, según la leyenda atroz teñido por sangres invasoras— ¿qué le quedaba, sin embargo, por hacer, desaparecida la mujer que le acompañaba, sombra demacrada y ansiosa, tierna sombra? Su vida había dado un vuelco; ya no pintaba los muros ilusionado, absorbido u ocioso, y aquel paisaje del Acrópolis que era su obra maestra para decorar los bares de lujo, los hoteles recién inaugurados en su pared más visible, adolecía para los propietarios de un verdadero aire sombrío. Sabía de memoria las charlas del Café de los Intelectuales y la señorita Iva le llevaba el café, al amanecer, con un gesto cada día más absorto, pensando sin duda en los nuevos aspirantes a su pequeña mano y su mal genio. Una tarde entró en el comedor un marino rengo y piafante. Habló de su nave ya cargada de enormes bobinas de papel, habló de lo divino y de lo humano y, entre lo humano, entusiasta, de la meta de su viaje, esa ciudad lejana, ignorada, con sus mujeres estupendas, el bar más grande del mundo, su parque, sus carreras de caballos. El paisaje del Acrópolis le gustó, recién concluido en el comedor, para el salón

de su barco; casi puede decirse que suscitó su emoción, viejo marino piafante. Avesquín aceptó, aceptó la invitación, viajar, emprender esta aventura, conocer el mundo por dentro, las bellas fiestas con que los hombres se obsequian en todas las latitudes, ahora que su juventud comenzaba velozmente a consumirse por la sien izquierda.

¡Qué navegación, cambiando de camarotes húmedos, oyendo en la bodega las canciones de Logart, con su buena voz, sus gestos brutales, su alma despótica, fuente contaminada! Aquella voz que estremecía a medianoche en pleno océano, como la dulzura de los reptiles.

Desembarcó en la ciudad sin aprensión, alegremente, confiado y voraz como ante una granada de pulpa blanca. Los suburbios, la plaza, las instituciones, todo lo respiraba con el aire, aquella mañana de otoño, los ojos lentos y dilatados, los labios húmedos. Sentía una gratitud profunda hacia los hombres que pasaban sin fijarse en él, sin notar su condición, su áspero aire extranjero; hacia su propia salud, generosa; hacia las mujeres bellas y veloces como el pez abisal. Con gesto nervioso, sorprendido, se detenía ante los escaparates, admiraba la copiosa floración de los castaños en octubre —cuando debía pasar por contraste en su tierra el frío primero y los puentes debían contraerse como hombres—, reía alborozado al ver que su pésimo español rudamente aprendido de su mujer, judía de Salónica, mejor deletreado a bordo, le servía para hallar un cuarto claro en cierto albergue del pintoresco suburbio, abierto a dos plazas, cerca del río. "Amsterdam Hotel", un hotel con nada de Amsterdam. Un poco de francés, un poco de español; poseedor de este raro brevaje, ¿qué secreto podía guardarle la ciudad? Alegre, caminaba, recién llegado, por las calles, repitiendo en voz baja el nombre del país, de sus regiones; entraba en algún bar, ofrecía, con un aire de ministro diplomático, sus servicios artísticos. Pero aquella fotografía grisácea, el paisaje del Acrópolis, dejaba indiferente a un mundo abstraído y presuroso.

Al tercer día, en medio de la niebla despidió al capitán y a sus amigos, y también a ese enorme paisaje del Acrópolis que lo dejaba solo, que retornaba. Logart, jovial, cantó en su honor una canción inmunda. Pero esto no lo hizo reír. Nada le hacía reír esa mañana, profundamente afectado por la despedida. El barco se alejó como un amigo, pesado, lento, grandioso. Volvió solo a

la ciudad, caminó toda la mañana —¿para qué quedarse? —, se preguntaba; pero la ciudad respondía llena de mármoles, sus hombres vestían con lujo, se respiraba en ella un oro líquido.

Caminar, caminar, devorar caminos; y en cada reposo no oír sino el eco constante de los pasos, el eco constante de los pasos.

Al día siguiente su alegría se detuvo, se detuvo bruscamente, como ante el paso de un cortejo siniestro. La noche anterior no había dormido y una vez levantado, mientras se calentaba el café, se acercó a la ventana contra cuyos vidrios estaba cernida una niebla compacta. Abajo, en la calle, la actividad se iniciaba; pasó un cartero cargado, después una mujer; al rato el desfile negruzco, negruzco premioso, constante. "Extraña gente" —exclamó; estaba serio, absorto—, "extraña gente". En cada rostro se marcaba un gesto abstraído, una concentración indecible, como si toda la ciudad encaminara una fría peregrinación hacia metas cercanas. Cada hombre caminaba solo, agitándose —no, no agitándose, ¿quién se agitaba? , todo el mundo llegaba a tiempo a su destino con las facciones compuestas, la sonrisa lista, ese gran frío que esta gente trascendía—, marchando como esos competidores de la Maratón que calculan sus metros tenazmente. Se alejó de la ventana, sorbió en pequeños tragos el café, acuoso, constató su sordera ante este mundo. Sordo, sordo, aislado en una atmósfera espesa en medio del aire veloz. Esta certidumbre lo obsesionó; quiso adelantarse, adelantarse a sí mismo, se aplicó a improvisar palabras para su propia convicción, palabras con las que se obsequiaba cortésmente en los bulevares ásperos, iluminados, donde las multitudes giraban desintegradas. Pero este era un juego falso. ¿A quién hubiera engañado el verdadero proceso que lo consumía? Empezaba a invadirlo el silencio, grandes grumos de silencio. Al salir del hotel, una mañana, la propietaria se quedó mirándolo, aterrada al ver unos ojos de fijeza mortal en aquella juvenil corpulencia. Salía y caminaba; no tenía ya delante una granada blanca; una fruta sí, vistosa, pero seca. Las avenidas no acababan nunca, todo lo largo exhibían casas y casas, ni un solo refugio, ni un solo núcleo de humana diversión —sino cafés con hombres, donde se apostaba a la luz de una claridad de escenario y se discutían concursos de supremacía sexual. ¿Pero cómo habrían de mezclarse las gentes, de comunicar? Hubieran olvidado el cálculo del alza y baja de los valores,

hubieran mostrado, tal vez, el hilo de su genuina naturaleza, descubriendo ocultas ignorancias, o vagas condescendencias hacia el prójimo.

Concibió un odio indecible por ese desierto populoso y edificado. Pasaba por las puertas de la Opera, veía entrar figuras opulentas, fracs y habanos en una interminable sucesión. Se acercaba a los templos, él que no tenía fe, ignorante de toda jaculatoria. Bajo las cúpulas permanecía de pie, mudo, contemplando transportado los exvotos, las imágenes de porcelana. Todo esto, con dolor, le evocaba su infancia, su afición ingenua por las iglesias, con su recinto resonante y su Cristo, allá al final, como un blanco recién abatido por las injurias. Le gustaba ir temprano, meterse, al amanecer, en San Estéfano, aquella catedral vieja de mil años, de naves enormes, secas, profundas. Se quedaba acurrucado junto a las columnas, solo, soportando el silencio, el misterio, como un espectáculo pavoroso y terrible. Contemplaba el Cristo crucificado y, viendo esos párpados, creía que iba a hablar, a lanzar quién sabe qué ingenuas palabras; le entraban deseos de blasfemar contra las gentes que venían, luego, a injuriar el cuerpo doloroso con su hipocresía y su falsa beatitud, aprovechando su condición indefensa. Odiaba a aquella gente que dejaba flotando en el templo un olor a sudor impuro y linimento. Su cólera infantil era tan grande que se alejaba lleno de rencor, huido con palabras sordas e injuriosas.

Ahora no se alejaba con rencor, sino con ese gran silencio que lo tenía invadido. Chocaba después con la rectitud violenta de los muros, con las cuadras regulares y áridas, con unos rostros sonrientes pero impenetrables, ásperos, inatentos, y sufría. Sufría una tortura mortal, no ya por este infinito aislamiento, sino por su lejanía de las fuentes frescas, de la tierra, de todo aquel piso donde los huesos no son estériles. El asfalto le infundía una sorda desesperación, como al preso el espesor del hierro circundante; toda la impotencia de su carne se resentía. Entre la multitud, rozándose con facciones apremiadas, rojas, veloces, le parecía caminar hacia atrás. Evidentemente el suyo era un retroceso, un retroceso. Descubría, en esas gentes ignorantes de toda fatiga, una voracidad, una proyección que los sostenía como el pasto atado a la cabeza que el caballo persigue, una serie de objetivos concretos y constantes que iban a desembocar, sin transición, en la muerte.

Poseído de angustia, se apresuraba en esas calles, olvidaba el signo inerte de los escaparates, de las mesas de café, pugnaba por correr. Pero esta ilusión grotesca desaparecía. Detrás de qué podría correr, él, magro alimento del ocio. Detenido junto a los reverberos, dejaba pasar esa corriente humana en las avenidas. Veía el trato rápido entre la dama equívoca y el hombre; los veía desaparecer; ella, pronto, regresaba. Veía, en los altos edificios, en el sexto, séptimo, octavo, noveno, décimo piso de los edificios, una actividad operosa. Comprobaba, cada vez más desalentado, y él mismo se sentía jadear secretamente, que no podía llegarle una palabra, una comunicación. ¿Quién se detenía, allí, en medio de un creciente, productivo, previsto destino? Cada uno tenía su ruta; en esta ciudad las rutas eran paralelas, como sus calles. Viejas vías estrechas, focos peligrosos de contacto, de conversación o retardo, eran abatidos a diario. Se encaraba el progreso, el Progreso. Un enorme silencio humano gravitaba sobre la ciudad.

Exhausto, volvía a su hotel, situado en el único barrio donde la miseria ponía en contacto las vetas de inquietos y oscuros espíritus. Su imaginación conocía, en el trayecto, una tregua. Soñaba con las provincias y los campos de este país, con la pampa, las viñas y los Andes, que había visto en vagas oleografías. Su nariz reseca por los vientos y las tierras antiguas reclamaba esos olores intensos y sustanciosos, mojados como la uva reciente en las acequias. Soñaba, a través de lecturas imprecisas, con el relámpago en los campos infinitos y llovidos, con la planicie, de río a río, de población en población, donde el grito humano perdura largamente; donde la sensualidad del hombre obedece al sol, cesa con la hora del ruego, al atardecer, hora de cansancio y de tregua, hora en que el horizonte abandona su presa, devora las leguas planas, se acerca, se confunde con la noche y rodea a cada ser con la mansedumbre del aire circundante.

"Barro, barro", gritaba su espíritu, ávido, mientras se libraba de la opresión de la urbe. La piedra protestaba bajo sus pies. Al llegar a la proximidad de las luces del barrio sórdido sonreía, respiraba. Ya sabía él lo que era está metrópoli, el capitán se lo había susurrado, sentencioso, casi con un aire sibilino, al llegar, frente al caserío monstruoso. Tierra de prostitución, de falsos

símbolos. Tierra húmeda, nueva y maravillosa, vencida por el oro del sacrificio ganadero; vencida por el capital de un cúmulo de miserables generaciones arribadas de regiones extrañas a la comodidad y a la ambición, a la adulteración de lo espectable.

II

Volvió del puerto, descendió a esa calle donde una serpiente de luz corría bajo arcadas.

La vibración del ruido en el abismo nocturno perduraba en su espíritu; pensó que iba a volver en seguida a la aridez y al silencio. Sobre los grandes arcos observó las terrazas, aquella especie de jardín colgante y veneciano con doble plano como un fondo de primitivo, los frentes desemejantes, pintados en colores increíbles. Y debajo la gran galería iluminada, con sus tendejones, sus orquestas femeninas, los vestíbulos con atracciones y anuncios, prometiendo sensacionales espectáculos: los pequeños hermanos siameses, por una suma módica, podían visitarse en su barraca; por una suma módica el panorama de la guerra europea, vistas galantes, la mujer menos mujer del mundo . . . Avesquín se unió, bajo las arcadas, a una enfilada corriente de hombres en traje azul, en trajes de pana, ebrios, lentos, todos con una tez vieja y extranjera y un andar lamentable. Las guirnaldas de rama verde, a la entrada de las cervecerías de nombre alemán —*Bürgerliche Küche*—, detenían un instante a los más rubios. Cancerberos fornidos —caras estigmatizadas— los invitaban a entrar, a alternar con damas de charla fácil y práctica. Pero estas gentes ingenuas sonreían, continuaban su camino, ante una invitación que tenía el aire del sarcasmo. Al abrirse el batiente de alguna puerta, salían a la calle bocanadas de luz amarillenta y humosa, risas, gritos. Mujeres de paso rápido caminaban de bar en bar. Ante los ojos de Avesquín caminó un hombre tambaleante, con un timón dorado en la manga, vomitó su alcohol en el cordón de la acera, volvió apresurado al bar, a llenarse. Tal vez al día siguiente sus manos iban a dominar, seguras, las válvulas de un inmenso navío. En las tinieblas de la calle adyacente circulaban parejas; los hombres regateaban, uno podía verlos indecisos. Y al lado de estas negociaciones miserables, de esta sordidez, de estos caracteres siniestros, Avesquín, absorto, vio cómo se respiraba en

la atmósfera un candor. En esta feria de espectáculos escatológicos, dominaba a los curiosos un candor: los hermanos siameses —feto peludo— adoptaban un aire mágico ante su vista. Un grandioso, activo candor: naturaleza profunda de esas gentes extranjeras demasiado débiles llamadas a deformarse en una constante reacción defensiva.

Los music-halls se sucedían con nombres extraños e impronunciables.

El Avón Bar quedaba en el extremo sur de la calle, frente al edificio del Correo, y lucía ante su escaparate —donde campeaban algunas botellas y un caballo de yeso blanco— dos reverberos irisados. Avesquín, con esa cara de visionario impuesta por la soledad y el silencio, entró. El salón, estrecho, estaba lleno de una niebla humosa y parecía un escenario de raras decoraciones: grandes tapices azules, en efecto, cubrían las paredes, señaladas de trecho en trecho por falsos balcones de madera labrada. Sobraban trapos, cortinas, como en esas habitaciones que se alquilan por horas donde flota un olor a humedad y polvos de arroz. Aquí todo olía a cigarro, a narciso negro; de las lámparas pendían papeles de color y esto cernía sobre la sala una lluvia pintoresca.

Avesquín sintió sobre sí las miradas de las mujeres. Un rápido juicio sobre sus bienes posibles cundió por la sala, al aparecer en el rectángulo de la puerta sus fuertes hombros, su palidez, su camisa negra. Caminó lentamente hasta una mesa próxima y un mozo escuálido se le acercó con indolencia. Como sus ojos tenían sólo un poder pasivo y su aire era modesto, ninguna curiosidad se detuvo en él más de lo necesario. Algunos hombres cantaban, acompañando la orquesta que estaba en lo alto, en un ángulo; la formaban señoritas, quince señoritas de piernas espectaculares, pero sus instrumentos estaban mudos. Sólo les correspondía el misterioso destino musical de las sirenas. De esa orquesta no sonaba más que un piano, escondido a retaguardia y librado a la tenacidad de un señor de anteojos. Esa tenacidad conseguía un gran ruido y a la sombra de ese ruido las señoritas enviaban hacia abajo, al salón, rápidas ojeadas de rabillos, gestos incitantes.

Una mujer enana, agitada y colérica, mandaba a los mozos detrás del mostrador, se acercaba a los clientes, atendía el

teléfono, blasfemaba, reía, batía las manos, se desesperaba por mantener una animación estrepitosa.

Avesquín la conocía; dos noches antes se le había acercado para hablarle, en el mismo bar: "Mi nombre es Madame Cier —le había dicho— pero puede llamarme Elsa". Después lo convidó con un vaso descomunal de whisky, porque "eso entibia e ilumina".

Sin entusiasmo, recorrió con la vista todas esas mesas. Sabía que toda su ansiedad era inútil por descubrir un alma inquieta, una herida comunicante, en medio de este tumulto de risas y voces; se desalentaba. Buscaba una cicatriz cuya historia hubiera valido un relato, ojos que revelaran una vida de pulso violento o acelerado, gestos de humildad fecunda, humana tierra en fin a la cual ir con sed y hambre y cansancio, porque necesitaba hablar, hablar. Pero —incluso el hombre de la barba en punta, callado en un rincón, y aquel núcleo ruidoso que brindaba y bebía— esta masa de desechos le parecía asquerosa. Iba llenándolo de una sensación de repugnancia que él, rápidamente, se esforzaba por combatir, evitando un malestar físico. Se llevó el vaso a la boca, los ojos entornados, tratando de establecer su propio diálogo, ahí en la pequeñaa mesa, de distraerse; evocó recuerdos y proyectos. Pero como por imposición de una conciencia más profunda, de una urgencia premiosa, volvió a mirar a su alrededor, a volcarse hacia afuera: había perdido los resortes enérgicos, toda vuelta a sí mismo le era angustiosa, insoportable, y seguía acumulándose en su espíritu una corriente insidiosa, sombría. Deletreó un gran letrero, colgado en la pared opuesta, hasta formar el título "Ordenanza Municipal"; repitió lentamente esas palabras mientras se acariciaba la barba mal afeitada, inatento a la pierna que balanceaba a su lado, insistente y sonriente, la compañera de un inglés dormido.

La música aumentaba su tedio, música propia del país quejumbrosa y pausada. En la puerta apareció un hombre. "Grand", gritaron de varias mesas, y del grupo que bebía y cantaba en un rincón, golpeando los vasos, partió un saludo estruendoso: "¡Viva el poeta eslavo Evaristo Grand! ". Un individuo pequeño, ventrudo y desmelenado alzaba de pie su medio litro, en actitud de saludo. El grupo repitió en coro tres veces aquel nombre, echando adelante sus jarras espumosas. El hombre saludó ceremoniosamente, caminó con gravedad, saludó a las señori-

tas de la orquesta, luego, al incorporarse al grupo, lanzó una carcajada, estrechó todas las manos. Alguien retiró una silla de la mesa de Avesquín para cedérsela al poeta, después de empujar violentamente a una dama que insinuaba palabras en el oído del héroe. El héroe apuraba tragos de todos los vasos ajenos, sin duda apresurado por confortarse. Otro de los componentes del grupo, envuelto en un sobretodo que no dejaba libre sino su cabeza desgreñada y un rostro pálido, golpeó la mesa con el puño, se alzó, tomó a una mujer próxima del brazo y la acercó al recién llegado: "Fruto sacro, fruto opimo", reía, ofreciéndola, mientras ella se abalanzaba sobre el poeta con un gran abrazo y los ojos cerrados de risa.

Avesquín veía aquello con sorpresa, con infinita sorpresa, y al cabo se asombraba de esta sorpresa. ¡Cómo tenía esa gente la vida fácil! ¿En qué consistía? Solamente en volcarse unos en otros; pero constituían un mundo, un mundo tan cerrado como todo lo que vivía entre muros en la ciudad, páramo hermético. Bebió el último sorbo de coñac y ese ardor que le prendió en la garganta no era más quemante que el extraño huésped cuyo dominio cada vez ocupaba en su atención más amplia zona.

El mozo volvió a servirle con obsequiosidad. Mientras permanecía abstraído contemplando el grupo, una mano le golpeó la espalda. Se volvió rápidamente: Madame Cier le sonreía.

Con grandes gestos, ella desenfundó algunos datos íntimos. Era francesa, había pasado los cincuenta años, su nerviosidad no era engañosa porque se despedía con ardor de una juventud sin brillo, se marchitaba, no concebía la oración, habitaba una casa de pisos con ventanas a un patio de luz que según ella se parecía a las sórdidas gargantas de la rue Saint-Honoré. Veía las mismas goteras, las mismas cortinas sucias, los mismos gatos arqueados. ¿Su vehemencia —pensaba Avesquín— no habría podido confundirse con "lo evangélico", con la de esas señoras del Ejército de Salvación? Pero ella no paraba de hablar. "¿No sabe usted lo que es la muerte? Yo la he visto, una vez. Era en París, en los altos de una sombrerería de la Magdalena, una noche siniestra. ¡Cómo era de sombrío aquel comercio! Usted viera. Tenía un zaguán, siempre en tinieblas; yo vivía en la casa de al lado, pero por ese zaguán veía entrar todos los días al hijo del sombrerero. El sombrerero estaba en un país lejano; el hijo habitaba solo el comercio, tenía su dormitorio en los altos. Conocí esa habita-

ción después de su muerte; verá, era curiosa, sobre una pared había, fijado, un diablo tan enorme que la ocupaba hasta el techo. El hijo del sombrerero era amigo mío. Un hombre desgarbado, grande y lánguido. Todas las noches, a la hora en que mi marido —Albert Nathaniel— pasaba ebrio frente al escaparate de su negocio, él me mandaba flores. Cosa extraña, las flores eran siempre viejas; no flores de sepulcro, pero lo parecían: no tenían ningún aroma. A veces alhelíes, otras veces rosas. Aunque me festejaba —algo intolerable— éramos muy amigos. Mi marido se reía de él a carcajadas, le hacían gracia sus zapatos porque afirmaba que eran justamente del color y las proporciones que convenía a su calva, a la calva del hijo del sombrerero. ¿Usted se explica esto? Mi marido bebía entonces ajenjo y esto le ha hecho siempre un daño enorme. Un día el hijo del sombrerero se enfermó. Al fin se sintió tan grave que las quejas se oían desde mi cuarto. En un principio no le hice caso, traté de no oír; después los lamentos aumentaron de un modo espantoso; mi marido no los aguantaba, desaparecía. Aumentó su dosis alcohólica y se calló. Por fin, fui. Entonces me di cuenta de que, realmente, lo estimaba y de que su ropa, sus pañuelos, abandonados sobre las sillas, me producían un dolor. Desde luego yo no estaba sola con él mientras permanecía tendido en la cama, con los ojos abiertos, inmóviles, yerto —¿comprende?—. Había dos mujeres más y un chico. Ellas parecían hermanas, vestían igual y ocultaban sus rostros mitad en los pañuelos, mitad debajo de los grandes sombreros; el chico metía un ruido infernal arrastrando por la pieza un vaso, un cepillo y dos caracoles de adorno que había atado como si fueran un carro. Nadie me preguntó nada, entré, me senté. Me senté. Ninguna de las mujeres me dijo nada, se limitaron a mirarme, siguieron sollozando, tenía un aspecto espantoso, deplorable. ¡Qué silenciosa tragedia, en aquella pieza! El chico de repente lanzaba un grito de gozo, de pronto se callaba; tenía una frente precoz. Era espantoso, créame, espantoso. El hijo del sombrerero, entretanto, parecía contar en el techo una cuenta interminable. Transpiraba y dejaba caer una mano. De repente se incorporó, me miró —un rato largo—, de un modo tan intenso, tan desolado, que me sobrecogí . . . Me sobrecogí, temblaba; estuvo un rato así, incorporado. Las mujeres no lo veían; el chico se divertía enormemente, riéndose, al fin aplaudió. Tuve tentaciones de matarlo, fijé la vista en una

percha, con la cruz de hierro. ¿Usted se da cuenta de lo que era aquello, con la criatura aplaudiendo y saltando como un loco, lleno de gozo, el hombre incorporado con unos ojos fijos, las mujeres entregadas a un llanto sin convulsiones, interminables? ¡No, no se da cuenta . . .! Súbitamente el chico se llevó las manos a la cabeza, profirió un grito desgarrador. Las mujeres gritaron sin destaparse los ojos que había muerto. El hijo del sombrerero estaba muerto; seguía en la misma actitud, ¡advierta! , pero muerto. Me sentí llena, de pronto, de sentimientos extraños, curiosos, muchas ideas me invadían en tropel. No se las puedo contar, pero eran atroces; sabe, atroces . . . Diferentes ideas y confusas, otras nítidas, algunas hasta pornográficas —una mujer en actitud forzada—, otras suaves, deliciosas ideas; al mismo tiempo me llegaban con suma violencia sentimientos contradictorios, temblores de miedo, ansias de correr, de huir, junto a la amable sensación de estar hamacándome, meciéndome en un parque donde algunos niños reían. ¡Ah, señor, aquella confusión era terrible, un desvanecimiento despierta; no sé cuanto duró, tal vez minutos, tal vez horas porque nunca supe tampoco el momento exacto en que había muerto. Después de esa locura, la claridad fue violenta. Miré a una de las mujeres; ya no lloraba; no lloraba, tenía en cambio en el rostro una expresión dulcísima, transportada, mientras el chico corría por el cuarto metiendo un ruido infernal con el lío que arrastraba . . . Entonces supe lo que es la muerte. Tal vez lo sepan también los que, en un día final, estén a mi lado, aunque tampoco puedo abrigar esa esperanza porque Albert-Nathaniel no tendrá para esa época un solo minuto lúcido, el alcohol lo habrá anegado por completo. Pero, fíjese bien: la muerte de aquellos con quienes estamos en contacto, unidos por una alianza misteriosa o por amistad, es algo que nos llena, de pronto, con un transporte de vida extraña, nueva, una corriente que nos entrega la misma vida que acaba de retirar minuciosamente al muerto, algo que nos infunde sus sueños, sus últimos pensamientos, sus recuerdos finales. La víctima queda exangüe entre nosotros y hasta su propia muerte — ¡créame! — lo abandona para servirnos".

Después, como si Avesquín estuviera interesado —él sorbía su licor sin hablar, lleno de estupefacción—, terminó con un gran suspiro, levantando las manos: "Ah, mi Albert-Nathaniel no se corrige. Lo he ayudado — ¡a cada uno se nos exige un heroís-

mo! — pero inútilmente: como todos los que están por ahogarse, Albert-Nathaniel nada hacia abajo . . .".

Cuando ella terminó, Avesquín tenía los ojos absortos en la puerta. Una figura miserable y grotesca, sin sombrero, con gestos pesados, llevaba el compás de la música, describiendo apenas en el aire el signo de la cruz. En la atmósfera amarillenta, densa, caía desde la calle esa grotesca bendición. Madame Cier se subió a la tarima de la orquesta e incitó a las damas a la animación y la risa. Avesquín se levantó, salió. Un tropel de marineros ruidosos le llevaron por delante y él los rechazó con debilidad. Caminaba lentamente y sólo apuró el paso al doblar la esquina, al dejar atrás las últimas banderolas del Avón Bar, por donde trascendía la voz aguardentosa de la diminuta francesa, cantando con un aire cínico aquellas palabras que resonaban, se apagaban, desaparecían en la atmósfera nocturna:

"Voici les compagnons d'Ulysse
prenez garde pauvres sirènes:
ils rapportent des mers lointaines
des tristesses, des siphylis".

Como una fuerza poderosa y activa el silencio ocupaba la ciudad. Era una ocupación, la de este gas deletéreo, hasta media altura de los edificios. Avesquín se levantó el cuello del saco —soplaba del río un aire seco, penetrante— y ascendió las callejuelas bordeadas de árboles desollados. Escuchaba el silencio y el eco del silencio y esta acumulación pasiva lo ensordecía. Por momentos, un espasmo de rabia amenazaba ahogarlo. Todos los esfuerzos no le alcanzaban para imponer una violencia física a su protesta, a esa rebeldía repentina que ansiaba armar, fortificar, contra el desierto opresor. Todo sucedía en él bajo la superficie. Con esta fuerza, con estos brazos, cómo resignarse a errar sin hallar una mano cuya amistad pudiera ponerse a prueba, un obstáculo con el que medirse. Y no le parecía marchar hacia la vacía inmensidad, sino que la inmensidad viniera hacia él, amenazándolo como esas masas descomunales que angustian las pesadillas de los niños. Sentía sus ojos abiertos ante esa amenaza y sufría, se tenía lástima; caminaba rebelándose y apagándose, un instante

exaltado y otro presa de un infinito desaliento y sus pasos cambiaban así, por metros, de ritmo.

Pero, pensó que su vida no podía comunicar en el fondo sino con este desierto y tal idea melancólica lo llenó de emoción. Pensó que vivir es desarrollar energías, proyectar emociones, pasiones, en una sucesión progresiva y en él todo estaba de regreso, todo su caudal humano volvía de la acción, fatigado. Fatigadas las piernas y el alma, con esa fatiga trabajosa que se parece a un rale. Fijó los ojos en aquello que lo rodeaba, a la izquierda y a la derecha, hacia adelante, bajo la hermosa bóveda nocturna: muros y muros, estupendos falansterios rectangulares; contra todo esto había rebotado, y volvía, traído por el violento rechazo.

Llegó a su hotel. Los escalones de madera apenas se distinguían y subió con dificultad, encendiendo fósforos. En la puerta cancel dos leones dorados, pintados sobre los vidrios, convergían en una sola lengua rojiza, se atacaban condenados fatalmente a la unión por ese órgano único. A tientas, Avesquín llegó a su cuarto. Todo el hotel dormía; el reloj, en medio del corredor alto, anunciaba las dos. Se sentó en la cama sin desnudarse, sin encender la luz; después dejó caer la cabeza en la almohada.

Un tropel de palabras inútiles, como un asqueroso vómito, se le agolpó en la cabeza, vagas palabras oídas durante el día. Volvían a la superficie desahuciadas, como debían volver, cada día, nocivas, en cada hombre.

Rumor renovado, constante, sentía aquellas frases como un pulso enfermo en su propio cerebro. "Viva el poeta eslavo Evaristo Grand", voces femeninas: "Querido, lindos ojos, querido" . . . luego, atropelladas, las otras palabras —ah, estúpidas— ese desperdicio, ese lastre de palabras que en él no prendían, erradas en su destino, repugnantes . . . "El hijo del sombrerero estaba muerto, en la misma actitud, advierta, pero muerto".

¡Ah, carga recogida a diario, venenos diluidos que nos atraviesan! Palabras, frases, conversaciones interminables a las que es necesario escuchar, asentir, responder. Avesquín se apretó la frente, trató de paciguar aquel fluir veloz de confusas palabras. Durante un rato estuvo quieto, en silencio; de la ventana venía una luz lechosa y pobre.

De pronto se alzó, corrió, poseído, abrió la puerta de su cuarto, golpeó el tabique que lo separaba del contiguo y escu-

chó. Escuchó. Nadie respondía y una gran calma pesaba, continuaba. Salió al corredor; un anciano de barba blanca, vestido con un largo camisón, de galera, con una palmatoria apareció al cabo en una puerta. Trémulo, Avesquín corrió hacia él, pero ante aquellos ojos sorprendidos, espectantes, tranquilos, se detuvo. Mientras el viejo le dirigía una pregunta en cierto idioma ignorado, no pudo contestar, balbuceó una excusa, volvió a su pieza. Desalentado, se acostó, despacio, como si fuera a dar comodidad a su cansancio. Clavó los ojos en el techo; por su alma tensa, desfilaron rostros familiares, paternales, gestos y tierras queridas, la mujer muerta meses antes, con su pasión, sus ojos claros, su ternura.

Y una mañana más, una tarde pasaron, y ningún muro se ofrecía en la urbe para el panorama del Acrópolis. Llovía. Avesquín, que se había levantado con gestos nerviosos, defendió su habilidad, rogó, derrochó palabras extremas. Almorzó, la patrona le preguntó en el hotel por su salud; después volvió a caminar por las enormes avenidas centrales, cuyo asfalto irradiaba soportando la cortina lluviosa.

Al anochecer la metrópoli adoptó de nuevo su aire cocotesco, su profusión de cornisas iluminadas. A todo ilustre viajero se le recibía con guirnaldas luminosas. Algunos tomaban esto como la expresión de un regocijo; en el fondo no había más que frialdad como en el rostro que la mueca ilumina.

Avesquín volvió al Avón después de haber peregrinado rondando el corazón de la villa como un malhechor sin suerte. Su ropa, que tuvo en días anteriores, un aliño modesto, aparecía ahora descuidada, resuelta a seguir el desorden de aquel ánimo. El bar estaba desierto, la plataforma de la orquesta mostraba los instrumentos enfundados, un mozo limpiaba sin entusiasmo la máquina niquelada del café. No estaba Madame Cier y en realidad toda la sala tenía un aire de negro esqueleto, vestido con tapices y adornos. Pronto estuvo sentado ante un brevaje turbio; con un gesto que revelaba su agotamiento sacó de un bolsillo papeles, prospectos, cartas grises, una magra cartera. ¿Bastaban estos gestos para llenar un transcurso de horas, para llenar ese gran vacío motivado por el debilitamiento de las sensaciones, por una disminución profunda en el tono de vida? Los cabellos

caídos sobre la frente, los ojos inquietos, la creciente demacración, toda su nerviosidad indominable revelaban en él un apuro. Ordenó los papeles y los volvió a guardar, mientras preguntaba al mozo la hora. Estaba ansioso por irse; abandonó unas monedas y salió.

Constató su ansiedad, su apresuramiento como algo fatal, en medio de aquella actividad de fiebre que hacía girar a un mundo en su torno. Tal vez esa prisa fuera capaz de originar en él objetivos, puesto que toda actividad, aun ciega, lleva ya en su curso un intenso destino. Perseguido por esa ideas, él se rebelaba, a cada instante, contra esa pasividad a la que era naturalmente propenso, temperamento contemplativo y afinado. Se rebelaba; echó a andar, siempre por el barrio paralelo al río, y vio, próximo, en la plazoleta, el brillo de los árboles mojados. Un pequeño cinematógrafo, cuyo vestíbulo parecía la boca de un horno tenebroso, llamaba al público con su timbre constante. Grandes letreros anunciaban a Selma Simpkins en *El beso*, "no apta para menores".

El cinematógrafo tenía una sala muy estrecha, miserable desfiladero de sombras. El propietario la había llenado con viejos bancos de iglesia de los que, a lo ancho, sólo cabía uno. Durante la función parecía de este modo un aula o una capilla sórdida, en tinieblas, con un piano por altar. Flotaba un olor a serrín húmedo y a grasa, y por las cortinas traseras entraba frío.

Al sentarse, en la punta de uno de esos bancos, Avesquín tocó a su lado una mano pequeña, helada, que se retiró velozmente. No alcanzaba a ver nada más que la forma de los asientos y la imagen, borrosa y gastada, en el telón. (El galán echaba llave a la puerta, se volvía hacia el público, en primer plano, con unos ojos siniestros y sensuales). Avesquín advirtió cómo se iba destacando, formando, a su lado, en la sombra, una cara de infinita blancura, una garganta femenina. Su corazón saltó, con ese celo inquieto que la ansiedad compone, se contrajo. Cuidando de no ser notado, volvió apenas la vista: una cabeza joven, de cabellos cortos, de labios entreabiertos, expectantes, permanecía atenta al film. Seguro de su impunidad, la miró más detenidamente. La muchacha vestía de negro, tenía el cuello un poco abultado en su base, curva mórbida, allí donde descansaba el collar de minúsculas perlas. Sus ojos, atentos, habitaban cuencas

profundas; esto prestaba a su rostro un aire de magrura doliente, de abstracción. Avesquín volvió los ojos a la escena, pero ciegos; esa sola vecindad —palpitante, femenina, viviente— le infundió un bienestar, su aislamiento cedía como si aquel cuerpo delicado y joven trascendiera un contraveneno inmediato. La sintió sonreír, sonrió; el pianista rompía en fugas maltratadas, pero todo le parecía ahora maravilloso.

Se encendieron las luces, ella se volvió hacia él y él, apenas, libró su rostro como si este movimiento limpiara con dificultad unos goznes secos. Pero en seguida volvieron las tinieblas y la escena, el drama.

De pronto, la muchacha se rió a carcajadas y, como obedeciendo a un gesto inconsciente, "Mire, mire", exclamó. Avesquín sintió crecer en su rostro la turbación, sin respirar esperó que ella reaccionara. Pero seguía inclinada hacia adelante, en éxtasis, la mirada animada, los brazos apretando la silla. Entonces él dijo: " ¡Qué barbaridad! ", comentando; nada más que eso, nada más que esa cosa estúpida, y se quedó trémulo, contento. Y poco a poco fue organizando su coraje y cuando se encendieron definitivamente las luces, terminada la función, la miró insistentemente. Salió a su lado, mientras ella bajaba la vista y se cubría con la piel pelada. La muchacha se detuvo en el vestíbulo, ante un retrato del actor; Avesquín hizo lo propio, su rostro estaba radiante, tenía ganas de aplaudir allí, ante ella, al héroe. "Trabaja endiabladamente bien", balbuceó en su mal español. "Muy bien", contestó la muchacha con seriedad, "mejor que el príncipe Divani en *El cetro real*".

Después de lo cual él se animó a invitarla, comieron juntos. Ella lo miraba de un modo profundo, circunspecto, desde el fondo de sus cuencas ruinosas, con esos ojos de una intensidad y un alejamiento como Avesquín no había visto en otro país. Ojos que mordían sin retirarse, desde una remota región del alma. Ojos que había visto en las calles del centro, en esas mujeres que miraban con rencor, con soberbia. Comieron en un restaurante de paredes blancas como un laboratorio; ella bebió sobriamente y comió apenas, mientras el hombre permanecía suspenso, dejando que los platos se enfriaran sin probarlos. La muchacha contó que formaba parte de una orquesta. El dijo una broma respecto al film; ella lo escuchaba sin sonreír; era muy seria, apenas pronunciaba algunas sílabas. ¿Pero necesitaban acaso hablar?

"Tierra, tierra que da estos ojos, este color de carne —pensaba, exaltado, Avesquín—, fruta de labios tibios".

A él le costaba hablar, pero hablaba; por momentos sofocado. La muchacha no se reía de sus errores, se los corregía de un modo cortés y grave, con la mirada inmóvil.

¿Qué hacer, una vez que comieron? El extranjero no se hubiera animado a nada. Ella esperaba, silenciosa, en la calle. Había dejado de llover. Nubes cargadas y bajas pasaban con rapidez. Los faroles de los vehículos iban abriendo en el suelo bituminoso un rastro amarillo. Avesquín comenzaba a sentir una incomodidad ante aquella mirada seria, cargada de preocupaciones lejanas y enigmáticas. "¿Quiere visitar mi palacio? ", preguntó con ese humor de los que pertenecen a una raza cándida, afectos a una naturalidad antigua y nativa. Ella provenía de otras fuentes, más refinadas y complejas. "Vamos", dijo, y esa sequedad a él lo dejó confuso.

El aspecto del cuarto era frío y duro, desmantelado; sobre la cama sin mantas, mostraba una frazada color crema de extremos rojos; desproporcionada, la ventana estaba más próxima del techo que del suelo y, también alto, brillaba un espejo, pobre, cuyo marco debió ser alguna vez dorado; la habitación no tenía cortinas y el papel exhibía un color indeciso. Alguien había fijado hacia un rincón, sobre la cómoda, el recorte de un cisne negro.

La muchacha se paró debajo de la lámpara, se sacó la piel, paseando sus ojos sin curiosidad por la estrecha habitación. Sus gestos eran tranquilos; cruzó los brazos sobre la falda. "¿Le gusta estar acá? —preguntó él—; el cuarto es frío y feo pero podemos conversar". "Cómo no —respondió ella, sin convicción—; podemos conversar". Avesquín levantó una mano escuálida, decidida a acariciar los cabellos recién descubiertos de la muchacha, negros, la mejilla sombría; pero, detenido de pronto, dejó caer el brazo y permaneció inmóvil y serio, como ella. ¿Qué cosa podía animar aquellos ojos anclados? "Está preocupada, sin duda . . ." —dijo él. "No, no estoy preocupada, ¿por qué? ". Ella respondía, ahora, con cierta violencia, como si la pasividad del hombre la fastidiara. Avesquín apoyó su espalda en el muro. La muchacha fijó sus ojos en el hilo negro de la luz

eléctrica que bordeaba el techo y desaparecía por el dintel de la puerta.

Una pausa fue creciendo entre ellos, desarrollándose tanto que sus dos respiraciones, como una defensa, se hicieron sensibles en la atmósfera; él, obsesionado, mantenía los ojos en aquel comienzo blanco de la garganta, sujeto a una lenta palpitación. De instante en instante subía algún ruido de la calle, algún grito, luego una de esas calmas que se organizan como un intenso rumor. A la muchacha no parecía preocuparla este estado; inquieto, Avesquín, acariciando el paño de la mesa, sus dibujos, no hallaba una puerta para el diálogo, hasta que al fin, cuando ella dejó de mirarlo con inexpresiva tenacidad para clavar sus ojos en la ventana, él comenzó a contar, un poco vacilante, su vida; y empezó por la infancia enfermiza y llegó al capítulo de las fiestas universitarias, en diciembre. La muchacha buscó en su cartera un pequeño espejo, se miró; luego siguió escuchando, con una atención tal que se advertía dirigida a otros puntos ausentes, distantes de aquel relato y de aquella habitación. El advirtió este ajenamiento y, levantándose, alejándose repentinamente de la mesa, enfrentó el rostro severo y dulce de la muchacha, con un gran anhelo de llamarla a su presencia, de atraer para sí ese hilo patético que los negros ojos proyectaban hacia un mundo remoto. Apresurado, vehemente; con las manos desesperándose por ayudar las palabras, fervoroso y mal abogado, se dio a describir los modos de aquella generala que acechaba con equívocas pretensiones, en un palacete venido a menos de su pueblo, a los universitarios; aquel monstruo de insinuantes gestos. Imitó, dando a su boca un esguince violento, el despecho de la generala, hija de un loco vienés de barba roja. Esto, que él creía pintoresco, no lo advirtió ella: fijaba unos ojos ahora presentes pero estupefactos en sus ademanes, exagerados por la vehemencia. Entonces volvieron al silencio y ella siguió librada a una grande y densa preocupación.

—Lunes —dijo al fin la muchacha, contando con los dedos de uña roja—, somos lunes; martes, miércoles, jueves, viernes: cuatro días más antes del viernes. ¡Qué día espantoso va a ser el viernes, para mí qué día, terrible, terrible! Pero no contó más.

Avesquín caviló. ¡Infinito destiempo que preside los encuentros humanos! Imaginó un universo dramático de horarios confundidos, lleno de gentes que chocaban extraviadas. Abajo, en la

calle, ¿qué tiempos coincidirían para ese desfile oscuro y tumultuoso? Toda una grey arrojada en corrientes que ya no se corregirían en su desorden hasta una hora final, hasta un extremo minuto. Tomó la mano de la muchacha.

Sin duda aproximó demasiado su cabeza.

—Acarícieme —le dijo ella con severidad—, si quiere, pero no me bese.

Sorprendido, él retrocedió. La muchacha permaneció impasible, se llevó la mano a la cara, sacudió sus cabellos hacia atrás. Avesquín tuvo la certidumbre de que sus ojos estaban ausentes, su ánimo ausente, y que sólo aquella carne mate se le entregaba.

Pero era una carne hermosa y nueva, desconocida; áspera y cerrada como la vida de su ciudad, carne llena de silencio, fuerte, madurada en la húmeda sombra, en esa humedad que ya ha perdido la tierra europea, árida y agrietada. Se abalanzó sobre aquel cuerpo, y la muchacha, apenas con un gesto, lo apartó, comenzó a desnudarse. No lo miraba. Parecía prepararse a cumplir una labor grave y triste, trascendental, y tenía la frente dominada, sin duda, por esa preocupación que exteriorizaba aplicándose lentamente a doblar su pollera negra, su blusa, tan pobre como pretenciosa, sus medias.

Avesquín, de nuevo, se adelantó, puso la mano sobre aquel pecho en el que aún crecía una fuerte juventud. Ella lo dejaba hacer, dócil. Temblando él acariciaba el seno con suma dulzura, poseído de una ternura voraz y tímida.

Pero como tocado por un grito interno, espantoso, detuvo de golpe su mano. Inmóvil, abría unos ojos desmesurados. En toda su infinita hondura abarcaba —mirando la dulce piel femenina, los labios entreabiertos, la mansa y repugnante espera— el abismo que separaba su angustia de ese objeto de goce.

Los pasos de los dos resonaron en la escalera, trastabillantes, como un cuerpo que cae.

La noche estaba húmeda, helada y él apretó el paso sin saber todavía qué dirección tomar. En la calle ya sólo algún reverbero alternaba su luz con el aliento último de los bares, exhalado en las aceras como un espectro lechoso; pero nada de eso veía, sus ojos estaban absortos en una visión remota y cruel. Así pasó por delante del Hotel Municipal para emigrados, de la adyacente

plaza que era un pozo sombrío, de la estación suntuosa, abierta como una gran boca hospitalaria. Iba con la cabeza tendida hacia adelante, como si esta tensión satisficiera su apuro. Un rumor martillaba su oído: " ¡Huir! , ¡huir! " y su impotencia ante este grito que se mezclaba con obsesionantes imágenes del pasado se convirtió en una sorda exasperación, en una desesperanza infinita. Se paró, atento al silencio circundante, y desde esa esquina vio en la plaza, dormidos, en los bancos, a unos cuantos hombres, encogidos, helados, sucios de esa costra que los aísla en un mundo ya ilusorio y sin pena. Miró las calles desiertas que se bifurcaban allí; de un lado el río, del otro las grandes moles silenciosas, con sus ventanales herméticos, blancos. Un hombre como él, solitario, apenas visible en la noche, limpiaba la esfera de un alto reloj. Avesquín movió los labios sin hablar, sintió la mezquindad de su cuerpo en medio de aquel mundo preciso, seco, grandioso; el frío y la soledad lo agitaron en un estremecimiento. No tenía por qué permanecer ahí parado, por qué estar más adelante o en otro sitio, la ciudad lo desconocía, su volumen humano sobraba en esa feria de carne velozmente dirigida hacia éxitos concretos. Exhaló un gruñido ronco, volvió la espalda a la región edificada, y se apresuró en dirección al río. Huir, huir —el martilleo seguía, su conciencia retenía ideas siniestras que iban tomando forma. Pensó en la única salvación, ofrecerse en un cargo, embarcarse, partir. Su corazón palpitaba, temió de pronto, ante esa próxima claridad, desvanecerse, caer; dio unos pasos más y, presa de un miedo vago, corrió, como si quisiera dejar atrás la masa cruenta de tinieblas. Corrió, sólo su palidez iluminaba, atravesándola, la noche. Tuvo que cruzar las vías del ferrocarril; al fin vio los navíos; un bello halo agigantaba sus luces. Una profunda angustia acumulada lo hacía jadear y, al tropezar con un alambrado, cayó. Había quedado en una postura grotesca, extendido como un sapo, y se incorporó, despacio, sin pararse. Podía esperar el alba así, inmóvil: las embarcaciones estaban cerca. Las miró con alivio y esperó, antes de volver los ojos hacia esa elevación ya distante, donde comenzaba la ciudad, sus edificios, el páramo inmenso: Buenos Aires.

Los versos que Mme. Cier declama en este relato y que había leído en una vieja revista, pertenecen a M. Jean Cocteau.

N° 9. Julio de 1934.

SUERTE DE JACOBO UBER

I

Una sola cosa salvaba a Jacobo Uber de la abominación: era esa substancia de sufrimiento con que había amasado su vida y que acabó por destruirlo.

Jacobo Uber era un hombre pequeño y magro, muy regularmente atado a sus hábitos, que se turbaba antes de hablar. En realidad esto le sucedía con todos aquellos seres cuyo fondo no conocía. Con sus camaradas, con los miembros de esas familias del azar de que habla Dostoiewsky y que cada hombre en su torno va creando, Jacobo Uber se sentía, por el contrario, extremadamente cómodo. Afectado de una extraña dolencia del alma, en la compañía de estos hombres pugnaba por escapar de sí, y en raros minutos de felicidad lograba, en efecto, alejarse de la atmósfera interna que desde niño lo sofocaba.

Durante años y años, su gran afán consistió en librarse del peso de ese aire viciado que llevaba dentro. Quiso desviar los ojos de sí y volverlos hacia la salud multiforme del mundo en sus islas más altas. Pero este pobre hombre no consiguió nunca matarse lo suficiente como para renacer y hubo épocas en que se arrastró a sí mismo, por detrás de su voluntad y su espíritu —que marchaban avanzados con un aire triste—, como se arrastra un despojo. Era también penosa en él esta caridad con que consideraba todo lo que encerraba de inmodificable y que le había sido dado por la naturaleza con espíritu de condenación.

Fue un hombre muy solitario y muy triste. Lo más grave de todo: *un hombre que no acabó de nacer nunca.* De los que le conocieron yendo y viniendo por la gran ciudad, movido por los exteriores resortes de todo el mundo, nadie sospechó siquiera semejante condición. Por el contrario, les parecía un hombre de

vida tranquila, seguro de sus placeres, cómodo en su hábitos, relativamente satisfecho en medio de los humanos motivos de aflicción. Y desde su camarada más próximo, un inspector jubilado de recaudadores amigo de los artistas, hasta la propia señora Folán que llevaba la contaduría en el séptimo piso de la oficina, veían en la soledad de Jacobo Uber cierto fondo de aburguesado egoísmo, al que se referían en su presencia con benévola ironía.

La vida de este habitante de Buenos Aires no podía ser más banal. A través de ella sólo se llegaba a tener noción de una blanda conformidad frente a las mutaciones del mundo; Jacobo Uber desempeñaba un puesto público, vivía en una pequeña casa del barrio sur, era apasionado por el cinematógrafo y almorzaba los sábados en una rotisería francesa, donde le servían platos de suculenta sazón: "Aloyau roti aux legumes panachées" u "omelette a la Tour de Nisan", con una media botella de Chateau-Margaux. Había épocas en que se había pasado la semana esperando este momento; después, como si su paladar se hubiera estragado, siguió yendo al restaurante por inercia, sin encontrar especial sabor en la comida.

Era empleado público desde muy joven. Su padre llegó de Europa —era oriundo de Lyon— también antes de la madurez y la vida argentina lo asimiló rápidamente. Murió una tarde en una estación de ferrocarril, de una angina péctoris. Jacobo Uber se fue entonces a vivir, con el pequeño patrimonio que recibió, a la casa donde había transcurrido su infancia y que su padre había tenido alquilada a un matrimonio belga a fin de poder percibir esta renta y gastarla en alcoholes caros. Su hijo había vivido hasta entonces en una pensión y cuando llegó a la pequeña casa ruinosa que ocupaba un primer piso sobre un comercio, sintió su corazón lleno de congoja, por una causa inexplicable, como si se fuera a refugiar en los cuartos de aquel edificio con el infortunio y la desesperación.

Se complacía en pintar él mismo la casa, de tiempo en tiempo, variando los colores de las habitaciones; respetaba sólo el cuarto que había pertenecido a su progenitor y que estaba siempre cerrado, lleno todavía con los objetos que le pertenecieron: cómodas barrocas, frondosos candelabros y espejos de grueso marco ornamentado. Una vez por mes abría la ventana de ese cuarto y dejaba que el polvo se aventara; luego volvía a clausurar herméticamente las puertas.

Había sido hasta entonces un gran aislado. Poco propenso a las juergas y eternamente sombrío al regresar con los grupos de joviales camaradas de las casas de cita donde los agasajaban siniestras matronas de batón floreado. Tampoco le divertían los bailes ni los espectáculos sportivos; en estos últimos se hallaba siempre deprimido por la brutalidad del público y la terrible atmósfera de exacerbación que quedaba flotando, al final del acto, sobre el estadio desierto. Se complacía, en cambio, en la amistad de algunas mujeres que trabajaban en distintos sitios de la ciudad y a las que había conocido de mil maneras casuales y sencillas.

Trabajaba en la oficina de un modo obstinado, forzando su mente naturalmente propensa a la divagación y al ensueño. Bajaba los ojos sobre el teclado de la máquina y leía: "Expediente A - Legajo C. Y. Z.". No se había propuesto ser un excelente empleado, pero quería, eso sí —¡y de qué modo! —, arrebatarse a esas ideas hacia las que tenía inclinación y que lo agotaban penosamente. Esas ideas consistían en considerar su propio aislamiento y le traían de pronto miedos vagos pero insoportables. Lo que más lo hacía sufrir era imaginarse a la humanidad como un todo al que él no estaba unido por lazo alguno, como no fueran las superficiales vinculaciones que su vida vegetativa le creaba. Una madrugada había tenido que refugiarse en un café, como huido de la calle y de la urbe, y estuvo allí anheloso, encogido, palpitante, sorbiendo un vaso de cognac y viendo a todos aquellos hombres que le eran extraños repartidos en las mesas en medio del humo azulado y del halo amarillento de las lámparas. Pero al lado de estos extraños subía, al menos, un calor; mientras fuera, en la calle, en plena noche, ¡qué tremenda penuria para su alma librada al desierto!

Se sentía vivir como en un sopor. Abierto de ojos e inmóvil como una anémona. Por la mañana salía para la oficina sorbiendo el aire y el sol, no sin alegría. Pero desde que entraba en la corriente de seres y rostros entre los que debería cumplir su jornada, sentía una desazón profunda, un desencanto de todo, que se cernía en el fondo de sus actos mecánicos y de sus palabras superficiales. ¡Palabras superficiales! ¿Es que había dicho alguna vez otras, más profundas? No. No, no había tenido nunca a quién decirles, ni ocasión de pronunciarlas. Jamás había confiado nada a nadie, jamás se sintió lo suficientemente cerca

de un ser como para librarle eso que él veía como la vaga historia de su existencia y que sin duda no tendría, objetivamente, interés alguno.

Esa sensación de desaliento comenzó a crecer en él a los treinta años. Antes había sido regularmente despreocupado, pero a partir de esa edad pensó mucho en su responsabilidad como hombre y en su fracaso sentimental que se expresaba bajo la forma de una árida soledad y una permanencia en el raro mundo recóndito que encerraba. Pensó en ahorrar y viajar (en distraerse, traerse fuera de sí), en abandonar su puesto e iniciar otra vida, dar paso en su existencia a la aventura. Pero todo esto con el tiempo, fue quedando en nada, como si antes de moverse en cualquier de esos sentidos tuviera él la certidumbre de su fracaso. Seguía inclinado sobre los legajos, después de haber recorrido —no sin alegría— las aceras soleadas y haber almorzado frugalmente en un bar económico de la calle Reconquista; extendiendo informes en los que no pensaba al escribir y mirando, desde su escritorio, a la señorita Rebeca que escribía con dedos veloces y mostraba por debajo de la mesa sus piernas enfermizas y flacas. Pensaba en lo que sería la señorita Rebeca en la intimidad y en los resortes que movían en ella aquella tenaz animación. ¿Pueden existir seres para quienes cada gesto de la vida no tenga un rictus dramático, un fondo trágico? Indudablemente, vivía rodeado de este tipo humano desaprensivo, tan diferente a él que envidiaba. Los envidiaba por lo que de ellos *vivía* fuera de ellos mismos. Por poder volcarse en pasiones hacia otros seres, espectáculos o cosas. El en cambio, se sentía destinado a vegetar entre los objetos que le eran familiares —una cama, un restaurante, un "aloyau roti", un cuarto lleno de litografías e imágenes recortadas —profesándoles ese afecto que nunca había podido dirigir hacia algo viviente. Se consideraba con melancolía tal como era: un receptáculo humano conteniendo un mundo sin salidas, es decir, un mundo estancado donde los mirajes se mueven sin correr y sucederse por otros. Solamente su imaginación era en él algo activo. Y en vez de vivir imaginaba, creaba en ese mundo interno cosas que comenzaban en él y acababan en él. ¿Qué cosas? Todo lo que, en cada instante, hubiera querido vivir y no vivía.

Todo lo que en cada instante hubiera querido vivir y no vivía. Andaba habitado por las imágenes de esta vida ficticia y

esto acababa por dejarlo siempre extenuado y angustiosamente sombrío. Era entonces cuando hacía esfuerzos por ir hacia la realidad, por dejarse a sí mismo para lanzarse hacia el mundo, por extravertirse. Y la historia de esta lucha era en él terriblemente dramática; lo único que en definitiva lo acercaba a lo real, lo único que no era en él ficción interior.

El mundo, tan efímero en su plano físico, ¡qué extrañas resonancias despertaba en él! Al propio tiempo qué cúmulo de decepciones taciturnas y de amargos regresos a la inmutable verdad concreta. Raptado por sus espejismos, su vida ficticia era infinitamente vasta, pero reducida hasta el último extremo en los goces que extraía de lo humano y lo real. Los días de fiesta salía con su amigo Lucas Mordach al campo y caminaban por las vastas praderas monótonas hasta el anochecer; luego, en invierno, tomaban un té con anís en el bar de la estación y en verano un mazagrán delicioso en medio de los grupos de pacíficos agrarios. Lucas Mordach, un raro personaje verboso y sensual, mordisqueaba las flores de calicanto y guardaba en los bolsillos puñados fragantes de cedrón. Sus ojos se avivaban, su boca se entreabría respirando la delicia salvaje de la tierra prolongada en arbustos y las típicas copas planas de los árboles del país. Pero, caminando al lado de Mordach, Jacobo Uber no advertía la forma perfecta de un ombú ni el "óleo litúrgico" de los pinos sino cuando aquella voz gangosa lo llamaba a fijar la atención; él tenía ante sí, mientras marchaba dándose pequeños golpes en la pantorrilla con una rama verde, multitud de imágenes que nada tenían que ver con el paisaje circundante. Eran delicadas representaciones, mirajes en los que se disponían las circunstancias de un modo mágico, ensueños. Le parecía estar caminando en las botas de un granjero, con un delantal azul de peto alto y un ancho sombrero de paja, viniendo desde el lado del horizonte hacia su casa, en la que había una mujer y un niño de pantalones demasiado largos que masticaba semillas; pero sobre la casa y esos seres pesaba un agüero de tragedia. Eso le parecía. El sol no daba sobre éste o aquél árbol, en la pradera, sino sobre su miraje. Algo semejante le pasaba cuando salía, algunos primeros de mes, a cazar perdices coloradas o a pescar truchas en el lago de Baldivén; sin embargo, en estas ocasiones, la voz de su compañero, una voz fuerte y sana, lo dejaba extático, oyéndolo casi sin escuchar. "Qué hermoso día de campo", exclamaba

cuando volvían en el tren, y sus ojos se clavaban inmóvilmente en los caseríos del camino, que se sucedían de manera vertiginosa.

La potente iluminación nocturna de la ciudad lo sorprendía siempre, lleno de aprensiones imaginarias. ¿Qué temía? Temía seguramente, al no pisar firmemente sobre lo real, alguna obscura catástrofe que permanentemente lo amenazaba como un torrente a un clavel del aire suspendido en plena intemperie. Y andaba buscando refugios, de bar en bar, de cinematógrafo en cinematógrafo, sin entregarse a lo que miraba sino para multiplicar su cavilación y los caminos de su preocupada fantasía.

II

Sus años juveniles transcurrieron así, y conservó él, permanentemente, la sensación de que todo el mundo, con sus fenómenos y mutaciones infinitas, hubiera pasado dentro suyo.

Creía, de este modo, por las resonancias profundas de que se sentía habitado, que vivir hacia dentro era el modo más noble y generoso de vivir. Porque, ¿qué más podía dar a las gentes que los atributos con que los moldeaba su fantasía y las emociones que en él suscitaban? Y era este raciocinio lo que le llevaba a no explicarse su soledad, que se hacía por momentos tan triste.

Sólo una vez había pensado en casarse y traer a la casa sombría un ser ameno y amable. Pero él no sabía explicarse a ciencia cierta lo que sucedió, lo que dio al traste con su voluntad. Un amigo de la infancia, Abel Lima, daba fiestas en su casa e invitaba a las reuniones semanales a jóvenes capaces de hacer vida ligera y alegre. Un sábado, en el curso de una de esas reuniones, conoció Jacobo Uber a Carlota Morel, una mujer alta y rubia de ojos vivos, con cierto esplendor en toda su figura, y un gesto de dominio en la imperiosa cabeza. Era una mujer de manos pequeñas, bastante culta que daba lecciones privadas de idiomas, leía a Hölderlin en el original, no se inquietaba por la opinión del mundo y en definitiva lo pasaba alegremente con su jovialidad y su tono autoritario. El pareció impresionarla desde el primer día, porque ella le habló con inteligencia y sinceridad de muchas cosas de su propia vida, creando así una especie de precoz intimidad en la que él se sintió complacido. Pronto la

invitó a que se encontraran, dos o tres veces por semana, en el Jardín Botánico o en el parque Lezama o en alguno de los otros paseos frondosos y solitarios de la ciudad. Un día, ella le confesó inquieta: "No soy feliz. A cada rato me traiciono. Todas las noches me invade un terror, me siento sobrecogida y a veces me echo a temblar, espantada del silencio en que vivo". Jacobo Uber la miró profundamente y no le contestó nada. Nunca le dijo nada. El creía amarla y ella veía en él a un hombre reconcentrado, dotado de un tranquilo coraje ante la vida, fuerte y tierno. Pasaba el tiempo y el tiempo y él seguía soñando con ella, alegrándose al verla, enmudeciendo al encontrarla. Al fin las palabras escasearon entre los dos. Una noche entraron en un sórdido hotel de piezas húmedas, donde había una gran cama desolada, y un lavabo y cortinas de encaje de Orleans. Aquello sucedió sin que hablaran, casi, como entre dos amantes viejos y cansados. El le dijo, acariciándole tristemente el pelo: "Ya no podré vivir sin tu apoyo, sin este pelo que querré, cada vez más a medida que encanezca". No sabía por qué le había dicho aquello. En realidad la imagen del encanecimiento le venía porque había ya algo de marchito entre los dos, porque aquella mujer no era, en su sensible presencia, lo que él pensaba a solas de ella, lo que quería él convencerse que era. Cuando estaba con esta Carlota Morel añoraba la Carlota Morel de su cerebro, la amasada en sus meditaciones, en su soledad, la Carlota Morel que desde hacía meses habitaba su casa de plaza Constitución sin estar en ella con su carne y su voz sensibles. Ante esta extraña presencia él se exaltaba, pero ante la Carlota Morel real no podía experimentar ya sino una suerte de afán por huirle, por dejarla en un arranque para ir a reunirse con la otra, con la Carlota creada por él, parecida a ésta, pero no igual, transformada . . . Volvieron algunas veces al sórdido hotel y ella le preguntó una tarde por qué no iban a su casa, en Constitución. Jacobo Uber evitó contestar y permaneció pensativo. Pensaba en lo que hubiera sido el encuentro de las dos mujeres; en que, tal vez, espantada, la Carlota Morel de su soledad habría huido. Esto habría sido terrible. Sacudió la cabeza ante tal idea, mudo, y ella nunca supo por qué no la llevaba Jacobo Uber a su casa; lo atribuyó a muchas cosas y no tardó en olvidarlo.

A raíz de una discusión, mientras iban un día caminando por una desierta calle central disputaron agriamente. El hombre no

podía soportar por más tiempo la desazón que le causaba encontrarse con esta mujer a quien cada día veía más como una extranjera. Se sentía irritado por su propio silencio ante ella, irritado de no saber qué decirle a lo largo de las extrañas entrevistas. Ella, en el fondo, había aceptado en su alma la visita de un frío, de una ola glacial, y mostraba en todos sus gestos, algo de maquinal e indiferente. Erguida, seguía con sus tópicos, describía el viaje del poeta Hölderlin por su locura. Fue aquella noche cuando, al regresar de un cinematógrafo por las calles desiertas y suscitarse una discusión, se sintió ella increpada por él; respondió con un gesto dominante, sin palabras, en actitud de secreto desafío. Jacobo Uber tuvo un movimiento de terquedad, brilló en sus ojos una centella de furia y, volviéndose, se alejó de ella de un modo seco y brutal. Sabía de sobra que esto no era valentía, ni presencia de espíritu, ni nada. Pero quería hacerlo, llevaba en su interior, desde hacía mucho, ese gesto. Aquella noche, al meterse en cama, sintió las sábanas frescas y se juzgó liberado de algo, en paz con la imagen que lo habitaba. La noche le trajo, con el sueño del hotel vecino, un olor a manzanas y ese olor le pareció algo nuevo, ignorado.

A partir del día siguiente, fue un hombre distinto. Se sintió trabajar con felicidad, cantó y silbó. Nancel, el tartamudo, uno de sus compañeros en el departamento de recaudaciones, le dirigió una broma alusiva a su estado de alacridad. En verdad se sentía otro, feliz libre del peso en que se había convertido cada entrevista con la profesora de idiomas; atento, apenas consciente de ello, a la misteriosa compañía que llevaba ahora a solas, bella, rica, mujer que podía evocar a cada instante, llamarla a su lado, abstraerse en ella con delectación. Quería a esta mujer que tenía los rasgos físicos de Carlota Morel pero que reaccionaba a su voluntad y se movía a su placer, con su suave andar, sigilosa, vestida con los trajes que él escogía, volviéndole los gestos que él, en un instante dado, necesitaba, reclamaba. Durante quince días se sintió totalmente feliz y no percibió arrepentimiento ni pesar alguno. Se complacía en pasear solo por la ciudad y aun cuando lo acompañaba algún amigo, remontando las calles del norte o atravesando por la mañana el barrio de los mercados, llevaba en los ojos una sonrisa distante; apenas oía, todo su ser estaba ausente, creando mundos para su aventura con aquella Carlota Morel. Al cabo de las cinco horas diarias de trabajo iba a

sentarse en alguna terraza de café, en los alrededores del Congreso, y permanecía horas inmóvil ante el vaso de cerveza helada; rara vez lo distraía el paso de los transeúntes, tumultuosamente acrecentado al anochecer; de vez en cuando seguía con la vista el paso de algún hombre y dejaba luego los ojos clavados en el aire.

Pero, de pronto, aquello cambió. Fue una transformación tan brusca que introdujo en su ánimo gran confusión. No hubiera sabido qué decirse a sí mismo, cómo definir su cambio ni interpretar el fondo de su nuevo estado de ánimo. Sucedió de un día para otro y fue algo realmente desconcertante. Tampoco había atinado a decir en qué momento preciso se dio a odiar la imagen que llevaba en su imaginación de Carlota y a volverse, obsedido, hacia la mujer real, hacia la maestra de idiomas a quien había tratado con arbitrariedad y violencia. El hecho es que concibió un resentimiento profundo hacia sí mismo y una fuerte nostalgia de aquel ser que había arrancado de su vida. Pensó que se había equivocado y que cada vez que se había encontrado con ella, en el sórdido hotel, o en los paseos de la ciudad, había experimentado verdadero placer, plenitud. Esta idea le arrebató el sueño, sumiéndole en un estado de agria discordia interior; comenzó a trabajar con desazón, y un día que lo llamó a su despacho el inspector de recaudadores, el Sr. Olda —un hombre calvo, apoplético, de enfermizas pupilas—, Jacobo Uber permaneció en su presencia extrañamente embotado, sin acertar a escuchar y contestar propiamente, pensando en la mujer que había arrancado de su vida. El Sr. Olda lo miraba por encima de sus anteojos, advirtiendo sin duda la ausencia de su interlocutor, y le dijo con voz ronca y brusca: "A ver, repítame lo que le he dicho; estas indicaciones son importantes y deben ser cumplidas con justeza". Jacobo Uber hubiera preferido hundirse, desaparecer; apoyó una mano en el extremo del ancho escritorio y sonrió con vaguedad, ciertamente como un estúpido. "Repita", repitió el inspector de recaudadores. "No he entendido bien" —alegó Jacobo Uber—. Entonces el señor Olda se puso hecho una furia y empezó a levantar los ojos al cielo y rogó impacientemente a Jacobo Uber que se retirara, aludiendo al atajo de cretinos en medio del cual vivía.

Cosas semejantes le pasaban a cada rato. Ya tenía fama de ser un hombre ausente y raro, un cavilador. Pero lo que él no podía perdonarse era su conducta con Carlota Morel, la mujer a

quien había tratado con monstruoso desapego. Andaba por la calle triste, añorando los ratos que habían pasado juntos; hubiera dado cualquier cosa por volver a acariciar aquella cabeza suave, a la que había renunciado, donde habían aparecido no pocas canas. " ¡Bruto de mí! ", se decía, pensando en los momentos en que ella llegaba a verlo, hasta alguna determinada esquina, al anochecer, con un poco de retardo; luego andaban juntos por las calles, bañadas de luz lunar, defendidos por ese simple acto de compañía contra las graves asechanzas del vivir; ella le hablaba de Hölderlin, se mostraba inquieta e inteligente, le contaba la vida maravillosa, extraordinariamente patética del poeta perdido en su locura. Pero él había barrido con todo aquello y ahora no tenía más que su fría soledad, habitada por fantasmas en su viaje errante, infinito. Por otra parte, se cuidaba de no comentar aquello con persona alguna, tenía el pudor de no llegar a decirlo con la exaltación y la fuerza, el ardor, con que su imaginación le realzaba. Estaba muy confundido y su palidez daba lástima. Dio en llegarse todas las noches hasta la calle donde estaba el hotel sórdido y pasaba por debajo de las ventanas y disfrutaba con su imaginación de lo que no había gozado en la realidad; se detenía, en la acera, y miraba el frente del hotel, los escasos balcones abiertos por donde se veían aparecer interiores tendidos de ropa. Se veía entrar al albergue con Carlota Morel, pero con la Carlota Morel real, la mujer que lo enardecía, alta y rubia, de ojos vivaces. Se animó una ocasión a entrar; pidió al conserje una pieza —su fantasía llamaba aquella del cuarto piso, con los cortinados de terciopelo arcaico y amarronado de cuya pared colgaba junto a una oleografía pretenciosa un almanaque de propaganda—; permaneció solo en el cuarto hasta el anochecer, sentado en una butaca de cretona, las celosías hostiles a la luz.

Esto duró mucho tiempo. Pero no fue a buscarla, no dio, en su fatal morosidad, ningún paso tras ella. Al fin, la obsesión, el recuerdo fueron desvaneciéndose, y Jacobo Uber volvió a sentirse libre. Pero lo que le pasaba en otros órdenes de la vida eran también cosas de naturaleza singular. Sufría, como si se hallara siempre traicionado, con un sufrimiento sordo y difícilmente definible. Solían abatirle lamentables accesos de demacración y desasosiego. Visitó, más de una vez, atraído por una obscura fuerza, una capilla del norte, en la cuesta verdosa de Retiro, pero su constante abstracción lo distraía de la liturgia. Era

terrible su propensión a fluctuar, su incapacidad de ir hacia ninguna fe, de afirmarse él mismo en alguna creencia, de resolverse en un acto íntegro.

Transcurría así los días sin que su bondad difusa pudiera ser bondadosa para nadie. Una radical, recóndita vehemencia, le hacía querer dar amistad, querer crear, pero estas voluntades partían de sentimientos igualmente difusos, extendidos pero sin concentración; de este modo su vocación de amistad se diluía sin producir un amigo, sin crear en él pasiones consistentes y tenaces. Y esto, este estado de extenso deseo infructuoso, de infecunda aspiración, lo torturaban. Su asunto con la profesora de idiomas ocurrió cuando tenía veintiocho años —ella tenía entonces treinta y cuatro—; al llegar a esta última edad, en su casa de Constitución, Jacobo Uber vivía como un vegetal dotado de alma, monstruosamente dormido hacia afuera y vigilante hacia dentro. Un joven llamado Alcorta andaba a menudo con él, recorriendo lugares públicos, teatros, barrios, calles. Era un joven atildado, de mentalidad mediocre pero de ánimo sonriente y suave. Solían ir de noche al Luna Park, observaban el paso de mujeres y hombres, comentaban los mil fenómenos cambiantes y rápidos de la ciudad. Pero Jacobo Uber se hurtaba siempre a la conversación, en el fondo, a la circunstancia presente; se dejaba alejar. Un día abandonó la amistad del joven Alcorta, seguro de que éste ya no se complacía en su vecindad. Anduvo algunos meses más solitario que nunca, yendo de la oficina a su casa y de su casa al restaurante vasco, conmovido, enternecido por un cúmulo de ideas sombrías, rumiando taciturnidad. Sus ojos llamaban la atención de las mujeres porque eran virilmente bellos, grandes, discretos, y profundos, como si pesara sobre ellos lo majestuoso de un grave designio; pero la absorción que expresaban era tal que los tornaba, a poco de mirarlos, aburridos e increíblemente monótonos.

Se había creado en él un estado de cristalización en lo abstracto y de permanencia en el fondo de sí mismo. A los treinta y nueve años no se alimentaba para vivir sino para sostener esa deformación constante de las cosas que era la obra de su imaginación y en la que él se complacía morosamente. En ocasiones se sorprendía, en un rápido aletazo de conciencia, dando voz a cosas falsas que pensaba, hablándolas como si fueran una verdad concreta. Una vez el empleado bancario que

almorzaba en una de las mesas contiguas a la suya en el restaurante vasco, le invitó a realizar un viaje a las provincias del norte, viaje que harían a pie, deteniéndose en modestos albergues y observando los curiosos rasgos del alma de los pobladores en los campos y las ciudades; respondió él que sí, con entusiasmo, y propuso en seguida al empleado bancario pasar, en el trayecto, por las viejas casonas riojanas y las pequeñas iglesias barrocas del extremo septentrión; el empleado dijo: "Tendremos que partir antes de fin de mes, a fin de evitar los grandes fríos". "Esto es", contestó Jacobo Uber, con una sonrisa afable y animada. Pero al echarse a andar, sólo, por la acera costeada de grandes casas comerciales, se dirigió a sí mismo una apasionada acusación. ¿Por qué había consentido en aquella prisa, por qué se había exaltado de un modo pueril y efusivo al hablar de un viaje que no pensaba realizar? En aquel momento se sintió indignado de consentir, de un modo tan deplorable, en todas las deformaciones propuestas por su fantasía. Sin embargo, la certidumbre de que no haría nunca semejante viaje le llevó a substraer los ojos del mundo que lo rodeaba, de la calle donde había una actividad incesante y violenta, donde afloraba a los rostros una voluntad de pasión, para hundirse en el pensamiento de aquellos pueblecitos del norte, deliciosamente acuñados entre árboles de rica copa al pie de la imponente serenidad de los cerros andinos. Aquella tarde hizo la recaudación sin apartar el fondo de su espíritu de semejante panorama.

Los sábados por la noche se ponía de acuerdo con alguno de sus compañeros para ir a comer a un café cantante de la calle Florida, adonde concurrían para juntarse con ellos dos o tres mujeres de vida libre, pero no muy dadas al mundo. Una de estas mujeres se llamaba Elsa y tenía unos labios pequeños y sensuales y una cabellera rubia y alborotada; otra era húngara, flaca, con los ojos eternamente entornados, y se ocupaba en traducir folletines para un diario de la tarde; a ese grupo se añadían a veces dos hermanas divorciadas y una amiga íntima de cierto ministro, una dama de ojos fríos, prevenidos y temibles. Lo pasaban hablando y riendo. Jacobo Uber no cesaba de pensar que iba a descubrir en alguna de aquellas mujeres un rasgo de oculta belleza, una centella de espíritu, algo capaz de levantarla, por un momento, sobre la tierra y de infundirle a él esperanza

en ese fulgor misterioso. Pero los días transcurrían y de aquellas reuniones que animaba una orquesta estridente no subsistía más que un indigesto, empalagoso regusto. Una a una fueron yendo aquellas mujeres a su casa y haciéndose sus amantes. Pero la experiencia era singular, invariable, abrupta y brutal ante los ojos de Jacobo Uber como una mane thecel phares. Cuerpos, cuerpos, cuerpos —habitados por un fantasma gris; cuerpos imbuidos de muerte impalpable; cuerpos exhaustos sobre una cama y la imaginación de él marchando, creando, abandonando, separando su ser del otro ser, dividiendo las aguas de las aguas como en el segundo día de la creación. Dividiéndose él, alejado, del cuerpo vecino, yerto, presente. Se sentía sobrecogido por lo efímero de su aproximación a aquella carne en medio de una soledad tremenda. La miseria era tomar aquellas carnes sin estar él allí, con su ánimo; sin *creer* en este instante. Sus ojos erraban sin hallar dónde asirse, como los ojos de un condenado. Tal vez si en lugar del cuerpo que en aquel momento ponía una difusa claridad en la atmósfera negra del cuarto, hubiera sido otro cuerpo . . . aquellos labios, risa, temblores, voz —los labios, la risa, los temblores de otro ser . . . Y no de aquél. Las mujeres volvían a vestirse —junto a la puerta de la alcoba del padre llena de recuerdos y polvo, protestando por el alejamiento del hombre, o sin reparar en él.

Nada, nada de consistente, de real, en su vida. Siempre sin salir de sí.

Se veía, no sin terror, lanzado en una fuga perdida, sin origen ni meta, indigente de tierra, de cielo, de aire, de agua, de pasión, de fe, de amistad —proyectando con su ser atrozmente libre de raíces en un universo donde su espíritu flotaba a la deriva, alucinado y pasivo. Era sensible a súbitos horrores al pensar en símbolos que se asemejaban al destino de su naturaleza, al encontrarse accidentalmente con alguno de esos símbolos expresado en cualquier manifestación de la vida. Una vez se había quedado absorto, transido, ante un grabado que representaba a Ofelia muerta flotando en un lago de lotos blancuzcos, como si esa imagen pudiera aludir directamente a la sumersión inerte de su propio espíritu. Por momentos ansiaba desesperadamente dar con algo que lo hiciera anclar, que determinara violentamente el arraigo de su ser a algo —pasión, creencia, orden—, de autenticidad vasta y profunda que llevara su ser

hacia fuera, a mirarse con el mundo. Pero, a cada rato, se desmentía, escapaba, libraba su oído a la tentación de un ancho y remoto sueño, persistía en una suerte de estupor alucinado.

III

Siendo ya jefe de recaudadores fue cuando le atacó aquel mal físico. Comenzó con un estado de ahogo que lo atacaba por las noches, al rato de acostarse, despertándolo del primer sueño en medio de un pavor. Tal fenómeno no tardó en convertirse en una claudicación cardíaca tenaz. Jacobo Uber abandonaba el trabajo a las seis de la tarde y el temor de aquel ahogo nocturno que lo esperaba en su cuarto comenzaba entonces a operar en él. Había perdido la voluntad de hablar y comer. Su vecino de mesa en el restaurante vasco no le dirigía siquiera la palabra, viendo aquel estado de taciturnidad hosca y concentrada. Sin embargo, después de comer, no soportaba la soledad. Solía recorrer grandes distancias para llegarse hasta la casa de los compañeros de trabajo cuya amistad prefería y que eran solitarios como él. Cuando daba con alguno de ellos —después de haber evitado con un vano deseo de no necesitarlos cada día el proponerles en la oficina la salida nocturna— prefería andar casi en silencio, cosa que aburría indeciblemente a sus acompañantes, imponiéndoles gestos y expresiones inmóviles. A veces lo sorprendía la medianoche sin haber dado con un amigo dispuesto a la extraña peregrinación silenciosa por las calles. Entonces recorría solo los barrios de tráfico incesante, los brotes de turba y luz en la superficie de la urbe, los alrededores del puerto, pústulas iluminadas. Cuando no se acostaba, el mal disminuía su intensidad, no hacía crisis, permanecía en él sin forma aguda, manifestándose como una sorda opresión.

Solía llegar hasta un café donde se repetían hasta el amanecer los números de una cantante de voz ronca, curiosamente fascinante. Esta mujer, "Lola Cifuentes" en los carteles amarillos, ostentaba un traje negro de lentejuelas, descuidadamente sujeto sobre sus mórbidos hombros y era de una extraña elegancia salvaje; cantaba sin mover los ojos, conservando las pupilas paralizadas, hieráticamente erguida junto al piano en el que trataba de ahogar su vocación de gimnasta un holandés atlético y

rubio. Jacobo Uber pugnaba por volcar su atención en los personajes allí reunidos, dispersos en palcos y mesas, envueltos en una atmósfera cargada. Pero su mente persistía en reflejar sobre las figuras allí reunidas, hombres que fumaban hablando y discutiendo y vistosas mujeres de cabeza cansada, las imágenes de su enfermedad, las complejas formas de su propio paso, el destino a que estaba abocado; por instantes se veía marchando hacia una nueva salud, por instantes hundido en un mal sin salida, agravándose, acabándose, finalmente concluido en el extremo de su soledad. La ronca voz de la mujer tenía una familiaridad con el sonido del piano, ruido de cuerdas viejas, un tono alto y metálico. Cuando la primera claridad diurna comenzaba a invadir el bar, Jacobo Uber apuraba el último sorbo del pequeño vaso de cognac, que le había durado horas, y regresaba a su casa, donde caía sobre él, como un golpe, el sueño del rendido y del santo.

El Dr. Fogueral le aseguró, lleno de temores, que necesitaba una vida higiénica y estrictos cuidados inmediatos. Le aconsejó una pensión tranquila de Palermo, cerca del bosque, donde podría estar bajo la atención de una señora amable. La señora era amiga del médico y el médico insistió en la excelencia de aquella casa. Jacobo Uber abandonó sus cuartos abatido; llevó consigo sólo una pequeña valija de cuero blanco; escribió al departamento de recaudadores expresando que necesitaba tomarse una licencia. Estaba lleno de pensamientos sombríos, y al subir al taxímetro que lo había de llevar hasta la casa de huéspedes de Palermo, en lugar de darle la dirección, preguntó absorto al chauffeur, como si estuviera ante un criado: "¿Está la señora?" Y volvió en el acto de su abstracción y sonrió, débilmente, con el chauffeur, como quien se excusa.

Vio la ciudad, el cielo alto, los árboles, el pavimento. Flotaban miríadas de luz que se abrían, precediendo al anochecer, en haces de brillo sangriento y venían a reflejar en los rígidos canales de la urbe un precario, tenue relumbre ladrillo. Resonaron secamente en el asfalto los vasos de un caballo, y apareció a la vista, doblando una esquina, el coche sucio y destartalado que tiraba ese caballo, un carruaje de capota grisácea, arcaico. Jacobo Uber vio la tarde encogida en una latente y desesperante miseria. Sentía sobre los edificios, sobre la extensión horizontalmente

infinita, en la garganta multitudinaria y cósmica —un tremendo clamor.

La casa era blanca y brillante y totalmente desprovista de adornos en la superficie. La señora salió a recibirle; ostentaba un traje de ricos encajes negros pero de corte desusado, con la cintura demasiado ceñida y el ruedo flotante y ancho; sus ojos avizoraban con fulgor vivo por encima de las mejillas excesivamente pintadas. Jacobo Uber la siguió por los corredores —desnudez y cal de los muros. El cuarto tenía una ventana, por la que se veía una gran extensión, hasta el río, desde gran altura. Las primeras luces empezaban a encenderse. La señora le preguntó qué deseaba tomar con las comidas y se asombró del parecido de Jacobo Uber con un personaje famoso; esto la habría detenido en el cuarto, deseosa de comentar la circunstancia, si no hubiera advertido en las facciones del huésped una mueca de sequedad fatigada. La señora cerró la puerta sin ruido. Jacobo Uber abrió el ropero empotrado en la pared y sacó su traje de la valija y lo colgó en una de las perchas pendientes. Luego se acercó al espejo y estuvo un rato mirándose. El pelo desordenado, caído en una crencha sobre la frente, acentuaba la escualidez del semblante —ya dócil a la fuerza deformadora del físico ahogo. Permaneció un rato mirándose. Después, sin orden alguno, colocó los pocos libros sobre la mesa— los viajes de De Foe, la historia de Hadley. Miró todo lo que le rodeaba una vez y otra vez; los pájaros obscuros viajando hacia el río, una veleta próxima, con las cuatro letras cardinales, la confusión de ventanas fronterizas —venecianas, ojivales, barrocas, francesas, bizantinas.

Se veía también el techo imbricado de una factoría y la cúpula de una iglesia, casi perdida en la atmósfera crepuscular. Muy lejos, desarrollándose en anchos obstinados círculos concéntricos, un vuelo de gaviotas. Originada sobre el río, la noche crecía, se acercaba.

Miró muchas veces todo lo que había en la pieza y acabó por sentarse en el sillón, forrado de felpa descolorida en el sitio donde debían haberse posado las manos de tantos huéspedes de aquella casa. Se sintió triste y miserable. Levantó la cabeza, apoyándola en el bajo respaldo, y cerró los ojos y permaneció en esa posición hasta que la obscuridad nocturna llenó del todo el cuarto, admitiendo sólo el claror reflejado por el espejo, que a

su vez recibía una mirada lunar. Tenía la sensación, muy amarga, de que algo estaba por llegar en él a una agonía; al propio tiempo, deseaba curarse, vivir. Existir todavía un poco más, bañado por la soflama cruel del mundo, entre las infinitas cosas amargamente queridas.

Había encendido la luz y tenía entre las manos el libro de Hadley, cuando, después de haber llamado discretamente a la puerta, entró en el cuarto una muchacha de expresión imbeciloide, de aire extático, con una hirsuta melena roja. Dijo que se llamaba Ercilia. La muchacha puso la mesa, llevando hasta el centro del cuarto una redonda que estaba arrinconada, y luego fue por los platos y reapareció trayendo una porción de pescado hervido y una botella de leche. Permaneció mirándolo, en una especie de ensueño, mientras comía él lleno de cavilaciones, con su largo cuerpo blanco un poco encorvado. Uber le preguntó algunas cosas relativas a la casa; ella le respondió con monosílabos, las manos caídas a lo largo de la falda gris.

Esto sucedió, en la misma forma, una vez y otra vez. Eran demasiado dolorosos los largos días en aquella casa. Jacobo Uber languidecía mostrando un poco de la espalda débil a través de la camisa, rota, de lienzo. Cada tres días, casi al alba, lo visitaba el Dr. Fogueral; era un hombre de pocas palabras que se decía afecto a la filosofía, pero que en realidad no veía la razón última de las cosas sino a través de las vísceras, y éstas se le apareeían como una maraña, ante la que no cesaba de aterrarse y fruncir el ceño. Todas las mañanas, antes del almuerzo, Jacobo Uber salía a tomar un poco de sol y se paseaba por las plazoletas que se extienden más allá de la plaza Italia, desnudas y secas. Había cobrado aprensión por la oficina de recaudadores y no deseaba aparecer allí ni siquiera de visita; pero estos cortos paseos no lo entristecían menos. Cada árbol, cada hombre, cada casa —le mostraban la lejanía en que estaba de ellos y lo poco que podían decir a esa isla viva que caminaba con él.— ¡Qué tiempo amargo y penoso! Tenía el sentimiento de que todo nace y vive en el mundo por un acto de amor y él no había buscado otra cosa que traer amor a su isla, condenándose así cada vez más, en lugar de salvarse por el arrojo ciego del alma y la pasión. Ahora todo le parecía irreparable. Un gran sollozo constante lo desgarraba por dentro.

Pero quería vivir. Y cuidaba ese cuerpo suyo que había

amado siempre tanto tan solitario y apresado en su propia fortaleza. Seguía estrictamente el régimen; auscultaba con temor la cara del médico que lo auscultaba. Trataba en vano de distraerse. No podía leer. Cada día estaba más concentrado en la idea fija de su esterilidad, hablaba apenas con la dueña de casa que lo visitaba en su cuarto con frecuencia. Pasaba las horas mirando las luces de la ciudad, el largo empilamiento de ventanas en lo alto de los grandes edificios sólo diferenciados por el tono de su petulancia, y el río.

Veía pasar apresuradas las gentes, detrás de algo. El no tenía nada que buscar. Una gran soledad quedaba en algunas calles como una criatura abandonada por el tiempo. Las puertas de los comercios quedaban herméticas, veladas por pálido resplandor de la luna. Solitaria criatura de la atmósfera, la soledad tomaba formas diferentes y rodaba con pesadez por las calles nocturnas.

Su pensamiento se vio acosado por la idea de que la suprema privación de su vida consistió en no haber sido fecundada nunca por la realidad. Observaba la luz del sol incidiendo en las piedras, el color verde definiéndose en las hojas, —todo eso obedecía a una fecundación. Pero él no había dado fruto.

Fue entonces cuando comenzó a pensar que no era ya útil sino para una cosa, para morir y, *lentamente*, aquella voluntad de perdurar que se había agarrado en su espíritu fue cambiándose un todo en algo que era como una voluntad de entrega total. ¡Qué mutación terrible, la muerte! Tuvo, al principio, pavor. Abandonó su cuarto en busca de aire puro, de luz, de rostros humanos, cada vez que lo acosó ese pensamiento. Pero le pareció después que paseaba una isla árida, cuyos únicos habitantes eran el dolor y el descorazonamiento.

Las calles le parecían áridas y despojadas de color; los semblantes que encontraba a su paso igualmente privados de temperatura; los bares, fríos. El invierno mordía ya los troncos pálidos de los plátanos; los habitantes de la ciudad se recogían a horas tempranas; él regresaba despacio por las calles interminablemente rectas, fijándose en los ornamentos negruzcos de las molduras y en los edificios regulares y herméticos. Y su decadencia había acabado por llevarle al rostro una expresión en la que había pena y agrura.

Su corazón no andaba bien. Se sentía cada día más débil y tenía que esforzarse para comer. El médico no le decía nada

bueno; se limitaba a recomendarle el mayor descanso posible, la mayor calma. ¡La mayor calma! A él, que no había hecho otra cosa en su vida más que estar en calma, monstruosamente en calma. Pero lo que le producía la acusación más dolorosa era verse desaparecer en mayor distancia cada día de los humanos; desaparecía, se alejaba. Ya no iba quedando apenas nada de él en el mundo; su ánimo había salido del cauce y erraba ingrávido, soliviantado por sus recuerdos.

¡Si todavía se hubiera podido aferrar a algo! Pero, ¿a qué? Una tarde que caminaba por su cuarto pensó en la profesora, en Carlota Morel. Contempló como algo grato la idea de ponerse esta esperanza por delante, de abrir todavía este ameno horizonte a su vida: cuando estuviera un poco mejor se echaría a buscarla; por todas partes, no importa cómo la encontraría. —tal vez casada, con familia. Pero lo esencial era llegar a ella y decirle con vehemente urgencia, todo lo que en él permanecía no dicho, ineluctablemente secreto, rígido. Aún podrían pasearse juntos por la ciudad en algún momento. Quién sabe si ella seguiría acordándose de Hölderlin. Quién sabe cómo pesaría ahora en los anocheceres su cabeza imperiosa, sus ojos vivos y ardientes.

Jacobo Uber pareció reanimarse con esta esperanza. La expresión agria y penosa de su rostro se endulzó de un modo suavemente sensible. Sintió una paz, una reconciliación consigo mismo. Durante tres días respiró contento el aire de la ciudad. ¿No habían revivido, con repentina afloración de energía, todos aquellos rostros, el rostro del hombre apurado, el rostro del agente de policía, el rostro de ésta, de aquella mujer? Todo había revivido en la ciudad, y en uno de sus rincones, allí donde él tal vez la hallaría, estaba Carlota Morel.

Fue, por algunas semanas, como haber entrado en una nueva vida. Se sintió mejor y el médico le autorizó a regresar a su casa. Sus facciones demacradas, angulosas y sin sensualidad, en las que parecía moverse morosamente el pájaro de una alucinación, aceptaron el ameno movimiento de la sonrisa. Estuvo contento de irse y dio una buena propina a la muchacha del semblante extático, y conversó largamente, la víspera de abandonar la casa, con la señora, que vestía un traje cubierto de encajes y moños y conservaba la cabeza violentamente erguida por el negro cuello de ballenas. Esta señora mostraba en sus gestos una energía viril y dejaba al desplazarse un fuerte olor a pomadas y afeites. Ese

olor lo había sentido él muchas veces al entrar al vestíbulo, en el primer piso, donde los muebles más dispares se aglomeraban sin orden. Cambiaron algunas conjeturas con respecto a la posible guerra que se cernía sobre el mundo y que la señora consideraba como un castigo divino.

La señora y la muchacha lo despidieron, una mañana de sol, en la puerta de calle, mientras los miraba desde el vestíbulo, con extrema curiosidad, otra pensionista, envuelta en un peinador morado. Después de agradecer con la mayor tristeza todas las atenciones de que había sido objeto, Jacobo Uber abandonó contento aquella casa.

IV

Vivió quince días auténticamente feliz. Todo le parecía flamante y maravilloso. La vida le hablaba con un lenguaje desconocido. Hasta le era grato volver a poner las manos sobre los papeles cubiertos de polvo que se habían ido acumulando sobre su pupitre, en la sala de recaudadores. La imaginación abandonó transitoriamente su presa, y Uber miraba el universo con ojos frescos. Durante esos días se manifestó atento y locuaz con sus compañeros y les invitó a comer en su casa de Constitución, un martes, mostrándoles luego, desde la ventana del piso alto, a los postres de una comida que hizo subir del restaurante, la perspectiva de la plaza, con sus juegos para los niños y sus árboles de un verde blancuzco y viejo, limitada por los pequeños hoteles, las casas importadoras y la estación. Bebieron bastante y, en su media lengua, Nancel festejó el retorno a la ciudad del pródigo —sombrío. Para ser exactos, nadie entendió tal alusión. Después de la fiesta, Uber los acompañó a la "boîte" rusa llamada Cáucaso, donde volvieron a beber todos gozosamente, aceptando algunas mujeres en las faldas, señalándoles a Uber como el festejado y pidiéndoles que lo besaran por turno. Las mujeres hicieron esto con prodigalidad circunstanciada. Jacobo Uber sonreía, sentado en un extremo de la mesa, con Nancel a su izquierda y un irlandés, Mc Cormack, completamente ebrio, a la derecha. La "boîte" era cuadrada y las mesas estaban dispuestas paralelamente a la pared con un escaño sin fin que también recorría el muro. En el ángulo opuesto a la entrada, estaba el

pequeño tablado de la orquesta. El animador era una especie de tártaro que reía y vociferaba golpeando una pandereta; vestido de oficial de cosacos con sus hileras de cartuchos dispuestas en dos alas sobre el pecho. Las mesas dejaban en su centro un espacio libre para bailar, y el primero que lo hizo, entre los componentes del grupo, fue Mc Cormack, quien proporcionó a los espectadores un espectáculo desconcertante, en el que había algo de pesadilla; las piernas se le doblaban y la jovencita rubia que había elegido de compañera tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para mantenerlo en pie. Al fin, Mc. Cormack se desplomó, y el grupo de compañeros de Jacobo Uber, mientras éste sonreía inmóvil, aplaudieron hasta reventar. El animador tártaro avanzó unos pasos y ayudó a la jovencita rubia y ambos levantaron al irlandés, que parecía un muñeco desarticulado. " ¡Qué hermosa fiesta! ", gritaba Nancel. Las mujeres se arqueaban hacia atrás, el vaso en alto, muertas de risa.

Pero, de una manera o de otra, al retirarse de aquella fiesta, Jacobo Uber se sintió triste. Volvió a considerar cómo no estaba con aquellos hombres, en el fondo, sino recluido en sí; cómo su cielo, su tierra, sus vinculaciones con el mundo exterior no eran sino una obscura proyección de su espíritu y nada tenían que ver con su realidad concreta y universal. Así, era inútil quererse volcar en esto o aquello. Inútil buscar salidas para ese precipicio en cuyos meandros estaba retenido, y casi ahogado. Su esperanza había sido una nueva ilusión, tan transitoria y fugaz como las anteriores, una mera reacción de su físico mejorado.

Cayó entonces en un estado de aflicción permanente. Semejante a un cuerpo desnutrido que se consume por dentro, fue perdiendo, de un modo paulatino, todos los deseos. Sólo quedaba él en pie: él, en medio de estos despojos, con su imaginación. Por momentos no podía contener sus sollozos, cosa que pasaba en los momentos más inesperados, obligándole a sustraerse del contacto de las gentes. Y esto no podía confiárselo a nadie, absolutamente a nadie. ¿De qué valía, por otra parte llorar sobre sí mismo?

Una tarde de diciembre, todo esto llegó a su extremo. Había estado dos noches sin dormir, lleno de angustia, respirando el olor deletéreo de su inutilidad. Había perdido el último de los deseos, su apetito se había ido, no probaba a las horas de la comida más que un poco de vino rojo y algunos trozos de pan

negro con jamón. Pero los mozos del restaurante no le preguntaban una palabra, él masticaba en silencio esas flacas substancias. Y aquella tarde de diciembre, faltó a la oficina, y fue a caminar a lo largo de la avenida costanera y siguió marchando por cerca de tres horas, hasta que sintió una fatiga inmensa en su cuerpo y en su moral. Llegó hasta el estuario, desde cuyas márgenes se divisaban, en alto, los lomos verdes de las barrancas, pletóricos de hermosa vegetación, con sus manchas obscuras y sus grandes losanges verde claro. Llevaba en su interior un grito terrible. Y un miedo, un miedo. Pero ya no podía volver atrás, al mundo. Ya no podía volver a ese continente en el que era extranjero y donde se sentía ahogado y sin luz. Al pasar debajo de una de las barrancas más altas, vio, arriba, a dos muchachas vestidas con trajes blancos que caminaban enlazadas con sus bellas cabezas desnudas, expuestas al suave viento. Se sentó y escuchó el lejano croar de las ranas, más allá de los cañaverales que separaban las verdes barrancas del estuario. De repente, como llamado por una voz o corrido por un pavor espantoso, se levantó y echó a correr, con los ojos alucinados, y llegó al borde del agua y entró en el río produciendo un ruido de palmadas en el líquido agitado. Nadó, en ese vasto mar en calma, sobre el que se había desplomado el silencio. Nadaba y lloraba, con atroz congoja, abandonado a su infinito desamparo. ¡Cuántas veces había nadado en aquel río, en su infancia! La muerte era algo adonde por fin iba a poder entrar y descansar, algo real, implacablemente real. De repente dejó de nadar y gritó. El grito recorrió largo espacio. El agua se abrió, por un segundo, luego volvió a dar al anochecer infinitamente en calma su superficie inmóvil y sin color.

N° 11. Agosto de 1935

MOMENTUM VITAE

El último día de noviembre, mientras caminaba por la calle en medio de una incesante multitud, me encontré de pronto solo. Las terrazas de los cafés estaban colmadas en el atardecer. Con un sacudimiento galvánico se sucedían las letras iluminadas del noticiario giratorio, en el primer piso de uno de los edificios situados en el extemo del bulevar. Había sido un verano árido, un año árido, y la ciudad parecía despoblada. Solamente en este punto, allí donde se cruzaban en su entraña las cuatro enormes bocacalles, una multitud densa se movía.

El asfalto espejeaba, las luces corrían serpeando, la noche metropolitana crecía. El perfumista Fabián Bolls anunciaba sus jabones junto al fulgor diastólico del aviso noticioso. La muerte de un canciller se anunciaba, bajo la espuma blanca del jabón. Muchos hombres huían de las tinieblas acercándose a los escaparates del bulevar. Un reloj alto marcaba, sin números, el ángulo recto de las nueve. Me encontré solo. No tenía qué hacer ni dónde ir. Había escrito mi pequeña crónica para el diario extranjero, y podía echarla a un buzón o llevársela a la señora Bromfield, en la agencia local, del diario. Miré a los hombres que había en la acera, bajo el toldo del café Royal. Estaba solo. Había trabajado poco los últimos tres meses; me sentía irritable, e innecesario, y vacío. No tenía ninguna fe en mi obra; los títulos de tres novelas podían yacer inertes en las librerías —me eran extrañas, su destino estaba lejos de mí y cerca del hombre que las comprara. Había escrito sobre seres humanos —no sabía nada de los seres humanos. ¿Sabía algo de esos hombres que bebían, hablando, en el café Royal? ¿Sabía algo del fondo secreto oculto en la muerte de aquel canciller? No sabía nada de los seres humanos. Estaba aterrorizado de haberme alejado tanto de ellos. Aterrorizado de ir a ser uno de esos escritores

que habitan sonámbulos su propio delirio. Pasé junto a los leones pétreos erguidos en la fachada de un edificio. En el kiosco, los titulares de cada periódico tenían diez centímetros de altura, negros, ofensivos. Había sido un verano árido, un año árido. ¿Qué cosas iban a pasar en el mundo? Vi los ómnibus acumulados sin poder avanzar en el pavimento betuminoso. Dos semanas antes, me había despedido definitivamente de Ana, muchacha de la calle, a quien yo llamaba, en broma, Casandra por su ilusorio tono profético, y con la que no me había acostado nunca. Podía ir a comer a un restaurante, a un hotel, a cualquier parte. No estaba atado a nada en el mundo. Miré la afluencia de gentes que bajaban con premura hacia el centro de la ciudad. El paso de las mujeres era más rápido que el de los hombres; para librar paso a los coches, se detenían apenas; había muchos ágiles y jóvenes. Los hombres eran grises —profesores, comerciantes, empleados, financieros—. Volví la cabeza y vi todavía las letras que se sucedían vertiginosamente en el noticiario, y el anuncio de los jabones del perfumista Fabián Bolls. La multitud se apostaba en dos interminables filas hacia las márgenes opuestas y laterales del Bois. Se detenía, chocaba, vacilaba, volvía a ser arrojada desde las bocacalles hacia las aceras. El sístole y diástole de los peatones decían: la vida es una oscura danza —la vida es una oscura danza.

Subí por la escalera de mármol hasta el segundo piso en la casa donde estaba la agencia del diario extranjero. Llamé y esperé a que me abrieran. En una placa de bronce estaba escrito el nombre del diario y, debajo, con letra pequeña, el nombre de la señora Bromfield, el nombre de Mrs. Luisa Bromfield. Pensé cómo la encontraría; roja y baja e inquieta, protestando por algo que no se sabía lo que era. Llamé nuevamente. Luego toqué el picaporte; la puerta cedió y vi el cuarto vacío con la máquina de escribir sobre la mesa y los papeles desordenados y la percha vacía. Entré, dejé el sobre sobre la mesa, colocándolo de modo que fuera bien visible. Sobre el pupitre había muchas fórmulas de la compañía de cables telegráficos con el mapamundi diseñado a dos tintas, en el mar azul, los continentes amarillos. Volví a cerrar la puerta y bajé por las escaleras. La señora Bromfield estaría comiendo, con alguien —en algún punto de la ciudad. Todo el mundo estaría comiendo con alguien en algún punto de la ciudad. Los que no comíamos con alguien en algún punto de

la ciudad nos podíamos haber reunido para comer juntos en algún punto de la ciudad. Entré de nuevo en la avenida. Era tan ancha. Primero venía el asfalto, luego las anchas aceras, luego los edificios. Realmente había hecho un año árido. Yo me sentía vacío e innecesario. No era ni lo que yo quería ser, ni lo que yo creía ser, ni lo que los demás creían que yo era. Era diferente de todo eso y diferente de mí mismo. Era algo tan incongruente que de pronto me detestaba y de pronto me conmovía ante mí mismo. Parecía hecho con todos los desórdenes que pueden mantenerse juntos sin que el ser vivo se derrumbe.

Compré a una mujer un periódico —uno de los simpáticos diarios franceses, doblados en seis— y entré a comer en un "bar". El periódico tenía olor a tinta y las letras impresas desteñían. Cuando esas letras se secaran del todo, ya esas noticias sensacionales serían viejas y habría otras recién escritas en tinta fresca y cuando éstas se secaran habría otras, y otras. La gente soportaba en los cuatro rincones del mundo esta lluvia de sensaciones. Muertes había, y hundimientos, y quiebras, y suicidios, y estafas, y traiciones, e insidias, y golpes de mano —para cada día. Los directores de periódico podían dormir tranquilos. Las noticias llegarían solas a la imprenta; las rotativas no cesarían en su fragor. Abrí el diario, leí los títulos de la primera página, vi los grabados. Tantas cosas mezcladas las unas a las otras. También se vendían impresas, por allí, mis dos novelas. ¿Pero qué tenía que ver yo con eso? Es como si un ser fuera a seguir a alguna parte de su cuerpo amputado. Y tampoco eran partes de un cuerpo amputadas, sino un sueño amputado —una parte morosa de uno mismo amputada. Ahora ya no podía escribir. Hacía más de dos meses que no podía escribir. Como no fueran las crónicas semanales para el periódico extranjero —sobre un libro, sobre un acontecimiento. Pero otra cosa no podía escribir. Sentía el raro llamado del mundo a todos sus hombres. Había levantado la cabeza de mis papeles —atento, de repente, a ese llamado. Era imposible seguir construyendo frases deliciosas, sentencias, juicios, palabras. No podía prolongarse el rapto del hombre que vive en la ficción, preparándola y cultivándola, haciéndola materia de arte. El llamado del mundo era de otra naturaleza. Era un llamado para cada conciencia —gritado, vociferado por una voz secreta que corría por las calles. Yo ya no podía escribir; la ficción era innecesaria.

Después de comer, caminé un poco por las aceras que llevaban al bosque. La noche era oscura y el aire fresco y agradable. El reptil de las luces huía hasta perderse. La reverberación producía en el asfalto un efecto de agua. Por la avenida caminaban obreros ociosos y parejas vestidas en traje de noche e individuos solos, apresurados. En aquella ciudad vivían cuatro millones de seres. Se les sentía especiosamente dispersos, ocupados en sus quehaceres infinitivamente múltiples; pero, a veces, una sola palabra de alerta los conmovía como si se hubiera tratado de una sola alma. Esta palabra por crear un fondo de excitación y cansancio. Los hombres levantaban caras hoscas al anuncio de las alarmas. ¿Otra vez? —se preguntaban.

Y cada día parecía traer, amenazante, su "otra vez".

Me detuve a la puerta de un cinematógrafo y leí el programa y saqué mi boleto, y entré. Luego volví al café Royal, donde había una turba bebiendo whisky.

Pero nada de eso podía distraerme. Volvía a mi casa arrasado de preocupación y de soledad, irritado de aridez. Me tendía en la cama, con la luz prendida, con la ventana abierta. El tiempo marchaba. Fuera, estaba la humanidad —aquí dentro, tendido en la cama, un hombre, un hombre del mundo. ¿Qué cosa nos iba a juntar al fin? ¿Qué cosa podía llevarme al cauce de la humanidad con ese destino con que el fruto vuelve a la tierra? El tiempo marchaba. Al fin me desvestía, me acostaba, extinguía la luz del cuarto, entraba un rectángulo de claridad lunar. Oía los vehículos lejos, luego cerca, al lado; luego otra vez lejos.

Había sido un año árido. ¡Qué año árido en el mundo! Desazón y guerra de hombre a hombre y prevenciones y pavor y muerte. Muerte que caminaba y que esperaba, tormentosamente, su renacimiento y su salud.

N° 12. Setiembre de 1935.

EL ESCRITOR DE HOY FRENTE A SU TIEMPO*

Permítanme que llame a esto un diálogo, aunque las respuestas estén implícitas; si no hubiera logrado este diálogo no habría logrado nada. Una afirmación que no engendra réplica es una afirmación estéril. Réplica no quiere decir siempre objeción, sino, muchas veces, prueba, reacción verificativa: es como la vacuna cuando prende. Pero si nuestras palabras no nos traen más que objeciones, bienvenidas sean éstas mientras proceda de ellas la generación de la verdad. Me han pedido ustedes que elija un tema y que lo preceda, según es hábito en este Centro, de una auto-presentación. He pensado que más sincero y viviente sería no separar esos dos tiempos y hacer de ellos una sola cosa; por lo que yo diga, verán ustedes cuáles son mis deseos, mis esperanzas y hasta mis decepciones. Y ningún hombre, en definitiva, tiene más historia que ésta.

Me permitirán ustedes que hable de algunos problemas que si no son capitales —no por sí sino por la indigencia con que los verán planteados— son del universo y nuestros. Problemas del escritor de hoy frente a su medio, el mundo. Ya no hay rincones ignotos, zonas humanas que descubrir; todos los habitantes del planeta nos vemos de tan cerca que el peligro es incalculable. Espero que las preocupaciones que tienen ustedes hoy, gentes jóvenes que me escuchan, sean las mismas que turban los insomnios del joven que vive en las márgenes del Spree, del Vístula o del Tíber, las mismas que laten en la conciencia de tantos seres sin edad que a esta hora atraviesan afligidos por contradictorias

* Palabras pronunciadas en Rosario para los miembros de la *Asociación Ana María Benito.*

pasiones las calles de todas las ciudades donde crece la muchedumbre. Espero que las preocupaciones de ustedes sean también las mías.

A pesar de la terrible anarquía de esta hora, de esos elementos cuya disolución y discordia se parecen a una muerte, no es difícil para ciertas naturalezas entenderse en lo fundamental. Todos padecemos aflicciones similares y el aire de este tiempo nos trae la misma cosa acre, el mismo peso viciado que quisiéramos anular y refrescar. Estamos cerca, ustedes y yo. En esta hora hay algo que acerca a las gentes y es una reclamación del espíritu, una falta de sosiego, una ansiedad, una especie de fracaso, comunes. Todos quisiéramos hacer cosas que no hacemos, que no sabemos hacer, que desearíamos fervorosamente saber hacer, en beneficio de un mundo ensombrecido. Todos quisiéramos pedirnos cuentas y confesarnos la causa de nuestro fracaso. Estamos complicados en un tremendo desacierto colectivo. Sólo valdremos, entonces, por la limpieza, la convicción, la voluntad de franqueza de lo que nos digamos. Estoy seguro de que será la categoría de mis vacilaciones, y no el valor intrínseco de lo que postule, lo que ha de valerme la confianza de ustedes.

Yo creo que la muerte del liberalismo y la crisis del amor humano han cambiado la faz del mundo. Frente al primer problema, el intelectual reacciona con una voz de temor y de alarma. "Se nos quiere encuadrar —grita uno de ellos, Ramón Fernández— en instituciones condenadas por el espíritu, subordinar a algún principio trascendente, Dios o nación, que dicten reglas de pensamiento al pensamiento mismo e impongan su voz de orden a la inspiración". Frente a la crisis del amor humano el intelectual, naturaleza primordialmente sensible, se rebela, reflexiona y se angustia.

Esta crisis, este invierno, esta vacilación ante los dogmas contradictorios, este no poder tomar partido, esta necesidad de quemar en seguida las reservas y lanzarse violentamente a una creencia, este toque de rebato que se oye hoy en el mundo desde la península de Corea hasta el corazón del orbe occidental vedan al intelectual la posición que desde el tiempo helénico hasta Montaigne era en general determinante de su actividad: el retiro, la huida frente al universo inmediato hacia el universo de su abstracción, en ensimismamiento activo. El imperativo presen-

te exige que ese ensimismamiento creador se transforme en una *participación creadora.*

La historia del intelecto humano en su aspecto creador comprende dos naturalezas de escritores. La del escritor-espectador, que va del autor de la Odisea hasta el clasicismo francés; y la del escritor-agonista, que va desde los primeros estoicos hasta Erasmo, Pascal, Nietzsche y Gide. Consideren ustedes que hablo de una actitud humana y no de una actitud espiritual. El escritor-espectador realiza su existencia en su obra; el escritor-agonista realiza su obra mediante el compromiso y el riesgo de su propia existencia. El primero, es el tipo de ensimismado; el segundo es el tipo del intelectual que participa trágicamente en el destino de su tiempo. Nuestro mundo, el invernal, peligroso y grave mundo de hoy reclama urgentemente esta segunda especie de inteligencias, esta índole de naturalezas espirituales, esta participación dramática del hombre-autor en el drama de su tiempo.

Reclama: participación del hombre en el conflicto moral de las masas y creación en el fuego de este conflicto; sin permanencia segunda en un estado de soledad, sin raptarse. Pues participar es dar, es amar; participar es intervenir. E intervenir es la función misma del escritor en nuestro tiempo.

Balzac y Dostoiewsky fueron los primeros rebeldes de una regla tradicional. Ellos introdujeron en la literatura la representación del hombre situado frente a su circunstancia social. El criterio acerca de la perfectibilidad de la obra cambia con ellos: lo que producen es un bloque artístico imperfecto, pujante y angustiado, el fondo esencial humano vale por su potencia intrínseca en sus obras y no por los viejos principios estéticos que tenían su norma fundamental en la armonía. Introducen la desarmonía fecunda, de naturaleza esencialmente humana, como factor primero de su estética, en la que la teoría fundamental y filosófica del arte es transmutada en una teoría fundamental y filosófica de la vida. De este modo su estética se transforma en una ética, pero en una ética funcionalmente creadora, viviente, y no postulativa.

La desarmonía de un universo heterogéneo que comienza a anarquizarse y salir de goznes no la pudieron concebir ellos sino

trasladada al arte en su expresión caótica y dislocada. La unidad que adquiría esa vida al ser condensada en un fórmula no podía ser sino una unidad de su propia esencia, es decir una unidad compleja. Una expresión serena no conviene a un estado de espíritu agitado. A partir pues de Balzac y Dostoiewsky, con Proust y Joyce un arte tradicionalmente de síntesis se hace analítico, gorgónico, barroco y exhaustivo. Tal mutación se produce de acuerdo con un cambio profundo acaecido en la faz de las sociedades de Occidente. Y el escritor-agonista comienza a tener, contenida en su mensaje, una implicación profética. Semejante suerte de hombre creador no ha comprobado la verdad por un precio inferior a su sangre.

Ha dado esto, ha dado su sangre, ha participado, se ha dado.

Cierto enciclopedismo, cierta frialdad lúcida, cierta virtuosidad formal, cierto clasicismo tocan hoy a su fin. Son atmósferas facticias abolidas en una tierra donde el clima ha cambiado y donde lo que antes era proceso lento del hombre hacia sus fines es hoy urgente llamado al espíritu, a la pasión y a la voluntad.

La desaparición del esteta permite el paso de una clase creadora a la que le incumbe una responsabilidad mucho más trascendente. Responsabilidad que no cierra su ciclo en una procuración del deleite, en una mera gestión hedonística, sino que prolonga su alcance en el sentido de aclarar en el hombre los datos de acuerdo con los cuales podría rectificar la descomposición de la sociedad que lo circunda y en la que está incrustado. Rectificar: es decir, algo que define un doble compromiso de inteligencia y voluntad. Inteligencia analítica y asociadora, voluntad de participación. Armas con las cuales el universo actual necesita intervenirse a sí mismo.

Este intervenir, este abrir un mundo y buscar sus males y extirpar el tumor, es operación del intelecto y reclama por consiguiente en el intelectual facultades peculiarísimas, que trataré de aclarar para nosotros.

No hay para mí acto más grande que aquel por el cual un hombre hace donación de sí mismo. Por este acto, la limitación humana se libera salvándose y renace en algo —pasión, amor, fe, heroísmo—, que le es superior y diferente. ¡Pobres de los reteni-

dos, pobres de aquellos que no conocen las puertas de sí mismos! Su destino es el lago de fuego ígneo de que habla el Apocalipsis: "Pars illorum erit in stagno ardenti igne". Todo en ellos está, por esa inhibición original, perdido.

Semejante al resto de las especies humanas, un escritor no se recobra más que cuando se ha dado enteramente, cuando su obra nace de esa donación. Cada palabra, cada concepto, cada verdad captada están lejos de adquirirse con inocuidad; el creador las halla con sacrificio al cabo de una lucha terrible y este sacrificio es, en sentido último, su entrega misma, el fin de su acción de amor. Este conflicto reviste siempre naturaleza trágica; a veces, como en el caso de Nietzsche o Péguy, naturaleza heroica; otras, como en el caso de San Agustín, naturaleza santa. Cuando el escritor abandona este estado de dramaticidad esencial, este estado de gracia, es el momento en que ya, prácticamente, no existe; ha pasado.

Dos sentidos, dos elementos, exigen ser hoy, pues, las vías por las que el escritor debe darse a su mundo: la responsabilidad y el sacrificio. Aquella eterna oscilación de la literatura, de que nos habla un gran poeta francés, entre la diversión, la enseñanza, la predicación o propaganda, el ejercicio de sí y la excitación de los otros se circunscribe ahora, se fija, en estas tres últimas prácticas y con particularidad en la predicación o propaganda. El creador entra a gritar con sus personajes la dramaticidad esencial de sus conflictos; su obra es un llamado. Su obra no es más que la prolongación de una actividad cualitativa y cuantitativamente *humana*; así que pese a Julien Benda, el espíritu puro sufre en estos momentos un eclipse. El creador habla con su sangre, su alma, su cerebro y sus vísceras. Si según Zohar, en el día terrible en que el hombre debe abandonar este mundo los cuatro elementos que componen su cuerpo comienzan a luchar el uno con el otro, deseando cada uno separarse del todo, no olvidemos que en el momento de suprema defensa y deseo de vida esos cuatro elementos luchan por su más unida convivencia. Instinto, inteligencia, sensualidad, sentimiento, nada quiere cercenarse en esta hora el hombre que debe proclamar su llamado lúcido a los públicos. Sabe que sólo se salvará —en el sentido religioso del término— viviendo todo él, como la llama, que unifica en su lengua la substancia heterogénea.

De este modo, mientras el panorama de los hombres que han escrito a través de la historia era tradicionalmente, por fases poco diferenciadas, el cuadro de unos hombres enclaustrados en su aplicación a un objeto de arte, es hoy un fresco trágico. No se trata de una ilusión óptica, no es una alucinación de cercanía. Los primeros, estaban redimidos por una suerte de perfección, por lo que esto significa: haber hallado una forma. Este hallazgo era ya todo. Hoy, las formas de arte, como las formas de vida, se parecen a los hombres: no cesan de buscarse y rectificarse, carecen de permanencia, están privados de sosiego, están azotados, soportan mil torturas, su proceso expresivo se parece más al grito que a la voz normal, viven la agonía de una transición. Hoy no existen sino formas perecidas y precarias que solicitan su renovación. Ahora bien, del punto de vista de la tragedia, es más grande la busca que el encuentro. Por mi parte, yo prefiero siempre el movimiento a la fijación, la dinámica expresiva al estatismo dogmático y canónico, un arte en marcha a un arte establecido en módulos rígidos. Prefiero este tiempo y su tragedia, aunque el vivir su destino me traiga aflicción de espíritu e incertidumbre en vez de la bonanza magra de algunos períodos históricos.

Las formas de arte definidas coinciden con los ciclos estables de civilización, con los períodos sociales de cristalización, con los interregnos sedentarios del desarrollo de las masas humanas. Nuestro tiempo es una anarquía en marcha hacia un orden. En todos los períodos de esta índole, es el intelecto en acción, las fuerzas espirituales con voz, lo que anuncia la aproximación primero y el afianzamiento después de la nueva forma de civilización o de vida. Es la unidad lograda a veces por un espíritu en una obra lo que anuncia la unidad lograda por una época, por un tiempo. ¿No anunció Dostoiewsky la muerte de una forma de vida? ¿No anunció anteriormente Taine el nacimiento de otra? Pero todos sabemos esto. Lo importante es determinar la gravedad, la trascendencia, de la misión que nuestros días reservan a aquellos a quienes toca descubrir en el corazón y la conciencia humanos, junto con la forma de expresión que corresponda, la agitación de lo que va a nacer, el alba de un nuevo destino, la esencia diferente de un advenimiento vital.

Incumbe al intelectual la intuición y expresión de una época

una vez que esa época comienza a reunir caracteres coherentes, sean ellos de perecimiento o de albor. Pero nos toca a nosotros vivir un siglo en el cual toda una vertebración social ha dejado de ser eficiente y en que el hombre es llamado a examinar sus vías de salvación para sí y para su posteridad. Es una crisis o un caos; tiene que salir de ahí la muerte o la perduración. O bien ambas cosas: la muerte de una forma y el nacimiento de otra. Este instante climático, es necesario asirlo, separarlo, clarificarlo, tarea propia del espíritu. Las primeras avanzadas del intelecto lúcido se condensan a comienzos de este siglo en la aparición de los filósofos y novelistas de la angustia. Todos ellos comprueban una agonía, la agonía de su circunstancia histórica, y reciben la antorcha tormentosa de los últimos grandes lúcidos del siglo pasado: los filósofos, de Kierkegaard; los novelistas, de Dostoiewsky. Esta antorcha pasará a las manos de los que vayan a anunciar, después de los últimos toques de muerte, la aparición cíclica de la nueva esperanza.

Una forma nace de un caos pero nace al propio tiempo de una concepción original. Sin ella no puede engendrarse. No hay así forma que no proceda de un acto de amor. Pensemos en los orígenes del cristianismo y en todas las formas fecundas de comunión humana. De este modo las sociedades en peligro de disolverse tienden a la unidad, vale decir, a una forma orgánica. Y ciertos períodos, como el presente, de odio ecuménico, en que la furia sembrada en la tierra se propaga de polo a polo y de océano a océano reclamando trágicamente un fuego que la absuelva, están llamados al fin a no poder sobrevivir sino por una sola cosa, por una nueva voluntad de unidad.

El cambio hacia ella, los fundamentos que deben sustentar su permanencia, la suma de rectificación y recreación que requiere así como la naturaleza del mal que hay que curar: he ahí lo que, antes del alba, se debate en la noche. He ahí lo que la angustia de los espíritus más sensibles rumia hora tras hora en la selva nocturna, en la entraña de este tiempo, y lo que constituye el problema superior de las conciencias.

¿Está ya concebida la forma en que renacerá de su agonía nuestro tiempo? ¿En qué modo está viciada la concepción de los problemas no temporales del hombre? ¿Cuáles son los términos en que se plantea la duda esencial de cada espíritu? ¿Cuál

es la razón final de los postulados antipódicos en que la inquietud de las turbas se divide? Tales son cuatro de las cien cuestiones ante las que está enfrentado el intelectual, centro sensorio de las sociedades. Esas cuestiones, como todo lo que no está reducido al conocimiento y formulado, implican duda, implican lucha con elementos heterogéneos y no determinados, implican fracaso. Todo existe entonces tal vez en perdurable, tal vez en breve oscuridad. Semejante etapa, no otra, vivimos. El intelectual habita su noche: vive, se alimenta, se agita, padece en el habitáculo terrible donde su vigilia es forzada, la luz precaria y la forma del tiempo en marcha se anuncia sin definirse. Movido por su hambre de clarificación, habla, se interroga, grita, se interna en la tiniebla actuante, se detiene, vacila, reanuda su andar. ¿Es este el modo como se pueden crear perfecciones? No: apenas puede crear su grito inteligente, lo que puede expresar es su angustia en el idioma de la angustia. Como el insomnio no importa sino a los insomnes, la desesperación no conmueve *in sólido* sino a los desesperados; de este modo la gestión del intelectual viene a ser hoy una movilización de gentes que desesperan esperando. Estamos lejos del reino del triunfo, estamos lejos del reino del gozo, estamos lejos de todo estatismo facticio, lejos de un arte "clásico", lejos de la contemplación operante. Participación fundamental y movilización de las conciencias, eso es lo que el instante exige del que reflexiona, y no contemplación.

De esta exigencia peculiar proviene el fresco trágico de que antes les hablaba. Un cuadro de escritores que, como quería el Greco en sus telas postrimeras, llenan dramáticamente el espacio plástico. Basta con que los examinemos a partir de los primeros años de este siglo. ¡Sus actitudes son tan diferentes y ricas de nervadura al descubierto! Eso es lo que todavía no saben: cubrir la trama de su anatomía melancólica. Su expresión es la de una sinceridad que pone en marcha todos los recursos del ser; rechazan la sombra, como Descartes e Ingres, mientras en ella no se trasluzca una claridad potencial. Sus aportaciones son generales y particulares: la intelectualidad rusa concurre con su voz todavía informe de esperanza, la irlandesa con su fanatismo desvelado y su vivacidad brutal, la francesa transmutando sus virtudes de claridad sistemática en un desorden más caudaloso o en un orden menos rígido y por lo tanto más vivo, la inglesa con

su verificación práctica de los fenómenos humanos, la norteamericana con su fluencia fluvial de organismo en crecimiento, la alemana con su visión despiadada, frío romanticismo al revés, de los problemas éticos del hombre de post-guerra. Desde el espíritu que anuncia su mensaje de carácter mesiánico hasta aquel otro que hunde su ojo penetrante en las cuestiones que afectan el destino interior del hombre, el intelecto de este siglo continúa en combate con el eterno problema bifronte de la civilización occidental: el conflicto del ser planteado por las condiciones de su substancia temporal y su esencia eterna. Como en todos los tiempos, la primacía de una u otra faz se produce por ciclos, desde la especulación humanística hasta el ejercicio de una filosofía existencial. Aunque un tanto esquemáticamente, puede postularse que la concepción del hombre ha pasado a través de la humanidad por tres estadios y está en un cuarto. El filósofo ruso Berdiaeff define a los tres primeros, que son los que reconoce, valiéndose del jalonamiento de sus tres respectivos representantes máximos en el orden del intelecto. Según él, la primera concepción es la concepción de Dante que, coincidiendo con la de Santo Tomás, considera al hombre como uno de los grados de la jerarquía universal: por encima de él está el cielo y por debajo el infierno, con una realidad tan grande como los objetos del mundo material; a esta concepción del mundo propia de la Edad Media sucede la que trae el humanismo y de la que el máximo genio es Shakespeare: el hombre avanza en el mundo de la naturaleza, el cielo y el infierno se cierran como presencias de un "orden objetivo divino" y aquel se adhiere cada vez más a la tierra; es una concepción dirigida hacia el mundo físico y no hacia el mundo espiritual, el hombre se detiene en sus pasiones y en la periferia del alma; pero este hombre que se siente libre, que no posee más que dos dimensiones y ha perdido la de profundidad, que posee alma y ha dejado escapar el espíritu, pierde al fin el gozo creado por la exaltación de su propia circunstancia y siente la falta de firmeza del suelo en que está plantado, una crisis se produce en él, un abismo volcánico se abre en su fondo y Dios y el diablo, el cielo y el infierno vuelven a revelarse en él, pero esta vez en el ámbito de sus propias profundidades. Es el hombre subterráneo de Dostoiewsky.

Frente a estas tres concepciones dialécticas definidas por

Berdiaeff, concibo yo una cuarta, que es ante la cual me parece estar situado el intelectual que vive nuestras horas. Esta cuarta proposición coincide con la necesidad de considerar al mundo actual como una noche en marcha hacia su vía de luz. El hombre, minado por su abismo volcánico, lleva hasta su último extremo, hasta su límite exhaustivo, el conocimiento de su substancia viviente: no contento con el descubrimiento de sus oscuros procesos subterráneos acude en el primer tramo de este siglo a la comprensión infinitesimal de sus sensaciones y al sondeo más recóndito de la subconsciencia, así como a una voluntad espiritual de revuelta y destrucción para llegar al infinito. Señalo en el primer caso a Proust, en el segundo a Joyce y Freud, en el tercero a los superrealistas.

Pero esta extrema ejercitación agotadora —en el sentido esencial del término—, este abuso de sí por el abuso de la razón autorreflexiva, ¿qué es lo que entrañan? Entrañan una nueva aspiración del hombre que consiste en llegar al límite último de sus fronteras a fin de sobrepasarse; después de haber pasado por la exaltación humanística, luego romántica, de su personalidad natural, después de haber encontrado en su propia tiniebla subterránea los yacimientos más graves de la vida de su espíritu, después de haberse examinado en su prolongación psíquica y sensorial del modo más extremo, no puede ya buscar sino *trascenderse*, superar, bien por una realidad de comunión humana bien por una realidad superior a su temporalidad, la fracción exacerbada y agotada del individuo. Es la etapa en que el hombre reclama salidas, demanda una existencia en la que las conclusas islas vivas dejen de ser tales para fundirse en una fluidez universal que asegure a cada humana célula su fertilidad total, su fertilidad trascendente.

En la encrucijada de esta forma vital que muere y que va a renacer en una nueva de cuya formulación exacta estamos todavía tan lejos, me parece importante considerar la participación iluminativa de un intelectual determinado, James Joyce.

Su obra, su metafísica del subconsciente anuncian para mí la consagración del fracaso del hombre librado al gigantesco universo de su ámbito personal. ¡Qué mundo tremendo y a la vez pequeño y miserable! No se puede ir más lejos en el reconoci-

miento tenebroso de un territorio, no se puede ir más lejos en su condenación por la esterilidad.

El "Ulises" denuncia definitivamente los gérmenes de muerte que asaltan a cada hombre al regresar a su confinamiento en sí. A partir de esta representación suprema del hombre-isla, el intelectual comienza a considerar y representar la tendencia íntima de este tipo a convertirse en hombre-río. Aparecen las comuniones fascistas, las comuniones marxistas. Las comuniones.

Se produce también en los intelectuales una tendencia que no deja de comportar deformación de su función específica. Tendencia que no es ya de *participación*, sino de *actuación*. Su mandato de responsabilidad y clarificación se ve viciado por lo que implica de limitado adherir a un dogmatismo en acción. Esto no constituye un vicio en aquellos casos en que, como en el André Gide, ese acto de adherir a una causa política significa un *progreso* en el conocimiento y la aplicación de sí, más que una *conversión*. Pero estos casos son pocos y asistimos hoy a demasiadas farsas por parte de intelectuales que ceden a la sirena política. La voz "masa" es un concepto omnipresente, no siempre un concepto claro. Ese concepto será claro el día que cada hombre sea claro para sí mismo. Por mi parte, les diré otra cosa: yo no soy marxista ni fascista porque no creo que el hombre pueda modificarse por su accidente sino por su naturaleza*. Tendría temor de esta indeterminación, por lo que ella puede importar de tibio, si no me asistiera de un modo, les aseguro, tormentoso la preocupación por una humanidad que vive con vehemencia su gran desconcierto, su pequeña comedia, su gran hambre.

En la aplicación literaria del intelectual a la creación de su objeto existe actualmente un matiz, provisto de mucho sentido, que quiero destacar. Ni aun frente a la obra más acabada podía uno olvidar en otro tiempo la aseveración de Valéry: "Las obras me parecen —ha dicho el poeta de la *Jeune Parque*— los residuos muertos de los actos vitales del creador". Residuos muertos, las obras que cuentan en este siglo cada vez lo parecen menos. Y esto, en virtud de que la persona del autor vive hoy más que nunca en su creación. La literatura de nuestra edad se hace cada

* Naturaleza no en el sentido escolástico sino en el de estructura profunda.

vez menos afirmativa, más de diálogo, menos elaborada y más trágica. El hombre produce precipitadamente, según el ritmo de su conflicto profundo. La vida de su obra gana con este ritmo y con la incorporación a su masa de una circunstancia dramática en *estado salvaje*.

No tenemos más que echar una ojeada a nuestro alrededor para verlo. En el orden de la filosofía, están ahí los filósofos existenciales: Berdiaeff y Chestov, para quienes se abre un vasto sistema de filiación pascaliana a través del cual se busca la verdad no ya en el campo limitado de la razón sino en el del Absurdo, cuyos límites no se alcanzan nunca. En el orden de la literatura: una poesía del conocimiento y una novelística que tiene los caracteres de una *crónica* viviente. La primera, extrema el examen lírico del yo puro, el conocimiento del ser destacado en su invariabilidad permanente de las circunstancias variantes que exteriormente lo rodean. En cuanto a la novelística, ¡qué diversidad, qué profusión, qué riqueza móvil! *Móvil*, repito, lo que quiere decir: no fijado, en constante evolución y transformación, en una busca paralela a la de su mundo. Lawrence, el muerto, en quien la agonía de un universo social aparecía como un padecimiento físico, en quien se daban los valores más transitorios y eternos del hombre ardiendo en la llama de la *irreductibilidad* más torturante; lo más bello de este hombre, era su resistencia a firmar falsos pactos, lo que había en él de *irreductible*. Gide, con su "laberinto de clara vía", proclamando lo que él llamaba sus manuales de evasión, gritando como su maestro el filósofo de Sils-María, "abandóname y cuando me hayas dejado me encontrarás". Kafka, con sus extraordinarias alegorías en las que se oculta tan obsesionante y rara trascendencia metafísica. Huxley. describiendo la maquinaria de un aparato infernal de aristócratas superconscientes y ambiciosos e intelectualizados y cínicos. Frank, deviniendo cada día más orgánico en la representación sinfónica de un mundo que atraviesa, hacia el día su última noche. Drieu La Rochelle, San Sebastián martirizado por su fracaso ante la necesidad de hundirse en una pasión o en un acto de naturaleza permanente. Liam O'Flaherty, para mí uno de los escritores más expresivos e ignorados de este tiempo, arriesgando su vida por una causa, rectificándose luego por la inteligencia, adorando y blasfemando, queriendo y execrando, dando su humanidad a todas las aventuras, todas las experien-

cias, todos los fracasos, todas las esperanzas, todas las dudas, todos los pillajes, una naturaleza hecha para el fanatismo en el ser menos fanático del mundo . . . Breton, Eluard y todos los demás superrealistas, descendencia de Rimbaud, de Lautréamont, cuya rebelión tiene una grandeza; a quienes no se podría ignorar sin mala fe por el sentido de su aspiración violenta a una realidad trascendente, aunque esta realidad sea la anulación, la nada. Todos estos intelectuales proclaman una cosa esencialísima: la autenticidad y el vigor de su adhesión a su tiempo. Nunca los grandes sueños de los hombres han estado más vinculados que ahora a la suerte del todo humano, a la suerte del universo entero en su procura de orden, de plenitud y de verdad. Esos intelectuales no han encontrado más que conflicto y duda porque el mundo en que viven es un mundo de conflicto y de duda.

Están a punto de morir si no se encuentran, si no se salvan, y esto lo denuncian con la voz menos formal, menos convencional, que pueda imaginarse. Es su sangre lo que se oye correr. Es su herida lo que importa y esa herida los sobrepasa, es de todos.

Europa muere en sus formas actuales y América tarda en revelar sus soluciones, mientras el mundo oriental abandona su actitud genuinamente espiritualista para concurrir a un conflicto general de carácter díscolo y vindicativo. Vivimos así socialmente contenidos en un caldo de disolución. Esta es la llaga de cada uno, esta es la llaga de todos.

No necesito decir más. Ya ven ustedes en qué acto trágico me parece estar la Comedia Humana y qué papel protagónico cabe en ella al intelectual. Más que nunca, su profesión es el tormento. Más que nunca le es difícil permanecer en los límites de un humanismo contemplativo. El Montaigne de nuestros días será un Montaigne llagado, en la carne, en la conciencia, en el intelecto, a fuerza de padecer en sí los males que hacen el grito del mundo.

Sólo el día en que se encuentren los datos que permitan considerar en todas sus dimensiones la nueva forma en que adquirirá coherencia la actual disgregación del hombre, tal estado dejará paso a un gozo. Pero para llegar a eso, a la definición y captación de esta forma, ¡qué suma de discordias, retrocesos, vacilaciones, cavilaciones, ponderaciones son necesarias, cuánta

servidumbre a diferentes muertes del espíritu, qué procesos agotadores!

Epoca de transición, arte que marcha con ella hacia el descubrimiento, la consumación de un orden. Lejano sólo en su accidente de la sustancia del héroe y del santo, como nunca necesita hoy el artista poseer la esencia de los dos. Su obra, carente de una belleza "llegada", tiene, a partir de los primeros diez años de este siglo, en grado supremo, movimiento, es decir, expresión. Yo veo en ella algo tan hermoso como el canto, tan serio como la hazaña, tan trágico como la oración. Pero uno no puede detenerse todavía a contemplarla. Su gesto tampoco lo permitiría: es el de la bella samotracia en la proa, algo que no permanece, continúa. No podemos detenernos. Como en el poema ya famoso, el viento se levanta y hay que intentar vivir.

Nº 30. Marzo de 1937.

ROSSI EN BUENOS AIRES

Hace meses, tal vez más de un año, tal vez un poco menos, vino a verme Attilio Rossi. Traía una carta de Cesare Zavattini, de quien guardo un recuerdo gratísimo. Attilio Rossi acababa de llegar de Milán. Este hombre joven, rudo, viviente y sincero me impresionó en seguida y escuché su palabra vertiginosa e inteligente como algo que está lejos de poderse oír todo los días. He aquí, me dije, un tipo de inteligencia batida por largas generaciones, pero no muerta, civilizada, pero no seca; culta, pero no amanerada, libre y fértil como el viento y la cara de nuestra tierra.

Estábamos haciendo *Sur*. *Sur* es una revista de minoría, por lo tanto, una revista de solitarios. Una revista de descontentos, una revista del querer hacer y ser mejor. Y Rossi vino a trabajar con nosotros y pensamos que nuestro arte reciente, nuestra pintura reciente, necesitaba de un hombre con un fuego no de llanura, como el nuestro, sino de entraña, como el de Rossi, italiano, hombre joven de la tierra del Giotto y también de la tierra de Modigliani. Con una madurez diferente a nuestra fertilidad verde, a nuestra fertilidad en agraz. Un hombre que viniera con nosotros, haciendo, por ánimo cordial, de nuevo, un camino que ya había hecho en la ruta del arte italiano.

Y Rossi ha incorporado así a la maduración del arte argentino su amistad madura, su inteligencia vehemente, su sabiduría, su tenacidad de trabajador alucinado. Y no sólo ha hecho crítica de nuestra plástica, sino crítica de cinematógrafo, crítica de ese arte que tiene la edad americana. Y ha traído, además, como si todo eso fuera poco, la artesanía de un admirable artista gráfico.

Por hombres como éste se honra en tierras extrañas la inteligencia original, natural de un país. Por hombres como éste

se piensa con esperanza y gozo en la posibilidad naciente de un mundo nuevo, de un mundo —por fortuna— diferente a otro que acaba. Por hombres como éste, como este Attilio Rossi, sabemos unos cuantos argentinos —y no tal vez los que menos importan— lo que es la inteligencia de un admirable italiano cuando en la levadura de esa inteligencia se levantan, auténticos, una voluntad, un sentido, una libertad, una intrepidez, una lucidez y aquel obstinado rigor que reservaba para su método Leonardo.

N° 33. Junio de 1937.

NOCHE*

Yo caminaba por una de las avenidas más grandes de la ciudad. No sé exactamente en qué barrio; era de noche. Muros y aceras calcinados; piedras calcinadas. Y los edificios, todos demasiado recientes, como madréporas monstruosas sorbiendo el aire frío y oscuro, el inmóvil aliento de otoño en lo intrincado de la urbe, allí donde el pico de gas ha dejado todavía su brazo muerto y la electricidad vibra en su seca y luminosa precocidad. Llantos lloraba el desierto en mitad de la población tan poblada, y toda esa regular monotonía de la gente tenía algo inanimado y abstracto, algo terriblemente inhumano, en la noche de frío y sequedad; rodando por el asfalto que circunda las plazas bailaba, árido, un viento juglar, viento que se parecía a un hombre enajenado en su danza infinitamente inútil y desolada. Igual que un halo llevaba yo el martirio de muchas semanas solitarias —semanas en que ni un rostro, ni una palabra, ni un gesto venían a interrumpir mi trabajo de sol a luna en el pequeño hotel de la plaza. Perduraba no se qué signo de muerte en aquel mes blanco, en aquel largo mes inhabitado. Y así fui a sentarme, también yo blanco e inhabitado, en uno de los bancos de la plazoleta, en aquel punto exacto donde todo parecía haber concluido, habitantes y casas y luces, con excepción del frío, en el confín de la avenida. Así mi convergencia humana era sólo con el tiempo, la intemperie, la variedad sideral, a las once de la noche, aquel día de abril.

Vino como algo repentino esa imagen, como algo que me viniera traído no por una brisa casual mas por el viento interior del país, el que se arrastra y deviene tiempo girando de norte a sur, desde los Andes al litoral, a Buenos Aires.

Era la imagen de un hombre a la puerta de una vivienda. El

* Fragmento de una obra en prensa.

hombre estaba ahí, de pie. La mujer estaba adentro, yacente; después del parto había sobrevenido el delirio. Pero la criatura recién nacida había sido salvada, llevada tres días antes en una precaria ambulancia. Y el hombre estaba ahora a la puerta de la vivienda, caídas las manos que surcaban gruesas nervaduras, los tristes ojos obstinadamente fijos en la lluvia que no había cesado de caer durante dos semanas consecutivas. A lo largo de setenta kilómetros todo lo sembrado estaba perdido, perdido el cereal, las espigas, la tierra ablandada, sobresaturada, hecha fango. Estaba él ahí parado, con viejas botas, con un viejo saco de gamuza, dentro; la mirada viril y sin alucinación fija en la tarde de soledad y diluvio; el alma aterida —pero cada vez más concentrada, cada vez más fuerte en su voluntad íntegra y en su desafío al desatado furor de la tierra. Pero ¿cuándo, cuándo iba a acabar ese torrente, esa precipitación fluvial, constante, regular, tenaz, idéntica en su modo de morder la tierra sobre el infinito de leguas? . . . Miraba: veía la cortina lluviosa, y el humus parecido a una niebla horizontal y la impregnación gris de todas las cosas; los pastos grises, el suelo gris, la lluvia gris, el cielo gris mucho más oscuro: plúmbeo, denso. Y el ruido isócrono y lento, dispuesto a durar, regular y descansado, el ruido de la lluvia instalada en la tarde, las noches, los días —el ruido huésped, el ruido habitante del tiempo. En el interior de la vivienda, a sus espaldas, el delirio de la crisis reducido sólo a aquellas dos palabras: "volverán . . . vendrán . . . volverán . . . ven . . .", largo y musitado como un susurro, y tan regular y lento y sostenido como la propia lluvia . . . Las siete, las siete de la tarde, hora de oración. Y el campo solitario y las leguas solitarias: al este las montañas, el oeste el soñoliento río, al sur y al norte pastos y pastos corriendo . . . la planicie; casi el desierto hasta el otro establecimiento . . . Este hombre padece. Su frente está sombría, apenas plegada sobre la nariz, en la confluencia de las cejas negras sobre la piel morena, pálida allí donde la piel se ahueca entre los ojos y los maxilares. Y el resto de los hombres —los tres peones— se han ido: atraídos por distintos menesteres accidentales de la vida, una pequeña herencia, una muerte familiar, una compra de ganado. Sí, están ausentes.

Al fin recogió él la mirada, volvió la cabeza hacia adentro y, en la casi penumbra, observó un instante el rostro vuelto hacia arriba, entre las ropas blancas de la cama a medio deshacer, los

dientes blancos visibles bajo el rictus labial amargo y sufriente, los ojos sin movimiento, aparentemente presos por la cal muerta del techo, el brazo amarillo inerte sobre la manta. Salió al corredor, buscó la cazuela y la llevó adentro y fue a la pequeña cocina; luego se oyó el otro ruido, sobre el fondo de silencio terrible, el ruido del agua al hervir. Y volvió al gran cuarto, al salón —adonde la había trasladado al sobrevenir los primeros dolores a fin de que estuviera mejor que en el dormitorio,— para mirarla, observar los ojos, el ritmo de la respiración, tal como se lo habían indicado. Fue como si no se le aproximara, para ella; siguió la rigidez, continuaba el delirio con la misma desesperada precipitación. El se sentó, recogió el libro del suelo y, una vez más, no pudo leer. Esperó. Luego volvió a la cocina y trajo a la mesa el recipiente humeante. El salón era grande y la puerta podía quedar abierta sin que entrara frío; la intemperie estaba invadida por el torrente, el viento espantado. Trajo agua y un poco de vino negro, y pan. Y después de hacer otros arreglos minuciosos, se sentó fatigado junto a la pequeña mesa de nogal grueso, cuya vasta superficie estaba herida por el frote y el choque de las fuentes. Como un frote ininterrumpido era el rumor externo, la caída de agua que en aquellas dos semanas no había dado al sol alternativa sino tan solo admitido ciertas pausas nubladas, tan tormentosamente hoscas como el diluvio mismo al que se emparentaban. Aún las maderas interiores de la casa parecían haber sido impregnadas y reblandecidas; la cal de las paredes externas tenían el color del lienzo húmedo. El tiempo estaba detenido; temporalmente, nada se habría creído sujeto a crecimiento en el gran cuarto adonde no tardaría él en prender la lámpara, donde se alternaban ahora la sombra y la luz agonizante del diluvio. Las aves, el ganado estaban refugiados; ni un signo humano sensible en quién sabe cuántas leguas a la redonda; ni una voz que hubiera respondido a un grito, sino el espacio, el espacio, el espacio —y el agua. Y así todo el ánimo concentrado del hombre estaba vuelto, adherido, acosado de frente por el delirio no interrumpido de la mujer exhausta en las sábanas. Por un instante, mientras cortaba, sin apetito, el pan, volcaba el vino —su imaginación recogió, en espíritu, una visión rápida, y fue la de las especies vivas que físicamente estaban más cerca de él en ese instante: los reptiles dormidos en roscas de brillo acuoso, la bella y repelente cabeza hurtada al agua, escondida; los caballos

y los vacunos refugiados; los perros, las lechuzas, los caranchos, las mil aves distintas acurrucadas en sus abrigos. Comía taciturnamente. Pero no había perdido la esperanza. Ni el coraje. Estaba de frente, en la mesa, a la cama del opuesto, distante rincón, a la cama pequeña con su desarreglo de ropa junto al hueco vacío de la chimenea; y el rostro amarillo-cerúleo de la mujer parecía, al crecer la oscuridad en ese ángulo del salón, moreno, casi negro. No sentía él propensión alguna por el llanto o la desesperación histérica; todo eso le parecía inútil y desdeñable frente a la necesidad de no ceder, de vencer, de endurecerse. Uno tras otro veníanle los golpes de la angustia física, sentía un latido precipitado del corazón sin otro trastorno, sin trastorno anímico, sino como si el corazón solo fuera a claudicar y ceder. Mientras su ánimo no temblara —mientras su ánimo no temblara podría resistir la canción solitaria de su imaginación y el triste volar de su pensamiento en el abominable destino de la noche. Veía el país, las masas de hombres urgidas por reclamaciones inmediatas y, como situado en el sitio del sujeto de una pesadilla, no tenía conciencia, en aquel instante, más que de sus propios ojos mirando desmesurados a toda esa gente que volvía la cabeza hacia otros puntos, distraída. Ese país era una parte de su conquista prometida, una parte de su ambición, de su trabajo y de su padecimiento. Cuando fueron a ocupar aquella casa todo estaba devorado por el pasto malo y las lianas, los bejucos, los bichos, los insectos, las arañas, las horrendas enredaderas; sólo el pequeño arroyo adyacente parecía conservar cierta pureza en medio de tanto desastroso parasitismo. Su mujer era la compañía reciente de su soledad y mientras, armados de hachas, cortaron sin ayuda los brazos selváticos obstinados en no soltar su presa, reían, gozaban, jugaban como jóvenes animales a quienes la promesa de la exaltación física y el placer compartido de la noche torna llevaderos los contratiempos más intolerables en el andar del tiempo. Pero el tiempo no anda sin perfidia, el tiempo no es inocente, su marcha trae desastre exterior e interior, y de la exaltación corporal queda como el hoyo dejado por la gota en la piedra. Al fin el trabajo vence los gozos del hombre y la mujer. Y en la casa del establecimiento, rodeada pronto por las pequeñas viviendas de adobe reciente que habitaban los peones, vinieron las noches con cansancio a sustituir las noches con risa. Pena de la vida es esta: más que los más joviales amores unen

ciertas fatigas. Más que ciertos goces ciertas aterradoras penurias. Muchas veces volvía él con el hombro bronceado a la vista por la rotura de la camisa en jirones; estaba ella sentada a la puerta de la casa, siempre igual, siempre honesta y prudente y llena de buena voluntad en el oscuro bosque de cierta remota expectoración. Y a los diez años todavía podrían comer contentos y sanamente fatigados en el comedor donde ahora comía solo oyendo el ruido del diluvio externo y el terrible balbuceo del constante delirio. Primero, los años de afán próspero; luego, los tres de adversidad, de signos nefastos en la agricultura. Y estos cuatro últimos meses bíblicos, meses de prueba y flagelación en la esperanza; plagas, mangas de acridios, tiempos de continua seca y finalmente, cuando una gota de agua se deseaba como el advenimiento rogado, suspirado —la lluvia en demasía, el diluvio. ¡Los campos perdidos, la siembra perdida, tantos animales muertos! Y ella en la cama, a punto de dar a luz; y el médico del pueblo que se para, con el dintel de madera sobre la cabeza del buen bebedor, al día siguiente del nacimiento de la criatura, a fin de decir sin que la madre, inanimada, oiga: "¡Qué grave!" —¡Días de adversidad, días desleales, días de tremenda experiencia, insomnio, mal, desastre e invasión lacustre en los campos solitarios! Y la emigración de gente desde la casa, como si una fuerza secreta ordenara su paulatina evacuación. Y, al fin, enfrentados, él y ella y la lluvia y el color gris alojado en toda la extensidad del mundo visible... Y los días sin transformación, no más crueles —exactos. ¡Qué fuerza gigantesca para no ceder, para obligarse a no obedecerse, para impedirse salir en cabeza al campo y correr gritando, clamando, blandiendo el brazo bajo el torrente de agua fina, tenaz, imperturbable! Estaba sin embargo entero. Sentado casi todo el día junto a la cama, no tenía otro gesto más que el de ir de tiempo en tiempo hasta la puerta y observar los signos de posible mutación en el cielo. En lo más intenso de la soledad sentía por momentos el vuelo de algún pájaro de mal agüero que circuía con sus círculos la casa; escuchaba, oía el vuelo cercano, luego el alejamiento, luego el retorno... Y cuando la prueba era más dura y terrible apretaba los dedos, se aferraba a esas dos palabras con el alma, los dientes, los labios, —"todo pasará".

Le pareció que ella estaba agitada. Se levantó; mojó la mano en el recipiente de agua fría y puso los dedos en la frente

sudorosa, un poco más arriba de los ojos inmensos, dolientes. Después permaneció mirándola. Como comenzaba a hacerse tarde, fue y cerró la puerta, y volvió a sentarse al lado de la cama. Los platos de la comida estaban en desorden sobre la mesa. Y, sin levantar el libro del suelo, permaneció con los ojos fijos en el semblante amarillo-céreo de la pobre mujer, oyendo sólo la lluvia. Era su gran dolor, esa ternura a la vez física, localizada y difusa. Todo el cuerpo de ella ahí tendido estaba dentro de él incorporado, doliente y hecho dolor. Por momentos le hablaba él con un acento tierno y salvaje y algo siniestro por el saber que no iba a oírse sino a sí mismo. Se quedaba sorprendido de escucharse, de escuchar aquella voz ronca que no se parecía a la suya. Había en ella una extraña y en él otro extraño. Extraño a sí mismo y sin sueño en el empezar de la noche. No dejó de sentir un alivio al pensar que el sueño había desaparecido espantado por su propio fantasma. Pues el tormento para combatirlo había sido atroz las noches antes.

Pasó un corto tiempo de calma; minutos, una hora. La mujer se incorporó; con el busto rígido, las manos sosteniéndola por detrás, crispadas sobre los dos extremos de la almohada. Los ojos, en igual modo, dos llamas rígidas. Se puso él en pie y volvió a acariciar la cabeza ardiente, los brazos endurecidos, y quiso cerrar aquellos ojos; inducirlos al descanso con la imposición de sus dedos largos y nudosos. Sin sacar los ojos del punto fijo que miraban, ella dejó descender la cabeza, el busto, hacia atrás; y quedó de nuevo boca arriba, los labios en obstinado hablar, la razón espantosamente alterada . . . Y así quedó, con el cuerpo como agarrotado, los dedos blancos y dolientes hechos garras. En aquel instante sintió él subirle por toda la entraña una asoladora ternura, una piedad amarga y turbulenta; y la nuez subió y bajó en aquella garganta de hombre. Pensó en el viejo automóvil que en cualquier momento podía sacar del galpón a la lluvia y correr las dos horas de camino fangoso hasta el pueblo si fuera necesario. Se levantó, fue hasta la puerta —luego empezó a caminar por el salón de abajo a arriba, cruelmente preocupado, acosado, arrecido. Por unos minutos la lluvia decreció, cesó; luego volvió a caer con la misma monotonía constante.

Hacía más de una hora que caminaba. Se detuvo y, acercándose luego a la cama, oyó el moverse de aquellos labios; sólo el moverse, pues ninguna palabra inteligible dejaban escapar ya:

arrebatados, se apretaron rehusando. Se sentó él y abrió el libro en la oscuridad, uno de los periódicos. "Todo lo que sucede en el mundo se halla dentro del orden natural... tu existencia forma parte de un todo, y será arrebatada por El que la ha producido o, mejor dicho, será recibida por una transformación en el seno de ese sabio creador..." Cerró el libro, lo dejó caer —y el fluir de un acerbo y cansado pensamiento fue sucediéndose, sin que conscientemente lo advirtiera, en su mente. Cuando ella mejorara y se levantara, todo habría que recomenzarlo; traer otra vez a la vida, junto al primer grano nuevo, la primera nueva esperanza. Y la criatura... Pero el acridio retornaría y el combate era desigual contra esa invasión tristemente voraz; a la postre, la manga da cuenta de todo y sólo deja el esqueleto de la creación en la tierra asolada. En medio de su moroso pensamiento, sintió de pronto un peso sobre los ojos, sobre los párpados superiores; de nuevo el sueño venía a combatir con él; inmóvil, dejó por unos momentos que la presión siguiera sobre la parte superior de la órbita dolorida. Como el que se resiste a un mal irguiendo su armadura física, se levantó y empezó a caminar de nuevo por el gran cuarto. Pese a la forma en que pugnaba por pensar, el sueño estaba ya ahí, sobre él. Era como una pérfida delicia, una tentación de abandonarse exactamente en el momento en que más necesario le era velar, permanecer despierto. Se puso a arreglar los libros enfilados en el hueco de la ventana, luego caminó hasta la mesa, recogió la cazuela de barro, los demás recipientes y los llevó hasta la cocina en dos o tres viajes; pensó que era necesario dar ocupación a sus manos, preocuparse por algunos objetos a fin de ahuyentar el adormecimiento. Sacó de un cajón una vieja red de pescar y comenzó a deshacer los nudos que la habían inutilizado; durante algunos momentos trabajó en ella bajo el cono de luz de la lámpara del cielo raso. Y como si el sueño perseguido se vengara, su mente recogió paulatina, obsesivamente, la idea del posible final, de la posible muerte en aquella casa, en la soledad, con la lluvia afuera, al amanecer... Salvajemente afligido, con fuerte y viril congoja miró el cuerpo que, como un despojo rígido, erraba en el mundo de su locura; la cara, el cuello, los brazos mortalmente blancos, helados. Guardó la red y volvió a sentarse en la silla, junto a la cama. Sus labios, los de él, no se movían, pero por dentro estaban formadas las palabras: "Sálvala, Señor; Señor, sálvala".

La vio, proyectada en su espíritu, jugando con la criatura ya grande, en el césped que se había empeñado él en cultivar al borde del arroyo; pero esa realidad habría implicado otros logros previos, el cultivo de toda esa zona árida extendida al norte del campo, y levantar allí la granja, para lo cual él mismo tendría que manejar el teodolito, establecer planos, poner jalones, levantar mensuras, e industrializar despacio lo que era todavía yermo.

Estuvo un rato pensando y sintió, de súbito, caer su cabeza sobre el pecho. Alarmado por la traición del cruel sopor, se levantó de golpe y volvió a echarse a andar de arriba abajo. Pero las muchas noches de mal dormir habían concentrado tanto esta oscura necesidad de su organismo que no podía combatirla ya sin esfuerzo extremo. Aún caminando sintió que iba a dormirse, que iba a caerse de pronto sin sentirlo y a quedarse dormido como una piedra. Se acercó entonces hasta la puerta y la abrió y sintió en la cara el aire húmedo y frío. Sólo la luz que libraba la puerta desde el interior del salón arrojaba su luminoso rectángulo sobre el piso de asfalto y la tierra; en torno, apenas algunos fugaces hilos de acero hacían visible la lluvia en la noche negra. Pensó en sus hermanos, en sus hermanas, lejanos, esparcidos tal vez a aquella hora en diferentes, incalculables, distracciones, preocupaciones. Y sintió una terrible angustia y se llevó la mano a la cabeza y se alisó el pelo desordenado. Volvió a entrar en el cuarto, dispuesto a hundirse en el libro. Lo abrió, pero aquellas letras no le decían ya nada; fue hasta el hueco de la ventana y buscó otro, un libro a la rústica de carátula blanca y tipografía roja. ¿Qué podía abstraerlo en esa historia de un Estrecho? Sin embargo se esforzó en leer y leyó sin comprender, pronunciando en voz alta las palabras del texto. Estuvo tal vez una hora así; tal vez dos, luchando duramente con el sopor que de instante en instante le daba el golpe.

"No —se decía— no, no. No me dejo vencer". Había pasado la medianoche cuando se levantó de la silla para ir a beber un poco de agua fría. Cuando estaba en la cocina virtiéndola en el vaso oyó un grito fuerte, luego el silencio; volvió precipitadamente al lado de su mujer y vio que seguía sin novedad, nuevamente en su rigidez y su delirio ininteligible. Entonces sintió en sí la invasión de un odio sordo, un odio general y no localizado, contra la fuerza innominada del mundo que podía provocar estos males. Bebió el agua del vaso que tenía en la

mano y se sintió alterado y agitado por ese mal espíritu. Y, en seguida, el otro pensamiento, el contrario, el más constante y profundo aún en aquella hora terrible: "Este es mi mundo y yo debo perdurar aquí". ¿Perdurar? Era extraño. Lo que se salvaba al fin en él era esa idea de perduración. Contra todo y a pesar de todo. Al rapto fugaz de odio y oscuro inlocalizable resentimiento respondía con ese sentimiento lento, permanente.

Como los años malos, los años buenos habían traído para él y ella en aquella casa un ansia de feliz perduración. Con cada muerte de la flor entre cardos al avanzar el invierno sobrevenía en ellos el deseo de ver la nueva floración. Y si ahora uno de los dos estaba caído, vencido, preso en manos de quien sabe qué cruel drama secreto, él debía ser quien continuara manteniendo para los dos aquella voluntad de perduración. No se trataba en ambos de un designio vegetante y pasivo sino, por el contrario del progreso de una necesidad humana de crear incesantemente vida, de dar de sí trabajo y recrear en igual tiempo, de modo triunfante, el desgaste y el agotamiento en forma de vital novedad, en forma de nueva energía. Allí estaba su destino: en vivir produciendo vida, pero sin temblar —como quien no se asusta de lo que le es fatalmente exigido sino que lo sobrepasa para superarlo. Esa era su voluntad: no ser nunca inferior a la vida, ser más lúcido que la vida ciega y aprovechar esta sola oportunidad de revancha que le sería dada en el sucederse de los días.

Dejó de caminar y se sentó a los pies de la cama de ella. Alrededor estaban diseminados los muebles de madera y paja, el único lujo de los retratos familiares en marco de plata. ¿Cómo hacer para alejar de una vez aquel sopor, aquel alano de vuelo torpe que se acercaba a él, lo circuía, lo acorralaba? Se esforzó con toda la energía de que era capaz en mantener los ojos abiertos. Pero era imposible: después de un retroceso aparente el sueño volvía, lo inundaba. Concibió una rabia repentina contra ese sueño, una rabia absurda. Se puso en pie, corrió al armario del dormitorio y, con la capa de goma puesta, salió a la intemperie... Como un millar de látigos chocaron las gotas, con ruido, sobre la capa de goma y el chubasco le recogió en su bosque torrencial. Sintió la cabeza empapada y extraños ecos en los oídos como imprevistos gritos en libertad que corrieran jugando en el campo tormentoso... Tropezó, siguió andando, calado hasta los huesos. Eran torrentes, torrentes y no lluvia, lo

que se precipitaba desde lo alto de la furia sideral embozada y tronante en la cima de la noche de espanto y desolación. El relámpago iluminaba el vacío como una vertiginosa luminaria provista para la lluvia a fin de poder medir la inundación, el desastre. Puso su codo doblado a la altura de la frente, protegiéndola y bajó la cabeza para adelantar; el muro pluvial se defendía contra el extraño... Dio la cara y el cuerpo todo al castigo del agua, que le deparaba así un ominoso olvido, un desgarramiento todavía más brutal por la sensación del infortunio físico añadido a la otra herida...

Casi iba su alma toda resistiéndose con terrible coraje a un llanto sin fronteras, a un llanto que lo hubiera ahogado, deglutido, mucho más que aquel caudal de lluvia a la vez amenazadora e innocua. Pero la cabeza no vacilaba en aquel cuerpo castigado y, aunque transido, hubiera hecho él todavía más para romper los diques del momento que vivía y tocar las fronteras de su dolor, los confines, los límites con el aniquilamiento y la nada o con esa regeneración final de la furia al transformarse en un mal vencido, dominado, subordinado.

Si una agonía estaba cerca, he aquí cómo herirla, mirarla de frente sin escaparle, ser más que ella por un coraje sobrehumano. ¿Es que temía él al dolor? La vida toda es infortunio. Cuando se lucha contra sus previsiones tenebrosas; y él no hacía más que ir al encuentro de esos accidentes, arterías, traiciones. Diez años de encuentros, materialmente agotadores, de pequeños terrenos ganados y grandes terrenos perdidos, ventura, incertidumbre, esperanza, trabajo, miedo, valentía, impetuosidad y zozobra. Diez años de riesgo —regando con sangre blanca las madrugadas del campo removido por la fuerza de sus manos; diez años de noches tristes, viendo correr con aquella pobre mujer, con aquella muchacha sin fuerzas, el río a veces cargado, a veces seco, de la suerte... Azotado por el agua, quería caminar ahora —habría querido caminar, sin detenimiento— hasta el límite del dolor, ir todavía más allá de sí, dejar en el campo la piel flagelada, y mojada de un cuerpo desaparecido. En ese segundo, tomado por un tremendo espasmo, apresuró el paso en la huella fangosa, casi al lado de los alambrados de púa rígidos en sus tres líneas horizontales.

¡No! Lo que no podía tolerar en su espíritu era la idea de aquella muerte, la posibilidad de aquella muerte. Devoró el

sollozo y estuvo a punto de caer, sujeto el pie, el pie incauto, en un pozo de agua. A fin de no estallar allí en una terrible crisis de desolación y sollozos y gritos, se dio ánimo con aquel solo pensamiento: "Aunque así fuera, hay que ir más allá, más allá de ella y más allá de mí, avanzar sobre la vida rechazando como quien, más fuerte que la alevosía del mal del tutor, lo abjura y deja hundido en el pantano, en la demencia y el asesinato". Así, todo el camino, el campo inundado, tenebroso y desierto, los pastos cenagosos, los distantes árboles que minuto tras minuto acusaba el relámpago, los sintió como el paisaje de su propio tormento, como su dolor corporizado, visible fuera de él. Y se ensañó en caminar; cruzó un pastizal alto, otro pequeño camino por el que doblara la salida ancha de la casa entre dos riberas de paja brava.

¡Cómo estaba desamparado y solitario en el fondo de su cuerpo que chorreaba agua! ¡Pero quería tocar, tocar, no presentir, tocar, hasta con el último poro de su piel, el dolor que se le quería propinar en lentas, crueles y pequeñas crisis! ¡Ah, ser tan grande como todo ese espacio abarcado por la lluvia! Ser superficie viva para todo el dolor posible, por durable y extenso que fuera, por injusto que fuera. Mas, sin que tuviera aún tiempo de andar mucho, en vez de sentir su ánimo prolongado y liberado, extremadamente tendido hacia el confín del dolor, percibió algo que no hacia afuera, sino adentro de su ánimo crecía y era un final cansancio, un cansancio ya sin fuerzas para sentirse a sí mismo, y junto con él, sin poderla resistir ya, una atroz angustia hacia su mujer que deliraba. Entonces se volvió, movió sus pies con dificultad al haberse hundido con el detenerse y echó a correr, regresó a la casa casi sin alientos, corriendo . . .

Se arrancó aquella capa al lado mismo de la puerta y fue a caer sobre la silla, la cabeza mojada entre las manos, los pies bañados de lodo y agua. Sufriendo como un martirizado, sin llanto, instantáneamente sin voluntad sobre sí, quedó sin pensar cosa alguna, obseso sin idea, como si estuviera en poder de una enajenación. Pero como vio que la boca de su mujer se había callado, se aproximó todavía a ella y buscó en el cuarto de baño un paño de agua fría y lo depositó con extrema suavidad en aquella frente ya seca . . . Entonces observó —con una perplejidad que en aquel instante parecía cruel y no podía cambiarse

tan pronto en gozo— que el rostro estaba tranquilo, los ojos cerrados, los labios sin rigidez . . . Se dejó caer en la silla despacio, a fin de no hacer ruido alguno, de no perturbar aquella reciente tranquilidad. Estuvo unos instantes así, quieto, luego volvió a ir al baño y se miró en el espejo y se secó el semblante con una toalla y se pasó rápidamente el peine por los cabellos en desorden . . .

Varias veces caminó todavía por el cuarto. Dejó de oír el ruido de la lluvia y pensó con esperanza en lo que tendría que hacer una vez que la mujer saliera de peligro; recomenzar la lenta tarea de jalonamiento del terreno, ordenar al arado y la nueva siembra. La tierra se regenera pronto.

Por la ventana entró la primera, todavía muy difusa, claridad. Aún así, tan aprisa, muchos días habían pasado sin que pudiera verla, albas y albas hoscas, oscuras. Salió a la puerta y vio, ante el espectáculo del negro y rojizo campo ya sin lluvia, ir subiendo el amanecer, despacio, lentísimo, apenas más claro que la noche, apenas marcado, el cauteloso amanecer . . . Esperó, y salió después afuera y oyó el canto de una ave taciturna, incrédula todavía ante la inminencia de la madrugada. Entonces volvió a entrar en el salón, se quitó el chaleco de vieja gamuza y cayó sentado en el suelo, entre la silla y la cama de la enferma. Estaba desgarrado; y entero; herido y siempre en lucha. Estaba con un brazo abierto y otro encogido. Luego su cuerpo se abatió.

Y un poco más tarde, con el primer sol, comenzaron a secarse las manchas de barro en las botas, en los pies aparentemente muertos, incalculablemente dóciles y mortales del hombre que había velado.

Todavía llevaba presente aquella imagen, como si la viera ante mí en un plano que me trascendía, cuando me levanté del banco, en la plazoleta, y caminé por la avenida en la noche helada de la ciudad.

N° 39. Diciembre de 1937.

INTRODUCCION AL MUNDO DE FRANZ KAFKA

Una vez había en Praga un hombre que se llamaba Franz. Su apellido era Kafka. Tenía una frente pequeña y unos ojos extremadamente inteligentes para la desarmonía cruel de esa cara; ojos que miraban de un modo tan intenso que parecían haber muerto muchas muertes antes de venir a vivir esta vida. Tenía unos maxilares rudos, óseos, y un mentón tan extremadamente fino que parecía el repulsivo y a la vez delicado cuerpo de un insecto monstruoso. Este niño jugaba seriamente con los bichos en las aceras de Praga, conversaba sin abrir los labios con los pensativos escarabajos y distribuía entre las demás criaturas un extraño zumo, que era el zumo de su arisca hurañez, algo así como el invisible jugo de sus manos crueles y descarnadas.

Muchas veces las vecinas se habían reunido para preguntarse si ese niño era realmente cruel. Las que esto se preguntaban eran mujeres de mirar penetrante, de mangas arremangadas, con muchas arrugas alrededor de los ojos de tanto entornarlos suspicazmente. El niño se acercaba a ellas, pasaba, sin mirarlas, preocupado por las ocupaciones más ociosas, como podía ser mirar un llamador de forma desusada o seguir la resignación errante de los perros más increíbles. A veces pasaba un plomero, un abogado, una señorita, un prelado o un burgués alemán y podía ser que el niño los mirara asimismo. Ante esta criatura de ojos tan huraños, fríos y salvajes, las vecinas se quedaban hundidas en verdaderos raptos de perplejidad.

El niño recorría la ciudad, atravesaba los alrededores del Moldau, y veía el espacio cruzado por la aves invisibles y trágicas que pueblan la preocupación infantil. Solía cambiar palabras casuales con gentes encontradas al azar y la profundidad reflexiva con que los consideraba dejaba en ellos un sentimiento francamente receloso. Algunas niñas se le acercaban con sus trajes

vistosos; Franz se encarnizaba adustamente en la contemplación de las abejas y las rosas bordadas en esos vestidos de falda corta; es imposible pensar que no dialogara con las pequeñas presencias ornamentales: transplantadas más tarde a sus sueños le confiarían los modos oscuros y recónditos con que crecían y se transformaban como las hijas de Minias hechas murciélagos reales en las metamorfosis de Ovidio.

Su precoz imaginación se adecuaba dramáticamente al dédalo especial poblado de cuerpos y esencias. Sin duda sufría atroces suplicios sintiendo los dolores de la larva al hacerse crisálida o batracio. Sin duda tenía sus noches pobladas de gritos; y esos gritos, que lo alcanzaban, que llegaban hasta él, no eran suyos. Sin duda sentía en cada instante de su errar solitario la persecución de innumerables llantos, risas, aromas, palabras, confabulaciones, tragedias y toda suerte de misteriosos acaecimientos. Y si el niño Pascal jugaba con los círculos, los prismas y toda la abstracta geometría, el niño Kafka veía a la abstracta geometría, los prismas y los círculos jugando con los hombres.

Esta sensación de las fuerzas intrusas, desmesuradas invasiones en la vida cotidiana, inquietó la formación de su conciencia. Se sintió terriblemente ilimitado y a la vez terriblemente colindante. Los medios que tenía el hombre para asir, fuera con el intelecto o los sentidos, llegaban a todo y no tocaban nada. ¿Acaso tenía el farol la forma que le prestaba la sombra nocturna? ¿Acaso era suyo el miedo que le acometía en los ambientes sin luz? ¿Acaso estaba él a solas con sus sueños? ¿O bien vivía espantosa, constantemente visitado? ¿Adónde iba cada vez que daba un paso y qué pasos seguían este paso? ¿Qué es el mundo concreto y qué hay detrás de cada forma? ¿O es que serán los cuerpos gritos de la materia?

¡Cuántas, cuántas obsesiones en el niño que no corría nunca por las calles de Praga! Pero que andaba, andaba sin cesar, deliberadamente propenso a no quedarse en el no saber de las cosas no sabidas, a no quedarse en el no llegar a las cosas a que no se llega. La naturaleza había puesto en él movimiento. No sólo podía marchar, sino ver, oler, oír, que son idas; no sólo podía ir en la dimensión física: aquel gran cuerpo extraño, *aquel gran cuerpo sin cuerpo*, el alma, crecía en él, también se movía en él. Todo en él era móvil, como la hoja por dentro. Todo en él iba constantemente de una forma a la otra. Y él se miraba y

miraba y aunque sólo sus ojos parecían inmóviles, eran los que acogían más movimientos, los que no se cerraban, ni aun durante el sueño, al tropel de las más morosas y asoladoras imágenes.

Este adolescente creció en medio de la disgregación central de Europa. Su instintivo apetito de unidad se vio turbado por el carácter complejo de sus sensaciones y experiencias. Si se trataba del hambre, encontraba su voracidad tan desprovista de fronteras claras que colindaba con otras hambres en él y con otras hambres ajenas; si se trataba del amor, del odio, la tristeza, la alegría, estas fuerzas adquirían en su conciencia infinitas prolongaciones y anunciaban vecindades inesperadas y obsesionantes. Le pareció no conocer sentimiento ni experiencia que estuvieran confinados a su perímetro aparente; con sólo observarlos se veía el crecer de esos sentimientos y esas experiencias, cada sentimiento y cada experiencia contenía un clima universal en sus relaciones y consecuencias. Una flor, la cosa más simple del mundo, ¿estaba limitada a su forma natural? No. Una flor toca el mundo. No sólo lo roza sino que, en cierto modo, lo abarca. Lo contiene por el modo de contener relaciones con él. Y aun las abstracciones más inasibles están, en el dominio de la posibilidad, incorporadas a la flor.

El joven Franz siguió viviendo en Praga, instalado como todos los hombres entre la Universidad y el circo. Entre aquella suprema simbolización de la sabiduría teórica y esta otra simbolización del modo como dicha sabiduría es necia. Aprendió a ver en los acróbatas, lentamente oscilantes en la onda del largo trapecio, la representación del eterno retorno a los polos cómico y trágico. Permaneció el joven transido ante la posible vida privada del trapecista y lo que significaría en el espacio del alma el salto mortal que cada tarde emprendía con su lujoso traje de malla. Se marchaba perseguido por la aridez y dureza de estos pensamientos. Echaba a andar por los sitios más despoblados de la ciudad y cada día se sentía más desesperadamente lúcido ante las formas múltiples y terribles que se ocultan tras la apariencia de las formas más sencillas.

Era como si, por un fenómeno tan incomunicable como trastornador, el mundo estuviera adoptando en él proporciones desmesuradas, gigantescas. O como si, gracias a una de las metamorfosis que concebía su imaginación, estuviera él creciendo, aumentando de tamaño, aproximándose con todos los puntos de

su ser a lo inmenso y terrífico de un orbe que no cesaba de aumentar.

Semejante suceso no dejó, claro está, de crearle infinitos motivos de preocupación. Era tremendo no poder acercarse a las cosas sin adivinarlas en sus secretas multiplicaciones. Su vida comenzaba a asumir el carácter del más atroz de todos los viajes, es decir, de aquel en que cada puerto desaparece al arribo para dejar lugar a una nueva distancia. Y, a su vez, como a un puerto la perspectiva de otro puerto, a un dolor de ánimo sucedía otro dolor de ánimo. En plena juventud había llegado a un grado tal de melancolía que podría haberse dejado decir como Soren Kierkegaard, con quien ocultaba un profundo parentesco: "Yo no soy hombre; yo estoy triste hasta lindar con la verdadera pasión de ánimo". Pero él no era de los que se dejan decir; su preocupación era demasiado activa, su expresión estaba ordenada al descubrimiento de un universo desconocido, de un nuevo absoluto. Sus abismos y terrores eran sin embargo muy parecidos a los de Kierkegaard; lo que era en los dos diferente era el modo de buscar liberaciones. La "quieta desesperación" de Kierkegaard era en Kafka una esperanza atormentada de orden y de unidad, pero orden y unidad que pensaba en términos particularmente contingentes, orden y unidad en los que intervenía la naturaleza tanto como lo divino o, mejor aún, como directa operación divina.

El joven Kafka ingresa, después de salir de la Universidad, en una compañía de seguros. Todo en él tiende a crearle graves crisis de dispersión: es judío y no tiene en la sociedad que lo circunda el lugar que debería ocupar; es escritor y una parte de sí está mutilada, está mutilada *la acción natural en el mecanismo* colectivo; está mutilado y no puede ser, así, un creador eficaz. Todo su ser está dolorosamente abierto al mundo interior y secreto de las cosas y los seres. *Todo lo alcanza él y no llega a nada.* Todo lo alcanza con su inteligencia, con su sensibilidad tremenda, con sus órganos intrínsecos de aprehensión; pero no llega a nada porque para llegar a algo es necesario que este algo tenga un límite, y todo en el universo es oscuro, desconocido, eterno, infinito e ilimitado. Ningún hombre acaba en sí; es todo él prolongación. Entonces toda la vida es un camino empezado, continuado, ahondado, prolongado, infinito —todo, menos *acabado*. Nuestros caminos son inagotables; cada uno de nuestros

minutos es una marcha sin fin; cuando llegamos a algún punto ya debemos partir, arrancar de nuevo, reiniciar el viaje que no acabará nunca para nadie.

Se siente un ser irremediablemente llevado hacia dimensiones tan extremas, que todo en él adopta la amenaza de una violenta desmesura. Cada libro que devora lo agiganta en increíbles dimensiones; cada cosa que siente lo lleva a nuevas atroces hambres. Al comprenderlo todo, todo él es eterno e inconmensurable, porque comprender es una vía, el medio de una vocación inconclusa. Pero, a toda esta aparente deformación, no concurre Franz, el doctor en seguros, con un apetito vago de su intelecto; al contrario: su mal consiste en lo lúcido e infatigable de una inteligencia precisa, resistente, rígida. Su inteligencia es como el vidrio a través del cual se cristaliza el permanente movimiento de la nevada. ¿Pero, en la perpetua mutación de las cosas, qué puede detener él con la rigidez testimonial de su inteligencia?

¿Creemos haber llegado a una meta? ¡Tontos! Es la distancia la que nos ha devorado.

Ante tretas tan terribles de la vida cotidiana —¿no viene a veces tras nuestro la mujer a quien vamos persiguiendo y detrás de ella el que se cree por nosotros perseguido? — ¿no gana sobre nosotros aquel a quien dejamos por vencido? ¿no amanece misteriosamente en nuestra noche cuando hemos dejado las luces encendidas a fin de protegernos contra la creciente oscuridad? —; ante tretas tan terribles a veces le sacudía una grande y desesperada risa. Esa risa sonaba como una carcajada en una miserable calle de extramuros. Y a veces su propio humorismo le aterraba; el joven Kafka levantaba con rigor los ojos y decía: "Hay una meta pero no un camino; lo que llamamos camino es sólo un errar". Con lo cual, a fuer de rígido, recto, atrozmente consciente y casi sobrehumano en su crítica de sí, lo que negaba era la experiencia fundamental de su alma. Porque la tragedia de este gran buscador de metas era el saber que no iba a encontrar nunca ninguna. Ya que aquella que encontrara estaría devorada por otra, y ésta por otra, y ésta por la de más allá.

¡Triste, triste empleado de seguros, triste doctor Franz Kafka! ¿Qué era lo que había hecho pesar sobre su destino la responsabilidad de una experiencia espiritual más trágica que la de cualquier otro hombre del mundo? ¡Psicología! ¡Cómo se

reía de la psicología! ¡Psicología! ¿Qué ciencia es esta de las cosas sobrenaturales, de las pequeñas cosas sin dimensión ni tamaño, de las aparentemente pequeñas cosas? ¿Con qué instrumentos se puede asir y legislar la noche? ¿Con qué metro se miden los abismos en el instante en que la niebla se hace golfo y todo el tiempo parece ir a finiquitar en una tenebrosidad bronca? ¡Psicología! Como si el alma fuera una puerta, umbral de los hombres, y no abismo, abismo, sollozantes y turbias gargantas, pasadizos de un mundo hacia otro mundo, precipicios de vueltas sin rumbo.

Y en medio de este dédalo dantesco de dudas y pesimismo, de prueba, de descubrimiento, de tortura, cada vez avanzaba más decididamente hacia la lucidez y la proporción, hacia las fórmulas más estrictas de la inteligencia, hacia la claridad, la exactitud, la arquitectura, como el hombre que levanta en la noche el foco de la farola y lo encamina.

Pero estaba preso. Las imágenes de la prisión iban y venían en la imaginación del joven Kafka. De pronto abre los ojos y dice: "Una jaula fue en busca de un pájaro". ¿Cuál era la jaula que a él, hombre, lo perseguía? ¿Qué universos? ¿Qué formas de mundo dentro del mundo? Su tormento llega a ser enorme. Hay una presencia que viene siempre detrás. Estamos aquí, estamos de pie, en marcha, andamos en el mundo; pero algo viene detrás, se apresura, nos apremia. En otoño, apenas los caminos están limpios, vuelven a cubrirse ya de hojas. Detrás de nosotros mismos hay otros nosotros mismos. Detrás de cada nosotros hay otros otros.

Y este hombre perseguido por tantas obsesiones, es un hombre perfectamente recto, perfectamente moral. El sabe que persigue un orden pero también que un orden lo persigue. ¿No es esto el sentido mismo de la dependencia espiritual? ¿No es esto el *sentido*? El *ordo invisibilis*. Oye sus propios pasos hacia delante y los pasos que vienen detrás. ¡Qué grande y triste taciturnidad oír a nuestro lado los pasos invisibles que nos acompañan!

Se trata de una inteligencia serena junto a un alma fundamentalmente angustiada. No es que se cree antagonistas; es que los antagonistas están en él. "El primer signo del conocimiento naciente —dice— es el deseo de morir. La vida parece insobrelle-

vable; lo demás, inalcanzable". A medida que camina, que progresa en la vida, le parece que retrocede; un antagonista le tira hacia adelante, otro hacia atrás. El sabe que es pequeño como el más pequeño, pero que toca al más grande por todos sus lados. Toca la taciturna monotonía del perro solitario y la alegría de Napoleón. Todo lo que es más grande que nosotros nos pertenece porque nos comprende. Todo lo que es más pequeño que nosotros nos pertenece porque lo comprendemos. ¿Y qué? ¿Levantarnos, gritar contra eso? ¡No! Solamente, comprender; y decir: "Deja que el rostro lleno de injurias y odio se recline en tu pecho". ¿No toca acaso el hombre el firmamento? ¿No lo alcanzamos con nuestros sentidos y palabras? A eso alude, sin duda, cuando dice: "A. es un virtuoso y los cielos son sus testigos". Sí, sí, todo lo tocamos, todo lo comprendemos pero no podemos dejar de ser nosotros, no podemos ser lo demás, romper nuestras fronteras.

El joven Kafka concibe muchas historias. Concibe la historia del *Castillo* y la historia del *Proceso*, sus dos grandes libros. Concibe la historia de la *Metamorfosis*. El joven Kafka concibe la historia del joven Samsa. Del joven Gregorio Samsa. "Al despertar Gregorio Samsa, una mañana, tras un sueño intranquilo, encontróse en su cama . . ." ¿Qué se ha vuelto? El joven viajante de comercio es un animal de caparazón dura, vientre oscuro, patas escuálidas. Un espantoso insecto con conciencia de hombre. ¿No será así de organizada y dolorosa —como la del hombre— la conciencia de un insecto espantoso?

El joven Kafka conoce a una mujer, y la ama. Pero se siente todavía desplazado. En la virtud hay algo de desconsuelo y todo lo que él siente es una angustia ansiosa por llevar la caótica diversidad de los acontecimientos naturales a una unidad espiritual. ¿Pero cuál es esta unidad? La vida le ha deparado esa condición trágica de ciertos hombres, los menos, la infinita minoría, llamados a presenciar en su entraña las experiencias espirituales más agotadoras, la condición de los hombres cuya vida se sucede en la atmósfera de una larga noche poblada de gritos, llantos, espantos . . . Detrás de la diversidad de presencias sigilosas, monstruosas, ¿cuál es la unidad? Toda su incruenta aspiración tiende hacia una fe, hacia una creencia que determine en él un dominio imperioso sobre lo contingente; es ese sentimiento, esa dura aspiración lo que le hace pedir: "Una fe como

una guillotina, tan pesada, tan liviana como ella". Pero mientras esta gracia no lo visita, sigue sintiéndose perseguido por el estrechamiento de los círculos opresores, de las fuerzas que se mueven en el mundo y que no conoce sino que presiente, que toca sin conocerlas. Los círculos se estrechan más y más; cada vez está más oprimido: lo que sufrimos no es nuestro sufrimiento sino el sufrimiento que se desenvuelve en ondas cada vez más compactas en torno a nosotros. De pronto nos posee una furia ajena que erraba suelta y viene a caer repentinamente sobre nuestra vida. De pronto nos azota el dolor de aquel burgués desconocido, la alegría y la risa de algún demente transitoriamente liberado de ellas. Somos, así, depositarios de pasiones fugazmente enconadas y libres, que presentamos, vanagloriándonos, como algo que es nuestro, de que disfrutamos hasta la posesión y que podemos dominar.

Este sufrimiento obsesionado y pertinaz es lo que Kafka pasea por las calles de Praga. Cuando va a tomar un café es un desplazado; cuando llega y sale de la oficina de seguros es un desplazado y cuando visita a la mujer a quien quiere es un desplazado. Hay cierta oscura anarquía en el mundo de la cual él se siente responsable o, más que responsable, depositario; individual, gregariamente depositario. El ser arca corpórea de semejante depósito no lo deja vivir. En cuanto dé un paso para salvarse le caerá encima la cornisa del mundo entre irónicas carcajadas de otra parte, entre carcajadas de una compañía que presiente sin ver. Sólo cuando sus manos aristocráticas, blancas y flacas descansan sobre el papel, se mueven, escriben, vuelven a descansar, su espíritu se libera por cierta precisión, esa misma precisión que no consigue fijar sobre las afecciones y deformaciones con que una realidad secreta le sale constantemente al paso. El es un espíritu duro, tajante: no puede conformarse a lo informe, necesita que esas presencias nebulosamente activas caigan aprisionadas en una forma, que se parezcan a su espíritu, donde nada es caprichoso. Pero aquella realidad rueda, se agita, descansa, reaparece, se modifica, avanza y viene hacia él; y él combate con ella pero no bien da la espalda a un oculto enemigo cuando otro le sale de flanco para agredirlo.

Es el descubridor de un mundo en el que el mundo está contenido. El aire no es el aire, un vacío, sino el país de una fauna temible, de formas perfectamente activas, moralmente pal-

pables. La nada no existe: todo es presencia y presencia que se devora, que se devora a sí misma a fin de modificarse y transformarse. Gauguin decía la verdad: "Mira en el mundo ciego el ojo que te espía". Kafka no ve solamente el ojo sino el ojo que mira al ojo. Y lo que le comunica con todas esas realidades actuantes aunque invisibles es el combate que libra con ellas, él, el *agonista*. El que es el hombre de los mil combates, de las mil agonías.

Pero quien es capaz de morir muchas veces es capaz de nacer otras tantas. Sólo aquel que mata en sí muchas cosas acompaña el nacimiento de muchas diferentes. Como la agonía de Kafka era múltiple, su mundo vivía multiplicado; y la inversa era verdad también: su mundo multiplicado volvía múltiple su agonía. Agonía quiere decir lucha, y agonista, el que combate. Experimentaba una suerte de gozo desesperado al multiplicar sus combates en un orden puramente religioso y espiritual. Casi todo su esfuerzo se concentraba en una lucha por dar expresión a los símbolos que se le presentaban sólo a través de síntomas o apariencias pero que aludían categóricamente a un plano trascendental, a otra vida en la que podemos movernos sin quitar los pies de ésta, pero mucho más rica e incorpórea, fabulosa, poblada de sus propios climas y habitantes. Y no irreal, sino metafísicamente real; no visible, pero sensiblemente existente. Lo encarnizado de su lucha consistía en querer desentrañar esto, querer corporizarlo, arrancarlo de su vuelo, de su rapto, de su evasión. Por eso, cada uno de sus personajes, cada una de sus escenas, cada una de sus palabras parece tener un fondo, una profundidad presciente, una puerta abierta hacia considerables, distantes territorios que trascienden el carácter terrestre y habitual de las vulgares circunstancias humanas.

El aserto de Kierkegaard que se refiere a la separación total entre las categorías de la religión y las categorías de la moral encontró en Kafka un territorio propicio y más de una vez volvió él sobre ese postulado que le parecía tan exacto. Podía decirse de él que su gran sed era entrar de una vez —o cada vez más, ya que de una vez era imposible— en las circunstancias sobrenaturales y divinas accesibles para un más alto estado del hombre, zona tan lejana del ir y venir distraído de nuestros espectros pragmáticos. La coacción de lo moral le parecía reducir el mundo a límites increíblemente inferiores, increíblemente

somáticos, increíblemente vegetativos y contingentes. Veía el universo disminuido por mano del hombre, ignominiosamente concretado en unas cuantas reglas de indecible puerilidad concreta; veía el universo, originariamente rico, originariamente prodigioso, confinado en la medida de esas reglas. Su concepción del mundo, del cosmos, implicaba la incorporación de un universo divino, sin que éste tuviera nada que hacer con los preceptos morales y las necesidades inmediatas del hombre social. No podía resistirse a considerar las relaciones misteriosas establecidas entre los seres, siendo éstas de naturaleza extraordinaria y mucho más fértiles y ricas que las relaciones social y moralmente establecidas. Quería ir al absoluto por una comprensión extrema de lo natural.

Era como el combate de Jacob con el ángel, pero el ángel entraba en el mundo de Franz Kafka como un invitado que encuentra residencia honorable, una residencia en la que se siente cómodo y reconoce elementos que le son familiares, donde se le honra al ofrecérsele una lucha categóricamente incomparable.

Cuando apenas ha pasado el primer cuarto de su trabajosa vida, el joven Kafka está ya casi exhausto pero su sobrehumano empeño no cede, su guerra continúa. Pronto se van a encontrar en los campos occidentales las tropas de más de ocho ejércitos para aniquilarse físicamente y minarse por dentro. Va a estallar la guerra, la otra, la pugna sangrienta por unos cuantos principios de supremacía territorial. En las calles de Praga él está combatiendo con el otro adversario, con el resistente no-enemigo, con aquel a quien quiere traer a un mundo de hombres ciegos, infinitamente ocupados de sí y distraídos de los poderes que sobre ellos gravitan, así como los liliputienses jugaban descuidados bajo la amenaza descomunal de Gulliver. Hombres empeñados en guerra, hombres encarnizados los unos contra los otros, vuelta la vista del cielo que los cubre, el aire que los rodea, la tierra que los sostiene. ¡Tanta insensatez infantil, tanto infantil rapto! Y el pecado, éste: no ver la gran confabulación en marcha, las asechanzas del eterno silencio.

Su sentido de las cosas naturales eran tan profundo, cambiante y rico que le proporcionaba un sentido extraordinario de

lo sobrenatural. Para él una piedra abandonada en un camino no era una piedra abandonada en un camino, ni un antiguo castillo una mera cosa arquitectónica, ni un animal un simple ente desprovisto de espíritu; todos esos eran para él elementos portadores de genuinos e intercomunicados mensajes y se agitaban arrastrados en un movimiento misterioso por la misma fuerza fatal. Entre nosotros y el puente de una aldea o ciudad ¡cuántas posibles relaciones misteriosas! Entre nuestra desventura de conciencia y la penuria del escarabajo tumbado ¡qué fatal y extraño parentesco! No hay cosa en el orbe que no tenga su vida, que no nazca sujeta a sentencia, que no esté aprisionada entre las garras atroces de un destino. A este destino los cristianos llaman providencia; los librepensadores, destino; los ateos azar, pero siempre es la misma celda de muros eternos.

Kafka no podía vivir, pensando en los sufrimientos y las esperanzas del puente, en el frío pensamiento de los arácnidos, en las transformaciones de un objeto cualquiera, en los casos terribles y complejos que están sucediendo en el universo mientras reposamos en el nocturno sopor.

Somos a veces el centro de maquinaciones y hechos fabulosamente coherentes, atrozmente inadvertidos. Nosotros ignoramos la especie de esas relaciones y no sólo la especie, el ritmo, sino el cuerpo mismo, la forma que adopta la naturaleza en sus manifestaciones más hondas, más azarosas, más centrales e inquietamente espirituales.

Una vez se siente arco de piedra: está frío y rígido, es un puente, corren sobre su superficie los años, aferrado como está a la arcilla, alto sobre la corriente glacial poblada de truchas; nadie ha pasado sobre él, a tan inexpugnable altura, hasta que un día —no puede decir cuando porque sus pensamientos son siempre confusos y giran en perpetuos círculos— oye, en medio, del ruido ensordecedor de la corriente, pasos que se acercan: " ¡endurécete! ", se dice a sí mismo ante el primer hombre que se le va a confiar, "si los pasos del que llega son vacilantes ¡apresúralos y si tropieza yérguete y arrójalo al otro lado como si fueras un dios! "; —llega el hombre y, después de ciertos manejos, salta sobre él a mitad de su cuerpo; tiembla el puente con salvaje dolor sin saber qué le pasa— ¿es un niño, un soñador, un suicida, un viajero? —; se da vuelta para mirarlo; pero —¡qué pasa! — ¡un puente no puede darse vuelta! ; —y, en un segundo,

todo él se derrumba, y cae en pedazos sobre las puntudas rocas de la orilla . . .

Pero cuando ha pensado lo que sucede con el puente su pensamiento gira hacia otros fenómenos no menos desastrosos y fatales. Su sueño se mezcla al fondo amenazador de una realidad en perenne movimiento.

Y, año tras año, se acerca a la madurez; pero, como el extranjero que va camino del castillo en su ejemplar historia, acercándose sin estar más cerca, igual que ciertos pasos que damos en los sueños. Va hacia la madurez y es un joven cuidadoso que llega tarde a las citas de tanto prepararse para ir a cumplirlas. Todos sus actos le merecen un extremo cuidado; su vida está mirada, seguida, acompañada. Enlazada con las nubes en marcha, con los actos de los más insospechados animales, con el dolor comprobado en ciertas plantas, con el agrietamiento seco de la tierra y la herida viva en las cortezas. Creemos que somos más dueños de nuestros destinos que esas especies determinadas a las penurias y las risas. Creemos que estamos solos en el fondo de nuestro cuarto y a nuestro lado suceden cosas terriblemente invisibles, oscuras, eternas y eternamente indescifrables. ¡Oh no, que no sean eternamente indescifrables! Puesto que no se trata de espíritus, sino de mutaciones vivientes, se resiste a que sean eternamente indescifrables esos cambios, esos fenómenos sensibles.

Va, se sienta, y él mismo dice que no es necesario aguardar: el mundo rodará a sus pies como en éxtasis.

Su físico decae, está sin fuerzas, no conoce un instante de pausa, todo él es preocupación, insomnio y, a veces, corta risa desesperada.

Es entonces, cuando más lucha a brazo partido y sin aliados por reducir y conocer las oscuras y constantes corrientes que lo circundan, las constantes mutaciones naturales que lo sitian, cuando conoce a aquella mujer por la que se apasiona. Entonces se produce en su vida como una tregua. Tregua breve: al poco tiempo sobreviene la gran decepción. Vuelve a estar solo. Pero al haber abandonado por un momento la lucha, ya ha perdido un compás; está mucho menos fuerte. Cada vez puede asir menos esas circunstancias que siente coexistir en el espacio. No está

menos lúcido pero está más cansado; casi, en ese instante, habría preferido entregarse, no combatir, evadirse definitivamente hacia la otra zona, la zona donde no rige otra ley fuera de la ley divina.

Pero se alza todavía sobre su soledad. Camina. Y mientras la cabeza de este gran despierto sigue reflejando luz sobre los más modestos misterios —el despertar de la larva, los cuidados del ratón, la vida interior de las madrigueras, el sueño de los montes, la caída extrañamente ruidosa de las tardes,— su cuerpo físico va a dar, quebrantado, en algunos sanatorios del Tirol y los Cárpatos. En los campos de Flandes miles y miles de hombres se desangran aún con los ojos fijos en la idea simple de Dios, en sus cosas familiares y en sus propios semblantes llenos de miedo y furor, mientras él conoce otros desangramientos y otra fe de igual fuente pero más rica en tormentos, enormemente solitario en el fondo de las montañas bohemias. A medida que su cuerpo se consume, su tensión espiritual es más grande. Sufre heridas, fiebres, delirios; por momentos está casi muerto. Y la noche de Occidente, conmovida, llora en él su árido llanto.

Y estas dos guerras simultáneas, la de aquellos numerosos y la de este solitario, estas dos guerras tenían igual necesidad de piedad.

Por fin se salva, el gran obsesionado razonable, el gran razonador obsesionado. Vuelve a Berlín. También la otra guerra ha pasado. Se acerca a otra mujer, una muchacha; y pasa otra vez por su vida un corto viento de descanso.

Ya se nota en sus obras posteriores el apaciguamiento de la pasión; las interrogaciones pierden su furioso ímpetu. Ya no necesita preguntar mucho al mundo porque hay algo en él que contesta.

Pero esta relativa paz dura poco. Como los acusados a quienes se tortura para que hablen, los llamados por el espíritu no tienen descanso. La plena noche es para ellos plena vigilia; las horas caen sobre una llanura de dolor. Y a cada rato se les llama, se les sacude del sueño, para que vengan a decir su confesión.

Es en Alemania el momento de la inflación económica. Comienza a propagarse el hambre, los alimentos escasean día por día, en el riguroso invierno no hay carbón. Las voces de los hombres no se oyen en el aire helado cuando se reclaman los

unos a los otros alimento para sus chimeneas. Lo que avanza es una gran invasión de hielo, una ocupación por la indigencia.

El joven Kafka ya no es el joven Kafka. El joven Kafka ya es el hombre Kafka, el señor Kafka. En el momento en que se nos llama señor ya la muerte nos visita con su cortesía, prepara en nosotros el terreno de un digno mutuo tratamiento.

Pasa días de prueba, transido en el fondo de su insomne presciencia. Su obra ha alcanzado la madurez, o sea, la etapa del sufrimiento fructífero. Ya tiene los elementos de su arte perfectamente organizados, su obra definitivamente estructurada, como el animal su madriguera, cuyas salidas y departamentos son estrictos y necesarios. No hay una sola palabra que quede suelta, que no esté justificada por la armonía total del edificio. Cuando el animal construye su madriguera sigue lo que le indican las leyes divinas; nada pone de su fantasía; establece las celdas para almacenar el alimento, dirige los pasadizos, apercibe sus defensas, divide sus piso, obstaculiza la entrada. Nada hay en él que deforme ciertos mandatos exactos. Esto lo aparta de las vaguedades, las incertidumbres y oscilaciones a que son propensos los hombres. El habitante de la madriguera conoce de sobra su lugar en el mundo y toda su vida será un gozoso y obstinado esfuerzo por conservarlo. En cambio, la humanidad se aparta de las vías divinas, se pierde en inconfesables distracciones, se desnaturaliza a sí misma gracias a su esfuerzo por deformar lo que ve, lo que piensa, lo que siente; todo lo violenta por crearse sus propios destinos, con lo cual interviene contaminando las corrientes de una voluntad que le es supremamente superior; todo lo quebranta mediante pequeños actos fabulosamente vanos; nada deja en pie, sólo su locura andante suele seguir un sentido. ¡Ah, la estupidez del libre arbitrio! ¡Como si hubiera una posibilidad de libre arbitrio en un universo en que todo es congruente y codependiente lo mismo que la ternura del ternero con la leche materna!

¡Cuidado! Se nos da un lugar en el mundo, un sitio en la comunidad. Es menester obedecer al mandato divino, no movernos sino en el sentido que sobrenaturalmente nos corresponde. Kafka, el señor Kafka, habitante de la madriguera de Berlín, escribe: "Sólo nuestro concepto del Tiempo nos lleva a hablar del Día del Juicio; en realidad lo que existe es *una corte sumaria en perpetua sesión*". ¡Una corte sumaria en perpetua sesión!

¡Cuidado! Cada uno de nuestros falsos movimientos, mentiras, deformaciones, se torna un acto imputable; más aún, perpetuamente imputable. Cuidado.

El no cesa de gritarlo, pero mediante la forma expresiva que menos se parece a un grito, la más articulada, la más traslúcida; un vocabulario que es a la vez incorpóreo y casi material, como el cierzo. Vive los días de mayor penuria debido al bloqueo de postguerra y la crisis. Pasa hambres y fríos berlineses, pero no se le podrá impedir que vaya escribiendo rígidamente su mensaje, igual que quien escribe sobre una pared, gracias a un instrumento con punta, su voluntad final. Nada le importa que sea leído o destruido por manos humanas; el acto de inscribirlo le da por sí suficiente realidad, lo denuncia, lo aísla, lo hace entrar en el territorio sensible. Lo que escribe es inmanente, intrínsecamente indestructible; por eso, hasta prefiere que sea borrado, hasta va a dar un día la orden de que se destruyan sus escritos, porque al desaparecer en efigie habrán ganado la otra realidad, la de cierta inscripción no legible pero revelada y por consiguiente eterna.

Es en esos días de hambre y desolación cuando sostiene: "Teóricamente, existe una perfecta posibilidad de felicidad: creer en el elemento indestructible contenido en uno mismo y no luchar por él".

Pero éste es un alarde teórico. Más que ningún otro, todo su arte es una guerra, y esa característica no lo dejará nunca. Su mensaje no acabará de pugnar por descubrir, a una humanidad que ha vuelto los ojos hacia su exclusiva contingencia social y vital, la existencia de las ocultas relaciones por que está rodeada y aprisionada. Aunque casi quebrado físicamente está dispuesto a continuar. Sostiene que los mártires no infra-estiman su cuerpo y se parecen a sus enemigos en la aspiración a verlo elevado en la cruz. Y su terrible lucidez es una forma de martirio.

Está, ya está del todo adentro, adentro de su metafísica, en el universo de las relaciones micro y macrocósmicamente prodigiosas, es pariente de la paciente tortuga mítica y del animal de guarida, y cada vez se familiariza más con el mundo de los designios divinos. Cada vez une más al mundo natural con el mundo sobrenatural. Ya el resto de su vida no ha de ser sino el proceso de ir restituyendo al nuestro, a nuestro mundo, sus proporciones originales, su verdadera vastedad natural y su grandeza sobrenatural. Su espíritu no acaba de almacenar ideas

precisas con respecto a la maraña cósmica. Y esas ideas están construidas como un escenario de fondo profundo: en primer plano el caso, el episodio; en los planos posteriores, el drama y como drama viene del griego *hacer*, al hacerse, la acción interior, el sentido. Es una progresión de ideas que podrían ser calculadas hasta el infinito.

De esas ideas se desentrañan cosas como éstas:

A nuestro lado vive la araña una suma increíble de peripecias, aventuras y desastres. A veces entramos en caminos que se prolongan sin que nos sea dada nunca una salida. Nuestra vida se propaga en infinitas parábolas intercomunicantes y los insectos nos están juzgando en nuestra proyección gigantesca con relación a la hoja. Somos nosotros más una parte del otro a quien odiamos, perseguimos o menospreciamos: Don Quijote no era un ser totalmente aparte de Sancho sino el "daimon" libertado de Sancho. Para nosotros somos tal vocación determinada, pero para tal o cual nuestra vocación es diferente; nosotros no somos sino otros, y si prescindimos de esa visión dividida desnaturalizamos nuestro ser en su proyección verdadera y universal (porque no hemos nacido para nosotros sino para el concierto del género en el que surgimos y morimos, así como la brizna viviente no nace y luce para sí sino para confirmar la vida de la porción de naturaleza a que pertenece). Somos más de la eternidad que del corto tiempo en que vegetativamente vivimos —ya que éste no es sino una vacación al lado de nuestra verdadera residencia en la terrible y misteriosa patria intemporal. Mientras dormimos, nuestra sangre está en infatigable actividad y su movimiento se produce al mismo tiempo que los profundos arrastres oceánicos. En todo momento hay una persecución general de especies las unas por las otras, y a nosotros mismos nos obligan inesperados acontecimientos a huir moralmente en inacabables desbandadas. Hablamos de Prometeo atado a la roca, con el águila devorándole el hígado, pero la roca y el águila tienen también algo que decirnos. Hablamos mucho de nuestra familia: no olvidemos que pertenecemos a una familia desconocida, que debemos encontrar las leyes por las que estamos atados a esta familia desconocida. Viéndonos desde un punto de vista divino, increíble es la masa de nuestras confusiones y errores; ¿por qué no nos colocamos nunca fuera del ángulo visual a que nos hemos primitivamente aferrado? ¿Por qué, como Sancho, no dejarnos

andar tras los providenciales encuentros de nuestro "daimon", de nuestro genio errante? A veces debemos sentir que nuestra propia vida nos interrumpe el paso; y la evidencia de que está vivo la deduce de esta nefasta comprobación. Hasta la estructura ósea de la frente interrumpe a veces nuestro camino. ¿Por qué está ella ahí, esa barrera dura, cuando nuestro camino no acepta la interposición de vallas?

Su *sentido* no se detiene. Está aprisionado en la tierra. Sufre —y nos lo cuenta— los mil horrores de su cautividad ("la melancolía, la impotencia, los males, las afiebradas visiones del cautivo"), pero si le preguntaran cuál es su concepción de la libertad no podría definirla. Es que esa libertad no es un concepto, no es una fórmula mental a o b, está alejada de una fórmula mental a o b, como el universo real no puede verse encerrado en una fórmula mental a o b. (Inteligiblemente comprendido sí; realmente comprendido no. He aquí cómo nos brinda la oportunidad para que pongamos en tela de juicio un pensamiento de Pascal.) Sufre los mil errores de la clausura. Está aprisionado en la tierra pero como su sentido no se detiene en su curso está en constante camino hacia la liberación. ¿Pero qué es estar en constante marcha? ¿Se llega alguna vez? He aquí de nuevo los dos grandes problemas, el gran solo problema de *El Castillo* y *El Proceso*. No sería estúpido, sería sí limitado, señalar en su modo de sensibilidad a las ideas una equivalencia platónica; sostenerlo no sería, en efecto, estúpido cuando nos dice: "Al oír que un amigo casado espera el nacimiento de su primer hijo reconocemos que ha pagado ya, en su pensar, el precio de ese nacimiento", porque esto equivale a suponer la relación específica de todo acto con su categoría ideal; pero sería limitado porque supondría aislar la idea en una forma abstracta y él no podía pensar en cosa alguna separada de un cierto ritmo del que tanto depende como el ritmo depende de ella.

El único modo de liberarse es entrar de lleno en ese ritmo. Despojarnos de todo peso y entrar en ese ritmo aunque nuestro cuerpo se quede pesadamente inmóvil en cualquier punto determinado del orbe. Lo que importa es incorporar algo de nosotros mismos a ese gran viento sobrenatural que nuestro nacimiento no interrumpe ni conmueve nuestra muerte y a caballo del que pasan las existencias como la bruja que vuela montada en la

escoba. Kafka nos lo cuenta así en el caso de Alejandro: "Es concebible que Alejandro Magno, a despecho de los triunfos marciales de sus tempranos días, a despecho del excelente ejército que levantó, a despecho del poder que sentía dentro de sí para cambiar el mundo, haya podido permanecer de pie a orillas del Helesponto, sin jamás cruzarlo, y no en virtud de temor alguno o indecisión o flaqueza de voluntad sino a causa del peso de su propio cuerpo". Por consiguiente: es concebible que una parte de Alejandro no hubiera partido nunca y que la otra se hubiera incorporado libre y heroicamente al mismo ritmo al que se incorporó el "daimon" liberado de Sancho.

En aquellos terribles días de Berlín sufrió Kafka más que nunca por la parte de lastre que quedaba en él, por el cuerpo de Alejandro pesadamente inmóvil a la orilla del Helesponto. No podía incorporar sino muy poco de él al hermoso ritmo sobrenatural que se sucedía sin término ante los ojos de su espíritu. Su espíritu se sentía crecientemente, angustiosamente celoso, y sólo lograba calma cuando pasaba la otra cosa presumible: cuando un airecillo desprendido de aquel ritmo principal venía a inmiscuirse en los pequeños y poco importantes actos de su vida. Tenía los ojos listos para advertir la presencia de esa fuerza potente y desconocida en los casos más triviales, en nuestras confusiones más simples, en nuestras réplicas más insignificantes, en nuestros pasos menos dirigidos. Contaba un caso de esa intervención misteriosa: "Una experiencia común, de la que resulta una confusión común. A tiene que acordar un importante negocio con B en H. Se traslada a H a fin de tener una entrevista preliminar; realiza el viaje de ida en diez minutos y el de vuelta en el mismo tiempo, alabándose al regreso ante su familia por la expedición. Al día siguiente vuelve a H, esta vez para finiquitar la operación. Como a juzgar por todas las apariencias eso le llevará varias horas, A parte muy temprano por la mañana. Pero a pesar de las circunstancias accesorias —por lo menos en lo que A estima— son idénticas a las del día anterior, esta vez tarda diez horas en llegar a H. Cuando llega al fin al anochecer, totalmente agotado, le informan de que B, preocupado por su ausencia, ha partido media hora antes hacia la ciudad de A, debiendo ambos de haberse encontrado en el camino. A A le aconsejan esperar. Pero

en su ansiedad por el negocio se pone en marcha inmediatamente y se apura por llegar a su casa.

"Esta vez cumple el viaje, sin prestar al hecho particular atención, exactamente en un segundo. En su casa le dicen que B ha llegado muy temprano, inmediatamente después de la partida de A y que es claro que deben de haberse encontrado en el umbral y hablado del negocio; pero A había respondido que no tenía tiempo que perder, que tenía que irse en seguida.

"Pese a esta incomprensible conducta de A, B se había quedado sin embargo a esperar su regreso. Cierto que había preguntado varias veces si A no habría vuelto, pero ahí estaba aún sentado en la sala. Loco de contento ante la posibilidad de ver a B en seguida y explicarle todo, A sube precipitadamente las escaleras. Está casi arriba cuando tropieza, se tuerce un tendón y, casi desvanecido de dolor, incapaz hasta de lanzar un grito, capaz apenas de dejar escapar un gemido en la obscuridad, oye a B —imposible decir si muy lejos o muy cerca suyo— que va bajando las escaleras furioso de rabia y yéndose para siempre".

Pero el aparato físico de Franz Kafka, su obstáculo, cae un día completamente. Le llevan a un sanatorio, en las cercanías de Viena. De todas las crisis de su vida ésta es la más tremenda porque, por poco tiempo, ha concebido la idea de encontrar un mínimun de liberación en la vida natural con esta muchacha que lo acompaña; y ahora ve que no puede traicionar al otro ritmo, a ese para el que su felicidad práctica y moral habría sido un inaceptable obstáculo. Lo que le reclama es el gran ensueño de eternidad en que cada cosa constantemente se transmuta y para el que han estado siempre abiertos sus ojos. El Kafka enfermo no interrumpe sino transitoriamente el viaje del Kafka eterno. Y es lo que este viaje le absorbe lo que ha causado, sin duda, la actual consunción. También en el ausente manchego un día estuvieron seso y carne sorbidos por el otro viaje.

Cuando levantan la cabeza, las enfermeras del sanatorio ven las montañas, las casas y los hombres. Los ojos de él van más allá; ven, en las montañas, el curso de millones de imperceptibles vidas con sus procesos fortuitos; en las casas, objetos aparentemente inanimados que levantan extraños testimonios; en los hombres las relaciones con que ellos se creen haber atado y las

verdaderas relaciones que las atan. Y más allá, el espacio cósmico, tan densa y secretamente poblado. Y más acá: él. Todavía es esto él: un cuerpo que detiene en su cerrado continente valores que no aceptan estar confinados y que sin cesar conspiran contra ese cuerpo. Si él desapareciera físicamente, no haría sino agrandarse, fundirse con una riqueza diferente. "No existe más que un mundo espiritual —piensa; —lo que llamamos mundo físico no es más que el mal del otro y lo que llamamos mal es sólo un momento necesario en nuestro inacabable desarrollo".

Su sufrimiento es puramente físico. Es sólo un momento necesario en su *inacabable desarrollo.* Su espíritu no sufre puesto que se extiende. Puesto que se deshace de cierto bulto casi sin diálogo. Casi no debe notarse en él conmiseración física; en esta miseria de la desintegración orgánica el espíritu no tiene por qué intervenir. Su atención pertenece a otro proceso. Y este proceso no es ya una desintegración sino una integración; un verdadero incorporarse.

No ve la destrucción material, no ve más que la parte sobrenatural de la muerte. "La mediación de la serpiente —había dicho— fue necesaria; porque el mal puede seducir al hombre pero no volverse hombre". La mediación divina es necesaria, ahora que él se deshace; porque el hombre puede aspirar a la eternidad pero no volverse eternidad. Pero a una corriente eterna y definitivamente perfecta en su ritmo él va a incorporarse, y ya reconoce la índole de la mediación. No tiembla, porque está habituado a recibir en él la visita de huéspedes sobrecogedores.

Sólo la gran queja corporal canta en él su melopea de despedida. Pero es como el zumbido de las abejas activas, tan reducido e insignificante al lado de la aristocrática onda del vuelo. Ya va a dejar de confinar con el territorio secreto, ya va a entrar en él. No vuelve hacia sí los ojos como Rimbaud al morir; no se hace centro de su fe diciendo: "nadie me creerá, nadie tendrá confianza en mí", porque su confianza lo trasciende, su centro está verdaderamente en otro mundo, mundo donde no habrá separación, pared, entre las infinitas experiencias de Dios. ¡Qué desgarrador y desesperante es el sabernos limitados a tan pocas mutaciones! El no haber podido, pese a nuestras idas y venidas y marchas forzadas y salidas pertinaces y andares diurnos y nocturnos y pasos osados e inacabables aventuras, salir del interior de nuestra jaula!

Muy pocos amigos sabían que Franz Kafka se estaba muriendo en un sanatorio de las cercanías de Viena. El día en que estuvo en él madura la partida vino a coincidir extrañamente con el tiempo en que había nacido, tal como si fuera un acontecimiento comprobable y exacto que su existir en la tierra no se hubiera consumado nunca. El día de su muerte soplaba un aire idéntico al de su conjetural venida al mundo. Soplaba el aire propio de un 3 de junio en las cercanías de Viena. Austria acababa pronto en el espacio y detrás estaba Praga. Rodeando a un niño en las calles de la ciudad, unas vecinas se preguntaban si sería o no cruel a juzgar por los rasgos de su semblante. Corría con su mismo paso ceremonioso el eterno Moldau. La noche prestaba su ayuda. Y, tal como él lo había previsto, el movimiento de una incesante multitud acababa y recomenzaba sobre el puente.

(Estas páginas son sólo parte de un estudio mayor. En dicho estudio se consideran las relaciones y diferencias de la metafísica de Kafka con la metafísica de Joyce y la metafísica de Proust, los tres sistemas poéticos más grandes de nuestro tiempo).

N° 46. Julio de 1938.

SENTIDO DE LA INTELIGENCIA EN LA EXPRESION DE NUESTRO TIEMPO

Después de haber pasado por las aventuras espirituales más extraordinarias, las culturas más opuestas, las experiencias más complejas que en el campo de la literatura y en el arte pudieran ocurrírsele a una imaginación humana llegamos los hombres de nuestra hora no tan sólo a la conclusión de que todas "las civilizaciones son mortales" sino a la *realización* como dicen los ingleses, a la realidad, de que las ideas están muertas y de que las cosas que en nuestro mundo actual sobreviven no son precisamente los conceptos ni las ideaciones ni forma alguna de sistema o principio en estado puro sino la forma misma de ciertos actos, de ciertas operaciones sensibles, de ciertas manifestaciones de presencia.

Yo no sé si no vivimos la epopeya de una sobresaturación del conocimiento gratuito. Lo que sé es que no podemos quedarnos ya en el límite de ciertas construcciones puramente especulativas, que no podemos vivir sin vivir el pensamiento y pensar sin habitar dramáticamente la idea, volviéndola así otra cosa, volviéndola no ya una mera abstracción sino la atmósfera misma de nuestro cuerpo moral.

Hoy no hay para el hombre otras ideas sino aquellas que apoya con toda su naturaleza y que por lo tanto dejan ya de ser ideas para ser pasión. Veremos más adelante cómo todo pensamiento es hoy *interesado*, pero en la acepción más alta del término, por contraposición a cierta viciosa y vacua morosidad contemplativa con que culminaba en el siglo pasado y hasta en los comienzos del presente la afición por las ideas.

Los hombres que nacimos con los primeros años de esta centuria hemos sido los silenciosos acompañantes de un terrible cambio de clima en el mundo. No habíamos salido todavía del

primer sueño de la infancia cuando se nos llamaba ya a un tremendo insomnio al tocar el mundo de Occidente el punto crítico de su desgarramiento central; este desgarramiento dejó un estéril campo universal librado al peor invierno, un vasto dominio humano habitado por conciencias en dispersión y masas exigentes. Nada de otoño: el verano racional de nuestros padres no declinaba en su natural trayecto hacia el invierno sino que acababa de hacer quiebra, y sobre la gran comunidad de los hombres no caían las hojas del entretiempo sino que se abría de pronto, afligente, la visión del páramo. (T. S. Eliot, *The Waste Land*). Primero se manifestó esta aridez repentinamente sobrevenida en el terreno de las conciencias, bajo la forma de un cansancio, de una estupefacción de los confiados en el progreso positivo del hombre, y de un grande y fundamental desconcierto. La humanidad se veía encarada con algo que tenía apariencia de la quiebra misma. En realidad, lo que había quebrado era un clima, un estilo de inteligencia y de existencia, junto con las esencias que embriagaban a la una y a la otra.

Nuestra conciencia, pues, se formó en pleno ambiente de dispersión. A los dieciséis años, cuando por lo general las generaciones abren los ojos ante un cuadro de gozosa y clara proyección, nos hallábamos nosotros frente a los comienzos no de una era pacífica al cabo de una guerra sino de ese "crepúsculo gris e informe" cuyo advenimiento aterraba a Max Scheler y del que iba a surgir, según él mismo, un creciente abandono de las libertades y la pérdida de la sensibilidad, con la consiguiente ruina para la condición primordial de la cultura. Era menester improvisarse una suerte de aire interior, construirse las defensas contra semejante estado de desolación, atravesar las tierras confusas y llegar al pleno horizonte. Era menester acabar con los colgajos de cierta ideología racionalista y estúpida, destruir los aparatos de la razón ensoberbecida y señalar al espíritu rutas ignoradas. Era menester, en una palabra, reconstruirse, o sea reconstruir un estado de fe.

Pero, ¿qué es reconstruir un estado de fe? ¿Acaso tienen esos términos el valor de una adquisición espontánea e inmediatamente posible? ¿O bien se trata de la consumación de un proceso?

Sin duda. Y más. No sólo la consumación de un proceso, sino la estructuración misma del alma. Hacerse el alma de nuevo.

Esto implica grandes destrucciones y grandes sacrificios. El sacrificio, tal vez, de una generación entera.

Nuestra generación nació así a la primera lucidez de la adolescencia con un convencimiento neto: el de que tenía que darse a sí misma, antes que nada, tormento; su gloria consistiría en el modo de padecerlo y en la causa y modo como lo empeñara y como lo sufriera. Tal vez, por la mejor providencia de Dios, en verlo, en ver ese tormento, allá muy tarde en el camino de la generación, definitivamente glorificado en un orden, en un nuevo tipo de vida, en un gozo universal y común.

He ahí cómo de pronto, al cabo de los tiempos, traído en la espalda de los años, misteriosa y trágicamente, recogía nuestra generación, para detenerla y pesarla, la frase de Arturo Rimbaud, que había pasado ya por una muerte: "yo soy de la raza de los que cantan en el suplicio".

He ahí el hermoso destino con que nuestra generación entró en el sentimiento de las cosas humanas y en la inteligencia de las otras, mucho más incalculables. Trayendo el suplicio bajo la forma de un canto. Yo no sé que pueda darse para una juventud responsabilidad y grandeza más grandes.

Veamos el cuadro ante el que nuestra generación se encontraba:

Es demasiado conocida la apoteosis del cientificismo y el racionalismo liberal en que se sumergía el mundo de Occidente hacia la fecha de los prolegómenos europeos del 14. Por un lado, plétora de cierto humanismo crudamente empírico, apogeo típico de la burguesía, preparación de la levadura colectiva que culminaría más tarde en la primera revolución proletaria de tipo marxista; por otro lado, falacia total del sentimiento heroico del espíritu humano, sumisión a ciertas comodidades normativas, prosperidad de un tipo de civilización eminentemente conservadora bajo su apariencia intrépidamente liberal, adiós a todos los fundamentos específicamente religiosos de la existencia. Todo lo cual venía a ser, por su esencia fuertemente racionalista, una extrema habilitación de las ideas en su faz pragmática y positiva. Era, propiamente dicho, el verano de las ideas, la estación inicial de las ideologías. El globo del progreso continuaba su camino ascendente; el siglo comenzaba siendo a semejanza del hidrópico, hinchado abdomen de un riente y próspero burgrave. Pero los hartazgos traen las apoplejías. Los canales arteriales estallan, y

con la fuerza de un rompimiento cismático, nos hallamos, tras los últimos festejos brutales del armisticio, en plena desolación del planeta.

Lo que nos importa ahora es examinar el carácter de esta decadencia glacial y las alternativas de tiniebla y voluntad que suscita en conciencias e inteligencias, desde el momento en que se inicia hasta su cúspide presente o terrible "clímax".

Ha habido para nuestra generación otro cuadro.

Quisiera poder arrancar de mi imaginación este otro, el cuadro con que el mundo actual se me presenta vez tras vez, teñido de los colores más yertos. Es el cuadro de un bosque poseído por los hielos inmóviles y cruzados por los vientos diurnos y nocturnos de tantas furias desatadas que trae constantemente a mi ánimo una sensación de aflicción tal que la necesidad de solidaridad humana me invade hasta hacerse un dolor mucho más que de la carne, un dolor fluido y central, un dolor, categóricamente hablando, de la sangre.

La escena de esta tremenda alegoría de desamparos y espantos frenéticos parece una de esas imágenes que los pintores medioevales proponían como advertencia o castigo a la atención de los donadores, campos de desastres con el suelo poblado por los muertos helechos de Dios. Veamos cómo se organizan las fuerzas negativas de este cruel episodio en el que todos nos movemos con arreglo a quién sabe qué desacomodación nefasta. Si quisiéramos transportar a una reducción pictórica la imagen de nuestro tiempo veríamos ante todo, en la vasta selva de invierno, los grandes árboles yertos, símbolos de los males convocados: la ira, la persecución, la muerte, el fraude, la invasión y el cinismo principal. Bajo el seco y árido ramaje de esos árboles se mueven el mundo contemporáneo en medio de un fuerte actuar de masas, agitación cuyo carácter más visible es *la brutal aceleración de su ritmo sensorial y vital.* No cabe duda que el ritmo de la actividad interior es hoy en un hombre medio considerablemente superior al de la actividad del mismo hombre en cualquier momento anterior del curso de la historia. *El ritmo actual es un ritmo abusivo.* La condiciones de serenidad y permanencia que acompañan específicamente a toda meditación sistemática o creación libre o cultura esencial se ven medularmente trastornadas. La humanidad sufre un vicio de precipitación. Todo es, en la selva invernal del planeta, precipitación;

precipitación de las ideologías, las místicas, las acciones; precipitación pública y privada, mental y profesional, en el hecho y en el derecho; precipitación de las tiranías, los imperialismos, las depredaciones, las agresiones y los predominios; precipitación del conocimiento —intelectual, filosófico, científico— en numerosos sentidos, cada vez menos puros; precipitación de las conciencias; precipitación en grupos, asociaciones, sectas, hermandades social-políticas, teorías, clubs. Y todas estas precipitaciones aparte de asumir un carácter colectivo, poseen una doble faz vuelta hacia fuera y vuelta a la vez hacia dentro, una faz ofensiva y una faz defensiva. Y no contento el hombre de nuestros días con precipitarse en ésta o la otra secta, en ésta o la otra fronda, asiste (lo que señala su diferenciación radical con aquel que tomaba furiosamente partido en los antagonismos bifrontes de otros tiempos) a una precipitación más importante que todas las demás, *su precipitación interior*. Contra las asechanzas de una disolución instaurada por los elementos tóxicos de la vida contemporánea, que ha acabado (por las vías de la electricidad y de la radiotelefonía) en ser, toda, una vida por excelencia ciudadana, el ánimo no ha tenido tiempo de preparar sus defensas, de combinar sus contravenenos, y de este modo el panorama moral de la especie pasa por su hora más crudamente crítica.

El panorama a que asistimos con los ojos de la entraña es, pues, entendámoslo bien, *un panorama de hombres precipitados*. ¿Qué quiere decir precipitación? Precipitar a alguien no es tan sólo despeñarlo o derribarlo de un lugar alto —nos lo dirá cualquier enciclopedia— sino incitarle, exponerle a una ruina temporal o espiritual. Y el grito de la época es el grito de la gente que se precipita, que clama por aferrarse, temporal o espiritualmente, a una rama, una ventana, una roca, a un elemento cualquiera de salvación.

¡Qué civilizada selva de plantas que se secan, el mundo actual, de semblantes aparentemente felices que se descomponen por dentro, de libertades arrebatadas, criaturas perseguidas, ensañamientos cesáreos, violencias sueltas, prisiones sin muros, ahogos urbanos, silencios forzados, propagandas ordenadas, actitudes violentadas y espíritus que se ven confinados en la amargura de la represión y el desaliento! ¡Qué civilizada selva de mandatarios en quienes ciertas inconfesadas opresiones se vengan oprimiendo! Y las grandes masas de hombres, exaltadas o descon-

certadas, precipitándose sin tiempo de deliberar a solas con sus almas en un sitio adonde no llegue el grito del furor público, o el llamado al arrebato, o la comunicación secreta o las noticias inquietantes que, en el plato de los micrófonos, el cinematógrafo, los informativos y la prensa, son, en lugar de las nutriciones que nos faltan el pan nuestro de cada día.

¿Cuál es la respuesta del siglo ante las violencias y las depredaciones que quieren llamarse un orden? Improvisarse la salvación de que hablábamos, *asirse*. Pero las salvaciones temporales no bastan: en el fondo de una naturaleza no hay lugar para justificarse mediante las ignominias y la sangre. Al cabo de unos años de guerra el combatiente ya no se engaña a sí mismo: cada vez que siente la mano ensangrentada siente en la boca el gusto de su propia sangre. (Sólo las guerras de liberación —de pueblos o de principios esencialmente humanos— acompañan secretamente a la mano de cierto motor eterno en el que ya se empieza a perdurar antes de empezar a morir.) La criatura contemporánea busca oscuramente salvaciones intemporales: tiene ya poco crédito puesto en la palabra humanidad y sólo lo ayuda a manifestarse y a manifestar la esperanza en otra que difiera substancialmente de lo que hoy es. Más allá de muchos ímpetus ostensibles vemos dormir opacos desencantos. Todo se vuelve secreta aspiración intemporal. ¿Pero en qué, sobre qué poner la mano dentro del grande y temible territorio de las salvaciones abstractas? Cunde un pavor bastante profundo, bastante vago, bastante subterráneo por los pisos fundamentales del cuerpo social. Todo se vuelve metafísico y el que tenga los sentidos alerta podrá derivar conclusiones asaz interesantes de algunas evidencias groseramente expuestas en la superficie de la vida cotidiana de Occidente. En efecto: ni la medicina es ya medicina, ni la filosofía es ya filosofía, ni la física es ya física, ni los conocimientos se pliegan ya a la experiencia empírica. Todas esas ciencias se vuelven tentadoras metafísicas. El adivino y el astrólogo se apoderan de la clientela del médico. El ademán del filósofo al regresar a ciertos sistemas de sentido existencial, por contraposición a los anteriores esenciales, no es más que una caída en la metafísica religiosa, un modo de tentalear ante Dios. Los físicos avanzan en un territorio misterioso y Arthur Eddington sostiene que el mundo externo de la física se ha vuelto un mundo de sombras; en tanto que el psicoanálisis y los estudiosos del organismo

interior buscan el modo de aproximarse, mediante una expedición cada vez más profunda a los subterráneos del ser, a una zona que trasciende al hombre mismo y está directamente comunicada con el misterio y por consiguiente con la materia eterna . . .

He ahí cómo el mundo presente se halla situado en una posición de aterramiento real. Casi, en la universalidad de los casos, sin saberlo. Intuyéndolo, sí, pero del modo menos lúcido. Lejos de elevarlo sobre sí, sus propias invenciones lo aterran más (no olvidemos que *aterrar* es el verbo del que se ha precipitado, del que está en la tierra, pero caído). Y, al aterrarse, el mundo se dispersa en su fondo.

Entre los choques, los desastres, las vociferaciones, las demagogias, las petulancias, los histrionismos, vemos a nuestros alrededor una gran confusión de criaturas que echan una mano insegura en el territorio de lo desconocido, que avanzan como apestados del alma en los campos de una esperanza que los prolongue, los mejore o los trascienda, en ese dominio que parece reservarles una aparente evasión pero donde es sin embargo más fácil que se hunda aquel que no lleva el paso seguro, los ojos orgánica e intrépidamente despiertos.

Nuestra generación se ha encontrado con esta realidad, la de millones de seres humanos poseídos de una fuerte violencia de actitud y un gran desconcierto de fondo, seres mediocremente convencidos de que abrazar tal o cual secta es abrazar la verdad, grandes gritadores de muchas causas sin voz. Y los que tal vez abrigábamos en la primera adolescencia, con el nacimiento natural de las aspiraciones, una vocación de creación libre y poética, hemos visto, poco después, que la única vocación que podíamos permitirnos era *una vocación de humanidad.*

Mucho más grave y compleja en virtud de pertenecer nuestra generación a una familia temporal en la que el humanismo no podía ya tener crédito, pues la sangre de que nuestro espíritu llegaba secretamente alimentado era una sangre pura de gérmenes racionalistas. El mismo extraño designio por el que traíamos adentro una aspiración de fe, comunidad y eternidad, venía a comandarnos cierto grande e imprevisto sacrificio. Y éste era el de servir a un estado general de penuria con una asistencia totalmente desprovista de ese rasgo tan frecuente en el artista y que consiste en la aplicación a la materia de un egoísmo trans-

formador y creador; el de servir mediante un compromiso no de la inteligencia o la sensiblidad desgajados según su mera expresividad potencial, sino compromiso de espíritu y cuerpo. El sacrificio de no evadirse, sino de venir a morir con su tiempo, sólo que dando a esta muerte la forma, la categoría y el sentido de un canto.

Vocación de humanidad, esto es, vocación de hacerse uno, por la inteligencia y la entraña, con el pueblo fundamental, del que todo sale cuanto es viviente irrigación, siembra de goce o dolor. Hacerse uno con esa materia ardiente a fin de hacerse en consecuencia su verbo, lo cual equivale a decir a fin de hacernos nuestra propia justificación; porque aquel que no ha hecho de su pasión y de su intelecto un instrumento de liberación común ni ha tenido verdaderamente pasión ni ha tenido verdaderamente intelecto.

La forma de una naturaleza creadora debe ser igual a la del árbol, que abarca por donde se nutre como por donde exhala, la misma vasta porción de materia viva.

¿Qué quiere decir esto? *Que la inteligencia ha de cambiarse hoy de pensamiento pasivo en pensamiento activo, y que este pensamiento actuado no es lo que llamaba Nietzsche un acto cultural sino un acto eminentemente ético y humano.* El alimento de nuestra estética se transforma cada vez más en una nutrición estrictamente moral. Y si esta nutrición moral no constituye por sí un hondo yacimiento religioso el artista de nuestro siglo es un descastado puro o una mente subalterna.

Era, por lo demás, necesario este regreso a la inspiración trágica por el camino de una existencia comprometida y jugada. Desde los tiempos de la tragedia griega el fondo grandioso de la literatura no se renovó esencialmente sino con los grandes consumidores personales de tragedia como un Bjaernson, un Kierkegaard, un Dostoievsky o un Gorki, y los más grandes espíritus creadores de nuestra edad son hoy aquellos que viven con un tormentoso viento en el alma, con un lúcido sobrecogimiento, desde un Péguy y un Lawrence hasta un Frank, un Malraux y un Eliot.

He ahí nuestro destino, el destino de una generación: no salvarse sino enfrentando la destrucción y el orden con el mismo indefenso y desnudo rapto del habitante más oscuro —pero también más castigado— de la tierra. Ni estética, ni delicia, sino

una ética creadora. Una moral llevada a hacerse verbo por lo intenso y encendido de su ardor, por su belleza activa, por la llama de su expresión inmediata, cada vez más despojada de retórica, más rica de medios simples, más grande de substancia y fundamento, no de palabras, ni de argucias, ni de cálculo, porque todos estos son los expedientes de un ocio y el ritmo de nuestra edad carece de él hasta lo indecible. Una moral combatiente. El "amor fati", la lucha encarnizada con las bestias del tiempo, la disposición de espíritu que se tiene cuando todo se ha dado a un combate y nada importa conservar vida y hábitos sino darlos, quemarlos, meterlos en el pasto colectivo del siglo a ver si en el fuego y la muerte no dan más que muerte o dan otra cosa más rica y extraña como está escrito de un gran poeta inglés en la piedra de un pequeño cementerio de Roma. No escatimar, no guardar el verbo en bodegas; llevarlo en los labios, adecuado al movimiento vivo del espíritu, siempre pronto, al lado de unos ojos que nada pierdan del formidable proceso terrestre. Sí, una moral combatiente.

Quisiera poner estas palabras al calor de un nombre admirable que me parece substanciar la gloria más alta reservada a un espíritu de nuestro tiempo, en el sentido de que su inteligencia es de las que más *sirven* porque es de las que más se acercan al amor, o sea de las más progresadas y de las que más alcanzan, porque como muy bien lo ha dicho Maritain el amor va más lejos o más rápido que el conocimiento. Ese nombre es el de Charles Péguy. Ningún escritor que llevara adentro porción mayor de fuego inmediato. Que llevara incorporadas a su arte tal porción de heroísmo y tal porción de santidad. Su inspiración era un estado permanente que necesitaba librarse a cada instante sin espera, y por la vía más ferviente, en la forma de un contagio de inteligencia. Nada ha escrito, así, que no sea la expresión de una deuda con su edad y esa deuda no encontró su gozo, es decir, no acabó de pagar cuanto quería pagar, sino cuando fue servida con la vida en una trinchera de Verdun. Aquel gran inspirado abrió los brazos y cayó herido en la frente, una de las primeras tardes de sangre, como si hubiera querido elegir para su papel de escritor pobre esta palabra definitiva ante la que ningún lector podría ya argüir, refutar, rehusarse, escapar. Yo no me canso de pensar, durante los interregnos de vacilación que a cada rato vivimos, en aquel sombrío monólogo ante Dios

que fue su existencia a un tiempo rebelde y piadosa, magníficamente indócil, con la magnífica indocilidad de uno de esos vientos desérticos que parecen unir con su furioso soplo los extremos de la eternidad. Lo grande de su inteligencia y de la dirección de su inteligencia estaba en su modo de asumir la naturaleza de un conocimiento místico; en su modo de ser un modo de amor, un modo de amistad, enteramente fieles a la suerte de los hombres. O sea, para usar sus palabras relativas a la amistad misma, "una experiencia de increíble profundidad, una prueba, una experiencia".

Tal vez el ejemplo de Péguy, su experiencia, nos lleve a desentrañar sin esfuerzo cuál ha de ser por excelencia el principio normativo de una inteligencia de nuestro tiempo, de un espíritu creador de nuestro tiempo. Lo fuerte de aquella vida fue lo intenso de su radicación terrestre. Nadie tuvo como él las manos en el fuego, la tierra, el agua, el aire. Y es en esto, en esta virtud cardinal de permanencia categórica, donde reside ese yacimiento de autenticidad sin el cual ninguna inteligencia contemporánea merece tener uso de expresión, o sea, verbo conductor. Virtud cardinal cuyo carácter se levanta por sobre su tiempo precisamente porque, rechazando toda propuesta de evasión, arraiga su planta en el suelo terrestre y busca reducir la confusión, el desorden, la caótica dispersión circundante a una unidad ordenadora y por lo tanto trascendente. Mientras un mundo a punto de agotamiento y exacerbación busca para huir de sí mismo los elementos engañosos y parciales de una metafísica, el intelectual genuino no cesa hoy de proponerse chocar contra sí mismo y obtener de este choque, pese a lo duro y destructivo del encuentro, una verdad que se torne substancial en el sentido de recomponer los elementos que el medio temporal dispersa en él. En un rapto de piedad lúcida, la inteligencia vuelve a la tierra.

Nunca se habrá visto con mayor nitidez que en los años contemporáneos la exactitud del aserto de que todo auténtico creador se anticipa a las edades. Y es en los instantes en que su ejercicio profético toca los confines de la amargura, la negación y el pesimismo —momentos culminantes de su propio y personal tormento— cuando, por manera extraña, su visión toca el más alto punto constructivo. Se verá cuán poco tiene esta afirmación de paradójico si se piensa que la esperanza es fértil cuando llega

a una conciencia en un campo desesperado y que, asimismo, nuestra rebeldía negativa entra en la composición de una armonía desde la hora en que se agita, porque la agitación es el primer signo con que se abre paso la vida en un organismo inerte; y como no hay amor que no se funde en la roca de una primera penuria y no hay justicia que no venga a caer tarde o temprano sobre la tristeza del litigio y de la acusación, allí donde hubo aflicción es donde llega la paz con su última, con su mayor majestad. De este modo, una angustia sistematizada aparece hacia los fines del pasado siglo en el más alto pensamiento filosófico cuando todo era hartazgo racionalista y franca felicidad vegetativa. Y luego, ya en este siglo, a esa angustia surgida en un campo de comodidad sucede el ansia moral constructora de hoy. Surgida en un campo de confusión general y baja de los valores auténticos.

Era necesaria, sí, la angustia de inteligencia, para tener hoy la fuerza de encarar la dispersión temporal sin espanto ni merma del ánimo. La dialéctica de los grandes tormentos humanos va creando los grandes verbos, los grandes hallazgos del genio de la especie. Aquel hijo de un pastor protestante que recorría las planicies danesas llevando en el centro de su vida un gran desgarramiento metafísico, aquel fundador de agonías ricas, aquel hombre que había dicho que era necesario volver a Shakespeare y al Antiguo Testamento para hallar la pasión hoy muerta, nos ha dejado con su semilla de afligente taciturnidad el espíritu dispuesto para empezar a producir con plenitud, con *integridad.*

Recojamos esta palabra: integridad.

Cuando yo era todavía muy joven me parecía que se llegaba a la plenitud por ciertos barroquismos. Intuitivamente me atraían, sobre cualquier otro tema, los grandes procesos orbitales implícitos en la obra de ciertos artistas. Sólo me interesaba lo que implicaba una órbita, aquellas obras o temas cuyas correspondencias visibles o presumibles suponían una totalidad. Me pasaba las horas reflexionando ante ciertos Grecos —por ejemplo, ante el Martirio de San Mauricio— o ante ciertas esferas siderales que mostraban el entrelazamiento y relación de las constelaciones y los grandes sistemas, donde se podía ver a Casiopea, graciosa y extraña, vinculada con Aldebarán y con la bella Canopus del Navío. Me parecía estar todo tan prodigiosamente *relacionado* que lo que no aludiera a la totalidad carecía de

significación mágica. A veces una mano pintada me parecía tener relaciones considerables con el pescado ocasional que apretaba o la forma que señalaba. Ante esas obras se mentía prolongado en intercomunicadas alusiones, extensiones, conclusiones.

Después he pensado que en esa atracción instintiva había una legítima y seria previsión. La previsión de nuestra responsabilidad temporal misma en tanto que artistas. Pues esa cándida rebusca de puntos de unión y ramas imponderables que sirvieran para conectar los rasgos más aparentemente disímiles, no representaba en realidad sino la aspiración instintiva de universalidad, el encaminamiento hacia un orden que mientras no estuviera completo no sería sino mutilación, llanto, tristeza y anarquía. *Nada está aislado, el aislamiento total es tan imposible como la nada total, y la grandeza de un ánimo inteligente no consiste en proclamar lo raro y solitariamente pujante de su condición sino en hallar constantemente los rasgos más ocultos e imprevisibles de relación con el universo.*

A lo que ansiosamente debe aspirar una inteligencia de hoy es a una integridad, pero no conclusa en sí, sino a lo que yo me atrevería a llamar una *integridad de relación.* Es decir, no a pretender despejar en sí las características de un orden individual y gregario, por grande que éste pudiera ser, mas a encontrar y aclarar en su propio intelecto los puntos en que las partes rotas del mundo moderno recobran su unidad perdida. Pues no hay universalidad sin unidad; y aquel espíritu que no haya encontrado su unidad funcional con el todo de las cosas existentes carecerá de verdadera variedad, su variedad será una dispersión.

Tal vez uno de los rasgos más importantes y perdurables de nuestro siglo sea así la forma como un pensamiento despojado de gravedad —en el sentido físico y principal de esta palabra— se transforma en una actividad creadora a la vez que participante; en una fuerza de integración mucho más vigorosa que cualquier ejercicio especulativo puro. Por este mismo progreso, por haberlo ignorado orgánicamente, es por lo que se condenan algunos pensamientos sin universalidad, tan brillantes en ciertos casos como desarraigados, fenómeno particularmente visible en algunos pensadores metidos a políticos en los últimos tiempos que han acabado por ser inconsecuentes con su propio pensar debido a que nunca fueron consecuentes con un orden fundamental y

verdadero, y así no les quedará más que hundirse al fin y del todo en la ciénaga de su propia frivolidad.

Con las ideas se hacen teorías y las teorías individuales de nada sirven. Lo que sirve es que el artista no produzca la expresión de una inteligencia racional, sino que produzca la expresión total de una *persona*, o sea de un clima personalmente dramático y no sólo intelectualmente dramático. Claro que para esto hay que arriesgarlo todo, hay hasta que atreverse a no ser más que una persona, un hombre cuyo simple bien es la posición completa de sus órganos interiores y exteriores, físicos y morales. Y es bastante difícil atreverse a esto, mucho más difícil que atreverse a tener ideas, porque las ideas son hijas de un arte, propensas al artificio, y ser no es artificio sino ser y nada más y *nada menos* que ser. Alguien ha dicho alguna vez que las ideas no se matan; no, no se matan, mueren solas. Y así como lo más perdurable del mundo es el verbo, lo más perecedero son las ideas si se las mira en su rígido dogmatismo, en su inmovilidad.

El escritor digno de este nombre ha tomado ya partido entre el verbo y las ideas. Lo que importa es expresar un conflicto antes que sentar un sistema. En realidad, esto es por antonomasía la gran literatura: la de Chaucer, la de Shakespeare, la de San Juan de la Cruz, la de Dante y la de Puschkin. Confesión. Verbo y verbo directo. Porque el momento en que el hombre se equivoca es aquel en que comienza a creer que puede resolver intelectualmente el orden de las relaciones naturales. Las relaciones están entrañadas en los órganos naturales de la condición humana. Lo más que podemos hacer es cantar en el suplicio a fin de levantar el corazón humano, y que este canto contenga drama, o sea, un *hacer*, porque drama viene del griego *hacer*; con lo cual se levantará su raza y se hará más feliz y más digna.

Y ese canto en el suplicio —este grito, este acto, esta participación cruda— será el modo de acusar la grandeza y la tragedia de la condición del hombre. Será el modo de proporcionar lo que los filisteos, los explotadores han desproporcionado. Será el modo, no de crear ciertos símbolos dialécticos de vana pretensión lógica, sino de llamar las cosas a su grandeza debida, a su necesaria justicia y a su necesaria libertad. Chesterton ha dicho con admirable sentido: "Los poetas más grandes del mundo señalan una cierta serenidad, nacida del hecho de que no perdieron el tiempo inventando ninguna filosofía pequeña porque

heredaron una filosofía grande." Esto no quiere decir que algo grande acabara en ellos sino por el contrario que ellos fueron el gran instrumento por el cual un gran proceso se extendía y dilataba.

Pero, en virtud de ese tremendo compromiso, el elemento dramático que se interviene en la conciencia del intelectual contemporáneo adquiere incomparable intensidad. Hay que llamar a una convocación los factores dispersos y descompuestos del pensamiento patrimonial e incorporarles, ya decantado, el sentido nuevo del tiempo, en una proporción y en una calidad no inferiores a la proporción y la calidad del proceso anterior.

Hamlet decía: "The time is out of joint", el tiempo está fuera de quicio. Todo gran arte, es decir: toda expresión no transitoria de la inteligencia, es un canto que llama a la acomodación de ese quicio. Todo gran arte es un acto de grandiosa correspondencia. Todo gran arte es un objeto de unión, de convocación de la disparidad visible a la unidad, de ferviente, calmo, esencial llamado. Todo gran arte es una apelación y el de nuestro tiempo lo será —creo— como ninguno por lo extremado y profundo de la dispersión que hay que llamar y ordenar. Mas para que una apelación sea grande tiene que ser al mismo tiempo la más universal y la más única, la menos teórica y la más humana.

Digamos a los estados totalitarios que la totalidad va más allá del Estado y que el Estado nos reduce y nos empobrece. Atrevámonos a ser libres, que es el modo más grande de ser responsables y la manera más difícil de crear en nosotros las ataduras fundamentales.

Yo no puedo ocultar la emoción que me causa vivir en el tiempo en que vivo. Nada más duro, más difícil que ser en este tiempo un hombre con vocación de inteligencia. Nunca me ha parecido más digno que hoy el conflicto moral de su cuerpo. Necesita estar en estas horas librada al conflicto todo. Requiere para sí los más extemos compromisos de autenticidad, inspiración y conciencia. Necesita multiplicar (lo que es muy importante) los planos de su sacrificio personal. Necesita haberse abandonado muchas veces para encontrarse unas pocas. Necesita —y téngase esto como norma— llegar al más alto acrecentamiento de sus dominios receptivos y al más alto despojo de sus propios medios argumentales: a matar en ella la serpiente de la delicia

dialéctica. Necesita estar como un gran angustiado en lo más oscuro y eminente de la noche desierta para ser algo así como un testigo intermedio entre lo que percibe del fragor próximo de tantos desencuentros, pasiones, atentados y luchas y lo que lleva en su fondo de conciencia de la especie. Necesita defender *algo*. Necesita en lo espiritual, en lo moral, en lo sentimental y hasta en su fisiología estado de comunidad, y esto es lo que habíamos llamado antes integridad de relación. Necesita, por fin, ser capaz de su destino, lo que equivale a decir ser capaz de haber substituido la delectación en su gratuito ejercicio por un vasto verbo testimonial. Y como en todo testimonio late una sentencia profética ese verbo llevará su calidad, su trascendencia en su propio vientre.

He aquí lo más arduo de todo: el establecer en su actitud preparatoria el parentesco que ese verbo necesitaba tener con el universo trascendental y con el universo común.

La miseria más grande de nuestro tiempo es la de los hombres que están emparentados con la persecución y el desastre, pues éstos no son, por desgracia, tan sólo mutilaciones que infligen sino mutilaciones que se infligen al herirse en el corazón mismo de la inteligencia, que es un gran principio de caridad, pues la caridad es a la inteligencia lo que el calor a la luz. Triste de aquel que no sienta su familia establecida en un terreno de caridad. Si hay un modo de tocar lo universal, de alcanzarlo, de incorporárselo y de devolverlo expresado es ése sólo. Berdiaeff sostiene que en la actualidad se tiende de más en más a admitir la existencia de un conocimiento emocional, tal como lo postulaban entre otros Pascal, Scheler y Keyserling. "Es un prejuicio —dice— pensar que el conocimiento es siempre racional. Conocemos mucho más por el sentimiento que por la inteligencia. El corazón está en el centro del hombre total". Y el secreto de toda inteligencia como de todo arte, como de toda vida, consiste en hallar, en descubrir los puntos más extensos y sensibles de familiaridad con las naturaleza y con la naturaleza de las cosas. Esta es la verdadera plenitud porque plenitud del hombre no quiere decir otra cosa que fertilidad, ¿y quién llevaría su luctuoso enfatismo hasta sostener que en cuanto a la prueba de su destino es diferente un hombre de un grano de cereal, cuya suerte consiste en la riqueza de la espiga?

¿Por qué le espantaba a Pascal el silencio de los espacios

infinitos? Por esto: porque el infinito espacio era un absoluto y el único absoluto ante el que se encontraba sin relación. Con el absoluto de Dios y la eternidad estaba relacionado por el sentido de la vía unitiva y las dos anteriores del crecimiento místico, pero con el infinito espacio visible, no. Esto lo espantaba, esta limitación, estas espantosas fronteras.

La inteligencia de nuestro tiempo tiene un sentido que no va hacia las puertas de evasión sino hacia el plano substancial: su radicación cada vez mayor en la tierra de los hombres amenazados. Este es, me parece, el único papel posible ante la dispersión. Esta voz no puede ser más que una voz de drama, esperanza y profecía, una gran intervención en la contienda humana, una defensa de la persona, un operante desprecio hacia sus victimarios. Aun expresiones tan dispares como la de Joyce y la de Kafka lo que han buscado son nuevos territorios de *arraigo* en la persona humana. Véase que digo arraigo, lo cual no quiere decir quedarse, mas partir bien de ahí.

El símbolo de la más alta inteligencia de nuestra edad —pensemos en un Gide, en un Maritain, en un Chestov, en un Unamuno— el símbolo del hombre que canta en el suplicio, posee esta cualidad de grandeza; el unir el dolor terrestre con el verbo no sometible que lo derrota y lo trasciende. Después de esta grande apelación que ninguna fuerza humana puede reducir, todo espanto aparece superado. Todo dolor lleva entonces en sí su potencial esperanza. El hombre capaz de tal fertilidad y tal dominio parece crecer sin artificio. No existe para él silencio que no contenga una voz, ni oscuridad que no entrañe a la postre su clara vía. Y cuando dice su palabra o su canto, del modo más sencillo y más inmediato, que es el modo del acto, en torno parece el mundo enriquecido, alegrado, con el espectáculo de algo por lo que se prueba que no todo es aridez y persecución sino que queda todavía en nosotros un fondo de fraternidad cuya palabra debemos sustentar —y decir.

Nº 48. Setiembre de 1938.

ASEVERACION SOBRE SARMIENTO

Me parece muy importante la precisión con que se ha tratado aquí* una de las provincias de ese país humano que se llama Sarmiento. Me parece muy importante por dos cosas: porque la precisión no es una de las virtudes más comunes en los argentinos y porque la provincia sobre la cual esa precisión se ha ejercitado es una de las más considerables y de las más reveladoras de Sarmiento. Sus mayores defectos fueron en él —como muy bien lo ha dicho Lugones— los del periodista; pero también, afirma él, y así lo creo yo, sus mejores virtudes, porque en las grandes naturalezas ciertos vicios entran tanto como ciertas virtudes en la composición de una hermosa energía. Tal vez lo más admirable que exista en una naturaleza humana no sean nunca los resultados de una ambición sino el modo de ambicionar de esa ambición. Y si Sarmiento tuvo como principales defectos los defectos del periodista, en esos defectos está sin duda lo más humano y lo más conmovedor de su genio.

Habiendo desconfiado siempre de esos hombres que se dejan llevar por los signos exteriores y aparenciales de las cosas, me ha parecido un gran mal, en un pueblo, el abandono a cierta supervaloración y cierta denigración, caprichosas y fortuitas, en la estimativa de sus figuras públicas. Es de todo punto impropio juzgar a un hombre como una categoría: cada destino de una expedición que comprende estaciones terriblemente variadas y terriblemente peligrosas. Lo propio del solo juicio humano posible, es decir, lo propio de la caridad de inteligencia, consiste no en mirar a los hombres como categorías inmutables sino a la luz de los diversos accidentes de su condición. No se puede juzgar la juventud de San Agustín del punto de vista de la santidad absoluta: en la composición de su santidad entraron instancias humanas muy delicadas, peligrosas y complejas. Así pasa con

* "Círculo de la Prensa", de Buenos Aires.

todo lo que existe, siendo lo propio de lo humano el tener que combatir valiéndose de las armas más imprevistas y circunstanciales con el antagonismo de la eternidad.

Valga este exordio para estipular hasta qué punto producen asombro algunos juicios cuyo énfasis se parece a la estupidez. Con respecto a Sarmiento estos juicios fluctúan entre la alabanza imprecisa y la denigración flagrante, lo cual quiere decir que son juicios esencialmente incalculables; Valéry diría que son, por consiguiente, estólidos. Lo propio de la inteligencia es calcular, así como lo propio del espíritu es ponderar; tanto la inteligencia como el espíritu tienen pues que ejercitarse mediante operaciones infinitamente exactas. Se necesita ser una naturaleza altamente espiritual para medir la porción de espiritualidad que puede haber en una naturaleza caída; se necesita ser la materialidad misma para no ver en lo material más que lo material. Se necesita no ser capaz de crear nada para negarlo todo. Los que no ven en una figura humana más que lo contrahecho es porque son contrahechos ellos mismos o bien, lo que viene a ser la misma cosa, porque están conformados en una forma elemental y su conciencia es negativa. Quienes se ejercitan en tales juegos sumarios y denigratorios se privan de un espectáculo muy hermoso, que es el ver cómo una sensibilidad inspirada cambia sus vicios en virtud y todo lo lleva a un fin admirable por el hecho de haber nacido con gracia. Pascal tenía un vicio que era el ver a su lado un constante abismo y Dostoievski muchos, que eran los vicios de su propio oscuro subterráneo interior: y de esas dos grandes aparentes deficiencias hicieron ellos la materia misma de su pureza.

Así, Sarmiento fue el hombre más indivisible del mundo. No se puede aislar en él nada. Todos los elementos de su organismo moral se ajustaban armónicamente y el periodista Sarmiento forma tan íntimamente parte del maestro Sarmiento y del escritor Sarmiento que sólo los podemos aislar para estudiarlos, como hace el biólogo con la partícula del citoplasma. Igualmente, si Sarmiento tuvo defectos —¡y tantos! — estos intervienen prodigiosamente asimilados en el movimiento de su marcha extraordinaria. Gracias a la voz de este provinciano la literatura argentina no habrá sido nunca entre las literaturas del mundo una literatura provinciana.

Lo grande en Sarmiento fue precisamente la cohesión que

existía entre su acto y su pensamiento. No permitió que su palabra fuera más allá de sus actos y por esta vehemencia, por esta tiránica necesidad de no abandonar una u otra de las dos formas fundamentales de su expresión, por esta peculiaridad constante de su temperamento, *fue periodista.* El momento de su inspiración y el momento de su palabra no hubieran podido admitir solución de continuidad. Y si en esta premura se ha podido ver el defecto, convengamos en que en esa premura estaba su calidad: su pasión, su fuego, su humanidad. Es curioso cómo su forma de periodismo se parece a la de Addison; y cómo ciertos ritmos literarios excelsos —como el de Balzac y el de Dickens— se parecen a la forma de periodismo de Addison y de Sarmiento. Se parecen porque acto e idea están en ellos tan premiosa y caudalosamente mezclados que ese momento intermedio en que parece tener su secreto el arte típicamente goethiano, el intervalo de elaboración, ha sido anulado, yugulado. La idea se escribe todavía sangrante, las letras son en ellas jirones de una temperamental actividad. El periodismo de este maestro de escuela no fue nunca información; fue didáctico muchas veces, en el peor de los casos, pero casi siempre un modo particular de fertilidad beligerante, una a manera de creación por la guerra. Eterno agonista en un combate pertinaz con la realidad. No menos que Sarmiento con el viejo Godoy o con Rosas, peleaba Balzac con la avaricia del tío Goriot.

Más que sobre sus artículos relativos a las cuestiones de libertad fluvial, inmigarción, colonización, aduanas, correos, vías públicas, educación y política quisiera yo llevar la atención de todos hacia el tomo segundo de la edición chilena de sus obras completas. Es allí donde su estilo de periodista alcanza esa opulenta, firme y substancial intrepidez de la que se nutre asimismo su obra literaria. Es allí donde su vena de articulista es sutil, ancha y henchida como la vena addisoniana. Creo justo sostener que hay en esa compilación de trabajos periodísticos obras de una diversidad, de una calidad y de una sabiduría social y psicológica que, en su género, no tienen comparación en la literatura de la América toda; las "Cartas de dos amigos", publicadas en "El Progreso", son de una penetración, de una elegancia de observación, clima y reminiscencia que sólo encuentra fragmentos equiparables en el diario de Stendhal o en los delicados escorzos de los más modernos novelistas de Inglaterra; al

lado de esas cartas hay críticas teatrales escritas al filo de la aparición del tiraje del alba que entrañan una sorprendente sabiduría técnica y un discernimiento claro y profundo; y al lado de esas críticas artículos de costumbres, como el llamado "Origen de la fiesta de Nochebuena", por donde venimos a plantearnos la realidad de su admirable parentesco con el Dickens de aquellos bocetos que publicaba con el seudónimo de Boz en el *Monthly Magazine.* Así, fue su periodismo la ejercitación de un lujoso moralista, cuya experiencia y expresión lindaban, como en Mathew Arnold, con las fronteras de la religión, la política y la ética y dominaban una asombrosa extensión media entre esos confines.

Y lo que agradecía al periodismo es lo que agradece todo moralista, lo que le agradecía el propio Dickens como lo cuenta Forster, su Eckermann, en la famosa historia de su vida: "*A la severa y completa disciplina de mi labor juvenil de periodista* —decía Dickens— *refiero constantemente mis primeros triunfos*". En la misma fuente nutrió Sarmiento esa versación en las cuestiones universales para la que no cabe otra enseñanza. Pues si el periodismo no es por cierto una vía de la expresión espiritual es en cambio una etapa indispensable para la ejercitación de las facultades más humanas de la inteligencia. Casi siempre es por una vía de su género como una razón medular arraiga vigorosamente en lo temporal. (No llamo aquí periodismo, por cierto, al escribir en los diarios, sino a esa vocación que se da en algunos ánimos de comunicación inmediata y constante, de comunicación cotidiana con la conciencia de su tiempo; y de la que tanto necesitaban, para llevar a un grado todavía más alto la intensidad de su genio, un Péguy, un Nietzsche, un Bloy, un Chesterton. Hay muchas partes en la obra de estos hombres que es periodismo de excelsa calidad; se acercan a eso más que a la literatura, pues la gran raza de ensayistas, en el sentido inglés de la palabra, en la de aquellos que usan una forma directa de comunicación en la que el hecho es lo que origina y comanda la idea). "Journalism of the higher sort", decía Cherteston.

El periodismo de Sarmiento no fue sólo una militación preparatoria. A fuerza de ser fuerte en lo temporal, su periodismo había adquirido antes del libro esa universalidad y esa intemporalidad que condicionan lo literario. Visto con la suficiente perspectiva su periodismo comienza a componer desde su

primera salida hasta la última un fresco tan expresivo y compacto como la organización de una suma novelesca. Entre sus cuadros periodísticos y sus libros autónomos no hay más que una diferencia de previsión y enfoque. Los elementos capitales de su caudal, los rasgos distintivos de su originalidad y de su poder están tanto en los unos como en los otros.

Esos elementos capitales y esos rasgos distintivos no deben los argentinos olvidarlos. No son elementos y rasgos meramente considerables en su faz literaria: sabiendo lo que ellos representan sabremos un poco mejor lo que hay en la fuente de nuestra nacionalidad o sea en el fondo de nosotros mismos. La esencia moral de los países está registrada en su literatura y un país sin literatura es un país sin moral definida. Tal vez si tuviéramos una literatura más fuerte seríamos nosotros un país de hombres que hacen historia, como lo hemos sido antes, y no un país de simples administradores. La lectura de los artículos publicados por Sarmiento en los diarios debería ser la literatura fundamental de los estudiosos de nuestra complexión íntima, y por esto: porque la sangre que irriga su denso lenguaje es la sangre misma de la argentinidad. De ese lenguaje venimos, en ese lenguaje, hoy desgraciadamente desvanecido, estamos los argentinos.

Este Sarmiento, el Sarmiento que amasó su jugoso y medular lenguaje argentino en los diarios cuyanos y chilenos, es lo que nos parece —escúchese bien— mucho más importante que el Sarmiento político y que el Sarmiento educador. Porque éste era el Sarmiento falible; y el otro no. El otro fue el fundador de un lenguaje y de una literatura, la primera voz que no se parecía a otra en el mundo porque era tan nuestra y cuya calidad era tanta y tan densa como la mejor de las otras. La médula de los pueblos se expresa en su lenguaje y el lenguaje (*periodístico y literario*) de Sarmiento es el primer lenguaje trascendente argentino. Eso no lo podrá cambiar ninguna opinión histórica: eso está ahí y es *tan substancial y tan verdadero* como la pulpa de la nuez es substancial y elementalmente unívoca en la ruda cáscara que la contiene. No se puede modificar la nuez con decir que es avellana; la nuez es infalible, lo que es falible es el juicio.

En la nuez Balzac y en la nuez Goethe está el aceite humano de Francia y Alemania. En el lenguaje de Sarmiento está nuestra tierra al fin hablada. Cada una de sus frases tiene —aunque lo que contenga importe eso o aquello, este más o aquel menos— el

cuerpo moral de nuestra tierra. Para que el organismo ande es necesario que esté sostenido por una planta lo suficientemente fuerte y ágil, y al mismo tiempo necesita el organismo esa nutrición de la tierra propia de la raíz. Tanto un Racine, como un Molière, como un Rabelais, un Bunyan como un Chaucer, un Calderón como un Lope, lo que han amasado, calentado y conservado para las generaciones siguientes es el tuétano de su pueblo y las variaciones de la temperatura de ese tuétano son las variaciones visibles en el lenguaje que ellos emplearon. En los tomos diferentes de la voluminosa compilación periodística de Sarmiento se guarda, perfectamente vivo, el tuétano de un hablar nuestro al que deberemos parecernos si es que debemos parecernos a algo y cuya particularidad consiste en no poder ser trocado, substituido, sino, en todo caso, reavivado y enriquecido.

En la tierra están, pues, los elementos nutritivos de la criatura en todas sus fases: la moral, la sentimental, la intelectual y la social. Con respecto a la tierra los escritores no pueden representar a través de sus diferentes tipos, sino su naturaleza o su esencia. Cuánto más denso y nutrido es un idioma, más se parece a esa naturaleza; cuánto más aligerado y purificado, más se parece a esa esencia. Si Cervantes está más cerca de la naturaleza terrestre española, San Juan de la Cruz eleva su idioma hasta la representación más rigorosa de su esencia. El lenguaje de Montaigne se desnuda en Pascal de mucha gravidez terrestre pero Pascal a cada rato se nutre de él. Todo gran arte es así una naturalización constante, no una desnaturalización; y una cosa necesita naturalizarse para espiritualizarse.

Sarmiento es nuestro terreno fundamental, el *suelo de nuestra espiritualidad.* En él se concentran los jugos más ricos, el milagro de nuestra expresión natural naciente.

La espiritualidad de los hombres no puede ser una espiritualidad abstracta. Si lo fuera, sería una monstruosa y deleznable estructura racional y dialéctica. La verdadera espiritualidad humana tiene sus pies plantados en la tierra. De ahí se desgaja y arranca, en su hermosa aventura, el alma perfectible cuando merece estar ordenada a un territorio más alto. La espiritualidad argentina tiene su tierra en Sarmiento escritor; su cielo, en el destino con que cada naturaleza sea capaz de partir desde esa tierra.

Nº 55. Abril de 1939.

CARTA A ENRIQUE DE MONTHERLANT

Montherlant:

Durante años lo he seguido de cerca. Durante años he visto cuán lejos estaba de usted. Durante mucho tiempo consideré su obra como un cadáver lujoso. Todas las esencias que ella encerraba me parecían las esencias de una expresión embalsamada. Bajo la apariencia de un heroísmo, esa obra entrañaba demasiadas fugas; lo propio del énfasis, su justificación misma, consiste en cubrir un vacío, y en cada una de las páginas del *Sueño* uno se encontraba con ciertas tiradas cornelianas debajo de las cuales era fácil sospechar una ausencia considerable de materia real. Me acuerdo de una conversación con Drieu en la cual contesté a una pregunta sobre usted con un desdén adecuado a tal vacío. Pero ese desdén era ligero. Porque —lo cual venía a ser como la recia consagración final de un destino vacilante— su lirismo desbordado era un grito en la garganta del combatiente pero, detrás, su mano estaba cargada: una delirante superfetación verbal arraigaba en realidad en el *hacerse* de un hombre, en el drama de su grandeza vocacional y problemática. Y lo importante no es la justeza de una voz sino su *existencia*, su humanidad, su verosimilitud, su parte de ayuda, su calor. ¡Ah, el verbo de Péguy no era preciso— pero en el momento de ir a la vida cuánto más nos sirve que la exactitud raciniana! Benditas sean las voces que nutren nuestra necesidad de no evadirnos, benditas sean las voces que, lejos de raptarnos, nos acercan a la tierra y nos proporcionan la medida de nuestra obligación particular.

La dirección de su voz, Montherlant, siguió sin embargo siendo frecuentemente inaceptable. Ella se nutría más vigorosa e inmediatamente de naturalidad vital, pero su propensión iba demasiado a entretenerse en los efectos viriles de un cinismo

frío, en el ejercicio de una vena pretendidamente estoica que no era en realidad sino la virtuosidad de un ingenio fácil y de un manejo experto y malicioso de la letra. En el fondo de su culto del coraje, de la masculinidad y del honor había todavía demasiado juego despectivo. ¿Cómo no reconocer en esos arrebatos "guindés" la actitud genuinamente pueril del niño arrogante que campa por sus fueros sin dejar de mirar con el rabillo del ojo a los que por entretenerse en partidas vulgares simula ni siquiera mirar? ¿Cómo no reconocer en Costa, su personaje, en el protagonista de eso que designa usted ahora como "una larga ofensiva contra la escala de valores en nombre de la cual se castra a Francia", a una naturaleza demasiado teatral para ser verdadera, demasiado racional para ser *compartible*, demasiado fraguada para ser esa encarnación normativa, esa criatura involuntariamente proporcionada que define en la existencia y en la literatura a los tipos memorables? A lo largo de lo que digo no pesa vanamente la palabra demasiado. Ya que lo propio de su arte consistía, prácticamente, en una demasía. Sus actitudes eran demasiadas, y la humanidad que reflejaban, demasiada. En el fondo más recóndito de su morada lo mejor instalado era una demasía. Y estaba protegida por una práctica verbal excelente; lo difícil era vencer esta guardia suiza.

No es paradójico afirmar que si bien en arte una demasía de expresión acusa por lo general un temperamento rico, ella lo empobrece en la palabra por el expediente de un reblandecimiento —maleamiento cabal de los resortes esenciales, que son los resortes no de la afectividad sino los directos del espíritu. En el caso suyo, no obstante, esos resortes continuaban, bajo la maleza lírica, siendo fuertes. Pero continuaba usted concediéndose demasiado, confiriendo a la totalidad y al pormenor de sus actitudes patente de eternidad, adornando a su propio personaje con muecas y actitudes de estirpe helénica —o que se parecían mucho a esto. Había usted agotado todos los espectáculos en que se consume preferentemente la virilidad, desde la práctica simbólica del deporte y los toros hasta una piedad cruel por las mujeres. Impostaba su voz a la altura de un malhumor viril. Había usted fortalecido al aire libre la languidez febril de Barrès, enferma de encierros y trasnochadas fragancias. ¿Se conocía usted bastante? Tal vez conocía únicamente las traiciones implícitas en su estilo; conocía el instrumento de la traición pero

se resistía a mirar frente a frente sus efectos. Esto habría equivalido a destruir el lento proceso de armarse caballero, habría equivalido a echar abajo el hombre metido en la armadura.

Pero como en el hombre metido en la armadura había, un poco más adentro, eso que se llama una conciencia, el hombre no se estaba quieto en el interior de su aparatoso sistema bélico. Las notas de su canto eran muy altas y no quería usted bajar esas notas a su estatura sino levantarse hasta ellas, alcanzarlas. ¡Qué problema! La cuestión no consistía en exclamar: "Mon Dieu, préservez-nouz du 'don oratoire' ". La cuestión era dar a ese lirismo un pasto auténtico. La cuestión era no dividir la oración del movimiento espiritual que la equivale en acción y la condiciona verdaderamente. La cuestión era no incurrir en el peor delito, que es la petulancia de corazón.

Una exuberancia orientada hacia un orden, pase. Pero una exuberancia que no reconocía otro orden que la exaltación de la exuberancia misma, ¿adónde podía llevarle? Montherlant, temimos mucho por usted. No vea en este temor un juicio fariseo, una actitud puritana, una de esas sequedades de la crítica: era el miedo que tenemos todos de nosotros mismos. ¿Comprende usted? Muchas veces buscamos nuestra justificación en la justificación de nuestros —moralmente hablando— mayores.

Una exuberancia así, ¿adónde podía llevarle? He aquí sus riesgos netos: dar a su inteligencia la forma de algunos espasmos y a algunos espasmos la forma de una inteligencia; hacer aparecer el aparato de un orgullo árido como el signo de una fuerte magnitud personal; prestar a la acumulación de cierto ritmo de efusiones, despechos, menosprecios, aislamientos, soberbias, la calidad de una estructura heroica; engañarse diabólicamente con el aire de un señor desdeñoso que da la medida de oro de lo humano. En suma, imponer a ciertas exaltaciones espasmódicas el lenguaje de las crisis de conciencia.

¡Ah, las crisis verdaderas tienen un lenguaje sobrio! En esta ruda *contradictio* fincaba su principal, su temible error. Y, entendámonos, no su inexplicable, sino su inevitable error. Pues estas cosas son las que no se ordenan desde la voluntad.

Su voluntad trabajaba. Su voluntad trabajaba operosamente. Pero cuando gritamos que estamos sangrando ¿cómo hacernos sangrar sinceramente? El coraje de artista es un coraje química-

mente puro; cuando la vida lo toca, se desconcierta: se trata de un coraje que funciona en una proyección metafísica. Sin embargo, su voluntad trabajaba por mejorar ese coraje, por darle algo que yo llamaría territorialidad, por reducirlo a límites humanos y plantarlo. Porque en el fondo ha sido usted siempre un gran honrado y sus arranques, sus bríos, sus excesos gesticulantes se han parecido siempre a esos desplantes humildes que enternecen a los santos.

Su voluntad trabajaba más allá de su vanidad casi increíble. Una voluntad interior y como extraña, pues siendo suya no estaba hecha de la misma pasta de su vanidad. Y acabó usted por crearse crisis auténticas, aunque esas crisis, Montherlant, valían de poca cosa: eran todavía crisis literarias. Así, ¿no había en usted *todavía* un fundamental artificio cuando después de haber escrito *Los Olímpicos*, *El canto fúnebre a los muertos de Verdun* y *Los Bestiarios*, acusaba haber pasado la crisis de saciedad sensual y haber sentido cómo su cuerpo al ser vaciado de ese contenido dejaba el campo libre a la espiritualidad? Este mismo trance no era sino metáfora. Pues no ignora usted que la invasión primacial del espíritu no se realiza por esa suerte de ósmosis alternada, demasiado fácil y demasiado física, sino por fenómenos mucho más serios y trastornadores que los meros golpes en el pecho. Al escribir *En las fuentes del deseo* creía usted haber tocado la vía misma de la ascensión metafísica; quizá el propio canónigo Ollier se dejaba llevar por un extremado optimismo pastoral al juzgar que con esa obra tocaba usted el primer piso de la alta espiritualidad, que su disgusto por las vanidades y la inquietud de ciertas páginas equivalían a una rebusca de la Unidad y que estaba usted salvado por su llaga. Me era difícil ver en esa llaga algo más que un dibujo parecido a los que adornan sus queridos y profusos vasos de Corinto; ya que lo verbal era todavía, en su interior imperio, un dominio harto importante. Con todo, su voluntad de purificación parecía acentuarse. Reconocía usted haber superado el momento en que se amalgamaba en su ánimo cierto paganismo exaltado con cierto catolicismo "decorativo y fantasista" y haber llegado, si no a la fe del cristiano, por lo menos a tener sus sentimientos; apartado de la religión, la respetaba. Y su equivocación consistía en no advertir que daba usted una sucesión de gestos como una sucesión de signos fundamentales; de sus más ligeros humores preten-

día usted hacer pesadas categorías: su desprecio por el dinero buscado, su vida nómade y sin ataduras, su desatención de las cosas mundanas, su "negligencia" frente a la gloria, su celibato, todo lo daba usted a cuenta de un estado de espiritualidad. ¡Cuánta complacencia! Y qué insoportables, las oscilaciones de esta complacencia. Uno no le veía llegar nunca al punto más obvio de todos, o sea a la convicción de que una terrible dureza, una terrible impiedad hacía sí es el primer grado de la piedad.

Aún en los momentos más típicos de su intuición de austeridad nadaba usted en aguas de placer. Se dejaba consolar con la idea de haberse dado y haber dado placer. El sentimiento de la significación positiva de la guerra lo amamanta sin embargo de continuo. Y del matrimonio de esa noción del placer y esa noción del deber nace al fin el fruto de los escritos destinados a *servir*, las partes que componen su libro *Servicio Inútil*. Después de habernos hablado de tantos vaivenes en la ruta interior de su vida, en definitiva, ¿adónde había llegado? El adolescente, el combatiente, el viajero en las colonias francesas de Africa, el hombre inspirado reconoce haber pasado por todos los problemas —particularmente por los que se refieren a la existencia y su utilidad— y llega al fin al conflicto último, que es el conflicto entre su región interior y su patria nacional. Hay en eso una larga dialéctica de acciones y reacciones. "Soldat, il dresse l'action. Moine, il la sape. Edificabo et destruam". Y he ahí, cree, un epígrafe para su vida.

He ahí, Montherlant, que había llegado usted, después de mucho andar, a un epígrafe. Al adolescente, al combatiente, al lírico, al apasionado, al amante de la muerte implícita en la plaza y el desierto, adonde acababa de conducirlo usted era a un epígrafe. Y ese epígrafe parecía lo más inmoral del mundo: construir para destruir.

No lo era, en realidad. Porque cuando escribió usted, cuando construyó los escritos que justificaban y daban un contenido a esta declaración excelente: "Hay dos clases de patriotismo: el que encuentra que todo lo que hace su país está bien y el que encuentra que todo lo que hace su país está mal. Este segundo patriotismo es el mío", cuando construía usted eso, no soñaba en voltearlo. El hombre Montherlant era más cándido que el literato Montherlant. Por primera vez, algo más consistente que el énfasis luchaba en usted por perdurar.

Algunas páginas de ese libro eran profundas y otras eran verdaderas. Tal vez no advertía usted que al afirmar que la verdadera actualidad es lo eterno, contradecía su propio epígrafe. Pero, entre otras cosas, no se equivocaba al citar tantas veces a Séneca, ya que no existe pensamiento más ejemplar para lo efímero de nuestro tiempo. No se equivocaba al decir que era necesaria, en su tierra y en las otras, una gran lección de honor y de desinterés. (Agregaba *placer*; pero las tres cosas juntas funcionan mal). No se equivocaba al sostener, repitiéndolo y volviéndolo a repetir —como se deben decir las cosas fundamentales—, que el equilibrio de todos los movimientos humanos está regido por principios permanentes. Y no se equivocaba al pensar que todo su pensamiento era inútil.

Ese libro era el terreno de una gran exaltación.

Entonces, ante su voz tan inquietante, a los críticos de Francia les vino a la boca la palabra grandeza. Nunca se ha pronunciado tantas veces esta palabra como con motivo de sus obras. Todo juicio parecía desarmado ante el rigor violento de su marcha. Sus palabras se llevaban el mercado entero. Lo que usted decía parecía comunicar vigor a una multitud de vacilantes.

Pero no había llegado usted más que a lo moral. De su vida, lo espiritual continuaba ausente.

Su fase actual es otra. Su fase actual es mucho más profunda. Su fase actual tiene la forma de un relativo detenimiento. Su fase actual tiene la forma de una recapitulación casi sin voz.

No creo que se resista usted a esta interpretación. Sabe usted demasiado bien que un escritor es un objeto pasible de interpretaciones extremas, y de las más opuestas. El peligro es que lo interpretado sea la letra. Pero no es tal el caso mío. Al contrario. Lo que me esfuerzo en ver no son sus frutos servidos sino su huerto plantado.

Acaba de publicar usted su último libro. Los críticos están habituados a su letra fuerte. Como ella es ahora mucho más pausada, mucho más retenida, los críticos han gritado: periodismo. Roger Caillois se expresaba hace pocos días en estos términos: "Cuando el periodismo con todo lo que necesariamente comporta de precipitado, de vulgar, de molesto, es hecho por un gran escritor y —lo que es más— por un hombre que ha demos-

trado un sentido certero de la grandeza, tanto mejor para el periodismo y tanto peor para el hombre. Dudo que las crónicas de *El Equinoccio de Septiembre* sirvan de mucho a la gloria de M. de Montherlant".

Roger Caillois no está bastante lejos de usted, del libro. Si este libro no es precisamente grandioso, es otra cosa; es revelador. Este libro es en verdad el zumo todavía pobre de la secreta y lenta preocupación de un espíritu. La voz se va callando; el proceso tiene lugar mucho más allá de las fuentes de la palabra. Su virtuosismo, en este libro, hace quiebra. Sin duda las operaciones de su atención han estado minadas en su región central. Esas operaciones que le llevaban a usted a blandir sus grandes discursos inspirados y a sostener en pie un arrebatador aparato nervioso, esas operaciones se han visto abiertas y penetradas por una desazón sutilísima, por una inhibición similar a la que usted acusa en los actuales franceses aunque de otro orden, por un llamado bastante sombrío a una situación de perplejidad. Perplejidad profunda: todo usted está envuelto en ese ritmo casi trágico. Y como el paseante preocupado del parque, su voz es una musitación desordenada.

Quiere decir que sabe usted que la transición ya ha ocurrido. Montherlant, esto importa más que sus medidas de oro. La transición ha ocurrido. Ya no puede usted decir, parafraseando al abate Brémond, "il faut que barbarie se passe". Porque la barbarie empieza ahora. Ya no puede usted decir tampoco: "Sed pues de lo temporal, ya que os atrae tanto serlo, pero sedlo con reserva y noncuranza; para decirlo de una vez, sedlo como un eterno ausente". Ya no puede decir nada de eso debido a un accidente que ha sufrido su estilo; ese accidente es: el estado de actualidad. Lo que su estilo no preveía es este escollo: el estado de actualidad. Su estilo había vivido siempre en estado de aseveración previsora o bien en estado de juicio libre. Ayer o mañana.

Pero sobre todo hombre que haya tenido entre sus manos pluma digna, que es la dirigida por una conciencia, ha descendido este *ahora*, este padecer la actualidad, este sentir lo trágico sin posibilidad de postergación. Este *sentir* lo trágico; este *ver* lo cómico. Y de los dos la mayúscula, hacerla recaer sobre lo cómico. A fin de tocar así la unidad del conflicto eterno.

Querido Montherlant, los americanos no tenemos otra eterni-

dad que nuestro ahora. Por eso somos capaces de reconocer pronto a los recién venidos. Yo lo veo a usted dejar su carga compleja, su enorme equipaje verbal, y venir. Esto, en Europa, lo confunden con haberse, sin quererlo, despojado usted de su "grandeza". Esto, para nosotros, es verlo a usted llegar al acto presente, que se parece tanto a una llanura lunar en el visible nimbo nocturno.

A este vocablo: *ahora*, no le doy un contenido grande, no le doy un contenido hermoso. No le doy un contenido romántico. Le doy un contenido extenso y desierto. Escritor, lo tomo como la hora de la cesación de nuestra influencia.

Lo tomo también como el comienzo de otra misión de nuestra naturaleza en cuanto especie.

Lo tomo como el comienzo de nuestra gran misión testimonial. Lo tomo, para el escritor, como la hora de nuestros órganos de percepción y como la hora del voluntario eclipse de nuestro libertinaje perorante. Lo tomo como la hora de nuestra pasión subterránea. Lo tomo como la hora de actuar y ver con los ojos lúcidos y la boca quieta. Lo tomo, en fin, como la hora de un considerable sacrificio.

El zapatero *ve* mientras martilla. El zapatero cuando ve mejor es cuando martilla. De ahí que no necesitemos paralización alguna en el sentido de escribir, sino *atender* sin peroración, atender con el fuego vivo, adentro; cuanto más vivo y más interno, mejor destacaremos los rasgos peculiarmente nefastos que involucra lo cómico. Y nada de *misereor super duces.*

¡Lo cómico terrible de nuestro tiempo! ¡El gran apego a una especie de sarcasmo bárbaro! ¡Los sacrificios religiosos operados ante un dios laico en los Sport Palast en medio de un ulular frenético! ¡La gran petulancia de los que encuentran la salvación en adherir precipitadamente a los pactos triunfantes! Todas esas cosas atrozmente cómicas. Todas esas cosas de la era de Harpo Marx. Porque lo cómico terrible se ha desplazado desde la comicidad de Chaplin a la comicidad de Harpo Marx. Chaplin tenía una complexión múltiple —pues encarnaba por excelencia a la *persona*, siendo ésta la que hoy sufre eclipse— y la comicidad de ahora es grosera y elemental. (Lo cual no quiere decir que Harpo Marx sea grosero y elemental: tal tipo de comicidad él no la presenta, él la re-presenta. Ya la ha desdoblado).

La comicidad es la materia de que están hechos para el ojo divino, los devoradores de pueblos que atemorizan con sus medios hiperbólicos y no con su virtud —virtud en el sentido clásico— real. La comicidad es la materia de que están hechos los que a esa devoración oponen el pacto incierto y el balbuceo. De un lado y de otro, la comicidad es la deformación grosera de la estructura necesariamente grave del hombre.

El heroísmo no es nunca una categoría verbal; y, de este mismo modo, la diferencia entre los grandes imperialismos históricos y los actuales de la Europa del centro reside en que éstos no tienen por fundamento una fuerza sino las características aparatosas de una gruesa ficción discursiva y argumental.

Los grandes cómicos gritan: religión del trabajo, religión del Imperio, religión del Estado. El otro cómico, el cómico liberal, proclama: religión de la paz. Pero en materia de religión, todo lo que no sea unidad es anarquía. La actual anarquía no puede ser más escandalosa, más salvajemente cómica. En su hermoso libro *Journal d'Allemagne* dice su compatriota Denis de Rougemont: "Stalin proclama una religión del trabajo y los rusos son los hombres más perezosos del mundo; Mussolini una religión del Imperio, y apenas los italianos habían sido nunca una nación; Hitler una religión del Estado, y los alemanes aprenden esta lección penosamente, con una pedantería patética . . . (la comicidad, ¿ve usted?). ¡No vayamos a hacer nosotros una religión de la libertad! Sería el signo de que perdemos el gusto de ella y su uso natural, espontáneo". Hay otro malentendido: el de los que, fuera de los países totalitarios, atribuyen a los regímenes propios de esas naciones resortes diferentes a los que realmente poseen. Por ejemplo, los reaccionarios creen que fascismo y nazismo quieren decir reacción; los monárquicos, monarquía; los capitales, defensa del capital; los aristócratas, aristocracia; los oligarcas, oligarquía. Ahora bien: no quieren decir nada de eso. (Quieren decir cierto coeficiente individual de abnegación, esto es lo bueno que tiene; lo malo es que esa abnegación esté dirigida por un elemento de comicidad trágica). Resultado, un malentendido nefasto, pues tendrá que ser borrado con una experiencia perjudicial, para sí y para los otros. Es necesario que los reaccionarios conservadores comprendan que la única política que está borrada del mundo a la derecha como a la izquerda, es la política capaz

de protegerlos. Hay que buscar, pues, partido partiendo de otra base.

Donde lo veo a usted desde hoy es en este ahora elemental. Su aparente empobrecimiento es una severidad. Y el desconcierto que en las sensibilidades complejas produce esta comicidad primaria. Casi todas las etapas bárbaras de la historia han tenido su esplendor y su grandeza, pero ¿en qué se traduce esta comicidad totalitaria complicada con cierta comicidad liberal? Esta risa europea suscitada siniestramente en torno a las tumbas. Estos movimientos risibles al lado del serio, modesto, pobre sacrificio de la persona humana.

Al fin, Montherlant, está usted, confiéselo, aterrado; al fin esta comicidad lo inhibe, lo aterra. Esta comicidad aterra mucho más que la tragedia. Esta comicidad es mucho más insondable y feroz que los cuernos húmedos de la bestia en el ruedo. No diga usted *misereor super duces*, pues de ellos viene la gran risa.

Vuelva usted la frase latina a su forma primitiva. *Misereor super turbas.* Nada se puede dar vuelta sin hacerle el juego a la gran comicidad. Hay que aferrarse como nunca a la forma *propia* de las cosas. Propia, en su idioma, Montherlant, quiere decir también limpio. Lo único que no podrá cambiar la gran comicidad, el actual sarcasmo, es la forma propia de las cosas. La forma de la persona humana. La forma de una casa, de un hombre, de un sitio, de un cielo, de un encuentro, de un sentimiento. La forma de la dignidad. Todo lo demás lo cambiará. Ayer, un escritor que ha pactado con la comicidad, se reía de Husserl a mandíbula batiente por haber profesado éste la filosofía fenomenológica, y le adelantaba en nombre de Dios su sentencia en el Juicio Final . . . Lo cómico cree, entre sus convicciones más arraigadas, que Dios es de su propiedad; pero Husserl, como bien lo dice su compatriota Sartre, "nos ha restituido el mundo de los artistas y los profetas: tremendo, hostil, peligroso con sus puertos de gracia y amor". A aquel escritor, yo le preguntaría: Si su posición consiste en defender los fueros de Dios, ¿por qué juega usted con Dios?

Pero el juego es lo propio de lo cómico. Lo trágico de este tiempo es su encaminamiento a morir entre sangre; pero quien manda morir no es lo trágico sino lo cómico. Se trata ahora de un juego así.

Antes, Montherlant, en el 14, esto no pasaba. Todavía tenían

validez ciertas expresiones abstractas (libertad, justicia, cultura, etc.) y usted templó su ascensión lírica en esos momentos auténticamente dramáticos. Pero lo que debe desconcertarle *ahora* es la tremenda comicidad. La intrusión en el mundo de este extraño huésped que adopta la forma de un déspota e invade nuestras casas con su cotidiana gesticulación, cada vez más cómica, cada vez más crudamente expoliadora.

Verdaderamente, es algo más asombroso que el drama liso y llano. No es unívoca, esta tremenda comicidad, es el doble de la realidad franca: se parece a la fuerza sin serlo verdaderamente, se parece a la violencia sin serlo verdaderamente, se parece a la omnipotencia sin serlo verdaderamente; pero las cartas con que juega son esas. Y su risa, su carcajada provienen del éxito de ese juego.

Esta tremenda fuga drolática comienza por un desprecio hacia todo estilo. La acción seria que esta comicidad finge parece un estilo, pero sus palabras son, bien se ve, lugares comunes. ¿Qué solidez puede tener una mística nacida de un lugar común? ¿Qué solidez puede tener una mística nacida de una moral al revés, de una moral monstruosa donde se dice: el acto *precede* a la norma? Toda gran mística halla su fundamento en un alto estilo de conciencia. El lugar común sistematizado ¿qué puede dar de sí, fuera de una mística subalterna? O sea, una contradicción en los términos. O sea, un vacío.

Reclamamos, algunos, una *no-comicidad* sustancial. Reclamamos un estilo genuino; para el cuerpo de nuestra moral, un piso que no tiemble. (Yo he visto —fuera de las escenas que nos brinda el cinematógrafo— los efectos terribles y visibles de la comicidad: un jefe manejaba a sus generales dándoles prueba de su impaciencia con golpes del pie en la plataforma circular que lo sostenía. Detrás —"pendant" cuidadosamente calculado— estaba la plataforma de César; pero ésta no era de madera, era de piedra; y César no se agitaba, estaba digno. Una diferencia de estilos, so pretexto de una semejanza. Sentí una gran humillación por los generales, por esas personas. Pensé que, conducidos por ese énfasis, podrían combatir como fieras pero sus resortes interiores, sus frenos, su *hombría* estaban rotos).

He aquí lo que esperamos de algunos hombres de Francia: su gran lección de *no-comicidad.* Yo creo también que esto es lo mejor que lleva América incubado en su sangre. Su dolor y su

risa son sólidos y corpóreos. Detrás de cada una de sus aventuras está el cuerpo. Lo propio de América es responder con su cuerpo; gran parte del desprecio de muchos europeos no es más que un despecho frente a esta calidad.

Si hay algo que un argentino, en general que un americano, no pueda concebir es vender su cuerpo. Acerca de la importancia de esto, ¿para qué hablar? Usted mismo lo ha dicho: "le corps fait trop l'ame pour qu'on doive s'excuser quand on parle de lui". En nosotros esa verdad alcanza su sumo sentido. Aquí, un hombre es algo sólido, no se le da como un número o como un instrumento automático; es algo sólido, denso, algo resistente. Nuestras emociones, nuestras pasiones, nuestra voz son corpóreas. Basta mirar a nuestras gentes en las calles, en el campo: tienen el corazón fuerte. Si tuvieran una metafísica tendrían una recia metafísica. No tienen en el alma partes cómicamente dirigibles, partes cómicamente esclavizables. Cuando obedecen, cuando se esclavizan, con qué humana, sombría, fuerte pasión es. Por eso no les convienen los extremos europeos; porque estos extremos son medios defensivos, medios ofensivos de defensa, de perduración. Son violentos expedientes; son eclampsias. Nosotros desconocemos la eclampsia: el ritmo de nuestro camino —no sabe usted cómo alegra verlo— tiene cierta majestuosidad calma. Piense usted en los grandes poetas nuevos de América. ¡Qué andar tranquilo y cuántas leguas come! Es el ritmo de los conquistadores reales, no de los actuales; es el ritmo de los grandes nadadores. Es una comunión tranquila del cuerpo y del alma; fuerte, *corpórea*. La comicidad es, al contrario, sacar el cuerpo; la excusa de una respuesta en términos de sorprendente y jocoso contraste, una elusión trágica por el desparpajo hilarante que exhibe la tragedia, la tragedia de eludir, la tragedia de no acompañar el movimiento con el cuerpo. Lo cómico es, en la persona, aquello que no responde, o sea, la enajenación misma. La comicidad, bárbara por definición, viene de una saciedad frente a la permanente necesidad de responder.

Autor de *Los Bestiarios*, conocía usted una suerte de ferocidad heroica y lo arrastraba el mito romano del circo; pero no se imaginaba seguramente esta nueva forma de bestialidad, este sarcástico desprecio europeo actual por las fuentes de humanidad, no se imaginaba a estos farsantes pálidos, a estos dueños de Estado cuyo modo de codicia es una frenética devoración del

individuo civil, una atroz desmoralización bajo la forma de una mística edificadora.

La degradación de los valores menos cómicos por el expediente de un contagioso histrionismo. Una verosimilitud substituida por un grito. Un panorama de decencia substituido por un panorama de indignidad servil y humillación reglamentada. Pero todo eso presidido, no por un despotismo glorioso: presidido por una gesticulación, por una gesticulación física y mental, por un sistema de gestos mentales.

Esto no lo esperaba usted. Su estilo de vida, de obras, podía esperar cualquier cosa menos esto. Su vocación consistía en tomar las cosas no sólo en serio sino tal vez demasiado en serio; así peligraba usted también de deslizarse, de caer en cierta comicidad. Pues la muerte nos mira y se sonríe fácilmente en cuanto levantamos la voz. Usted contaba con un mundo que *encara* la verdad. La guerra y la muerte, las dos verdades supremas, vistas desde acá abajo. Había usted visto una mano agarrotada y muerta saliendo de la tierra. Había usted visto la muerte próxima en tierra española. Se trataba de algo sólido, y serio. Pero, ahora, tiene que rehacer todo eso, tiene que contar con una posición falsa ante esas verdades. La muerte, la verdad, lo que suprimen es la gesticulación; pero el juego consiste ahora en gesticular, moral y físicamente, ante ellas. Y usted, que iba cantando y exaltado, se ha detenido de golpe.

Me temo que sus críticos no hayan visto la naturaleza de este alto. Es como si el hombre que cantaba se encontrara ante un sarcasmo materializado en la soledad inmaterial y sintiera el terror cósmico de no explicarse ya las leyes naturales de la existencia. Es como si ese hombre se parara para mirar en torno y levantara los ojos a Dios, que está al principio y al fin de toda cuestión humana, cuando ya no quedan contestaciones en la tierra.

Por eso veo yo su voz apaciguada; su tono, retenido; su expresión, desnudada, visiblemente llamada al uso de medios materiales menos ostentosos.

Al confundirse con esta realidad, con esta actualidad, cuántos gritos, cuántos gestos le habrán parecido a usted, en su obra anterior, injustificables. Lo veo a usted entrando en el silencio y en el testimonio. Lo veo mirando a través de sus manos el espectáculo de un mundo que desalienta a los dignos y entene-

brece las mañanas del hombre de buena voluntad. Lo veo en medio del estupor trascendente del que el escritor sacará más adelante su voz vigorizada y restablecida. Lo veo, en una palabra, cavilante, cohibido.

Antes había seguido a un escritor lujoso, especioso; hoy veo al hombre con los dedos clavados en la palma de la mano, con la cabeza alta, con la preocupación interior como un fuego inmovilizado, con los labios serios. Un hombre, un gran desconcertado, un sorprendido, un engañado en su buena fe. Un herido: en la inteligencia, en la sensibilidad; un testigo dañado. Alguien que siente el extraño frío oculto en una corriente de aspavientos brutales y que ya no puede seguir adelante con su propia ficción. Es ahora, Montherlant, en esta hora de soledad crítica de los sinceros, en esta pausa de su palabra, cuando me siento al lado suyo.

N° 61. Octubre de 1939.

DOCUMENTOS

CONTESTACION A UNA CARTA DE OZORIO DE ALMEIDA

A la carta de Ozorio de Almeida contestaron, en el mismo número de *Sur*, Amado Alonso, Augusto José Durelli, Pedro Henríquez Ureña, Sebastián Soler y Luis Emilio Soto. La respuesta de Eduardo Mallea decía:

Hace menos de seis meses decía yo en esta misma Revista y en una carta a Montherlant: "He aquí lo que esperamos, algunos hombres, de Francia: su gran lección de *no-comicidad*. Yo creo también que esto es lo mejor que lleva América incubado en su sangre. Su dolor y su risa son sólidos y corpóreos. Detrás de cada una de sus aventuras está el cuerpo. Lo propio de América es responder con su cuerpo; gran parte del desprecio de muchos europeos no es más que un despecho frente a esta calidad".

No es —para mí no lo es— cómodo citarse. Lo es un poco más cuando se trata de recapitular los tiempos constantes de un acuerdo, cuando se trata de establecer el origen antiguo de una consecuencia, de una correspondencia. Yo estoy lleno, no de palabras, sino de silencio, ante el modo como ha escogido Francia su parte de martirio. Es justamente —callada— su cuerpo, lo que ha ofrecido a la vieja pira de Rouen. No palabras, no actitudes: su cuerpo.

En Francia comienza la isla moral en que yo quisiera ver a América fertilizada. En Francia, en ese país de cuya sangre renace de tiempo en tiempo —y gracias a ella— el sobrio resplandor humano donde van a regularse al fin los excesivos modos y los pobres, dementes enfatismos. En ese país de moral desnuda; digno, casi invisible en el sufrimiento; y en cuya piel muestra a cada rato el destino de nuestra especie que desde una carne atacada y desde una herida abierta, habla en este mundo lo justo su voz de combatiente.

Nº 70. Julio de 1940.

UN BIEN PENSANTE [1]

La señora de Estalión era una mujer expeditiva y poco femenina, con un lema. El lema lo llevaba a todas partes como quien blande un título capaz de diferenciarlo en el acto de cualquier otro ser viviente. El lema tenía que explicarlo a todo el mundo cuando lo enunciaba por primera vez. Aquel "seguir es decaer" —la voz seguir asumía el significado de perpetuar un mismo sentido— quería decir que toda imitación lleva en sí un germen de agonía; que lo necesario es, por consiguiente, renovar. Este principio un tanto vago había acabado por modificar substancialmente sus costumbres, su apariencia y su vida. Al final ella había acabado por ser esclava de su lema. Y por consiguiente, toda ella era una regular anarquía. Su residencia quedaba hacia el barrio del oeste y era un vetusto caserón donde lo arcaico de la arquitectura no impedía un contenido de alarmante originalidad. Por lo pronto, el menaje de la casa no mostraba dos muebles del mismo estilo; todo era allí buscada diferenciación, diversidad. Alguna fotografía curiosa del final del siglo XIX se mezclaba con un pequeño Picasso azul y éste con un termómetro asiático y éste con una rústica silla norteamericana de la época de Lincoln. La progresión ideal de Platón que se origina en el amor de un cuerpo por otro fallaba allí por su base, pues en esa casa cada objeto era tan opuesto y hostil al otro, que todos debían odiarse refinadamente. En fin, con eso se mataba según la señora de Estalión toda posibilidad de decadencia. La señora de Estalión presidía, subpresidía y aconsejaba a diferentes instituciones artísticas y de caridad. (El señor Estalión con quien ella hizo un casamiento de interés, era baldado y murió pronto, dejándole aquella fortuna con que ella deparaba anuales premios

[1] Capítulo de una novela en prensa.

a la virtud). La señora de Estalión era amiga de artistas, políticos y diplomáticos extranjeros; mantenía, por lo demás, el fuego sagrado de esas vinculaciones gracias a su mesa constantemente servida para el huésped notorio y en la que los manjares se acordaban también a los principios de la más fastuosa y amenazante diversidad. Indigestarse en su casa era un título de distinción; era como indigestarse en la casa de un sha persa o de un noble birmano. La dueña de casa profesaba sin embargo —"por humanidad"— ideas de tono liberal. (Aunque no mucho). Gustaba hablar de todos los temas posibles con variedad e impromptus —¿cómo no evitar la decadencia de la conversación por su caída en los tópicos convencionales? —, con lo cual solía crear a sus invitados momentos de cruel embarazo, como cuando decía a quemarropa a un señor que se despojaba en el vestíbulo de su impermeable: "¿Qué piensa usted de la limitación de la natalidad en las colonias holandesas? " o "¿Por qué tiende usted, en materia de credo, a la confesión católica en vez de inclinarse por la fe protestante? ".

Pero uno pasaba en su casa buenos ratos. Toda esa activa confusión era, en cierto sentido, amena. Salir de la vida ordenada, áspera, rutinaria para entrar en ese sitio de discordia lógica constituía una experiencia no desdeñable. Yo me quedaba rara vez a comer en su casa pero iba por la tarde, en ocasiones, y me quedaba escuchando y oyendo. De noche caía gente de tipo más anodino y mundano; por la tarde había alguien que se sentaba al piano a tocar cosas de Scriabin mezclado con Ravel. A veces llegaba alguno de esos embajadores cuyo lenguaje gira en torno de las estupideces más actuales y solemnes, lo cual constituía un dato documental digno de escucharse de tiempo en tiempo. La señora de Estalión escuchaba todas las conversaciones con el aire de que estaba jugando en su casa el destino de la sociedad contemporánea, y tenía particular dilección por los especialistas en profecías, gentes por lo general muy requeridas en gracia al mal ejemplo que difunden.

En su casa me presentó una tarde la señora de Estalión a un joven matrimonio. El joven matrimonio se presentaba por su parte muy desproporcionado: él era alto, hierático, presuntuosamente vestido, afecto a las breves reverencias y al tono sentencioso; ella era baja, conversadora, pizpireta, vistosamente vestida. Cada vez que él acababa de pronunciar con cierta solemni-

dad una de sus frases, ella estallaba en un comentario chillón y sin fin; él la miraba desde lo alto, con un aire, si no de desaprobación, de paciencia fría. Serían posiblemente de una misma edad: treinta y cinco años. El se llamaba Jazmín Guerrero. Tenía un rostro aquilino, algo agresivo, y usaba anteojos de carey. Hablaba con voz lenta, pensada, circunspecta. Parecía uno de esos hombres, uno de esos temperamentos fiscales, policiales, que han nacido para paralizar al escándalo. Jazmín Guerrero miraba al mundo desde arriba, juzgándolo y reprobándolo.

La señora de Estalión nos recomendó mutuamente. Parada entre nosotros juntaba las manos y exclamaba con los ojos en alto:

—¡Qué bien se van a entender ustedes! ¡Dos inteligencias, dos conciencias!

Me turbé y sonreí como pude. El señor Guerrero me estrechó la mano fríamente, sin demostrar el menor afán por el futuro de nuestras relaciones, la menor curiosidad por el parentesco moral con que la dueña de la casa acababa de obsequiarnos.

—¿Es usted periodista? —me preguntó, glacial.

La señora lanzó una exclamación de transportado encanto y confesó su amor por el periodismo y dijo con un gritito histérico:

—¡Como Beaverbrook!

—No —dije—. Escribo libros. Y estoy haciendo en estos días un periodismo accidental.

La diminuta señora de Guerrero se mostró algo desencantada.

—El periodismo de nuestros días —afirmó Jazmín Guerrero— es una fuente de envilecimiento.

Lo dijo con aire pensativo y me pareció que era sincero.

—Yo soy abogado —continuó—. Lo cual tampoco es un ejercicio que brille en estos tiempos por su decencia. Pero a la postre, claro está, todos los oficios son igualmente malos o buenos, y el destino de la verdad, es menester convenirlo, depende mucho del predicador . . .

Parecía despreciar olímpicamente la literatura. Su señora me preguntó qué clase de libros escribía, cosa que me fue difícil explicarle. Intenté una definición rápida que no hizo más que confundirlo todo.

—¡Ah! —dijo ella— piscología.

Me pareció inútil sacarla de su idea. La señora de Estalión expresó su opinión sobre la psicología y sostuvo, claro está, que estaba en decadencia. "Una ciencia de regreso", dijo. Nos extendió de la mesa baja situada junto al sofá un plato con *scones*. ". . . en plena decadencia". Yo empecé a masticar el *scone* mientras ella seguía minando los fundamentos de la psicología. Sostuvo que la moderna psicología tenía propensión a ser un espiritismo al revés, una maquinación verbal con las esencias más improbables del ser. Se chupó graciosamente los dedos untados en las puntas de mermelada.

—Yo soy un convencido —aseveró Jazmín Guerrero con su sólida moderación de bien pensante— de que todas las deformaciones intelectuales y científicas de nuestro tiempo tienen su explicación y su origen en una mera crisis de la religiosidad. Cuando se nos asegura que estamos internándonos en zonas desconocidas y sobrecogedoras de novedad, en flamantes dominios inexplorados del mundo individual y social, me parece que veo agigantarse el tumor moral de la privación de Dios. El mundo moderno es un sistema de tumores. El psicoanálisis, el cinismo colectivo, el comunismo, la acracia y la democracia, el cinematógrafo, no son más que nombres diferentes del mismo neoplasma colectivo. El hombre, acosado por los males del universo superpoblado y superexcitado, tiene más necesidad que nunca de acudir a los grandes recursos metafísicos, pero como la metafísica religiosa ocupa el hemisferio más escarpado, más difícil y por consiguiente más inaccesible, se ha llegado a la creación de gigantescos substitutos, es decir, a la elevación de los sistemas más falsos en verdaderas metafísicas.

Le pregunté que cómo conciliaba la existencia de una religión fuerte con la posibilidad de su crisis. Se quitó los anteojos y los limpió a conciencia, dándose tiempo antes de hablar. Era un hombre ponderado. Era lo que se llama "un hombre de bien". Por su boca hablaba la razón y no podía en modo alguno comprometerla con insensatas precipitaciones.

—Los medios providenciales son invisibles —afirmó después Jazmín Guerrero, mientras restituía sus pesados anteojos de carey negro a ese sitio de la nariz en que por un instante se había visto la huella roja del arco—, en tanto que los caminos visibles están librados a los agitadores y a los bandoleros. Más de doscientos años de continua agitación han venido a desembocar

en el actual descreimiento, en la actual miseria metafísica, en la presente necesidad de alimentos substanciales. La revolución francesa, el movimiento de ideas más inhumano y nefasto del mundo, señaló por primera vez la infalibilidad de la instancia más falible del mundo: la palabra del hombre, la razón, que es definición falible y arbitraria. Cuando el río se sale de madre, el espectáculo de la inundación puede ser estupendo, hasta magno, pero la energía, la energía original, está perdida. De igual modo, la energía espiritual del hombre de occidente está desorganizada en su fuente. La gran cruzada de nuestros días tiene que fundarse en una restitución del hombre a su ordenación tradicional. ¿Qué otra salvación cabe esperar? Todo es condenación y asesinato en virtud de la máxima ceguera; y al ciego hay que ir a curarlo en los ojos. La comunión fundamental con los poderes espirituales no se puede curar, mi amigo, en el estómago.

—¡Aunque el estómago es un buen originador de blasfemias! —dijo alguien alegremente.

Era un hombrecito de rostro feliz que se acurrucaba, taza en mano, en un taburete adosado al gran sillón de la dueña de casa. Y reía con beatitud.

—Cuando el orden está trastocado —continuó Jazmín Guerrero, sin dignarse escuchar más que a sí mismo— las fuerzas más bajas suben a la superficie como flores acuáticas. Hay tumores que parecen flores acuáticas; algunos males sociales se asemejan a esos pétalos carnosos con que los pintores ingleses rodeaban en sus ilustraciones el cuerpo de Ofelia flotante. Todas las utopías son, por espaciosas, atrayentes de vistosidad y soberbia. En cambio la fe es áspera e igual a sí misma. La forma de la fe es una suma de incredulidades desplazadas, siendo el reflorecimiento febril de estas incredulidades el centro de la exacerbación contemporánea.

Jazmín Guerrero, a todas luces, no dudaba nunca. Como la concepción filosófica de la nada, la concepción de la duda debía parecerle inaceptable y falsa. "¿Conoce usted la forma de proliferación de los cánceres? . . . Mire . . .". Daba lecciones que se parecían extemadamente a los discursos confidenciales espetados en las cátedras por algunos profesores de pocos alumnos que se esfuerzan en mantener la cohesión y el respeto, preciosos, de ese pequeño núcleo. "Si todos los cuerpos materiales están constituidos por pequeñas partículas dotadas de un movimiento de

cohesión, ¿por qué se resisten tan obstinadamente algunas comunidades del planeta a ser dóciles al principio de energía más vigoroso de la Historia, la catolicidad . . .? No es ya siquiera una cuestión de fe, es una cuestión de lógica y de información. Yo me imagino a la humanidad moderna como un hombrecillo que, habitante de una región despoblada, sin recursos, tuviera que salir a cada rato en busca de cajas de fósforos y las fuera adquiriendo una a una para sus necesidades, negándose por torpe obstinación a tener en su casa una provisión de fósforos para toda la vida. O sea: la interferencia de una arbitrariedad absurda en un orden sencillo y claro . . .". Volvió a escoger un *scone* tostado en el plato que comenzaba a diezmarse. Miraba ahora a los que le oíamos con las cejas levantadas. Entró en contrición repentina. "Yo creo que el defecto principal del presente siglo podría perfectamente aislarse y diagnosticarse como una falta total de sentido histórico. Este defecto viene creciendo y definiéndose desde hace más de tres centurias y casi diría desde el siglo XVI español, cuando se acentúa la fuerte decadencia histórica propiamente dicha de los pueblos hispánicos con la quiebra del ideal de restablecimiento de la unidad cristiana de Europa. Y si nos remontáramos al punto inicial de la ruina, a la reforma, veríamos hasta qué punto la escisión abierta de pronto en un principio aglutinante despeña por las laderas de la historia el más catastrófico de los aludes . . .".

Eso lo llevó, lógicamente, a trazar una teoría de los aludes, que son la imagen material de la dispersión, del diásporo social, y a buscar una salida dialéctica más inmediata y práctica en una referencia acerba a la sensible postración de nuestra propia nacionalidad. Sin duda habíase debatido largamente el tema en las sobremesas domésticas, porque la señora de Guerrero estalló, conyugal contrapunto, en el pequeño delirio de una tímida frase corroborante. Jazmín Guerrero abrió la boca tres veces antes de que ella terminara y le librara de nuevo paso, después de su intervención casi melódica. Se vino a hablar así del grupo de Acevedo y de mi intervención en el periódico joven y del posible beneficio de la iniciativa. Después de pararse y volverse a sentar tras el saludo a unos que entraban, manifestó él su deseo de ser presentado a los demás miembros de *Basta*. Ya no quedaba ningún *scone* en el plato cuando acometió, no sé por qué repentina derivación, el tema de las virtudes teologales, lo que

motivó —señal de decadencia verbal— una nueva evasión de la dueña de casa, que se apartaba y venía con silenciosa curiosidad en medio de un derroche de exclamaciones de saludo y corteses protestas.

—Porque, ¿qué es un príncipe sin caridad? Abominación. Regresión. Fuente de odios y por consiguiente, antipolítico. La doctrina de Machiavelo, con su desprecio sistemático de la caridad, cae vencida en la práctica imperial de Felipe II, el príncipe piadoso. La singular eminencia del dogma católico consiste en encerrar en su entraña numerosos sistemas completos de filosofía histórica y moral. No uno solo, sino múltiples que se armonizan congruentemente hasta tocar la cima. Vea usted, ¿no es acaso la caridad el origen de una estructura completa de pensamiento, de comportamiento y hasta de salud orgánica?

Rechazó mis no muy entusiastas objeciones con respecto a Felipe II, el suspicaz y el intolerante.

—No hay que creer en la leyenda del "demonio del mediodía". No hay que atender a la anécdota, cuando se piensa en la materia de la Historia, sino a su sentido inspirador y realizador. La Historia posee un sentido metafísico. Los resultados aparentes y temporales carecen, amigo, de importancia.

La señora de Estalión me reclamaba y me aparté con ella para saludar a otra gente. Trajeron oporto y bizcochuelo. Vi desde lejos a Guerrero y a su mujer haciéndole los debidos honores. Ella hablaba animadamente; él se daba un severo y apolíneo descanso. En la sala se levantaba y decrecía alternativamente un rumor de conversaciones que tendían hacia el brillo por la vía del estrépito y de la carcajada. Un reloj de cima decorada esculpido en vieja losa de Delft señalaba más de las ocho cuando resolví despedirme. Los Guerrero se levantaron al propio tiempo, y conmigo y la señora caminaron hasta la puerta. La calle estaba negra. Vi la niebla y el alto reloj blanquecino en la torre próxima de una capilla con verja.

Respiramos en la calle, al despedirnos, pesado vapor de agua. Un bulto oscuro tropezó con Jazmín Guerrero. "¿No ve por dónde anda? ", increpó el bulto, indignado. El bulto tardaba en despegarse: era un hombre encorvado y corpulento, metido en un gabán de invierno y conservaba una mano en alto como quien preserva un florero de caer y destrozarse . . . " ¡No ve por dónde anda! ". El hombre se desvió y Guerrero se sacudió la

ropa, mirándolo. Vi la cara del hombre en la semioscuridad neblinosa. Era un ciego vendedor de lápices. Tenía los lápices en alto para que no se le cayeran. Buscó la pared y siguió andando, sin excusarse.

—¡Yo no sé cómo se pueden ver espectáculos así en una ciudad como ésta! —protestó Guerrero.

Se arregló la corbata. Tenía una cara de asco. Mientras me extendía la mano asegurándome magnánimemente que me llamaría por teléfono, su mujer, con aquella voz en falsete que parecía quebrarse al salir como el cristal caliente ante el hielo, rompió, protestando, en una melopea filantrópica.

Nº 75. Diciembre de 1940.

EL HOMBRE GORDO DE KENSINGTON

(Con este número cumple *Sur* diez años de vida. Creo que nuestro mejor título consiste en no haber sido una revista *literaria*. No hemos sido precisamente una revista literaria. Nuestro nombre no fue escogido al azar. Nos localizaba, al extendernos. Daba a nuestro modo de agarrar el mundo una presión particular, un modo argentino de ir a las cosas, de preferirlas y de tomarlas. Un modo argentino más que americano; aun en nuestros defectos. El nuestro ha sido, pues, no un sistema sino un tono. El peligro que veo yo ahora en la vida argentina es que vienen a florecer unos sistemas, unos dogmas en los cuales el tono argentino no existe. Existe un tono inteligente —intelectualmente inteligente, ideológicamente inteligente, sea— pero extranjero, un tono de esta última hora, no un tono argentino, no un tono *históricamente argentino*; a veces, un tono parcialmente argentino pero no un tono esencial y orgánicamente argentino. Es como si para exaltar la armonía de un parque, el testigo citara sólo la belleza de una sola especie de plantas. La historia de un país es un complejo de tendencias; todo lo que tiende a valorizar una sola a expensas de las restantes empobrece el sentido de esa historia, su plenitud y su disponibilidad operante. Para la historia espiritual de España cuenta tanto el Quijote como Felipe II. (La meditación sobre este punto no me parece en modo alguno agotada).

Sea dicho para hablar en términos aristotélicos que más que sus conquistas efectivas, define a un país el sentido de sus tendencias. Tendencia es todo lo que cuenta sin ser accidental, el olor del ligustro, la decisión del héroe, el canto de la criatura, la pasión del catecúmeno . . . Cuando se dormía nuestra expresión literaria en la repetición murmurante de parvas anécdotas, nos pareció urgente dar plena voz a las tendencias aplastadas, ahogadas, de nuestro genio peculiar.

Diez años cierran en consecuencia para *Sur* un tipo de servicio. Abren otro.

El servicio que *Sur* se plantea ahora es sencillo. Consiste en dos cosas. Consiste primero en establecer un balance de los problemas de la nación y en dirigir su foco a la tierra propia hasta sus parcelas más ignoradas, más olvidadas. Consiste, después, en continuar su acción afirmadora de creadores nuevos. Siendo esta la única forma de validez permanente, de revelación, en cuanto a aquellos problemas.

Algunos de los hombres que han escrito en *Sur* ya no están con nosotros. Sin compartir sus ideas, nosotros seguimos estando con más de uno de ellos. Esencialmente sensibles a la decencia profunda de ciertas conciencias, seguimos sin adhesión intelectual, pero con la compañía del alma, a todos aquellos hombres que piensan la Argentina en términos de dignidad y para quienes la dignidad comienza en ellos mismos. Así el nombre Irazusta será siempre para nosotros —pese a las diferencias que nos dividen— un objeto de respetuoso afecto. Y algún otro nombre, del mismo modo.

Hemos hablado de las cosas más aparentemente ajenas a nuestro país con el corazón agarrado a esta tierra. Entre los que hemos fundado *Sur* habemos más de uno que vivimos aquí desde los tiempos de la conquista y que no tenemos en las venas más que sangre española y argentina. Hablan sin ruido en nosotros las sangres de nuestros muertos argentinos. No son nuestros ni el apuro, ni la codicia, ni el resentimiento, ni la baratura cívica del recién llegado. Lo que pensamos y decimos de la Argentina tiene de pronto cuatrocientos años de raíz hacia abajo. La hojarasca nueva no nos arrebata, sino el crecimiento del tronco y el destino mediato de la copa. Por eso ningún ideario honesto, cálido, inteligentemente argentino nos alarma y todos los idearios oportunistas, soeces y enfáticos nos dejan como el escuchar desde lejos en la veraniega cuadra los profundos juramentos del palafrenero acalorado. Allá él con la rubicunda rabia de su congestión preapoplética.

Me ha parecido justo entregar hoy a *Sur* estas viejas notas sobre un hombre del tipo de los que en esta casa se han querido, del tipo de los que en esta casa se han seguido).

"But for me my ends is my beginning . . ."
G. K. C.

LA PERSONA

En ese exacto punto de nuestra era en que comenzaba, sin signos todavía aparentes —así como no se anuncia ocaso cierto en la fortuita declinación de un sol voluble—, la desintegración occidental del hombre y su crisis civil en la órbita de la cristianidad, solía caminar por las calles de Londres un hombre en quien, para el ojo de unas pocas naturalezas esencialmente contemplativas y sagaces, parecía alcanzar su más alto grado de verosimilitud la idea de persona humana. Debido a una acumulación de circunstancias dispares —entre las cuales, la deformación a que todo hombre propende fuera de su formal estado de gracia— ese substantivo común, persona, unido a su atributo más común, humana, parecía entonces, aunque sólo para esos pocos sagaces, haber perdido la materia misma de que depende su razón. Habían pasado dos grandes tormentas por el suelo del Imperio Británico y de Europa: la guerra de Sud Africa y la guerra del catorce; y dos imperialismos se levantaron en armas uno contra otro, el imperialismo británico y el imperialismo prusiano. Muchas cosas habían caído; y entre esas muchas cosas muchos más hombres; y de lo salvado, algo más importante que lo perdido quedaba en peligro; pues quedaba en peligro la persona humana.

Lo más peligroso, lo más crítico de la persona humana es que no se salva en los hombres, que no se salva en la masa; la persona humana se salva en la persona, y la persona es en el hombre su condición de plenitud. Para hacer una reunión de gente basta con muchos individuos; pero para hacer una reunión de personas hacen falta cosas mucho más complejas y profundas. Para hacer una sola persona hace falta mucho más que un individuo. Un individuo puede hacerla, pero a condición de que sume a sí mismo cierta calidad particular, que es compleja y por consiguiente plural. Veinte individuos poderosos no alcanzan a veces a hacer una persona. Y un individuo hallado en la más desprovista soledad y a la intemperie puede ser en sí más importante y numeroso que todos aquéllos sólo por haber sido

rozado por un viento fundamental. Este viento fundamental proviene del espíritu; pero es también una sabiduría del corazón. Este viento fundamental es el que llevaba en el ánimo aquel hombre que caminaba hasta hace exactamente cuatro años por las calles de Londres.

Su nombre no implicaba ningún poder material; su nombre sólo implicaba un poderío espiritual. Este poderío era tan considerable que, llamándose él Gilbert Keith Chesterton, podía prescindir gozosamente de toda cuantitativa alusión social a tal o cual dominio y le basta con designarse a sí mismo como G. K. Pero estas dos letras cubrían un territorio inmaterial mucho más vasto que el territorio material más grande que haya podido regir individuo alguno. Pues esas dos letras tenían dominio no ya sobre la inteligencia —lo que es mucho— sino —lo que es incalculable— sobre el corazón de otros hombres. En esto estriba la diferencia entre una razón inteligente y una razón genial. La razón inteligente está hecha para la inteligencia y sólo comprende la inteligencia; la razón genial está hecha para la inteligencia pero comprende el corazón, aunque sea para aniquilarlo; son razones diferentemente extensas porque el punto de partida es diferentemente extenso. Aun la razón del físico, cuando alcanza el nivel genial, se generaliza en un tipo de experiencia que comprende el corazón; así la manzana de Newton ejerce su dominio sobre el mismo terreno que la tortuga eleática de Aquiles o el monólogo shakespiriano de Ricardo III. Las tres son instancias conmovedoras.

Este hombre se llamaba Chesterton. Muchas veces, reflexionando en el destino singular de la literatura anglosajona, he pensado que de Shakespeare a Dickens, sin olvidar a John Donne, es fácil ver cristalizar esa literatura en un arte de transparencia ártica. Lejos de ciertas limitaciones o exaltaciones tremendas, como la famosa claridad francesa y la mística taciturnidad española, tal vez haya sido Inglaterra el terreno donde el instrumento literario haya estorbado menos para expresar las entidades humanas más diferentes y más ricas. No existe en ninguna literatura familias más numerosas y diversamente constituidas. La familia Chaucer, la familia Bunyan, la familia Brown, la familia Hazlitt, la familia Meredith no son sino una pequeña tertulia en medio de una gran aristocracia. Chesterton era sin duda uno de los hermanos mayores de la familia Dickens.

De esta familia tuvo la vena sana y ancha, el corazón rápido, la acuidad de la burla, la cabeza sagaz, el pecho valiente, la digestión paradójica, y la risa del sabio, que de tan ancha comprende el mundo de mar a mar y de cielo a tierra. Este hombre volvía sin cesar, sexagenario, a las calles de Campden Hill, en el barrio de Kensington, donde había nacido y donde había transcurrido su infancia. Volvía sin cesar, una y otra vez, porque si alguna cosa supo con riqueza fue cuán grande es la necesidad de que un hombre mantenga viva la noción de su propio centro, así como las circunstancias temporales y las circunstancias eternas con que ese centro está relacionado; y el centro de su actividad espiritual radicaba en su infancia. Yo no sé si esta sabiduría era en él natural o si su experiencia de meditador y de solitario le había llevado a la conclusión de que un hombre muere en la medida en que ha matado en él sus ligaduras con la infancia. Lo cierto es que sus pasos nunca se apartaron mucho de Campden Hill y que en la vieja casa donde flotaban densamente los fantasmas victorianos aprendió en realidad muchas cosas cuya apariencia no era tal vez trascendente o solemne pero cuyo sentido formaba parte de la sabiduría misma y de la más seria. Allí aprendió a armar con su padre teatritos de cartón y a considerar que esta artesanía es mucho más considerable que el ocio y la abstracción del intelectual, que al lado de esta frivolidad lo otro era sólido y constructivo; allí aprendió que los más extensos y desolados parajes alcanzan tanto mayor grandeza en cuanto están vistos desde el pequeño marco de una ventana; y allí aprendió a repetir poesías sin entenderlas y a discutir con su hermano sobre la historia y el destino de Inglaterra. En esta dirección no casual, más deliberada y consciente, de su ser interior, como se ve, residía completa una teoría general del mundo, sin contar esa parte de lirismo que toda teoría necesita para errar o sea vivir. Es posible que una de las cosas más definitivas que pueden aprenderse en la infancia es el distinguir, pues ningún niño confunde las piezas de su juego, y en este sentido del discrimen consiste para mí la excelencia de un intelecto, por contraposición a cierta debilidad de contextura que tantas inteligencias traicionan por su inclinación a las generalizaciones sumarias y al aglutinamiento indistinto de todo lo que "parece" afín. Chesterton trajo a la superficie de esa infancia su extraordinaria aptitud para la distinción

de los valores y no cabe duda del precio capital de esta aptitud, puesto que en ella, y nada más que en ella, reposa el aparato escrupuloso de una conciencia ética. Ya veremos más adelante cómo lo esencial de su genio consistió en rehusarse siempre a confundir por comodidad. Su mayor combate lo libró siempre contra las apariencias que la razón propone como una treta ofrecida a los hombres; esto fue en él, no mera posición dialéctica, sino una heroicidad, pues cuando había llegado a pisar firme en un terreno cualquiera de la inteligencia él mismo levantaba contra sí las cargas probatorias. Otros hombres que se han levantado contra las evidencias como Chestov o —en otro orden del pensamiento— como Bloy, no tuvieron tal vez tan violentamente como él un desprecio macizo por su propia razón especulativa.

La criatura de Kensigton se estableció sólidamente, pero no rígidamente, en el mundo. Lo sólido era su flexibilidad. Su flexibilidad estaba asegurada contra la rigidez por una risa caudalosa y por uno de los temperamentos humanos más ricos que haya producido la literatura de Europa. Esa risa y ese temperamento no necesitó macerarlos con la cerveza y la carne de las tabernas de extramuros; pero en esos sitios —en uno de ellos conoció a Hilaire Belloc, el amigo de su vida— tuvo correspondencia, una correspondencia peculiar y directa, con el genio de su tierra, siendo ésta la única cosa que no se aprende más que así. ¡Pobres de los ideólogos de cámara, pobres de los que discuten en los salones la constitución interior de su pueblo, pobres de los que no han padecido la privación del solitario y el calor de los encuentros providenciales en mesones y caminos! ¡Pobres de los que no han escuchado nunca de igual a igual la confesión de un indigente o compartido la carcajada abundante que producen las sopas de gran olla! Este es el caldo nutritivo del alma, el caldo que Chesterton amaba en Dickens y buscaba personalmente en Fleet Street. No concibe que se pueda llegar a un sistema formal de fe, ni a un sistema formal de nada, sino por este camino. No concibe cosa alguna que no esté sólidamente centrada en la vida, como la ternura y la caridad. Un suburbio es para él, además de un escenario de multitudes vivas, un punto de la continuidad histórica al que hay que atender con todos los sentidos. En el suburbio de Clapham se origina su sentimiento de la comunidad medieval. Y le parece tan necesario estar atado a

una densa corriente de vida popular, que sostiene no haber sido en sus años de periodista, en Fleet Street, alguien destacado en el escenario de ese barrio, sino el escenario mismo. No se habría conformado con pensar las cosas, con calificarlas; necesitaba llevarlas en su generoso cuerpo, necesitaba serlas. Pero esta facultad de ser, de querer ser diferentes cosas o seres o funciones, no requiere trasladarse a ellas con una utópica, espectral ubicuidad; lo que requiere es que uno esté instalado en los accidentes de su personal existencia de un modo tan categórico que la lucidez sobre su propia función aclare la de los dos demás. Sea uno bedel con denuedo y sabrá cuál es la condición del rector.

Al salir de su infancia Chesterton dejó atrás un medio agnóstico; al salir de la adolescencia y la juventud, las etapas de un cristianismo ortodoxo; antes de madurar su edad estaba a las puertas del dogma católico. Este es, sin duda, el encaminamiento de un espíritu hacia el orden. Pero es todavía más: es el encaminamiento de un orden orgánico hacia el espíritu. Es el encaminamiento de la persona total, desde sus fuentes hacia su último desagüe en lo intemporal. Lo que rodea al individuo humano no son los elementos de un desorden, sino los elementos de un orden, y lo que hace generalmente de este orden un aparente desorden es el desorden del individuo mismo; cuando el individuo se ordena y organiza debidamente en la persona, él mismo sirve de clave a la estructura a que está jerárquicamente condicionado y que lo comprende. De ahí que toda posición simplemente racional e intelectual frente a los problemas tradicionales sea una posición peligrosa, cuyo riesgo desaparece desde que participa en ese orden la persona substancial, armada de sus atributos más cándidos. De ese modo, el tipo religioso más elevado, el santo, es persona total —y santo— no por lo que hace, sino por lo que es. Los ojos de Chesterton estuvieron siempre fijos en semejante principio y él mismo lo dijo al distinguir la expresión de la inteligencia de la expresión de la santidad: "... Juana de Arco tenía todo eso, con esta diferencia: que no exaltó la lucha, sino que luchó ... Tolstoi tan sólo exaltó al paisano: ella, lo era. Nietzsche tan sólo exaltó al guerrero; ella, lo era".

Esto quiere decir que la suprema ortodoxia no comienza por la razón, cuyos resultados son, por lo calculables, incalculable-

mente falaces; sino por una actitud particular del espíritu. El origen de la ortodoxia de Chesterton descansaba en la belleza de su visión mágica y poética del universo. Y esta visión mágica y poética, como era mágica y poética, era específicamente extensa en su homogeneidad, y no como la razón, que calcula sobre datos específicamente heterogéneos. En 1908, este gigante de buen humor que bebía en Fleet Street buenas pintas de vino Borgoña, veía naturalmente detrás de las cosas su llave poética; y su universo real se iba estructurando de modo gradual y sinfónico, como las alcobas sucesivas en un cuento de hadas. Detrás de las cosas y de los fenómenos veía una voluntad de creación que las había dispuesto como eran mediante una energía definida; todo lo que existe, todo lo que vemos, no ha sido constituido, sino creado. Todo lo que hacemos, todo lo que pensamos, debe ser creado y no construido. La diferencia —afirmaba— entre construcción y creación, consiste en que una cosa construida tan sólo puede ser amada *después* de construida, mientras que a una cosa creada se la ama antes de que exista. La razón no es nada; la inspiración es el origen real de las cosas justas.

Chesterton estaba de ese modo constituido. Estaba constituido como el aventurero inspirado. Veía el mundo como una gesta, y era sensible a la epopeya de los mártires y de los santos por lo que esta epopeya tenía de grandioso y de poético. Vivía improvisándose visiones; pero estas visiones eran la representación más concisa y lógica del cosmos, tan precisa y tan lógica como puede serlo una escuadra sideral o un poema épico. De tal manera, su avance en el conocimiento de su propio continente espiritual tuvo exactamente el carácter del viaje del cruzado: fue un gradual y prodigioso reconocimiento de cosas esperadas e inesperadas. Pero lo importante, consistió en cómo estuvo decidido a romper lanzas y a no engañarse con fórmulas herméticas. En su aventura se encontró con que no podía ser un reaccionario, sino un antiimperialista y un demócrata; porque las reglas de su código caballeresco le enseñaban esa dignidad particular que estriba en estar siempre del lado de los débiles y contra el privilegio. Con esto, lejos de empobrecerse —como lo hubiera sido el limitarse a una razón escuálida y despótica—, se enriqueció. Marchaba empapado de una ternura verdaderamente bondadosa y piadosa. Y recogía en su viaje (así como el cruzado las diversas frutas al paso de las sucesivas estaciones), los elementos

de un mundo que se iba creando paulatina y orgánicamente, con todas sus piezas, con sus arcos esenciales y sus detalles accesorios.

No llegó a Dios como acto primero: su cruzada consistía en llegar a El. Sabía que a esta cuestión original se llegaba naturalmente, después de una accidentada peregrinación. Y que el propio Santo Tomás iniciaba prácticamente su argumentación con esta sentencia: "¿Existe un Dios? Aparentemente no". Porque nadie puede partir de la verdad, si no llega a ella; aun la revelación es el epílogo de un estado anterior de oscuridad. Despreciaba, por consiguiente, a los que eran incapaces de este viaje y respondían sumariamente a las cuestiones que no son principio sino término de la expedición espiritual.

Tenía razón por esto: porque la humanidad se divide ciertamente en dos clases de hombres. Los que no piensan más que en establecer su residencia —o sea su fijación protegida— y los que no piensan más que en establecer su camino —o sea su misión problemática. Los primeros se defienden ofensivamente; los segundos defienden ofensivamente. Los primeros se quedan en los reductos dogmáticos renunciando a salir; los otros llevan en sí, combatiendo, la necesidad de salir. Salir a la intemperie es ir al encuentro de razones humanas. Quedarse en el interior de una idea es como asesinarse el alma con un arma de acero. Chesterton estuvo siempre lejos de asesinar su alma. Estuvo siempre nutriéndola. No dejó de nutrirla de generosidad y de libertad; pero estas abstracciones eran en él realidades carnosas: tenían nombres particulares de personas, de cosas y de hechos.

Había algo que le molestaba profundamente en los hombres y era que mostraran una especie de usura de la persona. "Foolery" significaba para él no tan sólo un sinónimo de vida: significaba esa particular alacridad que tuvo su más alta manera en Nuestro Señor Don Quijote pero también en Sancho, un Sancho alegre, y en Rabelais. Esa prontitud generosa, una especie de genio carnal movido por el espíritu rapidísimo, era la que le llevaba a reírse de las mentiras armadas como castillos inexpugnables, y a decir cosas como ésta: "He nacido de padres respetables pero honrados", frases con las que no se libraba (como puede parecerles a los tontos) a un fácil juego de palabras, sino en las que dejaba formulado, formalizado un acto moral: un sutil ataque contra lo grotesco establecido y reveren-

ciado. No perdonaba a Shaw y le gustaba en Wells la incapacidad en el uno y la capacidad en el otro de beber, jugar, reír. El más alto punto de la hipocresía se le antojaba entrañado en la vileza de los pacatos, de los mojigatos.

Kensington y Fleet Street fueron en Chesterton la misma cosa. El primero era el barrio de la infancia y el segundo, el barrio donde ambuló su vida de hombre. Lo que había variado en el tránsito de Kensington a Fleet Street era el motivo de encantamiento. El encantamiento continuaba siendo el mismo.

EL HOMBRE INTEMPORAL

Un hombre no es sencillamente un hombre: la definición de un hombre comprende a ese hombre pero, además, a su mundo. Un hombre es, así, no sólo él, sino él y su mundo. Las relaciones que vinculan al primero con el segundo son las que mantiene el hecho mismo de la vida. Un pez fuera del agua es un espécimen muerto o bien una abstracción mental. Un hombre fuera del mundo se volvería la muerte misma.

Pero los modos de relación del hombre con el mundo son de tal suerte infinitos, que permiten una estructuración tan inmensa, pródiga y variada como la que se designa con el nombre general de Historia. Y para justificar esos modos de relación, clarificarlos y decantarlos, posee esa historia otras historias; éstas son la historia de la religión y la historia de las ciencias. La civilización caldeo-asiria, la civilización egipcia y la civilización árabe que entró en España en la dirección del Mediterráneo, fueron los altos moldes en que todo un mundo buscaba su fórmula de proporción.

Sin embargo, si los tipos de relación del hombre social con su mundo circunstancial contemporáneo son infinitos, mucho más lo son los tipos de relación entre el hombre aislado, el individuo, y su mundo personal, su mundo ambiente. Este mundo no le es dado por simple designio divino sino que se lo procura y proporciona según sus necesidades primordiales, de orden físico, mental, moral y espiritual.

En Chesterton, en esta criatura humana, el hambre de relación hallábase proporcionada a su cuerpo físico. Esto quiere decir que su hambre era gigantesca.

Hambre humana; hambre de verdad; hambre de verdad humana. Un hambre que no saciaban los conceptos, un hambre que no saciaban las ideas, un hambre que no saciaban las sectas, un hambre que no saciaban los axiomas, un hambre que no saciaban las estructuras mentales. Un hambre que no paraba. Un hambre que iba más allá de todo eso y que tenía la arquitectura del cuerpo humano: su solidez, su fuerza, sus necesidades, su movilidad. Un hambre que era un estado de plenitud solicitada, contada, o sea, un estado de poesía.

El cuerpo tenía en él una importancia muy grande; su cuerpo, su hermosa contextura densa, aplomada. Era obeso y parecía venir de un país de bebedores y de comilones. Tenía el labio inferior sarcástico; la frente taurina y combativa; los ojos, a la vez torvos y semicerrados, esos ojos que denuncian la furia del santo iracundo o la presciencia del ciego; la figura, maciza y circular, pero extrañamente lista para soliviantarse y argüir o denunciar; las manos, carnosas y sin habilidad práctica; la boca bondadosa del glotón, el testuz pujante, la piel blanca; el continente todo de la salud con poder. Pero, el contenido, el contenido inmaterial, era todavía más sólido que eso, más pujante. Y si el continente tenía longitud, anchura y profundidad, el contenido era también tridimensional. Ese cuerpo albergaba otro cuerpo de proporciones precisas pero de extensión incomparable.

Cuando este cuerpo buscó sus relaciones, su ámbito moral, Gilbert Keith Chesterton necesitó todo un mundo. Y un mundo tan grande que no fuera el mundo actual y temporal. Un mundo que comenzara en el día de la Creación y se extendiera hasta el día del Juicio Final. Es decir un mundo donde el alma pudiera respirar.

Ese fue el mundo que Chesterton buscó. Ese fue el mundo que encontró. Lo buscó primero según los principios en que se fundaba su naturaleza espiritual. Su naturaleza espiritual subordinaba el hecho a la visión; ésta merecía la jerarquía más elevada en el orden de los valores reales. Sin duda, para él Juana de Arco no era el soldado, el combate, la victoria y el sacrificio; para él Juana de Arco era la visión que la había movido a semejantes condiciones. Los actos de Juana eran los resultados inmanentes en esa visión, un sucederse complejo de circunstancias previamente ordenadas, preordenadas. Así pues, Gilbert Chesterton se sintió, ante todo, un hombre de pie, como cual-

quier otro, en la superficie de la tierra. Su apetito lúcido, necesitaba ante sí un mar: ese mar fue el Mediterráneo. En ambas orillas de ese mar descansaba el imperio grecorromano. Su apetito lúcido necesitaba un héroe: ese héroe fue tal vez Alejandro de Macedonia. Pues Alejandro de Macedonia había llevado el imperio grecorromano hasta el Indus, había llevado el pensamiento griego hasta el Indus. Su organismo necesitó respirar un aire: ese aire fue el de la cristiandad, el aire que se levantaba de ese mar. La cristiandad era un aire puro que venía de lejos: se había refrescado en los siglos XI, XII, XIII, XIV, había pasado por la herejía y la tormenta de la Reforma, había decrecido con el auge de la idea humanista y le parecía verlo llegar hasta él nuevo —como ocurre incesantemente con el aire universal— después de haber pasado al fin por las cámaras estultas y viciadas del siglo XIX. Lo que necesita respirar a pulmón pleno es el aire de la eternidad. ¿Cómo va a meter su organismo en la nimia y limitativa cronología cotidiana? Jamás se le ocurre asfixiar los acontecimientos en la celda de una parca, árida actualidad. (Nunca fecha una carta). Su tiempo comienza antes de su nacimiento físico y durará más allá de su muerte física. El viene de aguas bíblicas, ha navegado por el Mediterráneo y quién sabe a través de qué mares navegará todavía el hombre que venga después de él. La fecha de su verdadero nacimiento coincide con la fecha del nacimiento providencial del hombre sin tiempo.

Mas existe el dogma eterno y el dogma de actualidad. La ortodoxia intemporal y la ortodoxia temporal. De las dos no hay más que una que *puede* ser falsa y ya se sabe cuál es. Porque la actualidad es, por esencia, un riesgo de deformación: el hombre y el suceso se encuentran en un momento dado yuxtapuestos. No existiendo espacio intermedio no existe posibilidad de visión extensa, posibilidad de visión total. Ahora bien: lo propio de la catolicidad es una negación de la parcialidad. Esta condición está en su nombre mismo.

No lo olvidaba Chesterton. Su ser era, según lo dicho, precisamente lo contrario del ser parcial; su única parcialidad consistía en tener un espíritu ferozmente universal, ferozmente rico y libre en medio de su fe, que era para él no un territorio de limitaciones y tiranías políticas, sino un territorio de amplitud fundamental. Por eso fue antiimperialista, demócrata y liberal. Aunque su antiimperialismo, su democracia y su liberalidad no

eran el antiimperialismo, la democracia y la liberalidad del político; fueron condiciones absolutamente diferentes. En virtud de que el mundo del político es la contingencia, y el mundo de Chesterton un orden de instancias intemporales temporalmente constantes. ¿Cómo iba a creer en la violencia unitiva un hombre suficientemente percatado de que el imperio grecorromano, cuyo viento se originaba cinco mil quinientos años antes de Cristo y venía a bañar sus pies actuales en Inglaterra, el imperio de los cristianos de Oriente y Occidente, se aglutinó cultural y políticamente por una pasión de tipo espiritual antes que por una acción tajante de conquista?

Su más grande amigo, Hilaire Belloc, lo ha recalcado suficientemente. Y Chesterton se obstinó por su parte, no sin esa sólida honradez oculta en el fondo de su paradójica dialéctica, en sostenerlo, practicarlo y gritarlo. ¡Qué le venían a hablar de oligarquías disfrazadas y de despotismo cualquiera! Era un hombre, es decir, una existencia sujeta a sobrellevar una voluntad no terrena. Como tal, estaba obligado a ofrecerse a esa voluntad lo más entero y digno que pudiera. Estaba obligado a no ser faccioso por un equívoco de especie dogmática. Estaba obligado, como hombre que era, y no como razón pura, pues no era razón pura sino hombre, a ofrecer por encima de sus esquemas mentales el espectáculo de un hombre radicalmente cristiano, furiosamente cristiano, de un hombre orgánicamente constituido con la materia de las tres virtudes teologales.

Así caminaba por las calles de Kensington, lleno de eternidad en su jovial espíritu; así cruzaba el desierto de Palestina en la calma de la noche lunar, lleno de contento poético; así recorría las entrañas de París, burlón y emocionado, escuchando las grescas en los cafés; así atravesaba en el norte los caminos americanos, recalcitrante ante las ideas de prohibición y democracia mal entendida. Le gustaban cada vez más las tabernas pickwickianas, el calor de las conversaciones jocundas, la discusión suculenta, el vino rojo, la jugosa carne asada en las brasas; sabía que llevaba en sí lo más precioso, un fragmento de verdad, pero no quería que este fragmento se hiciera mezquino, sanguinolento y venenoso; ese fragmento de verdad quería él que fuera el fragmento que busca su integración en una totalidad, pero no por la violencia, no por la brutalidad predatoria, sino por la participación más cristiana, por la más humana. Prefería, antes

que estar ligado a las concentraciones de la rara vez limpia política social, andar suelto y libre por los caminos habituales, viendo las cosas según su conciencia libre y decidiendo su juicio según la razón de la caridad y de acuerdo con los mandatos universales y apolíticos de su confesión. Estaba decidido a oponer a la injusticia y la peroración enfática de las sectas modernas la resitencia de su cuerpo honrado. Estaba decidido a que no se lo llevaran por delante. Estaba seguro de que dejarse llevar por delante implica una traición del hombre a su misión de heroísmo y de virtud.

Y el día en que, hacia el final de su vida, tuvo que decir esto con palabras reales, al acabar su autobiografía —es decir su testamento literario— lo dijo de esta manera, que era sólida y sana y que se parecía a él: "Pero cualquiera que lea este libro (si es que alguien lo lee) verá que desde el principio mismo, mi instinto de la justicia, de la libertad y de la igualdad fue diferente del que corre en estos tiempos; y diferente de todas las ideas que propugnan la concentración y la generalización. Mi instinto fue defender la libertad de las pequeñas naciones y de las familias pobres; esto es, defender los derechos del hombre con inclusión de los derechos de propiedad; especialmente la propiedad de los pobres. Yo no sabía exactamente lo que entendía por libertad hasta que la oí designar con el nuevo nombre de Dignidad Humana. Era un nombre nuevo para mí, pese a que formaba parte de un credo viejo casi de dos mil años. En suma, yo había aspirado ciegamente a que un hombre estuviera en posesión de algo, así no fuera más que de su propio cuerpo".

EL HEROE

Héroe fue, como Chaucer; héroe fue, como Dickens; héroe como el hombrecillo prodigioso que cruzaba un puente con una llave en la mano, en la memorable escena del teatrito construido en su infancia, el hombrecillo divisado desde la ventana en la casa de su padre. Héroe fue, como todos esos fueron. Pero no militar, sino de su especie; ya que, fuera de los espectaculares y cruentos, existe ese otro heroísmo, el de no dejarse atropellar, o el de dejarse atropellar pero levantando en alto la palabra que uno lleva adentro como justa y como verdadera.

Héroe fue según su ley, que era una ley fuerte, una ley concisa, una ley valiente. Heroísmo peculiarmente ignorado, porque como él bien lo sostuvo: "es un ejemplo más de la humana ironía que parezca más fácil morir en la batalla que decir la verdad en lo político". Héroe por su condición de combatiente: héroe moral.

Hay un punto importante en la vida de un hombre cuando un hombre es capaz de ese punto. El punto muy importante es haber llegado a un grado de la sensibilidad en que ya las cosas materiales no tienen más que una proyección inmaterializada, instante en que el hombre es el terreno de operaciones cuya intensidad se ha deshecho de todo contacto interesado. Es el momento en que el hombre es todo inspiración: sus propias manos parecen agrietadas y movidas por fuerzas a las que la tierra no puede oponer ningún obstáculo; es el momento en que el hombre resulta tan poderoso como el terrón con la raíz. No la substancia, sino la esencia de este estado es de naturaleza angélica y sus compuestos son, por consiguiente, elementos químicamente puros, de heroísmo y de santidad. Así fue la condición de Rimbaud, cuando se desprendió de todo, hasta de su canto, y no era ya más que un junco errante y sensible; así es la condición de todo portador puro de poesía, grande o pequeño, la de Shelley como la de Trelewney, mientras pueda seguir su visión siendo una con ella. Chesterton había llegado a ese punto. Y lo que exigía para opinar sobre un alma no era otra cosa que la prueba mayor o menor de tal capacidad.

Cuenta de ese modo en su autobiografía el encuentro con un joven conde polaco, cuyo costoso y familiar palacio había sido destruido y quemado por las huestes del ejército rojo. Alguien se lamentó ante el conde de ese desastre, diciéndole cuánto sufriría, sin duda, al ver reducida a esas piedras ruinosas la casa tradicional de su familia. "El joven conde —dice Chesterton—, que era muy joven en todos sus gestos, se encogió de hombros y sonrió. 'Oh, no los condeno por eso —expresó—. Yo he sido también soldado, y en la misma campaña; de manera que conozco las tentaciones. Sé lo que experimenta un hombre, agobiado de fatiga y casi muerto de frío, cuando se pregunta a sí mismo qué pueden importar los sillones y las cortinas de otro si pueden darle a él combustible para la noche. Tanto de un lado como del otro, éramos soldados; y esa vida es dura y horrible. Yo no

lamento lo que han hecho aquí. No lamento más que una cosa, y se la mostraré' " Entonces guió a Chesterton a través de una alameda y le mostró una estatua de la Virgen con la cabeza y las manos mutiladas. Y él, Chesterton, sintió que la mutilación acentuaba extrañamente en la imagen la actitud del intercesión, la súplica de merced para la raza sin merced de los hombres.

Se llamaba a sí mismo el viajero incompleto, tal vez porque lo que podía contar de sus viajes no era la sucesión grosera y visible de cosas y hechos; eran, por el contrario, lampos aislados de la cronología cotidiana, que formaban por su parte un sistema independiente: el sistema de la belleza humana de origen divino, sistema formado por ciertos hombres, ciertas minorías, ciertos ánimos capaces de grandeza, cuyo conjunto resplandece como la familia de los pródigos de corazón. Viaje incompleto porque lo mostrenco no alcanza en él nunca a parecerse a una plenitud. Para hacer una plenitud él necesitaba una serie de cualidades independientes.

Gilbert Keith Chesterton combatía como un luchador desesperado y la esperanza era el objeto de su esfuerzo trágicamente titánico. Su buen humor y su gozo eran sólo los amaneceres de una densa noche de vigilia. Había puesto su cuerpo apuntalando las malas puertas del siglo para que no entrara la confusión. Y la confusión tenía figura material. La confusión encarnaba en hombres y en hechos. Su sangre corría en esta lucha; no sólo la pluma. He aquí la diferencia entre un gran, un corpulento Péguy y un pequeño, un prolijo Anatole France. Escritores: he aquí la diferencia entre la densidad humana y la ligereza literaria.

Era, pues, exactamente lo contrario del escritor pasivo, del delectado: en casi toda su poesía arde una cosa épica, oscura y misteriosa. En casi toda su poesía hay algo sangrante. Ninguna de sus palabras es literaria, gratuita. Cada una de ellas representa la misión del hombre mismo, esto es, el desgranamiento interior en una especie de invisible cruzada. Los cruzados beben buen vino y ríen en torno a las mesas pero sus altas noches son pensativas y a la madrugada es el encuentro. En el verbo de Chesterton toda el alma está movilizada.

. . .I ride
burning for ever in consuming fire.

Su actitud en el mundo era una actitud de lealtad beligerante. Alguna vez había sostenido que su aceptación del universo se parecía más al patriotismo que al optimismo, entendiendo la diversidad de reclamo que plantean al hombre esos dos estados de la conciencia; había que tener una abnegación *obligada* y no una abnegación *condicionada*. Había que adherirse con garras a las verdades sólidas, al pueblo, a la carne de la humanidad, a esa materia sufriente. Esto es, por definición, ortodoxia; pues esto es fe; y esta fe, para Chesterton, un objeto de guerra.

Una de las características más frecuentes y subalternas de la vileza plebeya consiste en negarse a reconocer la índole cruenta de la lucha de un hombre con su expresión, de la expresión con la materia. Todo gran creador es un agonista desgarrado y a mí me basta pensar en un Browning, en un Hölderlin, en un Coventry Patmore para imaginarme sufrimientos todavía mayores que los del capitán entrando en la metralla o que los del héroe civil. Aquel que lleva en la mano un arma es respetable cosa; pero aquel que lleva en su marcha lo tiránico y urgente de una visión lo es todavía mucho más. Chesterton era ese insomne iluminado que vimos en las noches del entretiempo cruzar el área de nadie con los ojos como los ojos del enceguecido por el cierzo.

Aunque era tan voluminoso y corpulento estaba de tal modo constituido que se parecía más al pájaro que a la piedra. Lo contrario de la pesadez mefistofélica, de la pesadez de Satán, que según él, cayó por la fuerza de gravedad. Y lo que hace al pájaro más ligero que la piedra es su posibilidad de libertad. El pájaro en la jaula es un pájaro pesado.

Chesterton usaba su libertad surcando el espacio sin trabas que proyectaban ante él las visiones primordiales de su infancia y de su adolescencia. Por estas visiones estaba levitado y por estas visiones peleaba. Yo no lo evoco nunca aplomado, no lo concibo retrospectivamente más que en movimiento. Cuando se detenía, era para tomar alientos y seguir. Una de las veces que lo veo detenido es cuando luchaba por crear —por alcanzar en el extremo de su visión—, los poemas en que cantaba al caballero salvaje y a Juan de Austria. Lo veo ahí: de un lado tenía a Juan de Austria y del otro lado a Cervantes. Hacia occidente estaba España y hacia el norte estaba la cruz. Su horizonte era el campo de su visión ¡tan épicamente extenso! Y estaba clavado

ahí, con su lógica feroz, dispuesto a todo, al ataque y a la protección; a la defensa de la tradición desnuda y no convencional contra los atacantes emboscados y contra los falsos aliados. Lo veo así. Estaba aferrado a la armadura de su visión —visión que no era sólo la de los caballeros defensores mas también la de alguien a la vez más grandioso y modesto que había sido pobre pescador en una lejana provincia a la orilla de un pequeño y casi secreto mar —con los ojos arrasados, la frente furibunda, el alma transida, y el corazón empapado en una compasión de la que estaba su violencia constituida y nutrida.

Nº 94. Julio de 1942.

DESAGRAVIO A BORGES

Desde su origen acá la literatura argentina ha sido ejercida como una experiencia capaz de producirse en la superficie del idioma. Con las excepciones de rigor y dos, entre ellas, ejemplares: una, la excepción Sarmiento; otra, la excepción Borges. Supongo que muchos argentinos estarán prontos a escandalizarse ante lo irreverente de esta aproximación. Los argentinos somos fáciles a esta clase de espantos y desdeñamos ese gasto de inteligencia que es forzoso dispensar para investir de su sumo valor probable a una cosa pensada, represente ésta hombre o bien fenómeno. Esta misma propensión del juicio a la inercia estimativa tiene también la culpa de la persistente modalidad apuntada al principio. Sarmiento la quebró no porque la cuestión hubiera alcanzado en él terreno de problema —pues las cosas como problema nunca tuvo él tiempo de verlas, infortunado y genial en el apuro de las soluciones—, sino porque la tenía naturalmente incorporada a la potencia y la autenticidad de su voz. Borges la rompió porque afrontó el problema para *incorporarlo* a su voz. Pudo perderse con ello. (En este riesgo estriba la significación de una experiencia de este género). Se ganó. Las deformaciones y tentativos extremos de *Inquisiciones* triunfaban ya, hechos éxito, en los ensayos de *Historia de la Eternidad*, cuyo primer capítulo es el más alto escalón metafísico que nuestras letras hayan alcanzado y donde existe una descripción de cierta noche suburbana que es un milagro de precisión poética y perspicacia lingüística. Pues aquí radica el talento de Borges: su lenguaje tiene alma por sí, lo que equivale a decir que tiene todos los matices de la pasión en el juego de sus tensiones. Decía Whitman que toda su obra era una experiencia de lenguaje. Esto es también lo que para sí y para su mundo ha logrado Jorge Luis Borges.

Como ante todo lo que es auténtico, caben ante él los más

parciales rechazos. Una cosa entera define lo que es en torno parte y disparidad. Se puede no encontrar satisfechas en Borges muchas personales tendencias o exigencias; se le puede encontrar sagas en la mutilación, justo en la escasez, articulado en el balbuceo, minucioso en los ahorros, prolijo en lo efímero; eso nada tiene que ver con su valor *in objecto.* Esos, incluso, pueden ser factores más entre los que lo definen como alguien que no quiere parecerse a nadie y a nadie se parece en verdad, distinguiéndose con rigor. El verdadero tamaño de un escritor, más que por la porción de virtudes que pueden adscribírsele, se define por la multiplicidad de reproches que es capaz de soportar sin disgregarse.

Por eso la circunstancia de que algunos argentinos nieguen a este escritor no es una anulación de Borges: es una anulación de algunos argentinos ante Borges. Típico de nuestro nacional menoscabo es no reconocer nunca lo de veras eminente, es reconocer siempre como acabado lo que no se sabe si saldrá nunca de inminente.

N° 99. Diciembre de 1942. N° 100. Enero de 1943.

JUEGO

—Ninguno se parecía a mí —comenzó Landor.

Desde muy chico me gustaba arreglármelas solo. Me acuerdo, por ejemplo, de los veranos en el campo. Teníamos una casa vieja con un comedor en el que había olor a manzanas y ruinosos muebles y lámparas que de tan antiguas no daban maldita la luz.

Yo la miraba a mi hermana Ema y le veía la linda cara medio metida en la sombra. La casa contaba con un pedazo de campo; este pedazo estaba hipotecado. Decían que la casa la había hecho mi bisabuelo, aquel furioso coronel de barba con nariz de gavilán cuyo retrato estaba en el corredor. Los domingos me mandaban limpiar el retrato: me subía a una escalera y despegaba con deleite las telarañas de la parte de arriba. Los ojos del coronel parecían bolas de alquitrán y me miraban con severidad. El coronel usaba anchas charreteras y parece que había peleado en La Larga o una cosa así. Yo despegaba las telas de araña y cuando encontraba el bicho lo aplastaba con los dedos y lo pegaba en la parte oscura del cuadro para que no se viera. Tenía un quepí azul como los del Museo Histórico, achatado en la parte de adelante. Decían que había sido bravo. Yo le sacaba la lengua, desafiando la mirada dura, y volvía a colgar el cuadro y me iba al comedor, donde mi madre y mi abuela jugaban al tute del anochecer contra mi padre y mi tío.

Mi abuela caminaba con ayuda de un bastón y se lo pasaba protestando. Mi padre era bastante raro y tenía una palidez mortal y andaba como en perpetua pelea con un secreto y no hacía más que gestos de repugnancia cuando le ofrecían algo dulce, un caramelo o una cosa así. Mi abuela decía por eso que era un neurasténico y que la gente así debía andar lejos como los perros con sed. Mi tío era algo sordo y mi padre tenía un comienzo de cataratas, lo que agriaba más su carácter. Los dos

andaban siempre armándose peleas, pero el que tenía peor genio era el tío. Se llamaba Gaspar y había sido teniente de la Guardia Nacional, o de otra guardia, no me acuerdo bien. Tosía el día entero como un condenado y tenía ardores de estómago y andaba hecho un espectro colérico con un sobre de bicarbonato en el bolsillo; echaba el polvo en la palma de la mano y se lo largaba a la boca de un golpe. Nunca me daba un centavo. La vieja —la abuela— andaba siempre con un libro debajo del brazo, con no sé qué estupideces escritas en inglés porque había nacido por allá. Mi madre ganaba siempre a las cartas, no porque supiera jugar sino porque tenía mucha suerte, y se lo pasaba persiguiéndome todo el día y persignándose cuando me veía trepado a una higuera o corriendo detrás de los terneros guachos alrededor del aljibe.

La casa donde vivíamos tenía una balaustrada en la cornisa, con estatuitas de trecho en trecho. Las estatuitas tenían la cabeza y los brazos rotos porque yo me lo pasaba ejercitando mi puntería. A veces, en vez de pegar en las estatuitas, pegaba en uno de los vidrios azul y blancos del mirador. Eso resultaba desastroso. Me aburría como un sapo en la casa y me iba a abrir las puertas de los corrales para que se escaparan las aves y salieran los dos peones echando ascuas y gritando cosas contra mí. Yo me moría de risa y los miraba desde lejos a las carcajadas y me ponía a comer avellanas en el galpón donde guardaban los aprestos y donde había un olor a oveja que daba náuseas. Cuando algún peón me sacaba corriendo me iba al comedor, furioso, y me ponía a lagrimear y le decía a mamá que el peón me había pegado con un palo astillado y fingía dolores y hacía una terrible comedia hasta que echaban al peón. Siempre tenía que echarlos el tío Gaspar; tal vez porque había sido de la Guardia Nacional, o tal vez porque era más rabioso que mi padre, a quien le gustaba más pasear su gesto agrio que echar gente o tomarse algún trabajo así. A mí me parecía que el tío Gaspar era un bruto y hubiera querido que alguno de los peones le pegara una paliza. (Me habría reído a mis anchas). Pero se iban con la cabeza gacha, dándose vuelta de vez en cuando a ver si me veían. Hubieran acabado conmigo de buena gana pero era difícil pescarme. A veces estaba mi madre en el comedor haciendo solitarios con las cartas y mi abuela leyendo uno de aquellos libros; entonces yo me iba a mi cuarto, agarraba un libro más

grande, venía en puntas de pie y zás, le acomodaba a la abuela un librazo en la cabeza. La vieja se quedaba medio muerta y empezaba a chillar y se levantaba después de un alboroto de aspavientos y yo corría a esconderme en el galpón y las veía por una rendija, a ella y a mi madre, paradas en el corredor. Mi madre estaba seria y agarraba del brazo a la abuela. Era un cuadro. Yo no volvía hasta la noche y me mandaban a la cama sin comer entre los denuestos de la abuela. La negra Adela venía a tender las otras camas después de servir la mesa, porque era cocinera y buena y tenía fama de hacer las mejores empanadas de los alrededores. Cuando entraba la negra yo me metía debajo de las cobijas y me hacía el dormido. La negra iba y venía. Yo sabía que se iba a parar al fin delante del Cristo para rezarle apurada un padrenuestro con aquella enorme jeta que parecía un morrón negro. En eso me levantaba de repente con un grito feroz y la negra salía despavorida y alborotaba el comedor y cuando venían todos a verme me encontraban dormido como el ángel que querían que fuera. Yo no era ningún ángel. Me gustaba salir los domingos en la americana con el cochero y mi hermana Ema. Decían que mi hermana parecía una flor de invernáculo. Yo no sé; hablaba con una voz que apenas se le entendía de tan suave y aflautada. Ema era una pobre infeliz y yo la protegía. Me encolerizaba que anduviera juntando hilos de colores y carreteles con unos ojos de ida; cuando le pescaba aquellas cosas se las quitaba y las tiraba en el charco de los patos frente a la cocina. Ella se ponía a llorar y yo la amenazaba y entonces se callaba y me acompañaba suspirando hasta el cajón con alambre tejido donde teníamos encerrada a la nutria. La nutria se levantaba para comer en las dos patas de atrás y con las de adelante agarraba las verduras como una persona, mostrando los dientes tan amarillos como si hiciera mil años que estaban así de sucios. Yo me iba a buscar pastos para darle, buscaba verdura y hojas de las más raras pero nunca encontré una que fuera bastante venenosa como para hacerla reventar. Los hongos venenosos no le hacían nada; engullía y engullía, tan fresca. Era más dura que el diablo.

Me reventaba andar con los demás chicos. Estando con ellos no podía hacer lo que me daba la gana. Cuando venían de los establecimientos vecinos en breques o americanas les hacía algunas cosas para vengarme. El francés Georges me molestaba espe-

cialmente. Era pelirrojo y lo vestían con un traje de marinero y una gorra que tenía en la cinta la palabra *Toulon*. Yo me ponía a gritar delante de las visitas: " ¡Toulon! ¡Toulon! " hasta que el muchacho se ponía rojo como un rábano. En el campo había dos perros ladradores y yo los lanzaba enardecidos, desde el galpón, para el lado de las visitas. Mi madre salía a la galería con un gran cara de aflicción. Yo les enseñaba a los muchachos a tirar con honda contra las estatuitas de las cornisas y una vez traté de hacer subir a Georges allí para que se pusiera en lugar del querubín y poder tirarle desde abajo pero el francés se emperró en quedarse donde estaba y me dijo no sé qué cosa que me hizo subir la sangre a la cabeza y me fui encima de él y los demás chicos chillaban hasta desgañitarse y tuvo que venir el tío Gaspar para sacármelo de abajo y yo hubiera querido agarrármelas también con el tío y estaba sin alientos y decidido a todo. El tío Gaspar gritó que yo era un crápula y que si mi padre hubiera tenido un poco de energía ya me habría metido en un colegio donde me vapulearan de la mañana a la noche. Yo lo miré desafiante y divisé de lejos en la galería a mi padre tratando de ver algo a la distancia, parado en medio de las visitas, triste, con el largo cabello gris caído a los lados de la frente. Parecían todos reunidos allá para presenciar el espectáculo; y el espectáculo eran ellos parados como moscas debajo de la balaustrada y de las estatuitas. La madre del francés era una furia.

Me gustaba andar solo esos veranos. A veces me aburría un poco, pero había siempre nidos que bajar o chimangos parados en los alambrados. Los chimangos están siempre llenos pero se paran en las osamentas a gritar para que nadie se les acerque y tener comida para después. El tío Gaspar decía que eran unos animales previsores; a mí me parecían unos puercos angurrientos y descargaba sobre ellos, furioso, kilos y kilos de municiones: es muy difícil pegarles porque en cuanto uno se descuida ya levantan el vuelo. Al atardecer me iba a ver carnear y armaba grescas a los perros para que se las agarraran los unos con los otros, aunque esto no era especialmente divertido.

El invierno lo pasábamos en Buenos Aires. La casa de la ciudad se parecía a la del campo. Era muy vieja y apestaba a toda clase de olores; en la despensa había olor a tocino y en los cuartos olor a vejez y humedad. Los cuartos tenían unos techos altísimos y eran enormes. En el cuarto de mamá había un reloj

metido adentro de un fanal de vidrio y la novedad era que un marqués de casaca salía a saludar cuando daban la hora. Yo le había echado el ojo a ese reloj. En la sala había muchos cuadros entre los cuales uno que representaba a una bañista que salía del agua envolviéndose en una sábana y otro que tenía que ver con un perro mordiendo a una liebre. Claro que estaba también el coronel con su nariz de gavilán. Me daban ganas de darle de latigazos para que se dejara de estar ahí eternamente como un mirón.

La abuela dormía al lado de mi cuarto y roncaba y a veces gritaba de noche. Mamá andaba siempre persiguiéndome sin decir nada, mirándome con aquellos ojos, pero yo me daba vuelta y me iba. No quería que me pidieran nada. Cada uno es libre. Mi padre decía que yo debía ser ingeniero porque me pasaba la vida desarmando aparatos. Yo no quería ser ingeniero y parecerme a ese ingeniero de ferrocarriles que venía a veces a comer y delante del que tenía que estar tieso y callado, aburriéndome. Era el tipo más repugnante que he visto. Andaba vestido de punta en blanco y le colgaba de la cadena un dije en forma de ancla. Yo me quedaba quieto en la mesa pensando cómo podría hacer para apropiarme del dije sin que se diera cuenta —pero era difícil. La negra Adela servía la mesa y mi madre y mi padre hablaban poco; el gasto de charla lo hacía la abuela; hablaba siempre de las cosas más antiguas. De los hindúes y de otras cosas. Sin duda lo aprendía en todos esos libros que tenían en la tapa la mancha de las teteras que ella les había puesto encima durante qué sé yo cuántos años. Cuando se iba el ingeniero, mi padre me decía que yo iba a ser alguna vez como él; a mí me daba rabia. Mamá me endilgaba a cada rato unas filípicas sentimentales insoportables y me venían ganas de agarrar las puertas y salir disparando; pero me resignaba porque ella tenía aquellos ojos. Se pensaban que uno puede ser un ángel. Yo no soy ningún ángel: siempre he sido un individuo libre y me ha gustado vivir a mis anchas. Por eso cuando veía a uno de esos beatones me daban ganas de emprenderla a golpes. El tío Gaspar era sin duda un modelo de santo. ¡En buenas lo he visto yo! Una vez se presentó en casa una mujer con un chiquilín, gritando, y armó un escándalo en el vestíbulo, y mi madre y la abuela cerraron las puertas para que yo no pudiera oír y les pareció que yo no me había enterado de nada como si fuera un infeliz. Me

enteré de sobra pero maldito lo que me importaba. Yo no sé por qué a algunos les disimulan los lados flacos y a otros se lo pasan echándoselos en cara. Las cosas están mal arregladas y habría que ponerlas al revés. Yo ya no era un chiquilín y necesitaba plata. Al colegio, ni iba. Firmaba con la letra de papá, que era tan fácil de hacer, las comunicaciones semestrales y los boletines de falta y me iba al puerto o a Palermo con un atajo de tontos que no servían ni para escaparse de la ciudad en busca de algo divertido. Les gustaba ir a tomar caña a los cafetines y oír historias contadas por marineros ingleses y contrabandistas. Yo les dije que eran una cáfila de idiotas y uno casi me mata. Ni me ocupé de vengarme.

Lo que me importaba era pasarlo bien y planear cosas. Soñaba con salir en busca de peripecias. Ansiaba encontrar con quien cambiar proyectos. Uno de los muchachos vivía en Lomas; lo hablé y pareció medio convencido, por lo que empecé a especializarme con él y en vez de irnos con los otros al puerto o al bosque de Palermo nos metíamos en un barcito de la calle Victoria. El tenía siempre dinero para pagar y yo no tenía ni un centavo. Se presentó el problema de pagar el viaje y de llevar algunos pesos. Quedamos en que nos iríamos un martes. El lunes por la mañana entré en el cuarto de mi madre cuando no estaba ella y me alcé, sin decir agua va, con el reloj del marqués, y lo envolví bien y me fui con él a empeñarlo. Me llené los bolsillos de plata y volví antes de que llegara la gente de casa. Cuando se dieron cuenta de que faltaba el reloj se armó la de San Quintín. La negra Adela levantaba los ojos al cielo y no le paraban los labios mientras el tío Gaspar no me sacaba la vista de encima; yo me hacía el indiferente. El asunto acabó mal porque gracias al tío me encerraron por tres días en mi cuarto hasta que se descubriera la cosa. El otro chico me estuvo esperando inútilmente en el café. Y mi madre me enjaretó como quince filípicas y al fin se lo dije todo para que me dejara tranquilo y no me mirara así. Fue un lindo golpe perdido. Por un tiempo dejé de pensar en el viaje. Pero el asunto me trabajaba por dentro y dos meses después me armé con un sobretodo de cuero del tío Gaspar que parecía para cruzar la Cordillera y nos mandamos mudar con unos desocupados de que me había hecho amigo en el puerto. Hacía frío. La escapada fue de noche. Eran unos sujetos espléndidos y me enseñaron la técnica de los viajantes

"de arriba". Aprendí por ejemplo que al ponerse el tren en marcha nunca se sube a los vagones por el costado, pues se puede abrir una puerta y darse uno un golpe del diablo, sino por la parte de adelante, que es la segura.

Adentro de los vagones se pasaba una vida estupenda. Llevábamos un brasero y buena provisión de pan y queso y salame de Milán. El primer viaje lo hice con aquellos tres italianos y un barbudo que no abría la boca ni para decir de dónde era. Ibamos en el rápido a Rosario, donde los italianos decían que tenían amigos en el puerto y que conocían sobre todo a un fondero anarquista capaz de fiar hasta los pantalones. Era pleno invierno y yo tiritaba metido en el pesado abrigo de cuero, y los otros se reían de verme tan tierno en semejantes empresas. Me llamaban la niña, pero no me ofendían porque lo hacían con buena intención. Aludían a mi aspecto de debilidad y aunque lo hubieran hecho con mala intención me hubiera importado poco, porque lo que yo quería era pasarlo bien y ver cosas. Iba loco de contento. La ciudad adonde llegamos me pareció un sitio maravilloso. Era como si llegara con unos exploradores a un país desconocido. El fondero anarquista no quiso saber nada con nosotros y lo pasamos bastante mal hasta que pudimos conquistar un barrio donde nos daban magníficas sobras de puchero y guisos todavía calientes. A mí me habían encargado de la cocina y al principio todos protestaban por el exceso de pimentón o lo desparejo del cocimiento o mi falta de mano en lo relativo a la sal. Dormíamos a la intemperie al lado de unas obras que estaban haciendo en el puerto. Yo solía quedarme solo mientras los otros salían al pique a ver si conseguían algo. Yo miraba pasar por el paredón alto de enfrente a las señoritas de la ciudad y les miraba las piernas, diciéndome: "Al diablo que están bien alimentadas". (Veía todas las cosas por el lado de la alimentación). Ni pensaba en mi casa. Sabía que era mejor no pensar. Si uno mira para atrás no puede ser fuerte. Los fuertes miran para adelante. La cuestión es que al poco tiempo ya no pudimos quedarnos allí porque los víveres empezaban a escasear y todos los fonderos de los alrededores estaban escamados. Las piernas de las señoritas que pasaban por allá arriba me parecían cada vez más gordas. ¡Qué robustas eran! Yo me miraba al espejo que tenía uno de los italianos y me veía con aquella cara de perro flaco y el pelo tan largo que verdaderamente era hora de cor-

tarlo. Dos largas mechas rubias me bajaban hasta el cuello a cada lado de la cara. Mi nariz se había afilado tanto que casi me parecía al coronel. Esto me ponía rabioso. Yo no quería parecerme a nadie. Si uno se parece a la gente deja de ser uno mismo. La cosa es que tuvimos que trepar a otro tren y salir para una localidad cercana. Los tres italianos estaban rabiosos. El barbudo tomaba las cosas con más filosofía como buen silencioso; además era un experto en desgracias. Ni se inmutaba. Miraba el cielo y sacaba siempre del bolsillo alguna banana furtiva y comía sin que se le importara un bledo de todos los demás. Uno de los italianos le tenía rabia. Decía que aquel tipo era un cerdo egoísta y que si no fuera por ciertas reglas de compañerismo lo hubiera echado a patadas del vagón. Llegamos a un pueblito lindísimo. Tenía una plaza con árboles y una estación de ferrocarril que parecía metida en un bosque. No hicimos más que llegar y ya nos metieron en la Comisaría. Nos pasaron en fila en el patio y el comisario y su mujer vinieron a echarnos una ojeada. La mujer del Comisario me clavó los ojos, estuvo un momento callada y luego dijo: "A ése hay que revisarlo porque debe de ser mujer". Me dio una cólera feroz aunque me explicaba que metido en aquel saco, lampiño y con el pelo más largo que no sé qué se me pudiera confundir con cualquier cosa. Estuve por emprenderla a golpes allí mismo pero me contuve porque a lo mejor me metían a secarme en algún calabozo. Nos mandaron barrer el pueblo provistos de escobas viejas y cepillos. La cosa es que comimos bien durante dos días. Después nos echaron del pueblo y nos costó bastante trabajo burlar la vigilancia de los alrededores de la estación y casi nos matamos al subir al tren. El barbudo se lastimó la cabeza pero se vendó tranquilamente con el pañuelo sin decir nada. Era un sujeto admirable. En el vagón lo pasamos hundidos en un mar de bolsas de trigo. Uno de los italianos contó no sé qué historias del trigo. Todo lo que decía me pareció idiota y me puse a fumar tranquilamente sentado en una bolsa junto a la puerta del vagón. Me gustaba ver los sembrados tiernos y los novillos esparcidos a lo lejos como si fueran todos minúsculos y vivieran inmóviles. Llegamos a Santa Fe una noche que hacía un frío de los mil diablos. Los dientes de los italianos castañeteaban y el barbudo echaba vapor por la boca. Yo fui el de la idea de hacerle un cuento al fondero más próximo pero la cosa no anduvo bien debido a que el tipo

desconfiaba demasiado. Nos llevamos sin embargo buena provisión de víveres. Instalamos en seguida un pequeño campamento cerca de la estación y apenas habíamos armado el trípode para la olla cuando apareció a la luz del farol un individuo con cara de hambriento. Estaba vestido que daba lástima pero se le veía bastante bien afeitado y llevaba debajo del brazo un enorme rollo de papeles. Lo miramos con disgusto y si la cara del barbudo no le dio miedo es porque el tipo tenía verdaderamente hambre. Se plantó ahí sin decir nada pero bastante hablaba aquel mirar de ayunador. ¡Vamos! Los italianos lo invitaron de mala gana a que se sentara en un ladrillo y empezara a comer. El recién llegado era tan flaco y tenía un aire tan enfermizo que se parecía a aquel grabado de Napoleón joven con la bandera flotando por arriba de la cabeza que estaba en mi libro de historia. Después Napoleón se transformó en un tipo bastante gordo. Sería por la buena vida. Algunos de estos héroes se han alimentado bien. Pero eso no quiere decir nada. El recién llegado comenzó a comer galleta y a mirarnos con unos ojos que se iban tranquilizando cada vez más. Yo le pregunté cómo se llamaba. Dijo que se llamaba Adán Bena y que era pianista. "¿Vena? ", le pregunté, alarmado. "No, Bena, bena con b larga", dijo. Contó que era pianista y que había tocado hasta hacía seis meses en una confitería del centro y que después lo habían echado y que no había podido encontrar trabajo y que eso arruinaba su carrera porque no iba a poder ser nunca concertista. El quería ser concertista. No quería ser otra cosa. Ponía una cara de horrible aflicción. A mí me dio por insultarlo. Le dirigí las más feroces pullas para demostrarle mi superioridad mental. El hombre se encogió y empezó a sentirse nervioso. Empecé a moderarme. El barbudo estaba sentado junto al fuego y me miraba fijamente. El pianista se quedó con nosotros. No era mal tipo. Se afeitaba todas las mañanas sin jabón, con un poco de agua, y era casi tan lampiño como yo pero no quería que se le viera un pelo. De noche nos quedábamos en el campamento pero de día íbamos a la ciudad pensando hallar cosas nuevas. Uno de los italianos andaba embromando a todo el mundo con no sé qué peroraciones sobre la revolución y el fascismo o qué sé yo. Era aburrido porque a todos les decía lo mismo. A mí me daba rabia porque hablaba tanto y tan ligero que uno se quedaba mirándolo sin poder irse. Los otros italianos ponían unas caras feroces

cuando él hablaba. Salían con palabras destempladas dándole la razón. El italiano de los discursos paraba a toda la gente que le parecía medio zonza y empezaba con su perorata. Dale con que el capitalismo y con que el proletariado y con que el bienestar y la justicia y la revolución social. Yo echaba miradas alrededor preguntándome qué podía reservar aquella ciudad que me atrajera. Yo era demasiado vivo para trabajar y quería tener plata y poderme dar algunos gustos. No iba a andar toda la vida con estos tipos hambrientos. Tenía otras ambiciones. El pianista también las tenía. Empezamos a separarnos de los italianos y del barbudo. Nos metíamos en todas las confiterías y bares para preguntar si necesitaban un pianista y en ninguna parte necesitaban ninguno, y lo decían con una cara que daba ganas de romperles las narices. Yo me quedaba atrás y me metía una masa a la boca y la masticaba al salir a la calle oyendo las quejas de Adán Bena. Un día vimos en uno de aquellos bares a un individuo que jugaba a las cartas en una mesa con dos o tres fascinerosos. El sujeto hacía toda clase de pruebas. Me paré y lo estuve mirando. Hacía lo que se le daba la gana. Jugaba con las cartas como si él las hubiera inventado. Después jugaron un partido de truco. Yo estaba fijo detrás del sujeto que parecía el Dios de las cartas. Bena estaba impaciente pero yo no me movía de allí. Cuando los jugadores se pararon desarrimando las sillas me le acerqué diciéndole:

—Oiga, quiero que me enseñe esas suertes.

El tipo largó una carcajada y siguió caminando.

—¿Para qué querés saberlas?

—Le doy veinte pesos —le dije.

El tipo me miró. Iba a seguir caminando. Se volvió.

—Sentáte —me dijo—. ¿Dónde está la plata?

—Tiempo al tiempo —le dije—. Primero al pájaro y después los pesos.

Nos quedamos cerca de dos horas porque se conoce que el dios de las cartas tenía poco que hacer. Me fui preparando para el final. Cuando me pida los pesos (pensaba yo) me va a dar una pateadura. Se guardó al fin los naipes y me pidió los veinte pesos. Le dije que no los tenía y que lo que quería era aprender aquellas tretas. Me miró y creí que iba a emprenderla a golpes pero se encogió de hombros y se sonrió y se fue silbando para el lado de los billares. Bena estaba apurado por llegar al campamen-

to y ver si los italianos habían pescado algo. Los italianos me gritaron indignados por haber tenido que calentar ellos el guiso debido a mi abandono de la cocina. Yo me puse a silbar como el hombre de los naipes y a pensar en la plata que se podía hacer con aquellos jueguitos. Miré con gran desprecio a los italianos y al barbudo y después de tragar aquellas sobras recalentadas me llevé a Adan Bena a caminar un rato por el muelle cosa que no hacíamos nunca y nos quedamos hasta la medianoche y yo no tenía ganas de acostarme y le aseguré que pronto tendría él donde tocar el piano y hasta un piano. Se reía y se restregaba las manos a la sola idea. Era un buen tipo. Parecía esa gente que ha recibido siempre latigazos y ha quedado medio asonsada. Cuando le conté mis proyectos se dio cuenta de lo vivo que yo era y empezó a mirarme con admiración. A los tres días recién pude armarme en una confitería, gracias al descuido de un mozo, de un mazo de naipes. Era un mazo mugriento. Yo estaba apurado por ver si me salían las habilidades. Volvimos con Bena al campamento y me puse a hacer la prueba y me acordaba de todo. Empezamos a pasarnos los días practicando. Yo perdía a cada rato la paciencia porque Bena no había nacido para los naipes y hacía las cosas más absurdas y estaba siempre distraído. Pero mis dedos se hacían cada vez más a la cosa y yo estaba contento. Los italianos, en cambio, se ponían cada vez más furiosos porque nuestra actuación en el pique o la busca de víveres era "igual que cero". El italiano de la cara estragada que hablaba del futuro y de la revolución decía eso: que lo que hacíamos Bena y yo en beneficio del campamento era igual a cero. Yo me reía por dentro y pensaba que los que eran igual a cero eran ellos por falta de ocurrírseles nada y de pasarse la vida hablando de la humanidad y de no sé qué otras cosas que me hacían morirme de asco. Eran tipos inútiles y serían siempre tipos inútiles.

Tuve bastante suerte. En los barrios más miserables encontré algunos cafetines llenos de marineros y tipos con ganas de echar unas partidas. Yo me había puesto lo más presentable posible gracias a los servicios de Bena que me cortó el pelo y que limpió el abrigo. Era un abrigo importante y estando con el cuello bajo daba bastante golpe. Lo malo era la camisa. Me puse la camisa de Bena. Parecía un bicho raro con aquella camisa azul y aquel sobretodo de cuero oscuro. Bena preguntaba primero si necesita-

ban un pianista; esto me ayudaba bastante. Nos hacíamos los cándidos. Pronto hicimos las primeras ganancias y volvimos al campamento más contentos que la gran siete. No contábamos a los otros ni palabra. ¡Qué proyectos! Bena repasaba sus músicas canturreando. Le había vuelto el alma al cuerpo y pensaba que iba a ser un famoso pianista y a veces se ponía pesado contándole a uno todo lo que iba a ser y esto y lo de más allá. No hay que hablar tanto de las cosas.

II

Cuando nos abrimos de los otros y nos vinimos con Adán Bena a Buenos Aires habíamos pagado santamente el pasaje en el tren diurno. Mejor dicho yo había pagado los dos y me quedaban noventa pesos y unas monedas. Era mucho más lindo ver los campos con plata en el bolsillo. El trigo parecía más dorado y el agua parecía más plateada. El sol de la mañana tenía un brillo diferente. Para venir hay que cruzar puentes de hierro y estancias y más estancias. Me molestaba acordarme de mi casa y de mi madre y de los ojos que tendría. Pero hay que tragarse estas píldoras. De Santa Fe le había escrito una vez diciéndole que estaba bien y que no se acordara más de mí porque yo quería hacer mi vida y que si alguna vez me iba bien y me hacía un señorón ya la iría a visitar. Al fin y al cabo era mejor para ella porque yo no le daba más que disgustos. Tuve cuidado de darle la carta a un sujeto que andaba viajando para que la echara en otra parte y no supieran por el sello del correo dónde estaba.

Anduvimos con Bena buscando una casa de pensión. Al fin encontramos una cerca del Once. Llevábamos una gran valija de fibra que yo le había ganado a un turco en tres partidas firmes de monte. El turco lloró y al fin largó la valija y se despidió de ella como si se hubiera tratado de gente. En la valija había poca ropa y la música de Bena y tres mazos de naipes y un costurero más completo que el de cualquier señorita. Bena era un maestro en el arte del zurcido. Decía que un pianista debe tener los dedos ágiles para todo. Lo que es para la baraja no los tenía nada ágiles. En cuanto al piano, yo lo había oído tocar una vez en un bar cuando conseguí que le prestaran uno por un momento para sensibilizar a un judío más duro que la piedra y me

pareció que tocaba detestablemente y que hubiera sido mejor que hubiera ensayado otro instrumento. No se lo dije debido a mi natural superioridad. Si uno no fuera magnánimo con estas gentes se les haría la vida demasiado dura. Me guardé mi opinión y me dije que hay personas que se equivocan de medio a medio y no saben nunca lo que les conviene hacer. Eso es. En Buenos Aires pasamos algunos días amargos. Yo no encontraba dónde lucir mis habilidades pero Bena se sentía especialmente optimista y no vacilaba en ilusionarse ante cada confitería. Observé con cuidado a todos los pensionistas de la casa. Eran refractarios al juego y guardaban sus economías con cuatro llaves. Gente a la que habría que quemar. Agarrados a sus centavos como arañas a la tela. Los miraba por encima del hombro y jamás se me ocurrió hablar con ellos. Los despreciaba a más y mejor. Aconsejé a Bena que reprimiera su locuacidad. Este intimaba en seguida con todo el mundo y se prendía a la gente sin la menor desconfianza. Tenía cosas de medio idiota. Se quedaba suspendido y arrobado ante las cosas que le contaba la gente, como si siempre fueran grandes novedades. Yo no me cansaba de decirle que había nacido para que le hicieran el cuento del tío y se reía y parecía pensar en eso también como en algo bueno y digno de que a uno le pasara. Era manso. Miraba con unos ojos entregados y cualquiera hubiera podido hacer con él lo que se le diera la gana. Yo me empeñaba en vano por enseñarle cierta conducta. No parecían importarle mis instrucciones, no parecía importarle nada más que ser algún día un buen pianista. Esta esperanza lo mantenía alegre y en paz con todo el mundo. Le había dado por conversar con la dueña de la casa de pensión. Meta darle a la lengua. Era algo verdaderamente imposible.

Yo andaba de mal humor. No aparecía un solo candidato para mis partidas y la ciudad me aburría atrozmente. Mientras Bena hacía sus diarias recorridas yo me iba a caminar al sol de la siesta por la Avenida de Mayo, miraba los carteles de los teatros y me sentaba en la terraza de algunos de los cafés para mirar los plátanos, el tránsito continuo y los altos frentes de las casas de la otra acera con sus departamentos diferentes como escenas de teatro. A veces seguía a alguna mujer vistosa hasta que entraba en algún zaguán; esperaba un rato, me aburría y volvía a caminar por las calles llenas de un estúpido gentío entre el que no estaba lo que me interesaba. Al mes de estar en Buenos Aires no

me había hecho amigo más que de dos frecuentadores de un bar con orquesta típica de la calle Corrientes, tipos medio orilleros, cuidados y desconfiados como víboras. Uno de ellos vivía en un corralón con cinco hermanas solteras y el otro era corredor de unos yerbatales. No pude sacar nada de ellos. Tuve que explicarles el asunto e instigarlos a que formáramos una sociedad. ¡Cuánta gente ignorante y torpe! No entendían una jota de nada. Yo les hablaba de lo que decían en *La Prensa* de algún concierto y se quedaban entre sonrientes y resentidos como si les quisiera tomar el pelo. Pero se daban cuenta de lo que me molestaba esa ignorancia y no se atrevían a embromar mucho conmigo. Decían que yo caminaba como un príncipe, sin apurarme por nada.

Mis primeras visitas al corralón fueron espléndidas. Las cosas empezaron a andar bien. Las cinco hermanas de mi socio eran medio locas. Dos eran poetisas y las otras tres, modistas en una santería. En los fondos del corralón vivían las cinco con el hermano en tres cuartos; el otro cuarto era para recibir visitas y estaba decorado por las poetisas con muchos caracoles y muchos abanicos de paja de esos que cuelgan en las paredes con tarjetas postales. Había que ver lo que eran las tarjetas postales. Una representaba un volcán y la otra el rapto de las Sabinas (debajo decía: El rapto de las Sabinas). Las Sabinas parece que eran otras poetisas. Yo iba de noche con Bena a tomar el café. Ellas tenían un gramófono y Bena podía oír a Paderewsky aunque los discos estaban rayados y de pronto se oían unos chillidos insoportables. A Bena no le importaba y ponía una tal cara de éxtasis que daba ganas de pegarle una buena patada. Se reía solo. Cuando venían los invitados nuestros a jugar nos íbamos con mucho misterio —era necesario un trabajo enormemente fino— al cuarto de mi socio. Había buenas sillas, jerez y un retrato del Duque de Aosta en traje de marino. Venían doctores, profesores, señorones: en fin, una cáfila de viejos sinvergüenzas. Si podían hacían trampa. Nunca podían.

Mientras jugábamos, las modistas se iban al cine y las dos poetisas recibían a unos tipos rarísimos. Uno era un cordobés de lentes y el otro un poeta algo retardado que escribía según mi socio cosas para onanistas. Era una especie de gusano. Tenía una mano blancuzca y le miraba a uno los pies en vez de mirarlo de

frente. Yo no sé qué poesía podía hacer un tipo así. Se reían a carcajadas y yo tenía que levantarme a hacerlos callar porque los doctores se alarmaban un poco al oír ese barullo en la otra pieza. El gusano me tenía un terror pánico pero cuando me veía aparecer hacía una mueca de fastidio y desprecio como diciendo "ya viene éste a molestar". Menos mal que a estos tipos uno los veía venir y los sobraba a gusto. Cuando se iban ellos las poetisas quedaban como en celo y se les salía por encima de la ropa las ganas de salir con uno de farra.

Bena estaba muy disgustado por la manera como yo atraje a aquellos doctores al corralón. Un día me vestí de punta en blanco y fui a consultar, fingiéndome enfermo, a uno de los médicos más ricos de la ciudad. El viejo usaba unos lentes finos con cinta negra y lo tocaba a uno para auscultarlo con la punta de los dedos para no estropearse las uñas lustradas y no ensuciarse los puños de la camisa de seda. Se conoce en seguida por las uñas y las mangas de la camisa a un jugador. Uno le confiesa todo al médico. Yo le confesé suspirando que el hombre que vivía en el corralón era un avaro amigo mío que tenía la debilidad de jugar al póker y que perdía como un desventurado. Las manos del médico se detuvieron en mi espalda desnuda, luego siguieron con los golpes. "Vaya —dijo—, vaya". Volví dos o tres veces al consultorio. Cada visita me costaba cincuenta pesos. "Ya los largarás", me decía por dentro. Durante la segunda visita no le hablé del avaro. El médico esperaba que le hablara; estaba inquieto. Yo me hacía el distraído, el circunspecto. Durante la tercera visita no pudo más: me preguntó por mi amigo, el avaro del corralón. Suspiré de alivio. La cosa estaba hecha. El doctor buscó a sus compañeros. ¡Qué caras, Dios santo! Si yo hubiera tenido menos seguridad en mis "posibilidades" habría temblado ante esos jugadores. Pero mis "posibilidades" eran muchas . . . Bena estaba preocupado. Se resistía a ir conmigo al corralón por más que le atraían tanto los discos en que podía oír a Paderewsky y a Rubinstein. Decía: no, no voy. E iba. Oía y oía, con los ojos para el techo. Pero tenía un miedo atroz de que en alguna de esas interviniera la policía y cayéramos todos —hasta las poetisas— en la gran red. Yo le aseguraba que era un rematado imbécil y le daba las razones de lo improbable de tal peligro.

El gusano que iba a visitar a las poetisas les hablaba de la

eternidad y de la poesía persa y les declamaba versos acentuando con aire medio compadre el final de cada frase como un caballo jadeando. Yo lo miraba y no podía explicarme bien aquel fenómeno; que existiera un tipo así. Mientras esperábamos la llegada de los doctores, en seguida de la cena, tomábamos un café en el cuarto arreglado por las poetisas. Una de ellas era rubia, con el pelo crespo y unos ojos azules que se le iban de las órbitas. De pronto se paraba y decía en éxtasis con una voz tristísima unas cosas lánguidas y raras. El gusano coreaba algunos versos acentuando con un dejo jactancioso y compadre el final:

"Quiero brindarte versos porque te finjo buena,
con no sé qué bondades, y porque eres morena
como la inspiradora de mis lejanos votos . . .".

Yo miraba todo aquello sin explicármelo de ninguna manera. Me parecían un poco retardados o algo por el estilo; Bena era un genio al lado de ellos. A veces tenía yo que salir al patio del corralón a tomar un poco de aire. Aquellos tipos me ahogaban con sus recitaciones. En el patio tomaban el fresco las modistas de la santería. Lo miraban a uno de un modo que daba vergüenza. Eran provocativas, calladas. Un domingo me llevé a una de ellas a pasear. ¡Caray! Bueno, no hablemos . . . Después no me la podía sacar de encima. Hasta se metía a la hora del café en el cuarto donde la de los ojos saltones estaba recitando y se ponía a mirarme y a mirarme. Al último me daba indignación y le contestaba con unas miradas de furia. Yo no sé qué diablo usaba que tenía aquel pecho escandalosamente levantado como aviso de corsetería. Se la hubiera endosado a Bena si no hubiera sido porque Bena era un puritano. Ni miraba a las mujeres. Era una especie de ángel. No le gustaba más que la música y andar por ahí pensando y ser amable con la gente y escucharla horas y horas. Yo le tenía un cariño bárbaro. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Pero a pesar de eso le habría endosado a la modista si no hubiera sido por aquella maldita indiferencia que tenía él por todas las mujeres.

III

Puse un departamento a lo príncipe. Como para mí. Me gasté en un año los diez mil pesos que me había ganado con los doctores. Me gustaba la vida de postín y disfrutaba llevándomelo a Bena a los sitios de más lujo e invitando mujeres para que vieran lo que es un tipo que no tiene melaza en los dedos para pegarse los pesos. Cubrí a Bena de regalos pero él andaba siempre insatisfecho porque lo que hubiera querido es tocar en alguna orquesta y las orquestas cada día tienen menos posibilidades. Andaba siempre mustio, como alma en pena, y el lujo de la casa lo ponía más raro. Yo daba unas fiestas formidables seguidas de alguna partidita. Me preparaba para los buenos golpes de invierno. Los doctores habían andado hablando mal de mí pero no se animaron —claro— a tomar ninguna medida. Estaban envueltos en su propio juego. Al lado de ellos los candidatos que yo esperaba eran magnates, reyes. Me habían hablado de algunos extranjeros que tenían todo su capital en efectivo. Algunos eran profesionales hábiles pero yo no les tenía miedo. El brillo y la limpieza de mi estilo sorprendía a los expertos. Ensayaba todo el día y tenía unos dedos que de puro ágiles se volvían de pronto invisibles. A veces me daba risa el asombro que causaban mis pruebas. Otras veces me daban rabia todas esas caras de imbéciles.

La salita de juego era la perfección. Todo invitaba en ella a la audacia. Los retratos representaban a famosos millonarios y los cuadros representaban fragmentos de cargas en famosas batallas. Después, el cuarto era silencioso, cómodo, y todo parecía alrededor conquistable. En aquel cuarto todo parecía fácil. Yo mismo planteé todo aquello. Cada silla, cada cuadro, cada cosa tenía allí su papel y estaba puesto para algo. Lo único que no andaba era Bena.

—Esto va a acabar mal —decía.

—Siempre sos el mismo imbécil.

—Esto va a acabar mal, va a acabar mal.

—No sé cuándo vas a encontrar de una vez un armatoste en algún bar para que te dejés de ideas negras.

Sobaba el respaldo de la silla con la mano, sin contestar. Usaba siempre una chalina negra.

—Te lo pasás lechuceando —le dije.

—No sé adonde vas con esta vida —protestó—. Todo es triste. ¿Te parece alegre?

Lo miré.

—No tenés remedio —le dije.

A los pocos días la Providencia se entretuvo un rato con él. Le dieron un puestito de pianista en un café cantante del Paseo Colón, casi al llegar al Parque Lezama, en ese barrio de extranjeros donde de noche la ciudad duele dulcemente. Lo fui a oír. Nunca había entrado allí un tipo vestido como yo. Me pareció que esto le hacía bien al pianista. El cafetín estaba lleno de mercachifles y mujerzuelas ojerosas cubiertas de pulseras y agua oxigenada. Bena estaba allá arriba en la plataforma, feliz. "Debo de tener un halo —decía en su transporte—. Debo de tener un halo". No tenía ningún halo pero parecía una criatura en el paraíso. Tocaba que era un horror. Yo aplaudí dos veces y el dueño del café mostró su satisfacción en una gran sonrisa al comprobar la satisfacción de un personaje con tales aires. Le pagaban cien pesos por mes. Era como si le pagaran diez mil.

Se le había levantado la cabeza y caminaba como guiado por ese gran contento que llevaba adelante.

Uno no manda a la vida. La vida manda más que uno. Por más talento que se tenga no se puede hacer nada con la vida. Pasaron seis meses de espera en el departamento y los golpes que pudimos dar fueron mediocres. La plata se iba porque había que sostener el tren y todos los buenos pájaros parecían haber levantado el vuelo en la ciudad. Yo me puse de un humor de perros. Rebajé la puntería. Andube buscando doctores. No valía la pena desplumarlos de puro flacos. ¡Qué ciudad! No encontraba uno nada más que desconfiados. Los que no eran desconfiados querían pasarse de vivos.

Y la música sonando y sonando en los discos de Bena. Las orquestas, las sinfonías, los conciertos. Una noche entré furibundo en el cuarto de él y casi rompo a golpes la vitrola. El me miraba como a un loco. Recogió los dos discos rotos y los estuvo contemplando. Fui a encerrarme en mi pieza, empecé a pasearme de un lado a otro y después, con un portazo, me largué a la calle.

Pasó qué sé yo cuánto tiempo. Empecé a vender muebles, cuadros. Bena estaba cada día más contento. No pareció hallar

diferencia en cambiar la vitrola por un inmundo gramófono. Estos tipos son así.

Tuve que echar al valet. ¡No sabía el pobrecito con quién se las veía cuando me pidió que le pagara hasta el último centavo! Salió como exhalación por la puerta de servicio. Empezamos a hacernos la comida nosotros mismos. Bena era ideal para los huevos fritos; yo me las entendía bastante bien con los bifes. De noche Bena se iba al cafetín y yo recibía con algún compinche al pájaro que caía. Daba indignación ver la miseria de estos visitantes casuales. Haber estudiado tanto para esto.

Me sentaba a pensar en alguno de los pocos sillones que quedaban. Pensaba horas. Luego me iba a la calle y caminaba, caminaba.

No quería pasar por la casa de mis padres. Tenía horror a ese barrio y una vez que me acerqué por casualidad sentí un temblor en todo el cuerpo y me alejé precipitadamente por la primera calle.

Todos los negocios me parecían cargados de lujo, de lujo escapado, volado. Estaba lleno de ideas siniestras, de sentimientos incendiarios y de asco. Toda la gente me parecía una manada de cerdos intolerables. Llevar uno adentro una riqueza de astucia sin empleo. ¡Ciencia! La astucia es ciencia palpable. No de la otra. Palpable y convertible. Y no poder convertirla. Tenerla adentro, a montones, para nada.

Había momentos en que no podía soportar la furia.

Por fin vino la idea, la gran idea. Siempre viene cuando todo parece estar por estallar.

Se me ocurrió caminando una tarde por una plaza. Me sonreía solo después de bastante tiempo de no entreabrir los labios. Me senté a tomar el sol. Me paré de un salto y caminé unas cuadras hasta el bajo. A esa hora ensayaba Adán Bena sus ilusorios conciertos.

Entré en el cafetín y lo llamé. Bajó lentamente la escalerilla. Estaba tan flaco y tan pálido como siempre con su chalina negra.

—Hoy mismo dejarán este antro infecto, querido. ¿Dónde está el patrón?

Se quedó paralizado.

—¿No querías ser un concertista? ¿No querés ser un concertista en vez de esta miseria?

Estaba ahí, mirándome.

—Pero cómo . . .

—Vení. Vamos a hablar de esto en casa.

Fue a buscar el sombrero como un autómata. Subió la escalerilla y volvió a bajar. Enmudecido.

Cuando le conté la idea se indignó y quiso volver inmediatamente al café. Tuve que plantarme en la puerta y seguir hablándole a gritos, llamándole idiota y dándole razones capaces de convencer a un pedazo de mármol. Empezó a convencerse no por la razón sino por el ánimo, por abatimiento. Era débil. Y la idea de los conciertos lo trastornaba siempre.

—Está bien —dijo.

Subió a su cuarto para revisar las partituras que tenía y las que tendría que adquirir. Luego confeccionaría el programa.

Yo me largué disparando a la calle. En el camino pensé el nombre. ¿Un nombre ruso? Un nombre flamenco. Un nombre belga. Varekleel. No sé si era flamenco; parecía. Maurice Varekleel. Me dirigí al negocio de música de la calle Florida donde había tenido en vista a un empresario para una combinación que falló. Una casa donde vendían pianos y había grandes carteles con retratos de celebridades musicales.

Entré en la casa de artículos musicales. Cabezas de señoras elegantes y bustos atentos salían a la superficie de aquel mar de pianos, radios y otros armatostes. Las enormes caras de los músicos anunciadas perpetuaban su aire de genios y sus cráneos melenudos. Pregunté por el popular empresario y me hicieron sentar entre dos casillas destinadas a la prueba de discos. Diferentes melodías acababan y empezaban a uno y otro lado. Del cuarto del empresario salían tempestuosas carcajadas. Esperé media hora, una hora. Entre tanto preparaba las piezas de mi relato. De todas aquellas señoras acaudaladas ¿cuántas irían a oír al extraño Maurice Varekleel? No hay nada mejor que acariciar un proyecto, pasarle suavemente la mano antes de que se haya despertado del todo . . .

Al fin se abrió la puerta y el secretario me hizo entrar en aquella gran sala donde no había más que un hombre y un piano cerrado. El hombre estaba de pie, inmóvil, acariciando un dije que le colgaba de la cadena que me recordó en el acto el dije del ingeniero que iba a mi casa. Me presenté con el apellido de un antiguo presidente de la república. Entonces el hombre me hizo

sentar y yo me senté y él se sentó a mi lado y sólo quedó de pie sobre sus cuatro patas el gran piano negro.

Le hice la pregunta a quemarropa.

—¿Conoce a Maurice Varekleel?

Movió negativamente la cabeza con una sonrisa protectora.

Naturalmente. Le expliqué que era natural que no lo conociera.

—Comenzaba a ser grande en el momento . . .

Estudié esa pausa. El empresario me ofrecía una sonrisa paralítica.

—. . . en el momento de la tragedia.

Conté con grandes pausas sombrías la historia del pianista flamenco, su vida solitaria en la casa de Dunkerque. Vivía entregado al desarrollo de su genio musical, preparando su magna presentación en París. Era una aristócrata decidido a no ser más que un gran artista, un asceta genial en la casa sombría de Dunkerque, entre las nieblas y el frío belga. Pero llega la guerra y el terror de quebrar su carrera conmueve a aquel hombre de arriba abajo. Vino el horrible infierno de los bombardeos. Las disparadas; la confusión; el estrépito; los derrumbes; los ejércitos reorganizándose en medio del pavor y del estruendo. Y días así; noches. Y aquel hombre metido en aquella casa con su piano; y un ala entera volteada a los fondos; y él atado a la desesperación, casi delirante, aprovechando las pausas del bombardeo para seguir espantosamente agarrado a las teclas, endurecido, clavado en el taburete, sin dormir ni ver la luz del día: rotas en tres noches las ilusiones de su vida. (Puse bastante dramaticidad en esta parte). Cuando, después de la retirada del ejército inglés, llega a la residencia del artista (corregí: a la vieja mansión del artista) un primo suyo, no encuentra más que esas dos ruinas: media casa en escombros y un hombre destruido sentado, inmóvil, con la vista perdida y fija, ante el piano. ¡Ah, esa alma ya no se levantó de la destrucción! Estuvo siete, diez semanas (me parecieron bastantes) en un santorio. Sólo salió de la casa de salud esa ruina, ese artista mutilado en el alma. Lo único que podía hacer, casi mecánicamente, pero ¡con qué grandeza! era sentarse al piano y tocar y tocar . . . nada más que aquellas tres sonatas de Beethoven y (vacilé, pensé en la partitura de Bena, salí a la superficie) el *Sueño de Amor* de Liszt. Esas piezas eran las que había repetido noche y día oyendo el incesante fragor de

los bombardeos. Ya no las tocaba como antes, ah no: nada de la antigua perfección; todo eso se había perdido. ¡Pero qué tragedia encerrada en esta nueva ejecución, qué dramatismo; qué espejo del fuego y la muerte en el fondo de esa tremenda imperfección! (Lo conté peor).

El empresario estaba pálido.

—¿Y ese hombre está aquí? —preguntó.

—Está aquí. Me unía una vieja amistad con su primo (había que buscar un tipo para esto) y conseguí traerlos al país.

Me callé, concentrado, agobiado por las dimensiones del drama. Sí. Era necesario ayudar a ese espectro de genio. ¡Qué sombrío, qué misterioso, qué novelesco y qué dramático atractivo —¿no le parecía? — para un público! ¿Con qué podía compararse? El desastre de la guerra y los bombardeos encarnados en esas ejecuciones de pronto perfectas y de pronto vacilantes, de pronto grandiosas y de pronto rudimentarias, como tocadas por la mano de un niño . . .

Necesitaba —se lo di a entender— una respuesta categórica, inmediata. Dadas las circunstancias: imposible toda dilación. El pobre tipo no sabía a qué santo encomendarse.

—Es que . . . vamos . . . acá . . . así de pronto va a ser difícil . . . Más vale empezar en Rosario . . . ver cómo reacciona el público . . . Yo puedo darle una carta para alguien que puede encargarse allí . . .

Estos son siempre la misma cosa. Timoratos; lerdos. Yo veía la grandeza de la cosa y este pobre diablo no se animaba. Le expliqué toda la publicidad que se podía hacer, toda la literatura. Cada vez se agobiaba más. Se había vuelto gestos y más gestos. No podía hacer otra cosa más que darme la carta. Yo debía comprender . . . El público, ese enigma. Lo excepcional de las circunstancias. Empezó a contarme la historia de su vida. El no era el único capitalista; tenía socios; los socios tenían socios; los socios de los socios tenían socios; los socios de los socios de los socios a su vez tenían socios que eran socios de los socios de los socios de los socios . . .

Salí de allí acompañado por él hasta la puerta, con la carta en el bolsillo para el agente de Rosario. El empresario estaba cortado; tenía apuro por que me fuera. Le dije adiós. Era ya entrada la noche. La calle Florida estaba llena de tumulto de esa hora, de luces y del rumor de la multitud.

El pobre Maurice Varekleel me esperaba agobiado por su destino, con su chalina negra y su palidez y el programa preparado para el primer concierto.

Pero se negó a dejar de ir al cafetín para solicitar una larga licencia. Era en el fondo, como todos los ángeles, un conservador.

IV

Llegamos a Rosario y nos alojamos en el Hotel de Italia y yo me puse en seguida a buscar al agente. Me había preocupado de que Adán Bena se vistiera con algunos toques exóticos en su indumentaria. Como tenía un aire de espectro encajaba perfectamente en el papel de Maurice Varekleel. A mí mismo me parecía cierto todo aquello. Ya lo veía tocando y tocando en el cuarto sombrío del castillo flamenco con los grandes vitrales en lo alto . . . El condenado público se iba a tragar bien la píldora. Por lo demás yo llevaba una buena provisión de tarjetas de visita. ¡Cuántas posibilidades abre un nuevo nombre! Es como si uno se largara a la ventura con ropas flamantes y los bolsillos llenos de recursos. Nada se puede comparar a esta sensación de ser otra persona, de haber nacido de nuevo pero ya grande y de tener toda la comodidad y la frescura de una nueva vida. Pese a mi empeño, no había podido obtener fotografías de ninguna casa vieja de Dunkerque. Bueno, era mejor que las imaginaciones funcionaran por su cuenta, armando a su gusto la decoración de brumas, el paisaje casi tétrico y la atmósfera de un frío invierno.

Convencí a Adán de que se quedara en el hotel o diera, a lo más, unas vueltas por el barrio mientras yo visitaba al agente. Al cruzar las calles centrales yo observaba las fisonomías de las gentes de la ciudad, calculando el efecto que produciría en aquellos infelices la presentación del pianista trágico. Nunca me he divertido tanto a costa del género humano. El género humano se encrespa y se vuelve monótono o fastidioso por falta de ideas nuevas; si a algunos malditos cerebros se les ocurriera una provisión de ideas nuevas cuántas cosas se podrían hacer en el mundo. Si no hay animal más seguidor que el hombre. Se le lleva de la nariz y mientras es tirado de la nariz no se ocupa de pensar. Cuando piensa es cuando no le tiran de la nariz.

Las calles de Rosario me parecieron horribles. Aridas; comerciales. ¿Qué le iba a hacer? Uno no elije sus escenarios. Pero aquellas caras de negociantes e industriales y comisionistas afanados registraban yo no sé qué apariencia de ser buenos para hallar geniales las ejecuciones de Bena.

El agente era un italiano bajito extraordinariamente perfumado. Mi presentación de Varekleel fue mucho más eficaz que la improvisada en Buenos Aires. ¡Qué terrible atracción producía al ser evocada la figura de aquel artista destrozado por la guerra y arrastrando como un delirio trágico esos pedazos de música sublime! Yo mismo prometí hacer las noticias para los diarios. El italiano bajito se empeñaba en conocer al primo del pianista flamenco. Yo le desviaba la conversación y él volvía tercamente sobre lo mismo y no se tranquilizó hasta que le referí los pormenores de la operación endiabladamente difícil que acababa de sufrir el primo en la capital. El agente se presentó por la tarde a conocer a Varekleel. Estaba pálido y cohibido detrás de su avanzada de perfume. Bena, suficientemente aleccionado, ni abría la boca. No le costaba nada, por cierto, mostrarse más despojo que nunca, agobiado, entregado a que la suerte lo acabara del todo. Evidentemente el desdichado había nacido para encarnar mi proyecto.

Aparecieron un día inundados los diarios de la ciudad con el anuncio del acontecimiento. "Un acontecimiento *sin precedentes* en la historia de la ciudad" —decían—. El día del concierto por la mañana estaban agotadas todas las entradas. El portero del hotel sostenía que las habían comprado los alemanes. El ascensorista del hotel sostenía que las habían comprado los ingleses. Yo contestaba con calma al asalto de preguntas, de consultas, a los pedidos de entrevistas para todos los diarios. Para no agotar la atención Bena tenía instrucciones mías; nada de ensayos. Debía entrar en el escenario sin ningún estudio ni nada y cuánto más aterrado mejor.

Llegué al teatro solo antes de llevar a Bena. Paseé una mirada desdeñosa por aquella sala llena de bote en bote. ¡Qué asco me daban! Ningún tumulto: un silencio supersticioso, de iglesia, instalado en toda la sala. Fui y traje a Bena y lo dejé entre bastidores y me fui a la sala y oculto tras las cortinas del fondo lo vi entrar. Se movía con una nerviosidad sin sangre, inútil, de condenado a muerte. Ningún aplauso. Una tensión

cargada. Todas las manos apretaban los programas estrujando las letras de la historia de esta ruina formidable. Largo y de negro, Maurice Varekleel rompió en las Sonatas y, por un largo rato, en medio de aquel recogimiento único, descargó sobre la sala el más grande desastre de ruidos que se pudiera imaginar. Pero esa ronquera, esos golpes de mano marrados, esos desafinamientos, esos arranques de pedal, esos feroces tartamudeos tenían a todo el teatro en vilo, soliviantado, impresionado —y yo estaba allí atrás, agarrado a una cortina, con la boca apretada, borracho de satisfacción y de asco.

Los diarios se asombraron de que la tragedia hubiera podido producir en aquel virtuoso desastre semejante. ¡Qué cosas decían! " ¡Ah, pero en el fondo, en lo más remoto de aquellas ejecuciones y particularmente en los efectos desconcertantes del *Sueño de amor*, de Liszt, se veía la tragedia cósmica simbolizada en la destrucción de esas manos, de esa magna naturaleza de intérprete! "

Bena, como es natural, recibió aquel éxito sin entusiasmo. Más bien lo animó, como si lo descargara de un peso, la rápida aflojada del público. La novedad se desinflaba rápidamente. Yo desplegaba una actividad constante, como el médico con el cliente que se acaba. Pero aquello no tenía remedio. La vida de una gran idea se hundía en esa insoportable ciudad. Y Bena me perseguía a toda hora con su cantinela:

—A mí no me gusta esto, yo quiero tocar bien. A mí no me gusta esto, yo quiero tocar bien. A mí no me gusta esto, yo quiero tocar bien.

¡Quería tocar bien! No sé cómo no le rompí una noche la silla en la cabeza. ¡Tocar bien! ¡Estúpido chambón, ingrato y sin remedio! ¡Tocar bien! ¡Yo le ponía en la mano la fortuna, el éxito de su vida, y se me desinflaba como un idiota!

Daban ganas de abandonarlo todo y meterse no sé dónde.

Liamos los bártulos para irnos a otra ciudad. Pero llevábamos en el bolsillo cinco mil pesos y aquel imbécil se quejaba. Comimos en el comedor y ahí estaba el ganso tristón, mustio, callado, como si la única frase de que fuera capaz después de tanto y tanto darle vuelta no fuera más que aquel único, odioso, monótono: "Yo quiero tocar bien".

Noria. Esos será siempre la vida. Una subida y una bajada, una subida y una bajada. Uno cree que va para adelante y va de nuevo para atrás. Uno no se sabe si está siempre volviendo o si no ha salido nunca del mismo punto. "¿No ves? ", me decía con su maldito aire de reconvención el gran tonto. "¿No ves? " —" ¡Que si no veo qué! "— "¿No ves? Nunca vamos a hacer nada con esto. Yo lo que quiero es tocar bien". En fin. Hay una paciencia para cada impaciencia.

Falló el golpe de multiplicar en Buenos Aires los cinco mil pesos. Tres profesionales más hábiles que el socio que me vino en suerte, y por primera vez las cartas no anduvieron. Era una injusticia. Anduve medio loco de rabia. No era posible que alguien me ganara. ¿Pero de dónde sacar plata para recomenzar? El éxito de Rosario no encontró quien se prestara a reproducir los conciertos en Buenos Aires.

Una tarde se me presentó Adán en el nuevo alojamiento donde quemábamos los últimos pesos. Estaba demudado.

—He ido al café del Paseo Colón —me dijo—. Era siniestro oírlo. Me dio rabia.

—¿Y?

—Tienen otro pianista. Lo de la licencia quedó sin efecto.

Estaba ahí parado. Ni quería sentarse. Me impacienté y le llamé de todo. ¡El era quien nos enyetaba con sus malditas desmoralizaciones! ¡El lo andaba lechuceando todo! ¿Quién lo metía a pensar en volver a ser un mísero pianista de sucucho? Una gran idea, un descubrimiento se abren paso siempre. Contra viento y marea. Es cuestión de esperar y tener fibra. ¡Tener fibra! Pero si uno se conduce como un idiota desdichado. ¿Quién triunfa sin pelearla duro? Y él, ¡él se llamaba un artista sin saber esto! ¡Bah — bah — bah — bah!

Estaba ahí parado, mudo. Estaba ahí convertido en una especie de Maurice Varekleel de verdad. Estaba ahí más derrotado que la muerte.

Me dio lástima. Traté de estimularlo un poco y le hablé con mejor modo. Me lo llevé por ahí a comer. Empecé a contarle historias de tipos formidables, de Nelson, y de qué sé yo quién. Le repetí cosas que él había leído y que él me había contado, como si yo las hubiera leído y yo se las fuera contando. Le hice engullir una sopa que le gustaba. Me tragué un plato de arroz porque a él le gustaba. Me lo llevé a un cinematógrafo a ver

algo divertido. Y ahí estaba al lado mío, consumido, algo sonriente con los ojos, mucho más triste en estas sonrisas de labios cerrados que en su preocupación y que en su protesta.

Vino el tiempo de vivir en la calle, durmiendo en los sórdidos hoteles donde se pagaba un peso la cama. El andaba con su rollo de música debajo del brazo y yo, lo más distinguido que podía, en medio de aquella miseria. De noche, cansado, él caía a la cama pesado como un tronco y yo me quedaba hasta la una o las dos lavando mi camisa, mis medias. Por la mañana pedía prestada la plancha al hotelero y rehacía cuidadosamente la raya de mis pantalones, las solapas de mi saco. A veces pensaba en mi casa y en aquel rostro de aflicción y en el retrato del coronel con nariz de buitre donde yo pegaba las arañas. Hicieron noches de un frío intenso. A veces, al alba, me despertaba sobresaltado pensando que Bena podía estar llorando. Dormía con rostro plácido como deben dormir los ángeles.

A unos les toca una vida y a otros les toca ésta.

Yo buscaba algún teatro, pero el mundo ha cambiado bastante los últimos años. Los vivos son más vivos y los imbéciles son más imbéciles. Antes la gente era más liberal y entonces había más compensación. Ahora la gente es menos liberal y las cosas son duras. El vivo se hunde más en su viveza y el tonto en su tontería.

Yo recurrí a los naipes y trabajé laboriosamente y me hice de algunos pesos. Pudimos conseguir un teatro de suburbio para el número de Varekleel. Pero a este trágico le faltaba brío. Cada vez me preocupaba más por el infeliz. Hice lo imposible por dar unos buenos golpes de monte y de póker. Me pasaba días preparando estratagemas. Pero faltaban los contrincantes. Escaseaban los buenos socios. La gente no tenía ganas de jugar sino algunos centavos. ¿Qué puede hacer una inteligencia por brillante que sea cuando las cosas se presentan así?

V

Por fin, después de una gira por algunos pueblos de las provinicas las cosas empezaron a pintar mejor.

Nos habíamos instalado en un hotel que quedaba frente a una capilla, al lado de una vieja placita, y que era en realidad

más casa de pensión que verdadero hotel y donde no había nunca más de ocho o diez pasajeros. Por lo general vivía allí gente que se quedaba un tiempo largo. Tomamos con Bena dos cuartos contiguos, en el segundo piso, con ventanas sobre la placita. En los cuartos había una gran limpieza y un constante olor a coliflor recién guisada. El comedor y el salón estaban en el primer piso y eran dos ambientes agradables; en el salón había una estufa y muchos diarios y revistas y buenos sofás y algunas plantas de invierno. No era malo quedarse allí las horas, fumando, viendo entrar y salir a la gente y contemplando los viejos cuadros con aquellas escenas del infierno.

En Buenos Aires todas las puertas parecían estar definitivamente cerradas pero traíamos de la provincia capital para mantenernos discretamente durante algunos meses. Yo no perdía la esperanza de hacer cuajar al fin en el gran golpe el asunto Varekleel. Cada día husmeaba alguna posible coyuntura. Mientras tanto tenía movilizado a un judío de nombre Motka a quien le pagaba un tanto por ciento de los *beneficios* dejados por los candidatos que me traía para las partidas. Pero Motka era lerdo. Cuando un judío se apasiona está perdido y Motka era un polemista apasionado en cuanto se trataba de guerra. Se paraba en la calle a armar discusiones interminables y se olvidaba con sorprendente facilidad de sus verdaderas funciones.

En el hotelito vivía gente sin interés. Unos viejos de apolillados zapatos de prunela y un comerciante noruego alto y flemático. En el comedor había una docena de mesas muy apretadas las unas contra las otras en medio de un maremágnum de fotografías de cordilleras nevadas encuadradas en madera negra. Bena estaba contento porque no faltaban la sopa Juliana, el borscht o potaje ruso. A mí la sopa me caía mal. El dueño del hotel y un mozo servían la mesa. Yo tenía largas conversaciones con el dueño del hotel, un suizo rubicundo con muchos años de residencia. A veces terciaba el comerciante noruego, experto en astronomía. Como me oía hablar seca y rápidamente de diferentes predilecciones mías, me decía el noruego: "Usted es como esas estrellas que se precipitan y atraviesan el cielo de golpe para cambiar de posición". Yo lo miraba de pronto. "No —le decía—. Yo soy una estrella fija. Tengo mi ley y no me muevo de ella". El noruego comentaba. "Es usted un hombre inteligente".

Pero me decía eso de miedo. Ni se daba una idea de lo

inteligente que soy yo. Decía aquello como podía haber dicho otra cosa y porque era estúpido como una rata.

Después llegó al hotel un autor o cosa así, un tipo alto, de cabeza atrayente, con el pelo lacio y brillante, y que parecía decidido a no hablar palabra con nadie. Comía despacio y miraba todo el tiempo intensamente sin dejar de atender un instante a lo que pasaba. Su nombre era Olmos y creo que no había tocado nunca un naipe. Yo averigüé y no me volvió a interesar. Sólo lo veía ahí sentado como un cuervo buen mozo, pudriéndose de puro solitario. Este hombre me fue en seguida antipático.

La falta de acción me ponía de un humor infame. Tenía que pasarme las horas leyendo revistas con sección correo, sentado en el hall del hotel, consumiendo cigarrillo tras cigarrillo. El mundo ha cambiado tanto que las gentes andan distraídas y mecanizadas; se ha acabado el libre empleo del tiempo.

Bena estaba medio loco. Le había entrado una furia por conseguir colocación como pianista y se pasaba el día recorriendo sitios donde ofrecerse.

—¿Y? —le preguntaba yo cuando lo veía volver.

Se sentaba en el sofá del frente, sudando, y la planta de atrás le decoraba extrañamente la cabeza. Se encogía de hombros y echaba el busto hacia atrás y cerraba los ojos.

—Cinco horas caminando.

—Vale más ser Maurice Varekleel, me parece.

Ni contestaba. Se resistía pasivamente a volver a la superficie. Pero yo no iba a cejar hasta que se nos diera la oportunidad de la revancha. El desquite está metido en el tiempo: no hace falta más que le eche uno la mano encima.

Empezó a llover tiempo y tiempo y no aparecía nada claro y fracasó completamente una presentación suburbana del pianista dramático. Bena tocaba como un imbécil, sin ganas, apurado por acabar, con la cabeza y el ánimo destruido y se filtraba en la sala un enorme decaimiento. Nunca me han llenado la boca peores palabras. Estaba frenético de indignación y veía la gran idea muerta y todas las cosas estropeadas y estropeadas de la manera más estúpida, sin razón, sino por ese idiota empecinado en ser idiota.

No toleraba ni que me hablaran. Todo me parecía un asco. Me metía en mi cuarto a dormir y salía de noche con un humor

de mil pestes a buscar imbéciles para echar alguna partida. Iba preferentemente a los cuartos instalados en los fondos de un café clandestino. Pero se juntaban allí siempre los mismos vivos sin plata, que no hacían más que acentuar mi malhumor. Tuve dos o tres reyertas. Ni yo aguantaba a los otros ni los otros me aguantaban a mí. Pero maldito lo que me importaba que los otros me aguantaran. El mundo es una buena porquería.

Paseaba por la ciudad mi ocio y mi fastidio. Nunca se ve tan bien como desde el ocio el apuro de las demás gentes. ¡Qué odio hacia todo ese afán monótono e inútil!

Ni nos veíamos con Bena. Estaba idiotizado del todo. Me extrañó que estuviera dos o tres días sin salir, metido en su cuarto. Yo empecé a irme a la siesta a tomar el café con el judío Motka en un bar de la calle Viamonte, donde me había dicho que valía la pena estar al acecho. Llegaban tipos que empezaban a hablar de política y de la guerra. Eran malevos y los malevos me aburren. Yo bostezaba y miraba para todos lados y después empezaba a mirarles la cara y a no aguantar lo cretinos que eran, lo suficientes. Al fin me mandaba mudar sin decir adiós. Me había hecho bastante impopular. Pero mucho más impopular me era la gente a mí. Atajo de perfumados burgueses con la alcancía a la rastra.

Volvía una noche al hotel. Hacía un viento del demonio, y frío. La mujer estaba parada en la vereda de la esquina, envuelta en un abrigo de piel negra. Y era lo más lindo que yo había visto en mi vida y fruncía el entrecejo para proteger los ojos del viento. Estaba esperando un taxímetro y se acercó un chico y se lo trajo y yo me aproximé maquinalmente para abrirle la portezuela y aparté con brusquedad al chico. Me pareció que ella me miraba con violencia; estaba en cabeza; desde el asiento del taxímetro llamó al chico y le dio una moneda. El auto desapareció y entré en el hotel. Bena estaba tomando la sopa. Me senté y no le contesté a nada de lo que me hablaba. Me dediqué a tragar. Estaba fuera de mí. Ni yo mismo me podía soportar.

Al día siguiente almorcé con un empresario de San Isidro. El sujeto no me dejaba hablar del asunto. Cada vez que yo empezaba a decirle algo se deshacía en un mar de lamentaciones. Estos le pagan a uno el almuerzo para echarle encima un chorro de palabras y uno tiene que irse con las propias palabras adentro. Pero a mí no me iba a embromar. Le corté lo que estaba

diciendo y le endilgué el disco de Varekleel. El truhán dijo que no —como de paso— y siguió hablando de sus cosas. Lo mandé al diablo y me mandé mudar, sin oír siquiera los improperios. Podía seguir hablando hasta reventar.

La mujer que había visto la noche antes estaba comiendo con un hombre en el comedor del hotel. Me gustaba. Me gustaba bárbaramente. Tuve ganas de estar con ella y de que me hablara a mí y de mirarla de cerca. Yo tenía una mesa pegada a la pared y ella estaba en el lado contrario. Sólo después me fijé bien en el hombre que la acompañaba. Tenía una facha bárbara de contrariado. Un individuo de pelo medio gris y muy enjuto, muy comido de carnes, lo mismo que si hubiera vivido martirizado por el sacrificio de una dieta perpetua.

La miré durante toda la comida. Ella no miraba. No miraba para nada. No sacaba los ojos del espacio de su mesa; levantaba los ojos del plato para mirar al marido y contestarle; nada más. Estaba seria; nunca se reía. A veces hablaba agitadamente, a veces despacio. Me pareció una mujer de carácter. ¡Qué estupenda era! Cuando acabaron de comer se pararon. Ella era alta y estaba toda vestida de negro y llevaba entre el hombro y el seno izquierdo un jazmín blanco. Dos seres medios sombríos, altos y de carácter, finos. Parecidos a mí: ni miraban alrededor.

Las cosas siguieron andando para abajo. Y aquel estúpido de Bena sin levantar cabeza, abatido, errante, lo mismo que un fantasma.

Yo pensaba en aquella mujer. Me despertaba pensando que la iba a ver y me acostaba con el retrato de ella al irse por el salón a sus habitaciones, alta, esquiva. Nunca se me hacía tarde como antes para llegar a comer. Era el primero en sentarme en el comedor. Esperaba que ella entrara; esperaba el momento de que mirara y de mirarla. Trataba de meterle una mirada hasta el fondo. Basta con que ciertas miradas encajen. Lo demás viene solo.

Pero parecía mirar sin ver, cuando al entrar miraba todo el comedor y mi mesa. Parecía pasar por encima de mí y detenerse un poco en Bena. Tal vez el infeliz le inspiraba curiosidad. O tal vez no y lo miraba, no más, distraída.

Me propuse hablar con ella, abordarla, acercármele a toda costa. Empecé a quedarme por las tardes solo en el salón, las horas, hojeando revistas, fumando. A veces me aburría y me ponía a silbar despacio mirando las paredes y el techo.

Dos veces la vi salir con el marido. "Es cuestión de paciencia", me dije. Estaba dispuesto a tenerla.

De noche, después de comer, yo me iba por ahí. Bena me comunicó algo que me hizo dar una rabia enorme contra mí mismo: de noche, después de subir un rato a su cuarto, el matrimonio bajaba un rato al salón a hojear las revistas y charlar. Insistí para que me contara algo más.

—Y anoche se pusieron a conversar conmigo y con Olmos, el cuervo bonito. A ella le gusta hablar de música.

Me dio una rabia tremenda contra mí mismo. Aquella noche me quedé en el salón después de la cena. Estaba el cuervo buen mozo leyendo, morocho y con el pelo tirante, encerrado. Tuve que sentarme y que trabar conversación con él. Habían hundido un barco. Hablamos del hundimiento. Era un tipo de pocas palabras, medio petulante, que hablaba desde arriba, más desagradable que el diablo. Bena estaba ahí, callado.

Pero aquella noche no bajaron. Bajaron la noche siguiente. Y yo me hice presentar y ni ella ni el marido me miraron con buenos ojos. Se pusieron a hablar con el cuervo buen mozo de películas de cinematógrafo. Yo quería tallar en la conversación y dije algunas cosas. Ni me contestaron. Se fueron pronto a dormir.

"Está bien, me dije, está bien, ya van a entrar por el aro". Anduve dos días casi colérico. Después supe que dos tardes en que yo había salido ella había estado hablando con Bena en el salón. Yo no sé lo que éste le había contado. Seguramente le contó algo de su vida. Se lo pregunté de mal modo y no largó prenda. Estaba más idiotizado que nunca. Andaba hecho un zaparrastroso; daba lástima. Si hubiera cuidado un poco más el exterior tal vez hubiera conseguido algún puesto de pianista. Nunca aprendió eso de mí. Motka, en el café, me decía: "Che, qué cajetilla. Parece que no te entierra la mishiadura". (Habla siempre de esta manera vulgar.) ¡Enterrarme! Yo hubiera podido ser aquel Varekleel con todos los aires del caso. Yo lo había inventado y hubiera podido serlo mejor que nadie. Lástima que no sabía un comino de piano. Dios da pan a los que no tienen dientes.

Aquella mujer me preocupaba más y más. Me tenía atrozmente metido. Y rabiando. Había empezado a mirarme con

cierto fastidio. "Mejor" —pensaba yo—. "Esto es mejor que si no le importara un comino".

No me iba bien en nada. La plata se estaba acabando. Todas las conversaciones eran inútiles. Me daban unas ganas locas de insultar a todos esos individuos imbecilizados hasta los huesos. Avaros e idiotas. Incapaces de ver un negoçio.

Cada día las cosas se ponían peor.

Esto me ensañaba en mis propósitos respecto a aquella belleza. ¡Qué mujer! Tenía un modo de estar, un modo de echar atrás la cabeza, que daban ganas de dominarla, de humillarla. Y siempre con aquel modo malditamente despreciativo de no oírme. Emperrada.

Era, tal vez, por lo de Bena. Algo le habría contado, el cretino. Se conoce que ella le tenía lástima. Lo miraba como protegiéndolo, y a mí como si fuera un criminal.

Vi que le gustaba hablar con el cuervo bonito. En el comedor, más de una vez, la pesqué mirándolo. Fijamente. El marido tenía siempre aquella cara de consumido, de dispéptico. Debía de tener un humor de perro. Uno no se explicaba cómo podía estar al lado de él aquella mujer.

Yo empecé a querer brillar, mal que les pesara. Un domingo a la tarde llovía y no salieron. Olmos no estaba. A la siesta nos quedamos en el salón. Bena les empezó a hablar de Bach y de Wagner. Yo no me atrevía a hablar de Varekleel. Bena debía de haber contado algo. Me puse a decir cosas graciosas. Al principio estuve ocurrente.

Pero ella me miraba sin contestarme; indiferente y alejada. El marido escuchaba pasivo, echando lentas bocanadas de humo. De pronto ella le preguntó no sé qué cosa y él le contestó algo que no oí. Lo mismo que si yo no estuviera.

Les largué aquello de sopetón:

—¿Querrían venir conmigo a una función, el sábado? Algo muy bueno; verdaderamente bueno —les dije—. (No sabía qué funciones había el sábado).

—Gracias. No salimos —dijo ella.

Intenté echarlo a la broma.

—Pero esta vez . . . Miren que es algo que vale la pena. No crean que voy a querer mostrarles cualquier cosa . .

Bajé de golpe los dos brazos con las palmas de las manos

para arriba en un ademán de imploración, mostrándome a las claras un poco farsante para hacerles gracia.

—No salimos —repitió ella.

Tenía algo —qué sé yo— de amargo y de brutalmente atrayente a la vez. Una perra espléndida.

Estuve allí insistiendo y al final el marido me miraba con malos ojos. Después se levantaron y se fueron; y ella ni me miró. Dijo "buenas tardes" mirando a Bena y Bena le contestó lánguidamente. A éste todo le importaba poco como no fuera tocar el piano en algún antro de esos.

Aquella noche fuimos a un cinematógrafo de barrio y vimos no sé qué macana. Uno de esos líos sentimentales donde todos parecen unos crápulas pero de repente parece que todos son buenas personas. Yo no me hubiera quedado hasta el final, pero Bena seguía todas las peripecias como si hubiera estado viendo pasar la Biblia.

Me dormí pensando en la escena de la tarde y en el modo que tuvo de no mirarme al irse.

Me desperté al alba y estuve planeando aquello y después me levanté y fui a ver si Motka tenía alguna noticia y no tenía ninguna. Nunca tenía ninguna. Anduve por Vélez Sársfield ofreciendo lo de Varekleel. Anduve también en otras partes. Al empresario de uno de los teatritos lo conocía porque había sido colega, antes, y no pude hacer nada y estuvimos conversando un poco de otros tiempos. Era bueno entonces: mano y cabeza rápidas. Pero ahora no entendía más que de fiestitas cursis y de "cosas limpias". Las gentes cambian tanto que parecen otras. Este rápido de manos estaba aquí con tamaña panza cruzada por la cadenita de oro con una medalla colgando, y diciendo: "sí, claro", "sí, claro", como un idiota. Echado a descansar.

Las cosas me importaban menos. No tenía más que ganas de llegar al hotel para verla. La iba pensando por la calle. La pensaba de muy diferentes maneras. La pensaba siempre con rabia. Yo no sé por qué, pero la pensaba siempre con rabia.

—Bueno —me dije—. Esto lo tengo que arreglar.

Empecé a fijarme en el comedor, empecé a observarla bien. Sí. Le gustaba Olmos. Era evidente que le gustaba. Lo miraba. Era al único que miraba. Prendía el cigarrillo mirándolo con ese aire de no importársele nada gran cosa. El marido tenía el brazo estirado un rato con el fósforo encendido mientras ella chupaba

despacio. Era capaz de enloquecerlo a uno. Yo la miraba con rabia. No parecía notar que Bena y yo comíamos en una mesa de ese comedor. Después del café salía con aquel orgullo feroz.

Mientras comía, Olmos, la miraba; no le sacaba los ojos de encima.

Era el 13 de junio, al anochecer. Crucé la calle, caminé dos cuadras, entré en la florería e hice mandar aquel ramo. A nombre de ella, y sin tarjeta ni ningún signo de su procedencia.

Llegué a comer temprano. La vi entrar —alta, dura— en el comedor. Lo primero que hizo fue mirar para el lado de Olmos; pero no lo volvió a mirar más. A los postres prendió el cigarrillo sin mirar más allá de su mesa. Alzó la cara y echó el humo hacia el techo, bruscamente.

La fiera estaba cohibida. Las flores ¿eran de él?

Y esta vez, al salir, me miró a mí. ¿Podía haberme atrevido?

Pero ni levanté los ojos. Me hice el distraído. Y sentí —lo sentí en la espalda— que había desechado esta última idea.

Hice lo posible por acercarme a Olmos después del café. Paró solo un instante en el salón. Le colgaba el cigarrillo recién encendido de los labios pálidos en la cara oscura. Le hice un gesto y le di, como sin quererlo, tal vez despectivamente, una broma con la mujer. Se sonrió, entrecerrando los ojos para que no le entrara el humo, y se fue estirándose con las dos manos la parte de atrás del chaleco, con el aire de un tipo que guarda el secreto.

Al día siguiente repetí lo de las flores, pero por la mañana. A mediodía me pareció que ella estaba, de nuevo, cohibida. Después del almuerzo noté que Olmos se quedaba en el salón a leer los diarios. Subí a mi cuarto y dejé la puerta a medio cerrar.

Abajo, el salón quedó pronto desierto. A eso de las cuatro oí pasar por el corredor al marido. Lo oí bajar, irse.

Tiré el diario al suelo y me eché en la cama. Estuve un rato a la expectativa.

Ella salió de su cuarto al fin; la oí bajar las escaleras. Me incorporé y fui hasta la puerta. La oí preguntar en el mostrador, a un costado del salón, por no sé qué cosa: estampillas o sobre o algo así.

Debía regresar para subir de nuevo cuando Olmos, desde el sofá en que estaba sentado, le dirigió la palabra. Escuché atentamente. No oí más que aquellas palabras sin interés, corteses, un

silencio de ella. Luego la pregunta esperada: ¿Le había mandado él las flores? Le costó preguntárselo —se advertía de sobra: la voz de ella tenía no sé qué frialdad tímida.

Y él debió creer que la pregunta era un pretexto, un puente que se le tendía. Y protestó ingenuamente que no, que no lo había hecho, pero que lo haría —¡claro! — aquella noche misma. Entonces vino la voz neta de ella, conminatoria.

—No lo haga. No lo vuelva a hacer. Por favor. (Ese por favor era una orden).

—¡Pero si no lo he hecho! Deseo hacerlo ahora. ¿Qué mejor modo de manifestarle, señora, mi admiración . . .?

Ella le cortó secamente la frase. Desde la puerta, a un paso de la baranda del corredor alto, yo la presentía parada, espléndida, de negro, esquiva, cortante aun antes de hablar.

La oí que subía. Cerré despacio la puerta. La cosa andaba: aquellos dos estaban comunicados ya por algo concreto, material. No había sino que juntarlos más . . . y seguir.

Al anochecer estuve en un bar, solo, bebiendo unos tragos de ginebra. Envuelto en el resplandor amarillo y el humo, seguí pensando en la cosa. Era bien simple. Todo es simple, pero hay que pensarlo. Es cuestión de inteligencia. ¡Valía la pena! Tenía unas ganas tremendas, insoportables, de humillar aquellos ojos, de obligarlos a bajarse, a bajar desde aquella soberbia a ver qué les parecía lo de acá bajo. Me puse serio sin quererlo ante esta idea. Entraban en el bar unos tipos rarísimos, flacos, friolentos.

Empezaba a llover afuera y un mozo, junto a la puerta, sembraba el piso de aserrín. La llovizna golpeó fuertemente en las vidrieras; luego amainó. Salí, distraído, y me fui directamente a casa.

Vi en el tarjetero cómo se llama. No se parecía nada a ese apellido. Era un apellido redondo —Lima— y ella era alta y afilada. En el comedor, aquella noche, parecía un perro de raza acosado. El brío, el desasosiego de adentro se le veía en la piel tranquila . . .

El marido miraba con insistencia a Olmos. Sin duda le molestaba el modo como él miraba a su mujer. Ella comía con indiferencia.

Todo aquello estaba trabado.

Las reuniones en el salón se hicieron más escasas. Los Lima

salían de noche. Pero Olmos estaba allí, de guardia, noche tras noche. Y nosotros también.

Los días de gran frío se quedaban un rato oyendo algunas piezas espetadas en el salón por el aparato de radio. Lima tenía un aire extremadamente serio y no se movía de allí. Y ella hablaba poco, parecía atenta sólo a la música y cuando miraba a Olmos lo hacía sin visible interés.

Visité la florería e hice mandar un nuevo ramo. (Espléndidas rosas rojas).

Produjo su efecto. Sobrevino en el ambiente una especie de gran silencio. El matrimonio no volvió al salón. Entraban y salían reservados, serios, como enarbolando un disgusto.

Olmos, con su cara de gato escaldado, daba lástima, sentado allí todas las noches, a la espera. Yo me lo llevaba a Bena por esas calles, a andar. Todo tiene su tiempo.

Era un invierno de mucho frío y las cosas tenían el aire de andar más que el diablo y daban ganas de irse a alguna parte.

¿Pero adónde?

Empecé a ejercitar a Bena (sin que él lo notara) en el espionaje de los Lima y de Olmos. Como el infeliz se pasaba el día leyendo libros viejos en el salón podía espiar muchas cosas. Lo que me contó en definitiva fue que Olmos volvía del trabajo a instalarse en el salón pero que ella ahora no bajaba nunca.

La estratagema de las flores había ayudado. Pero hasta cierto punto. De ahí en adelante había que encontrar el modo de hacer otro nudo. Yo tenía urgencia de que él y ella se arreglaran. Era la única esperanza.

Empecé a hacerme el encontradizo con Olmos. Lo invité a tomar algo en un bar, una tarde. Fuimos al bar "La Bolsa". Era difícil llevarlo a confesar algo. No he visto un provinciano más receloso. A fuerza de habilidad, le entré por un atajo para hablarle de la señora. Se sonreía con aquella cara trigueña, aceitosa, y no largaba prenda. Después de sonreírse me miraba desde muy hondo con desdén y malicia. Pero también era difícil ver esto en aquellos ojos chicos. Brillaban, impasibles. Se creía más vivo que yo.

Así me le subí por arriba y le insinué, como quien no quiere la cosa, dos o tres consejos. Táctica para acabar con ciertas resistencias de amor. Se sonrió, una vez más, y se echó a la garganta un trago corto. Lo que les pasa a estos sobradores es

que cuando ellos van, uno vuelve. Me separé de él para volver al hotel solo. ¡Buen imbécil!

Aquella noche era una diosa. (Sí, lo que dicen que es una diosa). Estuve mirándola durante toda la comida. Y Bena me hablaba. Y yo estaba como loco de atraído y de obsesionado. Tuve el deseo de que fueran al salón. Pero no fueron: subieron directamente a las habitaciones. Y me quedé un rato a esperar, bebiendo el café, arrellenado, con Bena y Olmos y el suizo, que se quejaba como un Jeremías de la falta de viajeros.

Bena y Olmos le escuchaban contar no sé qué historia de su tierra, algo de las montañas o de un río y de las costumbres de la gente en invierno. Hablaba como un Jeremías, lleno de nostalgia, triste.

Yo estuve mirando la baranda de arriba, a ver si se abría aquella puerta. Al rato pensé que debían de estarse acostando.

Agarré el sombrero y me eché solo a la calle y anduve pensando en ella sin poder parar, rabioso y confundido.

A la noche siguiente, durante la comida, ella estuvo mirando a Olmos con los ojos fijos. Sentí una alegría brutal. El provinciano debió darse cuenta. No comía: estaba sentado como una estatua, un poco echado hacia atrás en su silla, entre presuntuoso y cohibido, haciendo bolitas de miga entre aquellos dedos que apenas parecían moverse.

Sentí una alegría brutal. Cuando el matrimonio subió a su cuarto me llevé a Bena a dar una vuelta. El hablaba y yo rumiaba, callado, sonriéndome por dentro.

Yo tenía necesidad de agarrarme a aquella mujer. Pronto iba a quedarme en la calle, tal vez errabundo en busca de unos centavos por día, rotoso, sucio, a la deriva. Tenía necesidad de agarrarme a algo. Tenía necesidad de agarrarme a aquella mujer.

Por eso aquella noche sentí una alegría brutal.

A veces es una asquerosidad la manera como uno se prende a cosas que no tienen ninguna importancia. Un amigo de infancia se había pegado un balazo porque a la hermana le gustaba dormir al raso con desconocidos; otro se zampó un veneno para las ratas porque no podía pagar treinta pesos de alquiler. Es una asquerosidad la manera como uno se prende a veces a cosas que no tienen ninguna importancia.

Yo iba a quedarme en la calle, lanzado a la deriva, en busca de unos centavos por día. ¿Acaso me importaba algo?

Me importaba lo otro.

Los dos días siguientes los pasé rondando como gato al acecho a ver si el asunto prosperaba, a ver si ella le daba a Olmos ocasión de hablarla. Mi alegría se ensombreció. Ella parecía más dura, no se la veía para nada durante el día y ya casi ni se quedaban en el comedor. Ahora resultaba que ella lo miraba con cierto desdén, que parecía enojada.

Increpé al provinciano en cuanto salió del comedor. Tomé por pretexto aquel empujón para decirle que era un idiota. Luego llevé al asunto al terreno de la señora y le dije que los hombres se habían vuelto cobardes con las mujeres. El provinciano ni se inmutaba. Podía caerle encima el diluvio, y nada.

No me quedaba más que renunciar a la idea de cazarla en sus propias redes, de atraparla in fraganti y sacar mi partido con una viveza cuya ferocidad me había hecho reír mientras la pensaba. No me quedaba más que renunciar a esa idea. Me puse de un humor de perros. ¿Acaso iba a tener que preocuparme ahora por mi situación? Me puse a silbar el *Sueño de amor* de Liszt. Pero era como si silbara algo desagradable que me irritaba todavía más; me callé y me fui a la calle.

Tenía un fastidio bárbaro, no me daban ganas más que de insultar a la gente o de emprenderla a golpes. Tenía un cansancio horrible. Anduve viendo a otros empresarios en barrios absurdos. Me presentaba con una flor —un jazmín o un clavel— arrancada en cualquier verja. Prendiéndole los tres botones, el saco parecía siempre planchado. Estos empresarios no se prendían más que uno solo y al lado mío parecían unos pobres diablos. Yo los miraba desde atrás de mis tres botones prendidos como desde una torre. Y al decirme que no, echaban el borbotón de excusas como si me lo escupieran en la flor.

No había nada que hacer con ellos.

Volvía a casa y me echaba en la cama a silbar despacio pensando en dos o tres cosas. ¡Qué vida! Todo era aburrido; sin fin. Un anochecer de esos me levanté, salí al pasillo y comprobé que no había nadie en el cuarto del matrimonio. Bajé y me cercioré de que no estaban en la casa. Entonces volví a subir, toqué el picaporte: la puerta estaba cerrada. Bajé de nuevo. El patrón no estaba en el bar. Fui al tablero y descolgué la llave. Subí y abrí. El cuarto estaba lleno del perfume que ella usaba. Me fijé en todo lo que había allí, la gran cama, la cómoda, el

ropero, los retratos, la gran cortina blanca caída hasta el piso sobre la ventana de la calle. En la cómoda había un retrato de mujer con marco de cuero de chancho, un libro, un juego de tocador —de plata— y un cuchillo de caza. El cuchillo tenía un mango que representaba en miniatura una pata de caballo; en ese mango, grabadas a fuego, las iniciales de Lima: M. L. Me quedé un momento parado respirando la atmósfera de ese cuarto, el arreglo de las cosas; las cosas; el olor a ella, ese suave aroma de carne y madera antigua. Bajé y volví a poner la llave en el tablero.

Empecé a golpear las manos hasta que vino el suizo y me sirvió una ginebra y empezó a hablarme de mil cosas.

Pasé unos días infernales. Conseguí —después de media hora de lucha— sacarle al judío Motka cien pesos prestados. Pagué al suizo lo que le debía y quedé debiendo un mes. Bena se dedicaba a tocar algunas piezas patrióticas o trozos populares que enardecían a los borrachos en los bares del bajo y conseguía juntar algunas monedas cada día. Yo me pasaba gran parte del día echado en la cama, fumando y pensando. No podía sacarme de la cabeza la idea de aquel cuarto con su perfume y del cuchillito. Cuando no podía aventar la idea fija me iba a la calle. Pero las gentes me exasperaban cada vez más. Tenía necesidad de volver y de sentarme en el hall, a pensar.

En realidad no se me ocurría nada. No podía pensar en nada; más que en aquello. Me era imposible llevar mi imaginación al plano de algún método que me rehiciera económicamente. Estaba hecho un imbécil, un enfermo. Por un lado me tenía rabia a mí mismo y por el otro me gustaba ponerme a pensar en aquella mujer y en el perfume que había en el cuarto.

La veía todas las mañanas y todas las noches. Y todas las mañanas y todas las noches pasaba por el lado mío dando vuelta la cabeza con un desprecio que yo ya no podía aguantar. Nadie sabe lo que es una cosa así.

Me largaba a recorrer las calles de siempre. Me detenía ante las mismas vidrieras. Paraba, antes de cruzar, en las mismas bocacalles. Esperaba más de lo necesario. Los automóviles clareaban sus filas, las apretaban de nuevo.

Pensaba en el cuarto y en el perfume y en el cuchillito con las iniciales puesto con los cepillos de plata sobre la cómoda.

Yo no sé cómo se me ocurrió en una de esas vueltas a casa a

la hora de comer apoderarme de aquel guante de Olmos. El sombrero del provinciano estaba colgado de la percha, a la entrada; los guantes, cruzados, abrazaban la copa del sombrero. Tomé el guante y me lo eché al bolsillo y entré en el comedor. Después de la cena me largué a andar por ahí y creo que llegué a pie hasta Palermo y luego tomé un ómnibus de vuelta. En el asiento de enfrente viajaban dos mellizas con el pelo pajizo peinado en lacios bandós, increíblemente feas, boquiabiertas. La cantidad de gente estúpida que anda por el mundo.

¿No era necesario que yo rehiciera mi vida? Necesitaba pensar algo, algo.

Para recomenzar hay que ir hasta abajo de todo, hasta el fondo, antes de empezar de nuevo. Hasta el fondo; hasta abajo de todo. Cuando no queda *nada* uno vuelve a empezar. Entonces, uno puede ser nuevo. Pero no antes. Primero hay que arrasar con lo que sea algo más que nada. Hay que bajar hasta el fondo.

No podía pensar más que en aquella mujer, en su cuarto, en el perfume a carne y madera antigua.

Faltaba que faltara eso —que era todo— para que no hubiera *nada*. Que me sacara de las narices ese olor a carne y madera antigua.

Todo el día estaba esperando a que llegara, entrara, se moviera en la casa y que su modo de mirar hubiera cambiado. Era tenaz. Pero no más que yo.

Imposible seguir.

El último detalle se me ocurrió naturalmente.

Me dio mucho placer que se me ocurriera y que fuera tan simple; y tan perfecto.

Estuve esperando la oportunidad siete días seguidos. Por una cosa o por otra las cosas se presentaban mal. La pareja salía todas las veces. Yo no dejaba mi cuarto, atisbaba, atisbaba. Me daba rabia que entrara Bena y lo echaba cuando llegaba antes de la noche. El pobre estaba casi completamente imbecilizado. Ante la primera increpación tomaba el sombrero y se iba.

Un viernes *sentí* que estaba sola. Me eché al bolsillo el guante de Olmos. Fui hasta la puerta del cuarto de ella. Al principio no oí nada; creí que me había equivocado. Pero en seguida la oí caminar: dos pasos, después nada. Eran las seis y cuarto.

Bajé rápidamente, descolgué el sombrero y salí a la calle. Fui hasta un bar que quedaba en la esquina. Escribí las cinco líneas para el suizo pidiéndole que estuviera en la confitería de Lagos a las siete —la confitería quedaba a cinco cuadras del hotel—, que yo lo estaría esperando allí desde un rato antes: tenía que entregarle cien pesos y encargarle una comisión urgente. Arreglé con un chiquilín a cambio de unas monedas que llevara el papel al hotel y lo entregara al suizo diez minutos después. Volví rápidamente y estuve esperando a que el patrón se retirara del mostrador. Estaba limpiando una enorme lámpara. Al fin acabó y se la llevó para adentro. Entonces subí sin hacer ruido. Mi corazón estaba tranquilo. Mi cabeza veía claro.

La puerta estaba cerrada. Llamé, y en ese solo minuto mi corazón saltó. Fingí la voz del suizo. En la cerradura giró la llave, la puerta se abrió. Ella apareció, envuelta en un batón rosa, alta.

Era una tarde de calor pero se había levantado un poco de viento. Al abrir la puerta se estableció una corriente de aire porque la ventana estaba abierta y una ráfaga levantó la cortina y llegó hasta mí. Ella tuvo que hacer un movimiento con las dos manos para sostenerse el batón en el pecho. Cuando intentó cerrar yo estaba adentro. Le dije que no se alarmara, que iba a hablarle de algo delicado. Dio un paso atrás, cerré la puerta sin darme vuelta.

Eché una mirada a la cómoda: todo estaba igual. Me sentí seguro.

Ella adoptó una actitud desafiante; sus ojos nunca habían estado tan violentos ni su expresión tan cargada de desdén y repugnancia. "No me mire de ese modo —le dije—. Porque es peor". Empecé a contarle la historia de mi pasión por ella y salté de los primeros detalles a hablarle con urgencia del presente y de mi situación de espíritu a causa de ella. La sacudió una gran violencia e hizo un movimiento hacia adelante. "¡Salga!", me gritó. Jamás la había visto así, tan distinta a todas las mujeres del mundo y tan necesariamente mía. Me abalancé hacia aquel cuerpo de perra espléndida. Entonces ella fue a gritar y yo le tapé la boca con la mano y de un envión brusco y seco la empujé hacia la cama para que tropezara con las pantorrillas y cayera. Yo caí sobre ella y me costó un enorme esfuerzo impedir que sus esfuerzos disminuyera mi imperio sobre ella.

Quería, desesperadamente, besar aquellos labios en los que había pensado noche y día desde hacía tanto tiempo. Sentí en la cara su olor y su calor. Pero su violencia y su asco eran tales que daban a todo su cuerpo armas increíbles. Al tratar de impedirle todo movimiento yo tocaba con mis brazos su carne túrgida. Mi esfuerzo era mayor porque yo tenía que tratar de que no me rasguñara la cara. Vi que ante aquel menosprecio que parecía eterno me inundaba una inmensa rabia, un deseo brutal y ciego de concluir de una vez. Fue como un torrente de decisión. Y empecé a apretar la garganta, primero —torpemente— con la palma de la mano y después —seguro— con los cinco dedos; y después con las dos manos. La boca de ella estaba abierta y sus ojos habían pasado del desdén al infinito terror; y yo hubiera dado máquina atrás si no hubiera sido ya demasiado tarde. Apreté con las dos manos hasta que dejó caer desmayadas las manos. ¡Qué espléndida estaba y qué pálida! Ya pasiva. Me precipité a la cómoda y tomé el pequeño cuchillo y saqué del bolsillo el guante del provinciano y clavé de un golpe la pequeña hoja con mala suerte: casi saltó de rebote al dar sesgado en la clavícula. Tuve que golpear de nuevo. Y esta vez sentí entrar el estilete en la parte alta y mórbida donde empezaba la separación de los pechos. El guante se empapó de sangre. No hubo más que un quejido y quedó como dormida mientras en la calma del cuarto entraban avivadas por el viento como lenguas de fuego blanco las cortinas de gasa.

La miré. Tenía una belleza fría; una belleza blanca y helada.

Me asombró ver lo fácil que había sido. Cerré la puerta y fui a mi cuarto y me lavé las manos silbando y bajé y tomé un taxímetro y le di las señas de la confitería. La tarde parecía haber abierto todas sus puertas a una indefinible frescura. Yo caminaba como en el aire, libre de todo peso, errante en la nada con la aérea facilidad de un hombre que entra en otra vida. Cuando algo así se va uno queda liviano. Las amarras están rotas. Y uno es dueño de todo, de uno mismo. Enteramente dueño hasta del vacío que queda en el lugar de lo que estaba. Sí, el aire tenía olor a aire. El mundo aparecía como esa otra cosa que quedaba aparte: el hermoso cuerpo acostado; el marido y el provinciano interrogados; la duda abierta en el tribunal por aquellos dos elementos de prueba que se anulaban entre sí. Todo estaba perfectamente previsto; no condenarían, fuera de duda, a

ninguno. Y a la hora del crimen yo estaría tomando un aperitivo con el suizo. De un salto bajé del automóvil con imprevista agilidad. Y entré en el mar de mesas. El suizo esperaba, con su cabeza de bestia en éxtasis. Todavía tuve ocasión de increparlo, haciéndole notar lo mucho que había tenido que hablar por teléfono en la casilla pública para llenar el tiempo de su impuntualidad. La vida es un juego de cartas; hay que jugarlo bien. No hay más que una trampa, una sola suerte ilícita, y es el jugar mal. Todo es, al fin y al cabo, cuestión de cómo se arreglen los detalles y de la cantidad de viveza que uno emplee en la preparación de esa delicada red que es una estratagema.

Después de dejar al suizo me fui a caminar un poco por la Avenida hasta la Catedral. La tarde estaba espléndida y comenzaba a anochecer. Las gentes parecían vacías. Me senté en la plaza al lado de un viejo y estuve mirando el pasto que se ponía negro y el cielo y las bocacalles que rodeaban la plaza con sus avisos luminosos. Después me levanté para volver. Las gentes parecían vacías. En la Diagonal topé con unos señoritos de traje entallado, como mujeres. Daban asco. Entré a comprar un paquete de cigarrillos. "No", le dije al diarero. Insistió y lo miré y desapareció. Ya era completamente de noche. Me fijé en el reloj de la diagonal: las nueve. Bueno. Trepé en uno de los ómnibus. Ibamos como sardinas. Un tipo se empeñaba en leer y le estropeaban el diario; protestaba. Me bajé media cuadra antes del hotel. Lo que esperaba: un montón de gente apretándose como moscas a la entrada. Levanté la cabeza. "Hay que entrar como un señor", me dije para adentro. Entré como un señor, sin hacer caso de los curiosos, empujando, con los ojos fríos. Había un vigilante en el vestíbulo; nadie más. Todos esos estaban parados en el corredor. Pero no frente al cuarto de ella. Estaban más allá; estaban frente al cuarto de Bena. Caminé, pero como paralítico.

La cabeza de él estaba caída y el cuerpo caído —tan solo, tan solo en aquel cuarto. Entre extraños. Me quedé ahí parado. Lo tenían en el suelo. Y vi la corbata atada al cuello y los hombres parados, hablando, diciéndose lo que había que hacer. *La otra puerta estaba cerrada.* Busqué con los ojos al marido. Estaba el suizo —estaba Olmos; como idiotas; pero no él. La otra puerta estaba *todavía* cerrada. Me sentí como una cosa muerta.

No sabía si entrar; qué hacer. El suizo me estaba hablando. Y yo miraba a Bena en el suelo y me sentía como una cosa muerta y no hubiera podido decir nada.

Entonces salí y me fui. Y ni pensaba, y nada me servía de nada. Lo había descuidado. Ahora estaba ahí, tendido. A veces ni se puede mirar la noche. La noche está a veces llena de noche —vacía de cosas humanas. La abuela chillaba allá en mi casa y los ojos de mi madre miraban. Ahí clavados. Atravesé la calle. ¿Para qué existirán los ojos fijos así, la gente que duele, los malditos indefensos? Lo transforman a uno en nada, lo acaban, le destruyen el alma. Uno no puede ni pensar. Lo encierran, lo dejan sin sangre, acabado. ¿Para qué existirán?

N° 103. Abril de 1943.

RUDOLPH KASSNER

Ubi magnitudo, ibi veritas. Este apotegma agustiniano cubre el circuito del pensamiento fundamental de Kassner. El pensamiento de Kassner arranca de la idea de que el mundo y el individuo no se absorben recíprocamente; ni las exigencias imperativas de su fin ni las cuotas de su destino espiritual disuelven en el hombre su aptitud de grandeza; para que haya medida y grandeza es menester que el mundo y el hombre no se derroten mutuamente. Kassner piensa que el eudemonismo goethiano fue pernicioso para la individualidad en el sentido de proponerle una perfección que no era más que actitud y que minaba su verdadera aptitud para el esfuerzo y para el combate. Al acercarse a su propio yo la individualidad se rescata. Ni el patriota se disuelve en la patria ni el piadoso en Dios: "le dévot véritable ne profane jamais son Dieu". Y en el hecho de absorberse en El sin destruirse a sí mismo encuentra grandeza y medida. Para que exista verdadera individualidad, Kassner reclama la existencia, en el espíritu o en la fe del hombre, de entidad, medida o grandeza. El hombre ordinario existe en lo incierto, en lo indeterminado, que carece de medida y de grandeza; pero el *individuo* vive en un mundo determinado. La individualidad, para Kassner, es ley y medida única. Con la fisura que se produce cuando coexisten dos leyes —una para el criado, otra para el amo— el desarrollo de la personalidad no se favorece, sino al contrario. El mundo moderno produjo un hombre que Kassner califica de indiscreto: es distraído, es desordenado y disipado desde adentro; como materia de grandeza no vale nada. Es espiritual y carece de espíritu —grande y sin embargo pequeño. "¿Quién no conoce al gozador sin gusto, al erótico triste, al esteta compasivo, al patriota por desesperación y sin fe? ". El carecer de objeto lo hace indiscreto y no se da porque cree que si se diera perdería su propio valor; frívolo y melancólico, en "un mundo de misteriosos destinos" no es más que jugador. La peculiaridad de su

alma consiste en ejecutar muchos actos menos *el acto único*; por tanto, su medida es el miedo. Dice Kassner que se puede reconocer al indiscreto en su obra porque ésta es sin fervor y en consecuencia, informe. Supersticioso de grandeza y heroísmo, el hombre indiscreto exige sólo las máscaras y las caricaturas de estos estados: el actor, la celebridad del día, el tenor, el millonario . . . Kassner opone el hombre antiguo al cristiano. Kassner sostiene que la personalidad antigua es personalidad llena como lo son el cuerpo, el mar, el astro, la bestia, la flor. La personalidad antigua era elemental. La condición del hombre antiguo para ser grande era ser igual a sí mismo, rotundo en su medida y grandeza, a diferencia del criterio romántico de que el gran hombre es un desmesurado. La soledad de Hamlet es infinita, indeterminada; la soledad de César finita, determinada. El amor al amigo es lo que distingue del hombre cristiano al hombre antiguo. En su falta de medida, con su desmesura, no busca perseverar en sí, sino elevarse. El cristiano, como desmesurado, incompleto, culpable, tiene en el pecado su medida, la medida de su desmesura. "Para el hombre trágico, grandeza es pecado; para el cristiano, pecado es grandeza". El hombre antiguo tiene algo de potente en lo insular. Nada de lo que haga el desmesurado lo llevará a puerto: su valor y su medida están en la injusticia y el crimen. Sufre por su carencia de medida, mientras el antiguo lleva en su ley su acción. El cristiano debe perderse para ser. Y siendo —dice Kassner— la conversión —en el sentido paulista de la no-acción— su medida única, la conversión es la grandeza única del hombre desmesurado, del cristiano.

Uno estaría inclinado a pensar que el error de Kassner consiste en ver la universalidad de un solo lado como si viera solamente la parte iluminada del globo terráqueo y dijera que la mitad que ve es completa; siendo que en ese sentido, la otra también lo es; uno estaría inclinado a creer que lo que Kassner postula es una eudemonología al revés, o sea la exaltación del bárbaro *sup specie spirituale.* Sin embargo, no es así; cristiano, Kassner piensa como cristiano. La palabra grandeza asume en su pensamiento un sentido eminentemente espiritual. Nunca confunde las acepciones de fuerza y grandeza y si no acepta, por primitivo, el concepto de Burkhardt de que la fuerza es maligna, juzga que la fuerza maligna está misteriosamente vinculada con la idea cristiana de pecado. El pensamiento de Kassner no es

tendencioso; para él existe una pugna categórica entre símbolo y tendencia. Allí donde el símbolo falta interviene la tendencia. El gran mal moderno ha estado en el modo de efectuar los cortes entre el individuo y el hombre colectivo. Hegel ensayó una conciliación; luego se produce el movimiento del individuo contra la colectividad —Carlyle, Kierkegaard, Nietzsche—; después el de la colectividad contra el individuo. El siglo XIX inventa el superhombre. "El superhombre —dice Kassner— es una idea alemana y un destino alemán, una gloria alemana y un atolladero alemán". Sólo los grandes escritores rusos —piensa— han comprendido las relaciones entre el individuo y la colectividad. Tensión y fuerza han pesado por igual gracias a ellos sobre los dos grandes elementos. Los alemanes y los franceses se vuelven idea mediante el apoyo de la historia, pero los pueblos primitivos no tienen ideas ni historia, no tienen más que alma colectiva y el alma colectiva desempeña en ellos el papel de las ideas y de la historia. Es el escritor ruso, por lo demás, el que ha sancionado por primera vez la idea de vida. He aquí un hallazgo capital de Kassner: la literatura rusa substituye la acción por la vida. Asigna a eso el valor de un acontecimiento en la crónica del alma y del espíritu. Y en realidad lo es: el discrimen entre acción y vida resulta imprescindible para la interpretación de la novela contemporánea. En el mundo de Shakespeare acción y vida estaban constantemente relevándose, entreverándose. Pero la vida es la sola que reclama en individuo y colectividad relaciones recíprocas. El problema, el verdadera problema, está en ejecutar el corte entre individuos y colectividad sin cortar mal, sin herir una u otra carne.

Lo propio, lo mejor de un pensamiento noble y no tendencioso consiste en su cualidad de servicio puro, en ser instrumento de ulteriores estructuras, en ser medida según la acepción de Kassner. Por eso cabe recoger libre y deliberadamente las meditaciones de este prodigioso ensayista para condicionarlas a la idea de que el proyecto presentemente pensable de una democracia distinta asegure al hombre como tal hombre su máximo de entidad. En el sentido de las dimensiones y tonos de este máximo grandor individual nos sirven como ninguna las piezas de la arquitectura ideal levantada por Kassner, esas páginas que, como sus notas apócrifas del emperador Alejandro de Rusia o su coloquio entre Cristo y el alma del mundo, asumen a mi sentir

en el orden de las ideas una originalidad y un valor mágico paralelos a las consecuencias de Kafka en el orden de la alegoría imaginativa.

Kassner vivía tullido en su sillón; disfrutaba en Viena predicamento de místico y estas dos actitudes dadas de su naturaleza física y de su naturaleza espiritual explican la nitidez con que ha querido cortar las amarras o rémoras o impedimentos intermedios que reducen la temeridad individual atándola a las pasiones de lo indeterminado o de lo circunstancial o de lo virtuoso y disolviéndole la medida propia. El acuerdo consigo misma es la primera condición de la grandeza. Mientras el hombre histórico actúa *con grandeza*, el hombre mítico *es* grande, la grandeza no lo ha abandonado y mora en él. El hombre mitológico no ha acabado para Kassner, por eso sigue preocupándolo su destino y su especie. A cada rato nace un hombre tan ingenuamente grande como los antiguos reyes de Tebas. Cuerpo y alma cobran valor idéntico en la mitología, siendo "el alma interior" mera creación de la historia, la cual disemina lo que la mitología reúne, concentra, pues el hombre histórico es grande y pequeño a un tiempo —y por consiguiente desunido por su propia naturaleza. Kierkegaard, por ejemplo, era grande en el "sentido antiguo, hombre único, profundo y desgraciado", sustentando sobre su enorme cuerpo su fe absurda como la tortuga el mundo sobre su caparazón.

Kassner nos relata en una de sus páginas esenciales —de las más bellas— su visita habitual a las quimeras que miran el abismo desde la balaustrada de Notre-Dame. Proceden de una época en que el mundo espiritual era realidad, y el espíritu se reflejaba en el hombre como expresión del divino destino, y las criaturas que habitaban más allá de los astros el reino del Espíritu eran figuras perfectas, mientras las quimeras poblaban el mundo de la ausencia total de espíritu y medida. Si el caos existiera correrían sueltas por él, gritando y devorando; pero el caos existe sólo en el cerebro del hombre. Por eso las quimeras nos habitan en las formas múltiples de nuestra deformidad y falta de medida, en la hipocresía, la rabia, la presunción, la torsión, la falta de claridad, la distracción, la angustia... Y los hombres que cobijan la quimera pecan contra el orden de las cosas. En el mundo sin medida de la quimera todo está aislado; pero nada está aislado en el mundo del Espíritu.

"El solitario, el afligido 'hacen psicología' —dice Kassner—; tal es la psicología de Dostoievski. Ella es el ritmo, la medida de aquel que no tiene ritmo ni medida, del desesperado, de Iván Karamazov. Dante es en sí mismo, tan profundo psicólogo como Dostoievski. Ve a los hombres con la misma acuidad que el sublime ruso. Sólo que los hombres de Dante viven en el Todo; poseen la medida y el ritmo de la tierra común y del infierno —y la de todos los astros y del cielo. Ivan Karamazov es psicólogo porque, como Hamlet, no tiene astro, porque ha venido de la noche eterna y va a volver a la noche eterna".

He aquí para mí un motivo preciso de discrepancia. Los héroes de Dostoievski no son entidades definibles como de razón psicológica; son elementos integrantes e ilustrativos de un orden en que la grandeza y la tragedia aparecen inseparables. Su morada y sus caminos están en el dominio del espíritu, integran un orden distinto pero equiparable al de Dante —un orden en que los antiguos elementos se desplazan para organizar otra magnitud—, y su sentido no puede fraccionarse en meras nociones emocionales.

N° 192/194. Octubre, noviembre, diciembre de 1950.

LA CELEBRACION

Siempre se había burlado de todo eso y cuando el amigo le habló en la calle del asunto le entró ante todo una gran risa. No era que la sensatez del otro flaqueara frente a la cuestión: lo que le daba risa era esa especie de espanto o acobardamiento con que aludía a las experiencias del visionario. Rovira oyó el relato sin dejar de estar atento a las transformaciones que en el rostro del narrador alternativamente se operaban: esas facciones por lo general tan difíciles de conmover se iban acomodando por virtud de la historia en que la boca se había embarcado a las alteraciones menos previstas; se agitaban,. casi palidecían. Y al fin y al cabo lo que relataba no era sino la historia de ese personaje que en el cuarto alquilado en una mueblería de antigüedades se prestaba a mostrar desinteresadamente sus facultades de penetración o de ocultismo a las personas que le llegaran amistosamente recomendadas. No se trataba, como lo dijo quien se lo iba narrando a Rovira, de un explotador o de un farsante, de un loco o de un impostor, sino de un ser dueño de propiedades más afines con la ciencia que con la adivinación.

Rovira se despidió de su amigo no sin cierta sonrisilla de sorna. Caminó bajo los arcos de la calle pensando todavía en el personaje que el otro acababa de describirle y no habían pasado muchos minutos antes de que le entrara una especie de afán, deseo o curiosidad por conocer al sujeto. ¿Sería posible que en algún caso acertara hasta hacer una sola cosa del presagio con el acontecimiento? ¿Podía poseer en cualquier medida el don de anticiparse con la inteligencia a los hechos mismos predescribiéndolos en la proporción que había suscitado tanto asombro en la persona a quien Rovira acababa de oír?

No pensó más en la cosa. Ya conocería al personaje, si las circunstancias lo conducían a ello. Por el momento le resultaba

más hacedero e infinitamente más cómodo, antes que fantasear sobre el vidente, revestir la figura del amigo con los ropajes del ridículo: ¡qué cara más estupidizada por la sinrazón acababa de verle y qué obvia aparecía la estultez de aquella boca puesta a expresar lo que la inteligencia no penetraba ni interpretaba!

Rovira se dirigió hacia su casa. A las siete debía entregar a su mujer el cheque con el que debía pagar los pasajes para ella misma y para los dos niños, y debía entregarle también los datos sobre los dos mejores hoteles de la región donde ella tomaría sus baños de azufre. Ella lo estaba esperando, apoltronada junto al aparato de radio; en el piso de arriba se oían los gritos de los chicos, confundidos en las disputas que parecían ya un rito de la hora, minutos antes de servirse la comida. Rovira colgó de la percha el sobretodo, sacó el diario del bolsillo, y vino a sentarse en la otra butaca que quedaba al lado de la radio. Empezó a sonreírse, con una mezcla de crueldad y benevolencia:

—En la calle, Baldeguini me estuvo contando la historia de ese adivinador que ha llegado, ese belga empleado de banco que para entretenerse tiene algunas reuniones en su casa con gentes aficionadas al ocultismo o con víctimas de nacimiento que se disputan el serle presentadas. Había que verle la cara a Baldeguini: parece que el sujeto le ha relatado con peloss y señales las vicisitudes y desastres de toda su vida y Baldeguini cree que es sin disputa un caso de franqueo con lo sobrenatural.

—¡Qué disparate! —dijo la señora—. ¿Has traído el cheque?

—Voy a hacerlo luego. Pero estoy seguro de que vas a necesitar más de lo que me has dicho. Te conozco. ¿No sería mejor que redondeáramos los siete mil?

—¡Qué disparate! Me basta y me sobra con los cinco mil quinientos.

—No hago más que prevenírtelo —dijo él; y pasó a otra cosa.

Antes de comer subió a ver a los chicos y después de haber jugueteado y reído con ellos se dirigió al escritorio, donde preparó el cheque y despachó con laboriosidad algunos papeles. No se concebía en su casa sino trabajando todavía, descontento con el rendimiento de sus siete horas de tarea en el escritorio. El escritorio funcionaba en el octavo piso de una casa de oficinas, alta, de cristales, luminosa, y Rovira se adhería a su mesa con tenacidad, ocurriendo a veces que se trasladaba allí aun a deshoras de la noche, para terminar cualquier cálculo o corregir unas

cifras o ajustar un balance, en medio del silencio y la desolación de la casa de oficinas. Trabajó, pues, esta noche una media hora y luego, antes de que se les llamara al comedor, pasó a la biblioteca para entregar el cheque a su mujer y echar una ojeada al diario de la tarde, del que no leía por principio más que los títulos. De pronto alzaba la voz para comunicar a su mujer el anuncio o la noticia estampados en la primera página, para lo cual prefería el telegrama menos común o la línea que anunciaba un escándalo o bien la anécdota destacada en el recuerdo.

—¡Qué disparate! —decía su mujer. Y alguna que otra vez el comentario continuaba, entre sarcasmos o entre sonrisillas. A las nueve los llamaban a comer.

Madrugaron al día siguiente, pues el tren salía a las ocho. Rovira tuvo que imponer orden con alguno que otro grito a la hora de los preparativos, pues la behetría y el retardo de los niños amenazaba hacerles perder el tren. Fue feliz cuando los vio instalados en el coche, repartiéndose a todos el apuro, entre bultos y mantas; su mujer brillaba, como siempre, y los niños sonreían con los rostros enrojecidos, en la expectativa del viaje y de la vacación. La familia invadió el andén con prisa, seguida de los dos changadores cargados hasta el aplastamiento. Rovira impartió todavía recomendaciones:

—Los hipofosfitos de Mario, sin falta, dos veces por día. Eres capaz de olvidarte.

—¡Qué disparate! ¿Me he olvidado alguna vez?

—Y este otro, que no ande escapándose de la cama. Armate de energía.

—¡Cuídate tú!

Partió al fin el expreso, y Rovira se quedó en el andén hasta que desapareció de la ventanilla el pañuelo de Mario, que había flotado largamente entre los tiznes más agitado por la diversión que por el enternecimiento.

Rovira se encaminó lentamente a sus ocupaciones. Sentía que la ciudad era otra. Jamás se había quedado solo, salvo aquellos tres días en el club. Ahora experimentaba una sensación de despejo, como si todo su cuerpo fuera cabeza y la cabeza acabara de aligerársele.

Pasaría el día entregado a hacer las cosas que no hacía nunca: meterse en sitios de la ciudad que sólo conocía por referencias, comer en restaurantes adonde nunca había entrado,

echar una ojeada a los teatros y aun —¿por qué no?— a los sitios de diversión donde se oye música y se baila. Su ánimo estaba tan lejos de la disipación o del pecado que podía hacer cualquier cosa sin peligro, tal cual si fuera un turista en un mundo al que acabara de llegar y ante el que no tuviera más que candor.

Eligió, efectivamente, para almorzar aquel restaurancito lleno de maderas y de espejos, con su vestibulillo cubierto de plantas de invernáculo. Estaba en el centro de la ciudad y un gentío de extranjeros colmaba el salón lleno de humo. Rovira se despojó ante el espejo que corría al costado de la mesa de su bufanda de seda, —aquel regalo de su mujer, que siempre le había resultado demasiado larga—, una bufanda de seda de Milán con una gran borla en la punta, y la depositó sobre la silla, a su lado. Examinó a los otros clientes. En una de las mesas de la izquierda comía una señora que aparentaba tener mucho dinero y haber poseído distinción y belleza: la atendían, la agasajaban, la halagaban. La fisonomía del hombre que masticaba con beatitud de liturgia tenía el tono de cobre de las gentes de la India. La familia instalada presidencialmente bajo el palco de la orquesta revelaba su condición de viajeros: vestían, sobre todo los niños, a la usanza de otros países, conservaban el mantel cubierto de guías, de folletos, se les escapaban de los bolsillos envoltorios de poco tamaño, puntas de pañuelo, tarjetas con una estampilla pegada al borde.

Mirándolo todo, Rovira se divirtió sobremanera mientras consumía la raya a la manteca negra que no conseguía nunca que le prepararan en su casa, los bocadillos de pollo y la ensalada de frutas al marrasquino, que le recordaba siempre sus caprichos de niño cuando comía con sus padres en los hoteles de las playas.

Pasó el día excesivamente bien. Despachó de buen grado todos sus quehaceres, fue al anochecer al club, se quedó a comer allá, aunque, eso sí, solo. Quería tener al fin un poco de relación consigo mismo. La vida de hogar lo arrastra a uno a menudo a complicaciones cuyo carácter consiste en volverlo una caricatura de lo que uno es. Después de la comida echó un párrafo con el cirujano Godoy e interrogó a Alvarez sobre la pieza que daban en el Odeón. Se prometió obtener localidades, ir al día siguiente.

Su casa, al llegar aquella noche, le pareció flotante en una atmósfera que no le conocía. Encerraba algo de abandono, de

soledad, de grandor en que no participaba lo humano. No estaba iluminada, como siempre; sólo brillaba en el hall alguna que otra lámpara, las sombras eran mayores que la luz. La escalera, abierta primero en uno, luego en dos brazos que ascendían, acumulaba oscuridad, imponencia, misterio. Las salas acallaban sombras. Otros huéspedes que los de siempre parecían habitar el hotelito.

Después de prepararse un vaso de grog, Rovira se refugió en la sala, junto a la chimenea. Los sirvientes dormían. Latía el silencio. Rovira se sintió feliz. Todo marchaba en su vida a la perfección. Bebió el grog a pequeños tragos, sin pensar en nada especial, sólo sintiéndose feliz, y luego, cuando hubo pasado media hora, apagó la lámpara y subió a su dormitorio.

Un vacío, una especie de gran paz presidió su sueño. Cuando se levantó, la casa, habitualmente llena de ruidos, parecía robada. Rovira llamó a un amigo a quien hacía mucho que no veía y con quien le gustaba conversar, para invitarle a almorzar en el centro. Se encontrarían a la una en punto en el Odeón.

Era un restaurante iluminado con luz eléctrica aun durante el día. Rovira disfrutó de la conversación. Hacía mucho tiempo que no se permitía una charla en que pudiera hablar de todo sin las interferencias de su mujer, que se manifestaba siempre propensa a disentir o a corregir, tratárase de lo que se tratara.

Rovira se despidió del amigo prometiendo volver a llamarlo pronto. El vinillo y la exquisitez de los platos le habían dejado el ánimo excelentemente dispuesto. Le brillaban los ojos. Le brillaba el alma. Echó a caminar por la calle Corrientes soltando, sin sacarse el cigarro de los labios, bocanadas de aquel humo que no dejaba lugar a dudas acerca de la legitimidad de la hebra. Era un cigarro de la misma marca de los que fumaba el príncipe de Gales —¿o se trataba tal vez del Agha Kan? — y emitió un aroma que no se podía comparar, en efecto, con ningún otro.

Por la noche decidió ir al circo. Las paredes de la ciudad estaban llenas de la propaganda del espectáculo recién llegado: era imposible eludir el efecto que producía en los ojos la figura de la "ecuyère" y el fondo de jaulas y trapecios impresos a todo color en los cartelones del Retiro. Rovira se prometió una noche diferente a todas las demás. Comió solo, en el "grill room" de un hotel, y temprano, exactamente a las nueve y cuarenta y cinco, se encaminó hacia la barraca erigida frente a una de las

plazoletas del Paseo. Experimentó la ansiedad que hubiera sentido un niño al elegir ubicación en las gradas, frente a la pista en forma de círculo cubierto de aserrín, bajo el cono de lona de cuyo ápice colgaban, a medias recogidos, los trapecios y las escaleras. Rovira se sentó; lo ocupaba una lasitud, casi una delicia. Las gradas estaban llenas de adultos y de niños, de señoras, de muchachas, y los vendedores de golosinas circulaban con la caja pendiente de la correa a la bandolera. A Rovira le gustó que todo le llamara la atención. Era como un extranjero en una ciudad de la que todo lo ignoraba. Los rostros, las cosas, el ambiente le ofrecían el atractivo de lo nuevo, de lo cándido, de lo misterioso.

Apreció infantilmente la gracia de los payasos —uno de los cuales exhibía la fastuosidad de un traje recubierto de lentejuelas, otro de los cuales nadaba en el exceso de un frac—, la destreza de los acróbatas, la pericia de la "ecuyère", el tacto de los equilibristas, lo impresionante de los números de fuerza. Compró y masticó paquete en mano algunos caramelos y unió sus carcajadas a las carcajadas de los otros. Al acabar el espectáculo, mientras iba saliendo de la tienda, acariciaba todavía cierto alborozo, una especie de satisfacción de la intimidad.

Siguieron dos días caracterizados por la misma sensación de bienestar. Su casa lo recibía en la profundidad de su penumbra tan llena de círculos y escaleras. Una sonrisa se le dormía en el rostro al acostarse. Se hundía inmediatamente en el sueño, rodeado de paz y silencio, sin escuchar la voz de su mujer ni los gritos de los niños. Al adormecerse todavía planeaba lo que podría hacer al otro día: escuchar un concierto, asistir al estreno de una película, vagar por las calles del centro que las luces iluminaban principescamente.

Sólo al quinto día empezó a inundarlo una sensación de tedio. Primero fue casi difícil de percibir: algo así como un cansancio, como un fastidio, como una lasitud. Luego la sensación se afianzó. Acabó por consolidarse en el temor de no tener ya qué hacer. Había visto todo lo que se anunciaba en la ciudad. No le quedaba una pieza por escuchar, una película por ver, un restaurante por conocer; las calles no variaban en su espectáculo, todo le era en ellas repetido, conocía las casas hasta el hartazgo. En resumidas cuentas lo había visto todo.

Fue entonces cuando empezó a acordarse de lo que le había

contado seis días antes aquel amigo en la calle. Recordó los pormenores, que le relatara, del vidente, las formas que habían dado extrañeza a la narración, los rasgos de que estaba rodeado el caso y que habían producido en el amigo un efecto que tan pocas experiencias habrían podido superar. Lo divirtió la idea de apreciar por sí mismo las causas de ese efecto, las proporciones de esa farsa o la naturaleza de esos trucos. Se tenía por un espíritu formado en la apreciación sin fantasía de las cosas; desdeñaba la fantasía como atributo de feminidad; le placía aplicar a los fenómenos y las circunstancias, fueran de la naturaleza que fueran, los cartabones de la frialdad y los reactivos de la razón.

Fue pensando en eso mientras costeaba los escaparates de una droguería, donde el nombre de la casa estaba escrito en infinidad de idiomas, y dobló hasta ir a dar, cuando comenzaba la noche, en la apertura de la plaza de la República. Desde el restaurante donde comió llamó al amigo que le contara la historia del visionario o vidente y como no hubiera llegado él todavía a su casa, fue a sentarse de nuevo, consumiendo la raya a la manteca negra con un poco menos de placer de lo que la comiera días antes. Una vez comido el postre, bebido el café y pagada la adición, volvió nuevamente al teléfono y esta vez dio con el amigo, a quien le comunicó en tono de chanza su propósito de visitar al sujeto de quien le había él hablado, y para quien le solicitaba desde ya una presentación. La prometió el otro, y Rovira colgó el auricular con una sonrisita en la boca, endosándose el sobretodo y ajustándose la bufanda, de la que sobraba, con su borla, aquel pedazo que no sabía dónde meter.

La idea de ir a ver a aquel tipo le mitigó un tanto el tedio. Aquella noche, antes de acostarse, escribió a su mujer una carta, ingeniándose en decirle algo que se diferenciara de lo que le había contado en la carta de dos días antes; pero era difícil encontrar qué decir, y Rovira pasó una buena media hora sin poder llenar una carilla, acabando en definitiva por impacientarse y cerrar las líneas con una despedida a la ligera.

Al día siguiente se levantó del mejor humor. Se regalaba, pecho adentro, con el propósito de burlarse del buen señor que se hacía pasar por técnico en el más allá, y esperó la comunicación de Baldeguini, prometida para antes de la diez. A las diez en punto, mientras estaba acabando de vestirse, sonó efectiva-

mente el teléfono: esa misma tarde a las siete lo recibiría, con mucho gusto, el personaje en cuestión. Baldeguini le dio las señas. No tenía más que entrar sin anunciarse. El despacho del caballero estaba al fondo de la mueblería de antigüedades y desde la entrada distinguiría en el acto, un poco a la izquierda, la puertita pintada al duco.

—Espero que me cuente cómo le va —le dijo Baldeguini—. Me interesan sus impresiones.

—Pierda cuidado. Lo llamaré esta misma noche.

Rovira se relamió de gusto. En la oficina hizo esa mañana lo que hacía todos los días y en el restaurante buscó algo que comer donde no reconociera los sabores de siempre. Pero halló poca cosa que elegir y eligió sin entusiasmo, expresando al mozo su sorpresa ante la falta de variedad en los menús, tanto más sorprendente en una ciudad de la importancia de Buenos Aires, cargada por añadidura con la fama de ser una de las donde mejor se come.

Al fin, por la tarde, después de haber despachado un par de asuntos desprovistos de dificultad o interés abandonó sin prisa la oficina —todavía faltaba algo más de una hora para las siete—, bajó en el ascensor, y descendió hasta la esquina donde solía presentar menos dificultades hallar un taxímetro. Iba con las manos en los bolsillos del sobretodo y le bailaba por dentro la diversión.

Llegó a la mueblería a las siete en punto. En efecto vio desde la calle que clareaba un caminejo entre cómodas de época y mesas abarrotadas, hasta la puertita pintada de blanco, allá al fondo. Un mar de litografías bordeaba la puerta, cubriéndola sobre el dintel y cayendo verticalmente a ambos lados, con lo cual la entradita se destacaba en la nitidez y limitación de sus proporciones. Rovira avanzó; antes de que se le acercara desde un extremo del salón un vendedor que parecía surgir de la modorra, ya estaba llamando con los nudillos sobre el panel al duco. La expectativa, sonrientemente, le cosquilleaba el alma.

—Pase —dijo la voz que abría.

Rovira se encontró en un cuartito donde no se observaban más objetos que un escritorio colonial, un sofá de baqueta con botones, tres sillas de brazos, en una pared cierto retrato casi imposible de percibir y en el suelo una alfombra de Esmirna. El hombre que tenía el picaporte en la mano, no se destacaba más

por su estatura que por su delgadez; en la corbata exhibía un camafeo; sus ropas eran del color de las pizarras de escolar. Cerró la puerta con tranquilidad. Rovira aceptó el asiento que le ofrecía junto al escritorio; el caballero se sentó contra el flanco de la mesa. Esperó a que Rovira hablara.

—Aunque yo soy prácticamente lo más opuesto que existe a la credulidad —comenzó Rovira—, tenía curiosidad por verle; y así he venido. Baldeguini me habló de usted.

El hombre lo contemplaba sin interés ni deferencia. No podía decirse que tuviera una expresión de frialdad. Sus manos reposaban quietas sobre la pierna cruzada. Parecía propenso a escuchar sin limitación de paciencia o tiempo, aun sin proponerse interrupciones o preguntas. Predominaba en su actitud una calma visiblemente adscrita a las leyes de sí misma.

—Estoy, pues —continuó Rovira con cierta volubilidad o retintín—, en la situación del hombre que desea ser convencido, que se presta con gusto a ser objeto de una experiencia de la que quizás pueda sacar algún partido, y que agradecerá el favor del paso que se dé por él en el sentido de convencerlo.

Sonreía con cierta sorna, con un asomo de insolencia, y especulaba con su facilidad de palabra:

—Por lo pronto, considéreme, más que como un visitante del montón, como una empresa llena de dificultades. Yo no vengo con el candor de los que corren tras apacentamientos para su necesidad de ilusión, ni con la ductilidad de una solterona que quiere sorber futuro en los filtros de la magia, ni con la dulcedumbre de las personas dispuestas a dejarse sugestionar por todo y porque sí. Lo que predomina en mi es la naturaleza crítica. De lo que Baldeguini me ha dicho de sus facultades yo no estoy dispuesto a aceptar más que lo que vea. *Credo quia logicum.*

Abundó en el mismo sentido, deseando lucirse:

—Ha de saber usted —precisó— que para mí la razón es todo. Lo que no se mide por ella, es falso; lo que no proviene de ella, tantea; lo que no concluye en ella es aproximativo. La razón preside lo calculable, y un gran poeta ha dicho: lo que no es calculable es estúpido. Ahí tiene usted, pues, mi estatuto. Difiere del suyo.

El hombre lo dejó hablar aún, sin abandonar su calma ni modificar un ápice su posición. Mientras Rovira le hablaba, le iba viendo la impasibilidad de los ojos, la extensión sin hondura

de las arrugas que le corrían a los lados de la boca, la palidez de unos labios que se cerraban sin apretarse.

Rovira, después de haber avanzado el cuerpo, lo retrepó en la silla, con la satisfacción de oírse y de conducirse. Casi lo que en todo momento le placía más era observar la justeza con que gobernaba su raciocinio y la sagacidad con que ordenaba sus palabras.

—En consecuencia le pido —expresó finalmente, después de haber trazado un bosquejo más de su personalidad que prolongaba a la vez por las artes de la conversación y los conductos del escepticismo—, en consecuencia le pido que si puede usted decirme algo de mí mismo, de mi vida, de sus posibilidades o accidentes de desarrollo, de sus peripecias, en fin, lo haga sin temor. Ya discutiremos punto por punto su método y mi crítica.

El hombre permaneció sin moverse.

—Lo siento —dijo. —No tengo nada que decirle.

Rovira se agitó casi triunfalmente en la silla de brazos.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—No tengo nada que decirle. La proyección de su vida se rompe para mí el siete de este mes.

Rovira temió que la cara se le demudara. Calculó que estaban a primero de agosto. Se rehizo voluntariamente, casi agresivo:

—¿Qué pretende usted significar?

—Solamente eso, señor. En lo que le atañe, nada existe para mí después de esa fecha.

—Le ruego que se explique. ¿Pretende usted que ese día voy a desaparecer?

—No he hablado en esos términos —dijo el caballero, siempre impasible, en una voz que no acusaba desigualdad ni vacilación—. Pero si posee suficiente incredulidad como para haber venido a verme en medio de un halo de sorna ¿por qué no ha de poseerla también para tomar en broma cualquier vaticinio, aunque el vaticinio significara eso?

—¡Vaya! —estalló Rovira, con una carcajada. —¡Tiene usted flema! ¿Me anuncia nada menos que semejante catástrofe en ese tono? De no causarme tanta gracia me parecería un asunto policial. Pues si en vez de tratarse de mí se tratara de una persona más propensa a dejarse impresionar, sería un caso liso y llano de delincuencia. Felizmente sabía de antemano con lo que

me iba a encontrar: ahora, y tanto antes de lo que pensaba, confirmo mi idea de que no hay excepción a la regla y no pasa usted de ser un pescador de inocentes.

El hombre se levantó sin que uno solo de sus rasgos indicara precipitación o susceptibilidad. Se levantaba desde el tiempo, desprovisto de prisa, ofensa, duda o humanidad.

—Preferiría, señor, que no hubiera usted venido.

—En cambio yo lo prefiero. Se lo aseguro. Prefiero haber venido. Diré a la gente lo que he visto. No le quepa la menor duda. Y en cuanto a lo que me ha dicho, me río hasta las vísceras de su grotesquería sin pareja. Adiós.

Rovira abandonó la tienda con una sensación de molestia y cólera. Se sintió perturbado, desagradado. Concibió una especie de violencia, que necesitaba manifestarse inmediatamente, hacia Baldeguini, y se prometió decirle aquella noche lo que pensaba de él: era un imbécil y un irresponsable. ¿Cómo podía hacerle el juego a semejante bandido? ¡El 7 de agosto! Otro se hubiera sentido alarmado, quizás hubiera entrado en la desesperación o el pavor. Pero él conocía a estos profesionales de la impostura —aunque este caballero pasara por aficionado— y advertía, ahora, haber hecho mal en haberse consentido, a cambio de divertirse un rato, una visita que no pudo acarrearle más que las consecuencias que acababa de traerle. Entró en el primer bar, sobre una esquina, a beber un café, y notó que estaba agitado y que debía de estar pálido, puesto que aun en el habla, al hacer el pedido al mozo, se sorprendió cierto tartamudeo o confusión.

Luego de sorber el café, comenzó paulatinamente a recobrar el aplomo, la sonrisa, la sorna, y estuvo tentado de contarle al mozo lo que acababa de pasarle. Veía ya claro. Lo que sin duda había ocurrido era que el presunto mago se sintió molesto y ofendido por la cara de burla que él no pudo disimular del todo, y había explotado en esa forma, dejándole a manera de venganza una espina, como vulgarmente se dice. ¡Y había elegido una espina de medio metro de largo! La rabia debió ser mucha, más allá de esa expresión de impasibilidad y frío. La reacción fue puramente verbal, ¡pero qué reacción!

Rovira, rumiando tales pensamientos, se dirigió lentamente al club. Tenía ganas de ver gente, de encontrar caras familiares. Fue, al llegar, a repantigarse en uno de los salones de lectura, junto a la chimenea en que a esa hora el fuego ardía con el

máximun de espectáculo y furor. Pidió el vaso del jerez que bebía desde años antes y no pasaron cinco minutos antes de que aparecieran los amigos de siempre, Figuera y los otros varios, a quienes por aquellos días había abandonado.

Les narró, claro está, con abundantes risas lo que acababa de ocurrirle, y fue, en coro, festejado por todos. Hasta se habló de ir fingidamente, de uno en uno, a darle un chasco al visionario; pero esa idea, al rato, fue dejada caer, y en cambio se habló mucho de casos en que esos farsantes habían salido acertando o bien habían provocado, en efecto, en ánimos no preparados, las consecuencias que no pudo producir en Rovira.

Rovira se quedó aquella noche a comer con los amigos. El comedor del club volvió a serle simpático, y a decir verdad, lo encontró más capaz de atracción que nunca, con sus columnas al estuco y sus travesaños de madera, su amplitud y su lleno. El rumor de las conversaciones, los pedidos gritados de los mozos, los ruidos de las cocinas improvisaban tal inquietud y movimiento que uno se sentía, en aquel ambiente, rápidamente despersonalizado.

Al regresar a su casa sintió soledad e inquietud. Evitó llamar a Baldeguini. Se prometió comunicarse por la mañana, temprano, con su mujer, y se la imaginó a ella y a los chicos durmiendo en el punto donde estaban, en la lejanía y en la paz, sin hacer mal a nadie, reponiéndose de sus altibajos de salud, acechados por la vida. Lo embargó un sentimiento de ternura. No había pasado la medianoche cuando ya estaba acostado, solo en la casa de dos pisos, lleno de pensamientos y de insatisfacción. El sueño cayó al fin sobre él y si se hubiera visto dormir se habría inspirado lástima y desesperanza, tan reducido como parecía, bajo las frazadas, en la vastedad del dormitorio donde hubieran podido alojarse fácilmente muchas personas, pero donde estaba él solo.

Se levantó, sin embargo, lleno de optimismo. Al acostarse había dejado las cortinas descorridas y la luz de la mañana llenaba el cuarto. Era un día espléndido. La gente hablaba y gritaba abajo en la calle; se oían los klaxons y las cornetas; por todas partes alzaba su voz la satisfacción de vivir. Rovira pidió la comunicación con su mujer y cuando la oyó y supo que estaba bien y ella le repitió dos o tres de aquellas frases calmas e inexpresivas, se sintió tranquilizado, alegrado. El día empezaba bien. Bajó a desayunarse y cambió con la mucama algunas ingenio-

sidades y bromas. Luego partió para la oficina. Casi podría decirse que se había olvidado de su entrevista con el embaucador.

Tuvo unos días de trabajo superior al común. Olvidó un tanto sus propósitos de diversión, se aplicó obstinadamente a sus ocupaciones, la frente se le había plegado y tenía la sensación sin tregua de estarse olvidando de algo. No dejó de ir al club una sola tarde, llegaba siempre a eso de las ocho y en el acto buscaba con quien hablar. Sólo dos o tres veces le recordaron, entre bromas, la respuesta del adivinador; pero la presencia de este recuerdo le seguía ocasionando molestia y fastidio, desagrado, y cuando se tocaba el asunto se apresuraba por pasar a otro tema. No obtuvo ningún placer de los espectáculos que vio esos días. Salió a comer con Figuera y se trenzaron en una discusión cuya nerviosidad los dejó llenos de impaciencia, de acritud. Al día siguiente Rovira se quejó en el club de la obcecación del amigo, se quejó con brío, y luego, cuando en la rueda empezaron a darle bromas por su exceso en tales reproches, cambió de cara y empezó a reír, casi forzadamente, aunque con énfasis y encarnizamiento.

—El siete comeremos en casa, opíparamente —anunció la tarde del cuatro a los amigos. Y agregó con la misma sorna de antes: —Vamos a festejar mi "cesación", según el mago de Baldeguini . . . Espero llegar a la noche con los pies en este mundo; y si no, queridos míos, comerán ustedes con un muerto.

La risa le dibujaba un arco de ironía a los lados de la boca, los ojos le brillaban, la actitud de hombre habituado a triunfar le impregnaba toda la figura. Se dedicó de lleno a preparar el fausto de la comida. Anotó en una hoja de carnet los nombres de los negocios por donde pasaría, indicando al lado las especialidades. En lo atañedero al pescado, haría una visita al Mercado del Plata; en lo concerniente a los vinos, acudiría al almacén de siempre, donde conservaban seguramente algunas partidas de las cosechas que buscaba: un borgoña del 24, un blanco del 32, que había probado y encontraba difíciles de superar. Casi no ocupó su mente, los dos días que siguieron, más que en preparar la comida. Calculó un total de diez invitados. Decidió que los sirviera un mozo que había actuado en ocasión del bautismo del menor de los chicos y a quien se podía conseguir con facilidad, pues no actuaba más que en esas ocasiones. La oportunidad era espléndida para agasajar a aquellos amigos con quienes tenía

retribuciones pendientes y con los que desde hacía mucho estaba en deuda. Y además, como se acortaba el plazo de la ausencia de su mujer, podía ser la despedida que correspondía a sus días de soledad. Por eso no debía faltar nada: todo debía estar preparado con gusto, con eficiencia. Y al fin y al cabo, el dinero que se gasta en una cosa así es de los mejor empleados y el único que no deja amargura en el paladar.

Llegó al fin el día siete. Por la mañana se presentó algo imprevisto. Un cliente de Rovira que vivía en México, persona cuyos bienes él administraba aquí, se anunció tempranísimo en la oficina, provocando la agitación que en esos casos suscita la presencia no esperada de un cliente cuya posición supera los niveles de siempre. Felizmente Rovira tenía todo listo par la comida y sólo quedaban dos o tres detalles, cuyo cumplimiento confió a la mucama, dejándole unas pocas indicaciones.

Tuvo en realidad un día lleno de ocupaciones imposibles de evitar o transferir, pero por la noche, cuando empezaron a llegar los amigos, la casa les pareció nunca vista. Las puertas de los salones que se comunicaban estaban abiertas; las lámparas esplendían; los objetos de cristal y la superficie de los muebles brillaban reflejándolo todo con una especie de jovialidad impropia de las cosas, más propia de entes con vida; los sillones y sofás se proporcionaban noble y ordenadamente, y la misma escalera principal, con su copón de madera en lo alto, ostentaba cierta dignidad sin empaque que se imponía de súbito, al llegar los invitados al piso de recepción. La mesa estaba señorialmente tendida. Sobre el mantel de encaje, aparecían, colmadas, las fruteras de plata, cuya gracia se convertía en prodigio al sostener tal cantidad de paltas, naranjas, bananas y mandarinas; los platos no mostraban más que el decorado que representaban unas hojas de acanto impresas en oro, girando y enlazándose hasta dejar libre en el centro la escena pintada sobre un azul Tiépolo; los platos de menor tamaño soportaban apenas el peso de un solo panecillo, un delfín; y las lamparillas a propósito iluminaban aisladamente las pocas telas colgadas, sin quitar esplendor a la mesa.

Rovira los recibió, sonriente, en el hall, juntando y separando la largura de sus manos de caballero en movimientos llenos de soltura y distinción. Hizo servir a los unos jerez, a los otros mezclas. Rió y chanceó. Mostraba su disposición adicta a la valentía y a la sorna.

La alegría que reinó en la comida fue sin igual. Los diez amigos sentados como pares a ambos lados y en las dos cabeceras de la mesa en rectángulo, hicieron los honores a la conversación y a los platos cuya selección denunciaba el refinamiento del dueño de casa y cuyo punto y adorno hablaba alto de la maestría de una cocinera que iba, ese mes, a cumplir los doce años en la casa. Se conversó como no conversan más que los solteros y los adolescentes, con ironía y arrebato, casi con crueldad. Rodaban los vinos, humeaban las fuentes, estallaban las carcajadas, formando viandas y palabras la misma guirnalda, mientras el dueño de casa, a la cabecera de la mesa, se refería a lo bueno que es en el fondo sentirse vivir y a la broma pesada que hubiera sido que el adivino hubiera tenido razón. Baldeguini, que había sido invitado, mostró ante las bromas una tolerancia de clérigo. Y sobre sus espaldas cayeron, unas tras otras, las peores alusiones a su credulidad, que ya excedía todos los límites, que ya lo libraba, como dijo uno de los comensales, a la rapacidad del primer cuentero del tío.

El dueño de casa sintió el alma expandida en una especie de germinación: todo él salía a la superficie de sí mismo, con el achispamiento del vino y el picor de las salsas. Levemente enrojecido, su semblante, al insistir en la complacencia que le causaba la celebración, parecía triunfar aún, triunfar todavía, haber corrido y ganado, estar corriendo y ganando su carrera con todas las tretas de la vida, fueran infortunios, fueran supersticiones. Parecía estar imbuido de la satisfacción de resistir a todo con felicidad y de haber salido de aquella peripecia ligeramente intranquilizadora, o por lo menos desagradable, en que él mismo se había metido, por un azar o por una ligereza. Y por dentro, muy por dentro, le bailaba la idea, el capricho, la razón de ir días más tarde, haciéndose el encontradizo, a esperar la salida del embaucador, y hacerle, nada más, un saludo lleno de ironía y ceremoniosidad . . . La idea le corrió sesos adentro mientras reía y contestaba a su vecino que, con aquellos párpados sin pestaña, se inclinaba hacia él para confiarle al oído una ocurrencia que acababa de presentársele y que merecía la pena, como se lo dijo Rovira, de ser gritada a voz en cuello. Pero ya servía el mozo el borgoña y las miradas volvían de rabillo a las copas que se iban llenan . . .

Fueron, en fin, a beber los licores y el café en la biblioteca;

circuló una caja de cigarros. Rovira, en el reloj Tudor de pie, miró la hora. ¡El pobre sujeto de la predicción estaba vencido! Iban a ser ya las once y estaba él viviendo. La noche pesaba ya. Ya estaba casi volteada por la mitad. El seguía adelante, aligerada la cabeza por los vapores de tanta bebida, oliendo el tabaco de los cigarros y viendo a todos sus amigos, de pie con sus proclamas y sus opiniones, todos elegantes, de noche, de oscuro, luciendo sus corbatas a pintas o a rayas, sus pañuelos de una blancura que humillaba la pobreza, sus cabezas lustradas con los cosméticos y las brillantinas. ¡Qué sensación de aplomo, firmeza, seguridad, paz! ¡Qué buena idea, la de la comida! ¡Cómo la gran alegría de vencer no viene sino cuando damos un paso adelante y dejamos a la espalda las tinieblas o las indeterminaciones, los refugios en sótanos o subsuelos!

Y a medida que se acercaba la medianoche ¡qué inquietud, apuro o necesidad de acabar con la noche lo conquistaba! Se posesionaron de él, al pronto, unas ganas de irse, de no esperar la medianoche sino salirle al encuentro, de avanzar, cubrir la última distancia. Le fue imposible soportar la idea de quedarse allí. Cruzaría la medianoche solo en la oficina. Llamaría, pese a la hora, a su mujer. Vería desde los ventanales, allá, a solas, la noche dejada atrás, la medianoche pasada. Pero, a solas. Sí. Eso era lo que quería. A solas.

Le había entrado un desasosiego. Una suerte de imposibilidad casi física de estar más allí, entre esa gente; y de pronto, en medio de las risas, el desasosiego salió por sí solo a campar. Le estalló a él, los labios afuera, imponiéndose. Ni supo lo que inventó. Tenía que enviar un despacho, algo inevitable, a causa de la señora de México, un despacho, un cable, y debía redactarlo antes de la una, pues, con la diferencia de hora, era el único modo de que llegara a Nueva York por la mañana, a las horas hábiles de trabajo. Debían disculparlo, se llegaría por un instante a la oficina. Y no tenían necesidad de irse en modo alguno: podían quedarse allí, con toda comodidad, a gusto, hasta que él volviera.

Y mientras les decía eso, él temía, temía horriblemente, no tener tiempo de llegar a la oficina antes de la medianoche. No le habría sido posible mitigar ese apuro, ni tenía ganas de mitigarlo. La sorpresa de los amigos no fue mucha, y él salió disparado, apurándose a caminar las cinco cuadras que lo separa-

ban de la calle de la oficina. Con qué alivio respiró al dejar a todos aquellos ebrios allí: eran las doce menos cuarto.

Caminó en el aire frío de la noche. Era ahora cuando él salía a conquistar el último retazo de inquietud. Y ahora se decía, se declaraba, que la inquietud, pese a su disimulo consigo mismo, lo había ocupado toda la noche. Más que toda la noche: los días antes, los seis días antes.

Y ahora al fin luchaba este tramo solo, este tramo final de la pelea, porque ya no podía más de estar allí, fingiendo, mostrándose dueño de sus risas, sus ocurrencias, su compostura y su tranquilidad. Sí, ahora luchaba este tramo solo, e iba caminando hacia allá, hacia su oficina, paso tras paso, con el sobretodo y la bufanda puestos, echando vaho por la boca a causa del frío, que parecía ir creciendo, creciendo, segundo tras segundo, en la noche.

Llegó por fin ante la casa de altos, elevada como un cubo lleno de ventanas, iguales todas, no todas a oscuras, muchas iluminadas, pues a aquella hora, sin falta, barrían y limpiaban los escritorios, y oprimió el timbre, a un lado de la puerta de rejas de cobre, distinguiendo al fondo la luz del sereno. Tardaban: creció su impaciencia. Volvió a tocar el botón y entonces vio salir al sereno, que venía a abrirle con lentitud.

—Buenas noches, señor —le dijo el hombre.

—Buenas —dijo él, y se precipitó hacia el ascensor, cuya gran puerta estaba abierta.

¡Qué lenta fue la subida! Tenía que esperar hasta ver anunciado en la lamparilla el octavo piso. La fue mirando, sin poder él ayudar. El ascensor se detuvo. Rovira dio un paso, cerró la puerta, se dispuso a avanzar. Y fue entonces cuando en toda la casa resonó el grito.

El ascensor, llamado por el sereno, tiraba, arrancaba con la borla de su boa enganchada. La puerta interior la apresaba, bajando de un tirón sin aflojarla. Ya estaba él caído. Ya lo ahorcaba. Y no tuvo tiempo de ver más que la puerta de su oficina que se abría, el limpiador que salía y al fondo, precozmente cambiada, recién renovada, apenas descubierta en el calendario la hoja nueva, fresca: el límpido y triunfante ocho de agosto.

N° 197. Marzo de 1951.

CORRESPONDENCIA

CARTA A EDUARDO MALLEA

La publicación de la novela Los enemigos del alma, *de Eduardo Mallea, llevó a Eduardo González Lanuza a escribir al autor la carta que, con la respuesta de aquél, se publicara en la sección* Correspondencia *de* Sur. *Incluimos ambas porque de lo contrario el lector no comprendería plenamente la respuesta.*

Acabo de releer su última novela, *Los enemigos del alma*[1], y siento la necesidad de escribirle estas líneas, tanto para comunicarle una impresión que pretende alcanzar la objetividad por el camino de lo subjetivo, como para aclarármela debidamente a mí mismo.

No pretendo, por supuesto, hacer aquí un juicio crítico de su novela en conjunto; tal es el cúmulo de sugestiones que surge incontenible en todas direcciones de la grandeza de su tema, que no me considero con fuerzas para ello. Pero, eso sí, no quiero pasar más adelante sin expresarle la profunda alegría que sentí al leer una obra tan valiente, con la valentía que es la única que cuenta en nuestro oficio para enfrentar temas de la trascendental importancia que ya deja entrever su categórico título. Más importante que dilucidar lo que pueda tener de característico cualquier agrupación humana, se me ocurre que es ahondar directamente en la humana condición, y ello le ha llevado a usted de golpe al plano comprometedor de lo teológico. Tan decorosa actitud merecería de por sí toda mi adhesión, aunque se tratara de una simple tentativa; imagínese, pues, cuál será mi regocijo al contemplarla como algo mucho más efectivo. Y lo curioso es que ello se ha conseguido sin desmedro de sus anterio-

[1] Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

res búsquedas, puesto que para alcanzar tales profundidades o alturas —ya que en esas zonas se identifica el arriba con el abajo— no ha olvidado su fundamental búsqueda de lo argentino. Su visión de lo bonaerense se ha enriquecido, ya que su Bahía Blanca natal aparece pintada con un trasluz penetrante, como de radiaciones de más poderosa vibración, que la hace tan semejante y tan distinta de lo habitual, y uno sospecha que así deben verse las cosas cuando recién desasida el alma de lo temporal empieza a contemplarlas desde lo eterno. Y ello no tiene en el fondo nada de raro, puesto que la indagación última de lo particular tiene que llevar al investigador forzosamente, a dar con lo universal.

Quiero ceñirme tan sólo al tema de *Los enemigos del alma* considerados como tales y en su eficacia novelística. Me parece, desde luego, un gran acierto por su parte que el alma, como tal, sólo aparezca entrevista, apenas vislumbrada en la persona de Sara Gradi, personaje tangencial, que ni siquiera entra en contacto directo con los Guillén. Para mí hubiera bastado, incluso, verla aparecer como un relámpago en aquel inolvidable mirar del "muchacho callado y palidón, el estudiante Regueira" que condena, inapelablemente, no sólo el proceder sino el ser del mundano Mario. Porque el Alma tiene de por sí una calidad fugitiva, inasible, y naturalmente incorpórea. Lo espiritual, fin de la existencia y su justificación, es lo más excepcional y aleatorio dentro de esa misma existencia, y hubiera sido un error presentarla en equilibrada lucha con sus enemigos, porque en realidad esa pugna es unilateral: el alma no contiende con los que la atacan: su defensa es pasiva: se salva o perece de sus asechanzas, y eso es todo, como la blancura de la nieve puede permanecer intacta de pisadas o macularse, y tal vez recuperar de nuevo su candor por simple insistencia, sin que su pureza pueda decirse que se defiende salvo por el hecho de continuar siendo blanca.

De los tres enemigos del Alma, el que sin lugar a dudas ha sido mejor captado por usted es el Mundo, cosa que no me resulta nada extraordinaria, puesto que toda su labor anterior, a partir de *Historia de una Pasión Argentina*, no era otra cosa que la continuada denuncia de ese terrible engendrador de peligrosos espejismos que llamamos el Mundo, que usted en su particular lenguaje había designado como lo Visible. Lo visible, que se identifica con lo aparencial y que en la mayoría de las ocasiones

es la falsificación de lo cierto. Su Mario, y en cierta medida su Ortigosa, que es tanto la contrafigura como la reiteración de Mario, resume en su entrañal vanidad todas las múltiples maneras del no ser de numerosos personajes de sus anteriores libros, y en nombre de todos ellos rinde culto en el altar de las Apariencias. El Mundo ni siquiera se complace en lo sensual: le basta la simple apariencia de lo sensual: su ámbito es el de las representaciones fantasmagóricas, y por eso es tan fluctuante y tan dramáticamente propenso a desvanecerse.

Toda su vanidad, en el recto sentido de vacuidad interna, queda perfectamente expresada en su libro, y su evanescencia se comunica a los objetos que le rodean, de tal modo que la quinta abandonada, en la que su fracaso amoroso se produce, tiene tal calidad onírica que se llega a dudar si en verdad no ha sido soñada por el lector.

La Carne, más ceñida al alma, un grado más proxima de lo real, y por lo tanto con una insidia más difícil de vencer, le confieso que me parece lo más débil de su novela. Su Cora, cuya voluptuosidad felina está más sugerida que evidenciada, no actúa en un plano tan eficazmente logrado como el de su hermano. Un recato excesivo por parte del autor nos impide penetrar en la técnica de sus procedimientos con la fuerte eficacia con que lo hizo para el Mundo. A mí me defraudó muy especialmente en ese sentido, porque no comparte el criterio católico en modo alguno. Creo, sí, que la carne insubordinada en la lujuria, o torpemente desviada por una mala educación, llega a convertirse en uno de los peores enemigos del Alma. Pero creo también que eso es por culpa nuestra, y en modo alguno por una necesidad de su naturaleza. Aunque para ciertos oídos pueda esto sonar a blasfemia, creo que no hay más oposición entre la Carne y el Alma que entre la Hostia y su Custodia. La custodia, claro está, es metal y no participa del milagro de la Consagración, pero el simple hecho de entrar en contacto con lo consagrado la hace venerable para los creyentes. La unidad entre Carne y Alma es más estrecha, si cabe, y ni el más sutil de los teólogos, ni el más hábil de los anatomistas, sería capaz de mostrarnos los inciertos límites que las separan. Una de las dificultades que más envenena nuestras vidas me parece que reside en el insensato empeño de presentárnoslas como divorciadas. El goce carnal es de por sí inocente, y en su simplicidad animal está mucho más cerca de lo

angélico de lo que los secos teólogos suponen. Sé muy bien que la Iglesia reserva una cierta tolerancia para las debilidades de la carne frente a una radical intransigencia para los intolerables pecados del espíritu. Me parece su actitud de una lógica a medias que también a medias comparto, en lo que se refiere a la execración de los pecados contra el espíritu, tales como la envidia, y, el peor de todos, la soberbia.

Pero me parece que la Carne necesita, más que tolerancia, comprensión. San Francisco, al predicar a los pájaros, o sea a lo animal en lo que tiene de más puro, nos dio una magnífica lección al respecto. Y creo que el goce sexual bajo la égida del Amor es una de las formas más altas del Ser, que por su intensa plenitud nos aproxima a lo absoluto al rebasar los límites de lo individual. Un acto que nos permite la comunión con lo que nuestra especie tiene de permanente, mal puede ser considerado en sí como de naturaleza pecaminosa.

Pero, en fin, éstas ya son puras convicciones personales, y no soy lo suficientemente necio como para reprocharle a su Cora el no haber sido creada por mí; le reprocho que, en su evasiva languidez de odalisca, nunca se nos aparezca con una flagrante y eficaz perversidad teológica semejante a la de su hermano Mario.

Y ahora entro de lleno en el reparo que quería hacerle a su libro y que consiste en el enfoque del Demonio en la persona de su Débora. Para despejar equívocos, me parece conveniente comenzar por señalarle lo que considero acertado en el diseño de su figura simbólica. Primero, la elección del sexo. Por simple simetría, casi todos los autores, desde la creación de Luzbel hasta la de Mefistófeles, han preferido encarnar al Demonio en una figura masculina. El sexo de lo demoníaco es de dificilísima determinación, pues si su desesperada tendencia a la actividad sin descanso podría presentárnoslo como de naturaleza viril, su capacidad de seducción nos lo revela en cambio como femenino. Creo que la limitación humana no conviene para el Demonio, y su equívoco ser reclamaría más bien a un andrógino. Por eso la elección de una solterona con ánima de virago me parece todo un acierto, porque una de las características del mal es la esterilidad, lo que los místicos llaman la aridez espiritual. También me parece acertado el perpetuo reconcomio en que Débora se mortifica a sí misma, puesto que teológicamente lo que caracteriza a lo demoníaco es la perpetua insatisfacción de sí

mismo: el demonio no odia a los demás, sino como resultado de lo que se odia a sí mismo. De un modo absoluto, el Demonio es novelísticamente tan irrepresentable como su contrario Dios. Pues si Dios es por definición el Ser que es, y en su plenitud no cabe el Accidente del que se nutre el interés del drama, el Demonio, como Ser que no se es, hace de toda su existencia un puro Accidente, una ininterrumpida tragedia de cada instante, abrumadora en la uniformidad de su desdicha que imposibilita la diferencia de tensiones dramáticas. Por eso, para hacer representable a los ojos humanos al Demonio, es imprescindible interponer ante el encandilable lector una apariencia humana, tal como los astrónomos intercalan en sus anteojos un lente ahumado cuando quieren observar el sol.

Así, pues, no le señalo como debilidad en su representación del Demonio por intermedio de Débora sus naturales limitaciones humanas, puesto que las juzgo imprescindibles. Me limito a indicar dos puntos concretos que, eso sí, considero esenciales. El primero consiste en que el estado de perpetuo encono va dirigido, no tanto contra sus hermanos, lo que sería perfectamente explicable dada la naturaleza demoníaca del personaje, sino contra el pecado que sus hermanos personifican, contra lo que ella juzga su *mal* proceder, y que es el mal proceder mirado con los ojos de la moral cristiana. Ese mal debió alegrarla, por el contrario, porque el único regocijo permitido al Demonio es el siniestro regocijo del mal ajeno y por el mal ajeno. Pienso en lo bien que resolvió usted el problema de las relaciones del Mundo con la Carne, en esa complicidad tan evidente en la vida cotidiana. Cada uno aparece como encubridor del otro en la consecución de sus propósitos que son la destrucción del espíritu. Débora, en cambio, enceguecida por el odio fraterno, parece olvidar el odio contra el Espíritu que ellos también atacan, e incluso ponerse del lado del Espíritu, olvidando que ella misma no es sino una hipóstasis del Mal. Debió solidarizarse con el mal proceder de los otros, solidaridad que no hubiese implicado Amor, sino complicidad, es decir, Odio. Incluso desde el punto de vista novelístico, esa actitud, que no tendría por qué habérsele revelado al lector sino por grados, podría haber aumentado el interés al descubrir sucesivamente las etapas de una perversidad oculta bajo las apariencias del cariño. La escena, magistral como símbolo, de la destrucción por el fuego de la casa paterna, hubiese alcanzado

todo su terrible sentido si Débora hubiese desencadenado el siniestro, no en vista de su fracaso, sino de su éxito en el cabal aniquilamiento de los suyos.

Exito que equivaldría al peor de los fracasos: el del Amor. Debo señalarle de paso, como uno de los mejores momentos de su novela, la escena en la estación de ómnibus, por el estado de desorientación de Débora antes de precipitar la catástrofe: en ese medio de semisonambulismo, acompañado de terrible evidencia, deben moverse los suicidas momentos antes de lo irreparable.

El segundo "pero" que me permito señalarle es más de índole metafísica que dramática. Débora conserva una unidad existencial en desacuerdo con su naturaleza demoníaca. Fíjese lo que dice en una de las escenas culminantes de la obra (pág. 273) cuando arrostra a Mario haber robado un objeto que constituía un recuerdo de familia. (¿No hay contradicción ya en esa actitud sentimental?) Dice textualmente: "Me pongo en lo que somos. Aquí nada se disimula. Ustedes ahora van, salen. Aparecen como lo que no son; pero yo me quedo aquí siendo lo que soy." Esa identidad del Demonio para consigo mismo es lo que me atrevo a negar. Podría refutarme usted que semejante frase es el fruto de la Soberbia, el más demoníaco de los pecados capitales, pero me parece que no es ése el caso: por el contrario, en un máximo esfuerzo Débora está hablando con absoluta desnudez espiritual; incluso al declarar "quedo aquí siendo quien soy", no pretende dejar constancia de otra cosa que de su conciencia de la propia perversidad desprovista de hipocresía. ¿Cabe en el Demonio esa actitud? Creo que no. En él todo es sinuoso, indefinitivo, perverso, y Débora sólo es mala, pero con una maldad humana, demasiado humana, que no alcanza la superación del símbolo.

La discusión pormenorizada de estos puntos me llevaría demasiado lejos, y ya es demasiado extensa esta carta. Creo que ella le indicará con qué máximo interés he seguido su libro, lo que me ha hecho reflexionar y discutir, tanto con sus personajes como conmigo mismo, y eso, mi querido Mallea, es lo que más debe satisfacer a un escritor. A la epístola laudatoria que su libro tanto me habría facilitado, he preferido esta otra en la que trato de aclarar una discrepancia. Reciba un cordial abrazo de su viejo amigo y camarada.

EDUARDO GONZALEZ LANUZA

CONTESTACION A GONZALEZ LANUZA

Solamente esta mañana he leído su carta. La recibí el día en que empezaban mis vacaciones: practiqué entonces el máximo ejercicio de voluntad, obediencia y autosacrificio —no la leí. Sabía, por su anuncio, de lo que trataba, y sabía, por lo que usted es, que sería orgánica e inteligente. Cargado todo el año de trabajos reflexivos hasta el límite de lo soportable, había decidido tomarme unas vacaciones en lo posible sin sombras de preocupación mental. Me dije: "Si leo esta carta vuelvo a mi libro, del que ya estoy lejos; retorno a la noria; lleno mi descanso de motivaciones". La guardé.

Hoy, cuando aquellas tentativas de ocio ya han concluido, lo primero que hago es leerla. Como lo esperaba, en ella está usted entero: sagaz, brillante, vigilante. Aunque en el caso no necesite yo rastrear demasiado los argumentos para replicarle. Están dados en la naturaleza misma de mi libro; en la concepción de sus figuras, en la relatividad forzosa de sus peripecias, en el sentido de su trayectoria.

Mi libro no está planteado en el plano de la teología sino en el plano de lo trágico individual. Pero como nada de lo humano vale la pena de ser pensado sin un asomo de su acepción de eternidad, le agradezco que dé usted a esa novela el crédito mayor al pensarla en los términos más altos posibles, o sea en los más trascendentes.

He concebido a estos personajes ante todo como seres humanos, lo que no impide, como digo, que pueda reflexionárseles en sus extensiones y también legítimamente en la teología, tal como usted lo hace. Pero dejemos esto, insisto, bien sentado: yo no he querido trazar un esquema escatológico o teológico sino a lo mejor, o a lo sumo, en la especie de novela ejemplar que entendía y explicaba Unamuno, "en puro querer ser o en puro querer no ser". Y como yo, en el orden de la novela, no creo más que en estas novelas ejemplares, porque no he leído un solo libro perdurable del género que no sea —ya el *Quijote*, ya *Moby Dick*, ya los *Karamazov*— no pensé más que en el poder fatal de esos tres personajes recortados sobre el fondo de la triste bahía y los reproduje como agónicos agonistas, sin querer hacerlos abstracciones finales, pues si fueran abstracciones finales no

serían criaturas. ¿Le ha ocurrido a usted alguna vez entrar en una casa de familia, en medio de una batahola infernal de chiquilines, y oír a la madre poner el grito en el cielo, clamando "¡Estos niños son la piel de Judas!"? Pues bien, sería legítimo que cualquier novelista deseoso de narrar la condición de esos vándalos precoces escribiera un libro titulado *La piel de Judas*, sin que fuera a la vez legítimo que un crítico exigiera que la piel descrita allí fuera la misma y verdadera de Judas Iscariote, antes que su alusión por analogía o equivalencia. Del mismo modo, no he querido yo pintar el Mundo, el Demonio y la Carne, así, limitados a su esquema literal y nominativo, sino a un mundano, a una carnal y una demoníaca, o sea a *unos* enemigos del alma. Los enemigos del alma de mi novela no son Los Enemigos del Alma: son ésos, éstos, son Mario, Cora y Débora Guillén. Y al ser ellos y no su última representación teológica o simbólica, no podían ser simples y esenciales, sino, en efecto, complejos, substanciales y accidentales. He descrito seres substantivos y no seres teoréticos. Por eso no se le puede exigir —ni siquiera por un teólogo absoluto— que sean unívocos como esencias, sino compuestos como humanos.

Bien dice usted que Dios y el Demonio son novelescamente irrepresentables. O mejor dicho, son novelescamente representables en *statu spirituale*, como aparece el Demonio en los Karamazov. Además, querido González Lanuza, habrá usted pensado muchas veces —hasta por analogía con su ciencia, siendo usted mismo químico— que lo que caracteriza a la novela es la modificación de los caracteres por reacción. Un carácter *inexorablemente igual a sí mismo* —y así se proyecta el Demonio en su versión puramente teológica— no se concibe en efecto como entidad novelable; y aún si se trajera el Diablo a la novela como ser corpóreo, habría que dejarle, como decía un político inglés, la "juiciosa administración de su bilis" y un uso no directo de sus vías, un uso variable y libre de su resentimiento original.

Empezaré por decirle que el odio de Débora contra los otros dos no es como usted cree, un odio "al mal proceder mirado con los ojos de la moral cristiana". Porque la tragedia de Mario y Cora Guillén no tiene nada que ver con el proceder, que es la conducta, sino que es una tragedia del ser como espíritu y conciencia, es una tragedia que se desarrolla en el campo del mal y no en el del mal proceder. No es una cuestión de conven-

ciones, sino de destinos, de fatalidades ardiendo en su propia pira, y por eso la he concebido yo como tragedia y en muchos aspectos casi como teatro trágico.

Lo que Débora odia en sus hermanos no es el mal proceder, querido amigo, ni siquiera el mal, sino la *libertad de elegirlo.*

El espíritu demoníaco alcanza en esa latitud su máximo poder terreno, concreto, vital. Ya no tenemos que hacer ahí con el Demonio que usted teóricamente supone, sino con lo demoníaco verdadero y actuante o sea tangible, con la malignidad menos sujeta a redención, con la fuerza quizás más vitanda y perniciosa de nuestra época: el resentimiento. Débora está poseída de un fabuloso resentimiento, un resentimiento tan completo que *casi llega a constituir en ella ser.* Esto la determina en todo instante, en todo momento, la empuja, la impulsa, la exacerba, pone en acción los rodajes informes de su insuficiente intimidad, lanzada sin embargo a reclamar o ejercer ante Mario y Cora una suerte de apoteósica suficiencia. Y ahí está Débora en su suprema dimensión demoníaca: violenta; virulenta; clavada en su resentimiento como el insecto en la tabla.

Porque el espíritu demoníaco es por definición naturaleza servil, y en ese servilismo, en esa entronización en estado pasivo de la impotencia, radica esencialmente el resentimiento. Ahí están involucrados la "acusada conciencia de no poder", el "sentimiento específico de impotencia" de que hablaba Max Scheler. ¿Y no había acusado este mismo al incendiario como el tipo de malhechor más representativo del resentimiento?

Débora carece de ser seleccionante, de ser vital, de la posibilidad de asumirse superiormente como vida. Su región es abismal, infernal. Está extraviada; íntimamente nada puede tener porque no *se tiene.* Y al carecer de ser libre o liberable, su abominación se vuelve contra los que la poseen y que aun viviendo en el mal están asistidos de la *posibilidad de salvarse.* Esto, fíjese usted, es lo que demoníacamente ella no puede tolerar. Y el no poder tolerar a los otros seres en su grandeza redimible, en su tiniebla y en su luz, en su libre albedrío, en su mal mezclado con su bien, en su hipóstasis humana en fin, es lo que caracteriza para mí lo demoníaco.

Aunque Débora hubiera ayudado a sus dos hermanos en los trabajos del mal no habría podido evitar, al ayudarlos así, el ayudarlos a consumarse en sus propensiones, el ayudarlos tam-

bién a *ser*, con lo que esto comporta de riesgo pero con lo que implica también, en el acto y en la potencia, de goce y gozo.

Por lo cual, en este caso el Demonio, aun no siéndolo en efigie sino algo que lo evoca en un sujeto humano participante, se regocija —¡y hasta el orgasmo, hasta el odio! — con los actos de Cora y Mario, odiando a estos dos más que nada por el hecho de comportar vida (o sea libertad), siendo que como Demonio no puede encarnar más que lo que la niega. Pues como usted mismo casi lo sugiere —"el Demonio como ser que no se es"—, si la expresión demoníaco implica algo, supone la idea del no ser que no puede permitir el ser.

Importa dejar esto bien sentado: a través de su acepción humana, el estado de Demonio no es un sí-mismo. Sus atributos propios activos sólo cobran poder centrípeto y centrífugo del estado de discordia —no en balde se le llama en las Escrituras el envidioso, el adversario, el contradictor—. Su estado inherente es la oposición perversa, en la cual no puede dejar de estar, no solidarizándose nunca con sujeto alguno sino para obtener un fin, durante el lapso del cual y una vez logrado el cual no tiene cómo abandonar la posición —ínsita— de fatal discordia: estará siempre *en contra.*

Y precisamente la frase de Débora que usted cita: "Me pongo en lo que somos. Aquí nada se disimula. Ustedes ahora van, salen. Aparecen como lo que no son; pero yo me quedo aquí siendo lo que soy", está puesta ahí deliberadamente para significar que lo que a Débora la obsesiona es su intención de ser, su impotente ficción y desesperación. Por eso grita: "Yo me quedo aquí siendo lo que soy", cuando ella sabe que lo que le pasa es que no es y que sus hermanos son más que ella porque aun ese mal que tienen es ser, es vida, es una posibilidad de cambio, es lo que ella no tiene ni podrá tener nunca. Por eso pretende enrostrarles, a ellos, el no ser. Porque eso la quema. En esa frase y precisamente en ella está la agonía crítica de Débora.

Débora Guillén es Débora Guillén y por eso se llama así; si fuera el Demonio —en la actitud maligna simple que usted le asigna o en cualquier otra igualmente única y abstracta— se llamaría Demonio —liso y llano— y no Débora Guillén, la cual es, repito, en mi libro un personaje de este mundo *con atributos demoníacos.* Aun en su mal, Cora y Mario podían ser susceptibles de progreso —hasta el grado de la gracia. Y según mi ciencia

y conciencia lo demoníaco es lo que no puede progresar. Por eso he querido que Débora fuera, en una proporción tremenda, un grado más que esa *tendencia* al no ser con que define el mal San Agustín. Debía ser más que tendencia: el no ser mismo. Lo maligno en su posición de rencor. Débora posee naturaleza corpórea, pero poseyéndola se halla, por su condición infernal, sin escalas de progreso: *eternamente detenida.*

No olvide usted, pues, que Débora, por su cualidad carnal, no puede ser originalmente Demonio, nunca: siendo de este mundo carece de poder sobre tinieblas, no tiene malignidad en estado puro; el Demonio se regocija del mal *cuando puede manejarlo*, y Débora no tiene otro instrumento o forma de perversidad que su lacustre impotencia. Y además, esta razón que juzgo concluyente: en la vida el Demonio no puede *sino querer no ser Demonio.*

He aquí, mi querido González Lanuza, el sentido de mi personaje. Teológica y gramaticalmente, las acepciones y doctrinas del término Demonio son infinitas; pero yo he elegido una de acuerdo con mi idea de la trama que me obsesionaba. No debían mis personajes, por lo demás, exceder cierta mediocridad limitativa; aun en las vías del símbolo debían ser alcanzados de paso, terribles seres tristes en el plano civil de una bahía.

Encuentra usted poco expresiva la figura de Cora como manifestación de la Carne, pero también aquí, extendiendo la simplificación, pretende usted extremar los símbolos. A este personaje le vale, en su grado, la argumentación anterior. Me hubiera sido fácil — ¡y qué recurso! — recluirlo en la invención de las escenas de lujuria que usted parece reclamar para dar al símbolo relieve; pero no he querido que el personaje me obedezca a mí, sino que se obedezca a sí mismo y surja con su proporción propia y espontánea en la simetría invulnerable del libro. Porque, querido amigo, en la novela las peripecias no obran por su enumeración, actúan por su sentido. Y el mal no se manifiesta en Cora Guillén por el expediente visible de un grupo de actos de depravación erótica, sino por algo más tremendo aún y más serio: por la repetición *helada y mineral* de un modo de matar el alma.

Y este asesinato del alma, como voluntad y como conducta, como destino y como ley, es lo que estos personajes ejemplifican, si algo muestran o llevan en sí encarnado, criaturas perseguidas por su propio no haber querido levantar los ojos del

círculo lacustre. Bien ha visto usted que, en contraposición con ellos, el hilo del amor está conducido en el libro por las figuras más tenues, por las menos visibles, como si las rutas del sentido superior de la existencia no necesitaran, en efecto, de otro soporte que su propia línea, de otra fuerza que su propio latir íntimo, para vencer y sobrevivir sobre las corporizaciones de la muerte.

En cuanto al final que usted imagina perfecto, un incendio desencadenado por Débora "no en vista de su fracaso, sino de su éxito en el cabal aniquilamiento de los suyos" sería, convengámoslo, algo así como el frenesí sarcástico de un Demonio de "music hall" y no la consumación por el fuego de la aridez demoníaca del ser particular —o del no-ser particular— llamado Débora Guillén. El desenlace no que yo elegí, sino que yo encontré, pertenece a otro proceso u otra lógica que los que usted tiene en vista. Sin contar con que a mí, que no soy teólogo, me asombra ver cómo usted, que aparece ahora siéndolo tanto, concibe el desiderátum de un final apoteósico en que el Demonio llega al pináculo de su obra por el goce —o éxito—, siendo que difícilmente se le concibe sino en la apoteosis de la rabia o cólera. Y sin contar con que la lógica de Débora no es la lógica del éxito sino la de la esterilidad.

Le doy las gracias por su carta. En un medio donde la crítica suele techar tan bajo lo que se produce, usted se caracterizó por techar siempre alto, por elevar el sentido de una obra a su interpretación o discusión más eminentes. La carta a que respondo lo demuestra una vez más. No creo que un espíritu pueda dar prueba más clara de su distinción.

Lo saluda cordialmente.

EDUARDO MALLEA

N° 226. Enero, febrero de 1954.

LOS OTROS MUNDOS

Yo sabía ya que ninguna palabra
humana podría alcanzarme
NIETZSCHE.

I

Lo primero que notó en los demás fueron ciertos silencios, cierto modo de callarse cuando él hablaba. Hasta entonces todo había sido normalidad. No podía decir que su existencia hubiera marchado por atajos especialmente envidiables, pero en cuanto a él todo había sido normal; más aún, casi perfecto. Era la cabeza de una familia ordenadamente constituida, y en los grupos sociales evolucionados el orden reemplaza a la conciencia sin que se advierta la sustitución. Estaba casado desde los veinticuatro años; como ahora tenía cuarenta y dos, vale decir que llevaba dieciocho de navegar en las mismas aguas, o sea de manejarse conforme a las mismas costumbres. Por más que se hubiera empeñado en analizarlo, al menos hasta presentarse la anomalía que ahora notaba, casi no hubiera podido señalar hiato o fractura en el curso de ese orden.

Por más alto que ascendiera en el recuerdo de sí mismo, hallaba haber sido siempre una naturaleza intelectual. Andaba todavía por la adolescencia cuando escribió los primeros cuentos, los primeros poemas. Pronto publicaba ya y el éxito se le abrazaba como una zarza. Ingresó sin titubeos, rápidamente, aceleradamente, en el mundo mágico de las formas: recordaba haber recorrido las calles con las que en aquellos días se trataba su vida, conduciendo la casi embriaguez, el temblor, el deleite que confiere el trato mano a mano con lo sobrenatural. No sólo le contestaba la vida: recibía, lo que era más extraño, las respuestas de esas zonas con las que no tienen diálogo más que

los elegidos, unos cuantos, unos pocos. Por su expresión, hablaba lo casi inexpresable; le acudían airosamente a la superficie del alma mensajes profundos y secretos; sacaba de la nada, o de lo que parecía la nada, figuras, figuras que le comunicaban, y a las que él comunicaba, movimiento, entes dúctiles, seres que vivían y actuaban como viven y actúan los hijos ante los ojos del progenitor. Todo le parecía venirle regalado: incluso el reconocimiento que los otros hombres, sobre todo los igualmente jóvenes, deponían a sus pies, en generoso gesto de ofrenda, y que a él le alegraba los días y las noches. Los sacrificios del pensamiento, al tenderse y replegarse en los movimientos difíciles y cautelosos de la creación, aparecen menores, secundarios, insignificantes casi, comparados con la exaltación que el éxito suscita.

Nunca había tenido dificultades de dinero. Era el hijo mayor —la otra hija era una mujer, dos años menor que él— de un abogado rico, culto. Heredó los medios de la comodidad y los instrumentos de la cultura. Su padre, un hombre enérgico, joven y pálido, cultor de varios deportes, le transmitió aquella actitud de aplomo, una actitud moral tan consistente, que ni aun las desventajas físicas podían trastornarla o socavarla. Como la generalidad de los huérfanos de madre, quiso casarse pronto. Frecuentaba a muchas gentes, casas conocidas, familias en cuya sala se le acogía como a los que están triunfando y no han sido objeto aún ni del recelo ni de la discusión. Conoció a Laura; se casó con ella. Acababa él de publicar su primer gran libro, lanzado sin alardes, como si meramente publicara un libro más; estaba en luna de miel con el reflorecimiento de estimación que el nuevo éxito acababa de granjearle; al casarse, se limitó a desdoblar esa luna de miel. Entró en la novedad de la nueva vida como quien tiene familiaridad con los palacios.

Laura era hija de un magistrado, de un doctor Pló, fiscal de Cámara. Fue doloroso que antes de los dos años de casados, su padre y el padre de Laura desaparecieran casi sin intervalo. Para las gentes que no han pasado por el noviciado del dolor, la primera desgracia asume siempre el papel de una ceremonia en la que se ven introducidas sin del todo participar, el papel de un espectáculo, más que de un acto en el que se interviene. En esos casos, uno quisiera encontrarse triste y no descubre más que la nostalgia de la tristeza; la tristeza tarda en llegar; cuando llega, ya somos otros.

Eran jóvenes, y la relativa melancolía fue pronto paliada por la posesión de la casa con jardincito que el doctor Pló les dejó, casi en los suburbios de la ciudad, al sur, detrás del parque Lezama. Empezaron a cultivar flores y plantas, en los momentos de ocio; y el ocio era casi todo el día, pues el oficio de escritor sólo le ocupaba algunas horas de la mañana, algunos ratos de la tarde, a veces algunos instantes de la noche. Le gustaba interrumpir su labor y descender desde el cuartito de trabajo hasta la planta baja, donde Laura recibía a veces a alguna amiga o hacía los pedidos telefónicos o ponía sus discos y vigilaba a la mucama y a la cocinera. Poco después de la muerte de los dos padres, el hermano de Laura, Jorge y la hermana de él, Elba, vinieron a vivir con el joven matrimonio, en la vieja casa de altos; y entonces la vida se les hizo a todos más acompañada y más alegre. Jorge daba motivos para que se le tuviera simpatía: era entonces un muchacho que empezaba a rematar campos, serio y honesto, asociado a un viejo martillero, y tenía sumo buen gusto de lector. Casi no pasaba día en que no apareciera con la oreja de un nuevo libro escapándosele de la abertura del bolsillo. Y por las noches, en la casa, después de comer, los cuatro hablaban de libros y de arte, y a veces se ponían a escuchar música, en el silencio y el apartamiento del barrio, detrás del parque.

Escribía en algunas revistas; su estilo manifestaba propiedades raras: altura, dominio, hasta superioridad. Estos atributos correspondían también a su persona física: era de una esbeltez singular, ancho de hombros, proporcionado de cabeza, casi rubio, muy delgado y cobrizo-pálido de piel, intenso y profundo de mirada. Podía abandonar en su indumentaria los refinamientos: siempre parecía refinado. Tenía un andar pausado, reflexivo, un modo de hablar y de pensar que eran el ritmo mismo. Ni siquiera su ambición se apresuraba. Esperaba conseguir todas sus metas sin alterar la medida de su paso.

Durante el primer año de casado se dedicó a concluir un nuevo libro, en el que trabajó con facilidad, fiándose más de las virtudes externas que de las profundas; se limitó a ejercer cierta soltura y elocuencia. Leyó a Laura el manuscrito, le agradeció el juicio, tan favorable en general, tan benévolo; le agradeció, también, algunas observaciones, que ella formuló tímidamente, pero que él reputó certeras y a las que hizo caso. Cuando los cuatro se sentaban a la mesa, él los escuchaba con cierta recón-

dita complacencia, pensando en los efectos logrados en su obra. Sólo al cabo de ese año, abandonó un tanto el trabajo, imprimió un giro diverso a su atención. Laura le declaró estar en los comienzos de un embarazo. Empezó él a errar por la casa atento a los estados de ánimo de su mujer, trabajando poco, más afianzada que nunca en el rostro aquella sonrisa tan personal, tan diferente de la de los demás hombres, la sonrisa de su indulgencia general y de su satisfacción particular. Bajaba al jardín, examinaba pacientemente los macizos de heliotropos, corregía con el rastrillo el desorden de la tierra, y luego subía a sentarse frente a Laura y verla tejer lentamente aquellas prendas diminutas que lo divertían.

Era la primera vez que lo ocupaba una complacencia ajena a la condición genérica de su trabajo, la primera vez que la vida lo llamaba fuertemente a su centro. Durante tres meses fue feliz.

Pero las cosas no quisieron salir bien. La criatura se malogró, Laura tuvo un mal suceso, quedó extenuada y debilitada, sujeta a cuidadosa vigilancia médica. Aquel buen hombre, un doctor Bordelois, había sido encargado por la suerte de dar la mala nueva; cuando Laura supo que ya para siempre le estaba prohibido tener hijos, cayó en un sopor pesado, en una especie de idiocia, de la que sólo salió de golpe, llena de borras brumosas, como se sale de una pesadilla. La rodearon, él y Jorge y Elba, de las precauciones y los cuidados más prolijos. Pero en la casa, la campana de las horas quedó empañada.

Volvió él a su labor, como el médico vuelve a su consultorio después de dejar lejos muerto al enfermo por quien veló. Laura, de un modo u otro, habría deseado que él no volviera nunca a subir a aquel cuarto pequeño donde se encerraba en los altos a escribir casi sin cesar. Habría deseado que buscara en ella el refugio o el paliativo. Pero no le dijo nada, porque la vida debe seguir; y esa extraña nos junta y nos separa sin consultarnos, según sus tristes caprichos clínicos.

—Voy a escribir una obra —le dijo él —que resuma todo cuanto soy. Que si queda, me refleje a través del tiempo tal como fui.

—Bueno —dijo Laura. Y él sintió sobre su cabeza la mano de ella, aquella mano que pesaba poco.

De modo que se puso a hacerlo. Era obstinado; cada vez que se proponía una cosa, la seguía sin descanso hasta su consu-

mación. Estaba teniendo grandes ecos de su obra, que él apenas consideraba empezada; su figura obtenía, en su medio y ya fuera, los respetos y las resistencias de cuya amalgama resultan los metales complejos. Pero él desdeñaba eso. Empezaba a desdeñarlo con acritud, diríase que con cierta cólera, para los demás inexplicable. Sólo profesaba afecto y entusiasmo por lo que estaba haciendo. Lo demás, le parecía insuficiente, ajeno, tímido y superable. Y semejante al zumbido que provocan en la oreja las alturas, tan sólo en su oído externo repercutían los elogios, los provechos, los halagos mundanos y las infinitas gamas del éxito y el efecto.

Se empeñó, bregó, se afanó, por transmitir a su obra, que escribía trabajando tenazmente meses y meses en el pequeño desván de la casa de altos, todo lo que poseía de más difícil de transmitir, todo lo que le era propio y debía ser inconfundible, todo lo que lo constituía y lo singularizaba. Noche tras noche, al reunirse en el comedor, confiaba a Jorge y las dos mujeres los resultados paulatinos de una obra que se sustanciaría en una leyenda, la más bella de cuantas había escrito, y la menos olvidable. Ellos participaban atentos en la consideración de los detalles, en la elucidación de los problemas que él les sometía, en el saboreo de los placeres que él obtenía de cada tramo concluido.

—Esto va a ser mucho mejor que lo mejor de Mauer —solía decir él, resumiendo, y ofertando un término de comparación que por referirse a un colega de fama los demás conocían bien—; tiene más fuste, más equilibrio, más profundidad; más riqueza, en una palabra.

Le gustaba conversar con Jorge. Era fino, hablaba menos de lo que pensaba, percutía inteligentemente los libros con sus dedos de entendedor, obteniéndoles resonancias peculiares, cristalinas. Mientras las mujeres hablaban de los quehaceres de la casa, de la suba de los precios, de los minúsculos problemas diarios, ellos dos fumaban una hora, antes de comer, sentados junto al balcón de la salita. Jorge opinaba siempre con sagacidad. De lo que le escuchaba, el escritor obtenía y reservaba puntos de vista, atisbos, gérmenes, que podían servirle para su obra. No dejaba de oírlo, con acumulativa curiosidad. Pero sus conversaciones, muy cortas, versaban siempre sobre temas prácticos,

cotidianos, casi triviales, y sólo de tanto en tanto, tímidamente, se refería él a la literatura.

Tampoco hablaba el escritor de literatura con sus demás amigos. No los tenía en gran número, pero los pocos que frecuentaba eran naturalezas fieles y honestas, animadas, despiertas; algunos habían sido sus condiscípulos en el Colegio Nacional, otros eran hombres que halló en ocasiones diferentes y que lo atrajeron por su despejo o su decencia; no consideraba común en la gente la asociación de los atributos intelectuales con las cualidades morales, y cuando hallaba en alguien esa asociación la distinguía con placer. Se había preocupado de obtenerles, de un modo u otro, todos los privilegios que pudo, empeñando en ello una pertinacia y un ardor de que carecía para sí mismo. A veces, una vez cada quincena, se reunía a comer con esos amigos en un saloncito de restaurante, o iba con ellos al teatro, o los visitaba en sus casas. Pero regresaba de esas reuniones insatisfecho.

Solía pensar que su cuarto de trabajo, con su encierro y sus dimensiones ridículas, era el más pequeño de los campos de Agramante, y no recibía allí nunca ni siquiera a los amigos más íntimos. Muchos agentes estimulantes parecían proliferar en ese desorden; en la habitación, en bibliotecas blancas, se acumulaban volúmenes, novelas o tratados heteróclitos, desde el techo al suelo; entre los libros aparecían retratos viejos; la mesa era pequeña y estaba cubierta de papeles, tinteros, lápices, cuadernos y libros; fijado con menudas chinches doradas a un trozo libre de pared, se oscurecía una reproducción del Hombre de la Mano al Pecho. Y un gran mapa, recorrido y estudiado, del imperio romano de Occidente, ocupaba el tramo que dejaban libre al separarse, el vano de la puerta y el costado de la estantería. Cuando concluyó la leyenda que estaba escribiendo, sufrió un acceso de amargura. Experimentó la sensación de haber fracasado. El libro le pareció insignificante en comparación con lo que se había propuesto. No representaba adecuadamente ninguna de sus preocupaciones mayores; era pálido, era insatisfactorio. La idea que que daba del autor era sumamente imperfecta. Exponía una inteligencia asistida sólo por lampos de lucidez, fragmentaria, sin vigor ni continuidad en su íntima secuencia; y reflejaba un alma sin verdadera magnitud, reducida y coartada.

Permaneció lleno de dudas, mortificado, lastimado. El libro

apareció y se vendió abundantemente. Pero él se sentía más agraviado aun por ese hecho; habría deseado que el libro chocara con la reacción que merecía. Los artículos críticos, la alabanza, el eco, seguían, sin embargo, elevando la obra a un plano sin precedentes casi así en la estimación de los expertos como en la demanda del público.

Fue entonces cuando cobijó un insoportable sentimiento de humillación. En su casa y entre sus amigos hallaban sorprendente el descontento que exteriorizaba; les parecía injusto, casi sacrílego. Pues ¿qué más quería, si era dueño del éxito? Qué otra cosa deseaba, si la estimación por cuanto hacía era unánime —todo lo unánime que puede ser, tratándose de materias eminentemente opinables. Laura trataba de convencerlo de que debía recoger los frutos sin analizarlos ni disecarlos, sin privarlos de su jugo natural, pues lo contrario asumía, para ella, el sentido de un pecado contra el sentido de las cosas y hasta contra la vida misma.

El resolvió emprender una cruzada insólita contra todo lo que todavía quedaba en su obra de traicionero y de menor. Empezó a encerrarse con sus libros y sus meditaciones, a imponerse los efectos de una concentración severa, casi cruel, a planear los libros ulteriores, los verdaderamente significativos, aquellos que expresaran, al fin, mediante aclaraciones consumadas, todo cuanto lo preocupaba y lo distinguía, el conjunto culminante de sus reflexiones, el resumen de sus experiencias críticas en lo que tenían de transparente y aleccionador para la causa humana.

Tomó aquel designio de perfección y verdad tan a pecho, que la tentativa, en todos sus tramos y formas, lo embargó durante varios años. No se redujo al silencio ni lo dejó todo para una obra definitiva. Fue publicando libros, tres o cuatro, en los que se había propuesto, ante todo, y como corolario de sus preocupaciones anteriores, establecer, patentizada, una escala o gradación que viniera a ser elocuente respecto de su necesidad capital: la necesidad de progreso o mejoramiento. Estos libros fueron acogidos por el público con menos entusiasmo que los anteriores, si bien el respeto hacia el autor aumentó y el tono de las críticas consagradas a él se hizo cada vez más abstracto y más reverente.

Fue precisamente en esa coyuntura —tocaba el año, según lo

recordó, en las postrimerías de abril— cuando, de sopetón, de golpe, sin que lo hubiera advertido antes, al hallarse una noche sentado a la mesa en la mitad de una comida, rodeado de los rostros familiares con los que convivía y a los que quería, notó ese silencio que se hacía en torno de él, ese modo de callarse cuando él iba a empezar una frase, esa pausa, o retiro, que en los otros provocaba. Continuó, al advertirlo, comiendo naturalmente el plato de croquetas; pero alistó los ojos, observando las caras. Todos se habían callado al empezar él a hablar, y lo peor, lo curioso, era que el silencio, la reserva, parecían una consigna, una orden secreta, una actitud deliberada y compartida por las otras tres presencias familiares. Laura tenía los ojos en el plato; Jorge lo miraba en silencio; Elba seguía de soslayo la salida de la criada, que desaparecía llevándose la fuente en alto. No había en ninguna de esas expresiones distracción. Más bien se advertía una suerte de resignación respetuosa, de aquiescencia automática, de fervor, acallado y disecado; y le pareció a él, de súbito, que eso era como la atmósfera con que se sigue en los enfermos queridos las enfermedades muy largas.

Aquella noche al acostarse pensó en ello, intrigado; lo consideró largamente; y le pareció raro y triste.

Guardó su inquietud, sin decir nada; y al otro día se propuso, ejercitándose pronto, ser diserto y locuaz como no lo había sido tiempo antes. Le parecía venir de una distracción y carecer de memoria de lo que había pasado desde tiempo antes en su torno. Ignoraba desde cuándo duraba ese acallamiento, tan extraño, ese hiato insensiblemente provocado por él, esa detención por su causa de la conversación de los otros, que con tanta sorpresa acababa de advertir.

No tuvo sino la confirmación de la anomalía. Otra vez se hizo, en cuanto habló, el respetuoso silencio. Cundió sola su palabra; y no bien, después de las generalidades —a las que imprimió el ritmo más vivaz—, llegó a la pausa inevitable, como olas que se rehacen después de interrumpidas por el paso de un objeto que les es extraño, se reinició, tranquila, la conversación de los otros. Elba festejó una ocurrencia de Jorge, y Laura, con naturalidad, rió también. Y se referían a un tema, a un asunto cualquiera, del que ya habían hablado, se veía, días antes, sin estar él presente.

Entonces, mientras lo observaba, empezó a atar cabos. Re-

cordó lo que vez tras vez había atribuido a simple necesidad de expansión de las tres personas que convivían con él en la casa: aquellos apartes en que caían con relativa frecuencia y en los que él los encontraba engolfados cuando bajaba al comedor del cuarto de trabajo. Recordó que casi siempre los había hallado riendo, y que dejaban de reír cuando él llegaba; que la conversación y las risas, casi espontáneamente, casi deliberadamente, eran retomadas luego, después de la transformación o intervalo provocado por su presencia, de modo comparable al modo como una corriente de agua retoma su cauce después de haberse apartado para hacer sitio al obstáculo.

Recordó que cuando él, después de haberlos oído proyectar una salida, una ida nocturna a tal o cual espectáculo, pidió que se modificara la intención y en vez de ir al sitio elegido fueran a otro propuesto por él —pues era harto personal en sus gustos—, lo aceptaron sin vacilar, prontamente, sin discusión ni reticencia; pero que partieron callados, y que sólo entre ellos, y no con él, cambiaron durante la representación algunas reservadas impresiones sobre el acto o espectáculo. Recordó las ocasiones —que ahora le parecían demasiado reiteradas y obvias— en que los había visto recoger sus diálogos en su presencia, forzarse a permanecer callados, determinarse a estar no naturales y permeables, sino rígidamente, voluntariamente, cortésmente, respetuosamente, atentos.

Advirtió que ese respeto había sido una especie de mar que los había distanciado de él, un brazo de separación; y ahora él estaba circuido de ese respeto que le profesaban, como el aislado contagioso está circuido por el lazareto.

Experimentó la impresión más extraña del mundo: una mezcla de horror y amargura. Pero no dijo nada. No debía decir nada. Debía, en lo sucesivo, navegar fiel a ese rumbo, dividido su esquife de la playa que los suyos formaban —ellos unidos. Se recogió en una especie de íntimo, latente, recóndito decoro. Y la tarde en que, pensando por dentro su descubrimiento, sopesándolo más y más todavía, salió, según sus hábitos, temprano y entró apenas bajado el sol en la peluquería, parecía como si nada hubiera pasado. El peluquero le echó al cuello la toalla blanca en medio de la fragancia de cosméticos y lociones que aventaba el ventilador en el salón. Fue entonces cuando escuchó, primero confusa, luego nítida, clara, la conversación que envol-

vía a los demás clientes. No era uno solo ni dos, quienes hablaban, sino, en efecto, todos: los dos o tres clientes jóvenes, el cliente viejo y la casi totalidad de los peluqueros; excepto el suyo, que se limitaba a escuchar. Era una conversación que los transportaba, los entusiasmaba, algo relativo a un importante match de foot-ball, el crudo tema trivial del espectáculo, comentado con furor y brío. Reían, desde sus sillones, enjabonadas las caras, unos con sorna; otros alegaban; gozaban todos en la conversación sobre el espectáculo. Comprendió él así, que el peluquero que lo servía con hábiles manos —unas manos de las que se escapaba cierto olor sutil a violetas— tenía apuro, verdadera prisa por acabar con él y lanzarlo pronto a la calle afeitado, servido; que no haría él sino salir, y ya estaría el hombre jovialmente unido a los otros en la conversación sobre el partido.

Salió a la calle casi con prisa. Nada lo horrorizaba, a decir verdad, como el papel de interruptor, la función de alzar obstáculo al arrebato o impulso de los otros. Tendía a hacerse a un lado para que los apresurados pasaran. Pero lo que no podía dejar de sentir, era esto que ahora probaba: un sentimiento de humillación o preterición, el sabor más extraño de todo, la acidulosa idea de que los demás lo habían, categóricamente, dejado.

Nada tenía eso que ver con las cortesías; al contrario, las cortesías se tornaban cada vez más sensibles. El respeto lo rodeaba o cercaba, y él estaba en el centro de ese cerco, como la gallina en el círculo de tiza; y el círculo de tiza estaba trazado por los otros para poder confinarlo, poder ellos irse, y que él no se asomara ni obstaculizara . . .

—Qué vulgaridad, qué bajeza —se dijo por dentro, mientras caminaba aquella mañana calle abajo alejándose de la peluquería—. Qué vulgaridad, qué bajeza. —Pero le incomodaba y fastidiaba; y conducía en los oídos el rumor de la conversación común, a la que él no tuvo acceso, para la que no tenía ni tendría adjudicación ni orden.

Aquella noche no pudo trabajar. En la mesa había notado nuevamente en medio del cariño que le dispensaban, la frontera; había observado en su gente ese límite, después del cual los impulsos no continuaban, la línea de contención de la risa y la confianza.

—¿No has ido hoy al cine?

—No, no he ido.

—Pues yo sí —dijo Jorge. Y contó el argumento de la película que había visto.

Entonces el escritor aclaró que el film lo había visto la noche antes y que le había parecido trivial y monótono.

Vacilaron ellos. Laura y los otros dos se miraron sin mirarse. Jorge habló. Elba lo sostuvo. Discrepaban con él: a ellos, a los tres, el film les parecía divertido. ¡Qué colorido y rico lo habían hallado en su movimiento rápido y cálido de ballet!

Los observó él —y asintió. Les dio con un signo de cabeza la razón. Y ya se habían trenzado los tres de nuevo en una conversación al margen, que provocó Laura con una referencia a la persona de quien habían estado hablando, antes de que él llegara, aquella señora de Bardi, tan inexplicablemente frívola que desde hacía quince o veinte años se dedicaba a apestillar a quien se le pusiere delante con la misma serie de preguntas hechas.

—¿Frívola? Frívola no le parecía a él, ¡de ningún modo! —iba a decir, recordando la última conversación que había sostenido con la señora; la veía aun: atractiva y un poco audaz, no sin cierta agudeza fresca, parada en el escalón, a la salida de una representación de Marivaux, por la compañía francesa, en que ella le había comentado aquellas palabras sobre lo limitado que somos en todo y lo poco que lo somos para el sufrimiento. Pero se contuvo. A tiempo frenó su voz. Y se quedó callado y subordinado, ante la conversación de los otros.

Se dedicó en los días subsiguientes a borrar todos los motivos de fricción, aun los más obvios y nimios, a decir a todo que sí y manifestarse tan ajeno a una obra que lo alterara o enajenara como a no entenderlos a ellos en sus menores familiaridades o llanezas. Decidió cambiar el rumbo del esquife: volverlo a la playa, unirse a los otros, mucho menos valeroso que Ulises, porque no era Ulises ni le importaba serlo ni quería. Le importaba y quería, sólo, aquella sutil fraternidad con los suyos en que se había desarrollado y para la que estaba constituido y era apto. Pues no se sentía superior a nadie y era un espíritu capaz de afectos, enternecimientos y matices.

No se le escapó el asombro que su nueva actitud producía. Asombro, casi desconcierto. Como si lo hallaran debilitado, pero no interiormente, sino físicamente, y por algún mal ilógico y

pasajero, fútil, indigno de crédito serio. Y casi en el acto, volvieron a tratarlo con solicitud, cortesía, atención, y el sólito respeto.

No podían apearse de ese sentimiento o actitud. Era lo que le debían. Era, mejor dicho, el producto que él había dado en ellos: la flor, el fruto, el venerable sentimiento de superioridad o altura . . . Y estaban tan atados a esa condición progresiva como a una tarea, iguales a chinos sin intérprete, que sólo ven la voz y el agitado aire en los labios blancos que les gritan —la gesticulación del poder muerto.

Sí, así se sintió él, como el poder muerto. Y su poder, su cetro, era el respeto. Ese respeto que lo circundaba y sostenía, lo elevaba, lo eludía, lo sublimaba, lo ensalzaba, poniéndolo más y más aparte de los otros círculos vivientes.

Intentó un esfuerzo directo e inmediato por llamar a Laura a lo que él era; por sacudirla, por allanarla a él y allanarse él ante ella. Fue una noche, en la alcoba, en pleno junio, sin otro ruido ni presencia allí que ellos a solas; él de pie y ella casi desnuda, con la medianoche arriba, lastimando.

—Me vas a tratar como a hombre, Laura. No como a otra cosa; como a hombre, Laura. Eso exijo y eso tienes que mostrármelo. Porque ahora estás adormecida y alejada como si yo fuera un extraño, el Extraño —el ya no deseado o el forastero o qué se yo qué mezcla de respetado y execrado . . .

—Pero no entiendo, querido —dijo ella—. No entiendo, querido.

Y se allanaba a él, se le daba, lo dejaba que en su cuerpo y en su cuarto decidiera más que nunca. Hacia ella se lanzó él, para hacerla suya. El cuerpo lo dejó pasar. Pero, más allá del cuerpo, la sintió ofrendada, sacrificada. La oyó respirar su donación, blanca e inerte en la cama, suspenso el tiempo en el cuarto conyugal. Y eso le dio a él más desesperación y más dolor.

Aquella noche salió del cuarto desplomado. ¿Dónde estaba él, que ya no estaba con ellos? ¿Dónde estaba, que ya no estaba con nadie? ¿Cuál era su actual reino y hacia qué cumbre caminaba? ¿Cuál era su medio y su poder? O si no, ¿cuál su caída, cuál su pozo?

El amanecer lo encontró empequeñecido, agotado. Parecía que hubiera estado sin dormir cientos de noches. Se levantó, sintiendo que era ese otro el que se levantaba con él: aquel

respetado, aquel alejado. Y las manos le temblaban, al ir prendiendo los botones de su ropa y luego ir a tomar el papel, allá arriba, para intentar escribir algo y seguir así su curso, si su curso era algo cruel y dado, en lo que él debía avanzar solo, andando y escalando.

En los días que siguieron les dijo, casi les rogó, envolviendo su solicitud en sutiles precauciones verbales, que no lo consideraran nunca como posiblemente desinteresado de los problemas de ellos, de sus predilecciones y tendencias; intentó seducirlos y halagarlos. Pero el resultado fue una mayor reserva respecto de él; sólo que más cuidadosa aún, más preocupada. Más respetuosa . . . Comenzaron a verlo como a alguien que no es del todo dueño de su estabilidad, que alimenta sospechas, que pasa por una crisis; y la reacción ante él fue de solicitud y de cuidado, de tenue pena, de lástima casi invisible.

Entonces entró en el mayor de los sentimientos de fracaso. Se dio a pensar en la necesidad de un viaje al exterior, a los sitios menos familiares, más alejados. Necesitaba soltar fuera esa especie de quejumbre que a veces nos aflora en el alma. Cuando regresaba a su casa aquel mediodía, el propietario de la casa contigua se cruzó con él y lo saludó ceremonioso, sin mover los labios, apenas con un toque de la mano en el sombrero; y luego observó cómo el mismo vecino, al encontrarse más allá, a unos pocos metros, con el negociante que ocupaba la esquina —de quien acababa de recibir él un saludo igualmente mesurado— estallaba en una exclamación briosa, cordial, jovial, confundiéndose con el otro, a diferencia de su actitud anterior, en el más franco intercambio de expansiones y espontaneidades . . .

Poco podía ganar en volver hacia sus amigos: eran escasos y apenas los había cultivado. La tiranía de una vida entera entregada al trabajo puertas adentro, lo tuvo siempre a notable distancia de las gentes a quienes conocía y de su trato frecuente y común. Ahora, al volverse a ellos, no hallaba más que los frutos proporcionados a tan tenue cultivo: cordialidad superficial, banalidad, indiferencia.

En su casa, un sábado, a la hora del almuerzo, hizo al fin el anuncio sin alegría, casi con tristeza. Le tembló la mejilla pálida:

—Dentro de dos semanas, me embarco.

Había pretextado, con anterioridad al anuncio, la necesidad de realizar en el Viejo Mundo —en París y en Londres— ciertas

gestiones, de las que dependía la traducción de sus obras al francés y al inglés. A los suyos, la noticia los apenó: pero le tenían demasiada consideración para decírselo; no podían contrariarlo ni discutir un deseo suyo. Se limitaron a manifestarle, en diferentes formas, con afecto tímido, que deseaban que volviese pronto y que esperaban que sus arreglos fuesen coronados por el éxito.

II

Y así, dos semanas después, exactamente, se halló entrando en alta mar, a solas en su camarote de un barco de carga, el *Belfroy* que tenía unas pocas comodidades para media docena de pasajeros. Casi sollozó de dolor pensando en las pocas ganas que tenía de irse, en su casa familiar, tan triste, con todo aquel silencio, con aquellas gentes que lo respetaban. Salió a la cubierta y el viento le secó los ojos. "Cuando vuelva —pensó— me recibirán como a un ser humano. Este viaje les hará extrañarme; y nada humaniza y acerca a alguien como el hecho de ser extrañado."

La idea lo alegró, y fue, cubierta abajo, en busca del capitán. De pie, junto a la borda de popa, el marino sorbía de un pequeño jarro una bebida caliente mientras miraba lo último que se divisaba de la costa, ya casi confusa e invisible.

La travesía constituyó una experiencia profunda. La lectura y la reflexión ocuparon la mayor parte del tiempo del escritor; en algunos momentos conversaba con los cinco pasajeros del barco, pero la mayoría de las horas las pasaba caminando sobre cubierta, en medio de pensamientos hondos y pacíficos. Leyó un cuento hermoso, referido a cosas y costumbres lejanas, a seres extraordinarios, que le dejó un gusto melancólico y pensativo. Pasó revista a su vida, reflexionó sobre algunos aspectos que lo habían preocupado siempre, relativos al hombre y a su destino, a sus accidentes y a su sustancia, al mundo visible y al mundo trascendente. Leyó bastante historia. Unió sus reflexiones sobre lo individual y lo universal a un grupo de ideas progresivas sobre el sentido de la religión; y entre aceptaciones y rechazos, su pensamiento se depuró y profundizó. Le parecía haberse adelga-

zado, aligerado físicamente, a fuerza de soledad y pensamiento; y el suave y noble dolor que ponen en el alma las ideas fundamentales, las que se piensan sin pactos y sin ayudas, a la intemperie, solitariamente, le procuró ese toque de superioridad verdadera en que ciertos ánimos entran de pronto al haberse despojado de un cúmulo de lastres. Por la noche, fumando, asistía en el comedor a las partidas de cartas entre el capitán y los demás pasajeros —cuatro belgas y un argentino— y los escuchaba hablar y pensaba en lo que decían y en lo que eran. Otras veces se quedaba inmóvil, sentado sobre cubierta, con los ojos fijos en el mar, oyendo los golpes del agua rechazada contra los flancos del buque, o bien se acercaba al puente de mando para distraerse con las operaciones del oficial de ruta y formular alguna que otra pregunta, alguna que otra observación. Luego, en algunas escalas, bajó a tierra, pensativo, solo; recorrió las calles de Río, en los fondos de cuyas casas daba de pronto un ágil lambetazo la selva; visitó algunas iglesias de Bahía, con su milagro y su mansedumbre; fue en el peñón inglés a ver las tumbas de los muertos en Trafalgar; paseó perdido por la frialdad negra de Alger. Pusieron casi veinte días en tocar el puerto de Nápoles.

Le gustó Italia. Pero quería ir a París. Ante todo a París. Porque allí esperaba llegar a confundirse con los hombres del modo como un factor inorgánico cobra misteriosamente vida y entra organizado en un cuerpo orgánico. Allí estaría, por antonomasia, la vida; y él quería unirse con la vida, entregarse a ella, del mismo modo como un caudal se comunica con otro caudal. Sería, a la vez, la manera de quebrar el hielo que había hallado en su casa y por el que, antes de partir, había sentido paralizársele y congelársele la base misma del alma. Y así surgió una mañana, saliendo de la estación de Lyon, al sol de la ciudad deseada.

Empleó los primeros días en solamente caminar por las calles. La familiaridad consiste en la repetición. Lo primero que le fue familiar fueron los avisos de Dubonnet y de Nicolás en los subterráneos, las fuentes de las Tullerías, las fachadas de los edificios, chorreadas de negro. El hotel que eligió para alojarse estaba en la rue de l'Echelle, a dos pasos de la avenue de l'Opéra, a pocos metros del Jardín de las Tullerías. La Comedia Francesa le quedaba a la mano. Y la estrecha, la ilustre rue Saint

Honoré, juntaba la calle de su hotel con la rue de Castiglione, donde se abría la plaza Vendôme.

Al principio, en esos días iniciales, no teniendo con quién hablar, se limitó a las breves conversaciones informativas con el conserje del hotel. Hablaba también con los mozos, ávidamente, en tal o cual restaurant, salvo en los casos en que daba, sobre todo en los grandes establecimientos, con especímenes malhumorados, reacios al diálogo. Visitó algunos cabarets, de noche; recorrió uno a uno los principales teatros. No tenía a quién comunicar sus estados de ánimo, salía a las calles solo, conmovido, traspasado de entusiasmo; y a fin de desahogarse anotaba, al volver, en un cuaderno de tapas grises adquirido en la rue de Rome, las impresiones originadas por los espectáculos más notables, a los que intentaba confinar y definir en grandes cuadros lógicos.

Su mente, sin embargo, seguía ocupada por los conocimientos e ideas que los días de navegación le habían deparado. Incidía especialmente en su espíritu —no ya como una preocupación plena, pero tampoco como un simple juego— el problema de la fe. Se consideraba, tras no pocas consultas a sus propios estados introspectivos, como un temperamento agnóstico, inconvencible, refractario, difícil de reducir a todo cuanto no sucediera en el plano de la lógica más estricta; y por eso lo inquietaba ahora, suavemente, vagamente, el modo como se había filtrado en su espíritu el sentimiento de lo sobrenatural. Este sentimiento había aparecido, no por vías intelectuales o por obra o influjo de alguna página especulativa, sino por la pura acción de presencia, o sea por la especie de revelación, de incitación, del bello relato leído a bordo. Se trataba de aquel cuento oriental, de aquel relato de la antigua Persia —descubierto durante la travesía, pero al que volvía su espíritu una y otra vez— en el que se manifestaba, formulada y encarnada, rodeando la figura del sobrino de un imán, una suerte de sensación viva, tangible, del misterio, manifiesto en sus formas más religiosas, más elevadas.

Al acostarse, en la soledad del cuarto de hotel, solía pensar detenidamente en el cuento, y eso le procuraba una suerte de compañía. Invocadas, las delicadas peripecias hacían las veces de cautivantes interlocutores.

Cansado de conversaciones casuales, repetidas y monótonas, empezó a sentir la necesidad viva —pues en el fondo lo rondaba

la urgencia de probarse que no existían vallas entre él y los demás— de hablar con otras personas, de trabar sin tardanza algunas relaciones.

Una tarde se dirigía caminando hacia el hotel. Estaba por llover, deseaba la lluvia. Deseaba cualquier agente de diversidad que viniera a servir a su monólogo de contraparte. Suspiró, y le pareció que estaba lejísimos de su casa, de su país, a una distancia inenarrable, tan enorme que la idea del regreso se le presentaba como una ilusión remota e inalcanzable.

Al llegar al piso donde estaba su cuarto, distinguió en el pasillo, de buenas a primeras, a una mujer, que llamaba a la puerta contigua. Era una figura alta y delgada, joven y elegante, envuelta en los pliegues sueltos de un impermeable verde, cuyo brazo derecho se alzaba paciente en los golpes secos y repetidos que aplicaba a la puerta.

Se creyó obligado a decir algo.

—No creo que haya nadie —expresó, tímido, al pasar, familiarizado con el silencio que durante la tarde entera presidía la vida del cuarto vecino al suyo. Y refiriéndose a la ocupante misma de esa habitación—: Nunca llega antes de las nueve . . .

Aludía a Mme. Brion, una mujer de pelo rojizo y faz dura y voluntariosa, más bien agria, con quien no había cambiado más que los saludos de rigor al encontrarse en los pasillos, a las llegadas o salidas del hotel; pero de cuyas costumbres, o mejor dicho, de cuyos horarios algo sabía, a fuerza de atenderle los pasos desde su propia habitación.

La visitante le expresó su disgusto. Y sonriéndole también, le preguntó si, dado que no podía ella volver, querría él encargarse de transmitir a la vecina un mensaje, una palabra apenas, en el momento en que la oyera regresar.

Le había sonreído de un modo cándido y encantador, con naturalidad y con franqueza; y él sintió que hubiera hecho lo imposible por satisfacer el menor deseo de aquella mujer. Pues una dulce belleza y extrañeza parecían lentamente emitidas por la irregularidad expresiva de aquellos ojos cautivadoramente fijos, ojos que parecían no temer, y casi ordenar, sin imponerse. Entonces ella le rogó que dijera a la amiga que la esperaba a las diez, en La Coupole.

Aseguró él que se lo diría. Se despidió, vio alejarse a la joven por el corredor revestido de papel grasiento, entró en su habita-

ción, y se puso a leer. Pasaron las siete, pasaron las ocho. Tenía frío. Tenía nostalgia. Tenía el corazón disgustado y anheloso, y a través de los vidrios de la ventana del cuarto observaba, inmunes al tiempo, las luces monótonas de una tintorería.

Su memoria repasaba la bella y extraña historia del sobrino del imán, cuando, a las nueve, oyó ruidos de pasos en el corredor y luego el sonido de la llave en la cerradura del cuarto de al lado. Se incorporó y salió, y vio a la mujer áspera, que llegaba con su pelo rojizo y su cara ruda y opaca. Traía sobre los hombros un saco color cereza. Lo saludó con agriedad, sin placer.

—Tengo un mensaje que transmitirle —le dijo él; y la inamistosa señora arqueó las cejas interrogativa.

Cuando supo de lo que se trataba, su semblante cambió levemente, sus labios se animaron en forma gradual, pronto se hicieron locuaces. Era de esos seres que, iguales a los que no pueden leer sin mover la boca, no pueden pensar sin comunicación, y necesitaba comentarlo todo y expedirse.

Estuvieron hablando un buen rato, en el corredor, con las puertas de sus cuartos abiertas; y a los pocos minutos, la señora le hubo preguntado abundantemente por él, por su nacionalidad, oficio, preferencias, credo, estado pecuniario y estado civil. Le interesó vivamente saber que era casi un desterrado, un viajero sin plazo ni meta, o sea una especie de desecho del mundo, lanzado a la ventura o el oprobio.

La relación empezó así. En lo sucesivo, Mme. Brion no llegaba ni salía sin una palabra de saludo, que a lo mejor enviaba vitalmente a través de la puerta cerrada. Tenía la voz acre y metálica de las mujeres virilizadas en una vida entera de soledad. Sobre la mesa de su habitación conservaba retratos de parientes vestidos a la usanza del otro siglo, polveras de plata, espejos y peines de carey, y un vaso con flores de trapo, tristes y amarillas. Ella le preguntaba, cada mañana, por fórmula, lo que haría él en el día.

—¿Va al museo?

—No. Voy a la place du Tertre. Comeré allí solo; en la mère Catherine o en el Lapin Agile.

—Uno de estos días lo invitaré a que venga con nosotros. No sé si le divertirá. Veremos.

—Por favor.

Era cortés y consecuente. Aquella noche comió en el Lapin Agile, y pensó en el tema de un gran libro, y en las cuestiones que preocupaban su espíritu, ansioso de organizarse en una especie de perfección pacífica. Pensó que a esa hora, en su casa, su mujer se estaría acostando, o hablando con Jorge y Elba, en el comedor. Salió a la calle, y el viento solitario y frío acompañó su soledad y su frío. En el fondo incubaba cierta felicidad, la felicidad de hallarse en lo más alto del mundo, pisando pavimentos por los que habían rodado las carretas del Terror y encontrándose con estatuas cuya nítida palidez contradecía las tinieblas, las reducía.

Convino con Mme. Brion en acompañarla un viernes a la Coupole. Estaba contento de ir en fin a hablar con otras gentes y de ver de nuevo a la amiga de la señora, que le había dejado tan agradable y admirativo recuerdo. Y en efecto, no hizo más que entrar, y ya la vio, alta, elegante, apoyada al cristal de la vidriera, con el abrigo rojo sobre los hombros, como una capa. Al verlo llegar, ella tiró el cigarrillo y se acercó a él resueltamente.

—Viene en un mal día . . . Jo está en la cárcel.

Le explicaron quién era Jo. Un gran amigo, para ser justos un héroe, y además un humorista; un hombre que lo mismo jugaba su vida por sus creencias, que animaba una reunión hasta el delirio. Y tenía cara de ángel y cuerpo de Atlas.

—Pero ayer, en la calle, en una manifestación, lo prendieron. Poco importa, sucede siempre; está diez días y sale como nuevo; pero usted no lo verá hoy, y esta mesa, sin Jo, pierde encanto . . .

—No por lo visto —dijo el escritor. Miró a la mujer joven con amistad y con franqueza.

—Yo me llamo Germaine Dufaur —dijo ella—. Y estos son Bertin, Labernadie, Auclus y Jeanette Siva . . .

El dio la mano a todos, uno por uno. Dos manos de hombres, tres manos de mujer; dos agradables, una escurridiza, otra blanduzca, una que se arqueaba al cederse. Se sentaron y se pusieron a beber. El miró especialmente a Germaine. Estaba sentada en la banqueta, a su lado, y tenía los muslos mórbidos y largos, el pecho prieto e incitante, la nuca joven y despejada, la cabeza inteligente y rápida. Pero lo que a él lo atrajo, sobre todo, fue el aura decididamente sensual que ella emitía, una

especie de gravitación mórbida que se le advertía hasta en la voz, una voz llena, cálida, que llamaba la caricia como podía llamarla un miembro del cuerpo. Y la propia coloración de su piel se manifestaba como un llamado, como un desafío, y al mismo tiempo como un deseo, que localizaba y cercaba al que la mirara. Hay ciertas influencias que, inadvertidas al principio, las advertimos sólo cuando somos ya esclavos de ellas, cuando ellas ya nos han distinguido, en vez de nosotros distinguirlas. Y él sintió ese aprisionamiento inmediato de que era sujeto y no agente.

Ella misma lo estaba diciendo, con el modo extrañamente directo que tenía de hablarlo todo:

—Sentí una sensación de afinidad en el corredor del hotel.

—¿Qué clase de afinidad?

—Simpatía física —dijo ella. Tenía la naturalidad tranquila de las mujeres que están de vuelta de las frases.

El atribuyó aquellas palabras, más que a su motivación literal, a la voluntad de que no estuviera un solo instante incómodo entre todos ellos; sobre todo porque Germaine se volvió en el acto hacia los demás, despojando a lo que había dicho de importancia o particularidad.

Era —lo vio él— un grupo bastante homogéneo de personas afectas a reunirse y hablar de hechos, de emergencias, de sucesos; una especie de alegre banda, bebedora y ruidosa, alerta a todos los fenómenos del mundo. Aquella noche, la banda se dividió en dos teorías: los que justificaban a Jo cien por cien y los que reprochaban su exceso de audacia, su intrepidez vana. En la acción, ¿qué vale más: la temeridad o la prudencia? ¿El arranque o el sigilo? El tal Jo se lanzaba a los actos como un bólido. Cuando ya se levantaba entre las partes la tormenta, Mme. Brion apaciguó los ánimos con cierta oficiosidad salomónica: Para una naturaleza como la de Jo, dijo, el arrebato estaba bien. ¿Cómo condenarlo? ¿Para qué justificarlo? A cada mito su rito.

—¿No piensa usted así? —preguntó a su invitado.

—Enteramente —asintió él.

Los preocupaba la política, la sociedad. En sus conversaciones estaba siempre presente el argumento realista. Aquella noche, él los acompañó hasta tarde. Se sentía como un pájaro capturado por la presencia de Germaine Dufaur. A las tres, después de

haber bebido varias vueltas de coñac, la acompañó hasta su casa. Primero habían dejado a Mme. Brion en el hotel, y —luego de afirmar él que venía padeciendo insomnios y que necesitaba caminar mucho para cansarse— se ofreció a seguir un rato con ella. Se fueron andando por el asfalto húmedo hasta la callecita donde vivía. El supo por esa conversación que Germaine copiaba planos en la secretaría de un ministerio, que trabajaba poco, que le gustaba la especie humana más que los negocios de los hombres.

Siendo tan sensualmente atrayente, caminar con ella era, sin embargo, como caminar con un hombre. Parecía aburrirla o hastiarla cualquier desviación al plano sentimental. La contradicción aparente entre su encanto y su recalcitrancia, le daban misterio, el misterio de todo aquello que se coloca más allá, que osa ir más allá de los hábitos y supersticiones en que vivimos insertados.

La miraba él de soslayo, al caminar; y aunque no tocaran ni por asomo ninguno de los temas susceptibles de individualizarlos en lo que eran, hombre y mujer, se expandió entre los dos esa corriente tácita que, aún sin palabras, se establece entre dos físicos afines, vinculados por inmanente simpatía. Debieron sentirlo, la una y el otro, sin lugar a dudas, porque durante el trayecto hablaron menos de lo que hubieran hablado dos personas menos atraídas; en tales casos se cede la palabra —el silencio, mejor dicho— a esa manifestación subterránea de la compatibilidad.

Quedó él, sobre todo, fuertemente, gravemente atraído por la otra persona.

—¿Puedo verla mañana? —había preguntado a Germaine, al separarse.

—¿Por qué no? A las cinco voy a tomar el té a los Deux Magots. Vaya si quiere.

Fue. Estuvo sentado en la terraza desde la cuatro y media, atento al flujo y reflujo de rostros, de expresiones, de beatitudes, y de muecas. La multitud crecía de pronto, de pronto se aguaba, en el bulevar Saint-Germain.

La vio llegar, a las cinco en punto, nerviosa y presurosa. No pidió té, sino café. Tenía la figura erguida, los hombros anchos, las manos y los brazos fuertes pero no vulgares. Todo ella daba, al contrario, una impresión de raza y aristocracia. Se puso a

hablar con volubilidad; por el costado de la mesa redonda, él le veía el dibujo hermoso y firme de la pierna, la largura de la pantorrilla, el pie bien calzado.

Hablaron hasta el caer de la tarde. Ello lo miraba con atención, en esa especie de cuestionamiento instintivo con que las mujeres interesadas por un hombre observan sus menores rasgos, sus intenciones, sus matices. Deseoso de atraerla mediante los recursos más inteligentes, él intentó, en un gesto ambicioso, contarle todo lo que era capaz de contar. Los días de navegación y soledad le habían depositado en el pensamiento aquel dejo nostálgico, aquella lentitud, aquel tomar las palabras reteniéndolas, interrogándolas, examinándolas; se hubiera dicho que se escuchara; en realidad no hacía más que asombrarse del significado de las cosas, como ocurre cada vez que se toma conciencia de un instrumento o de una facultad que antes se ha ejercido sin discernimiento.

En el momento en que iba a sentarse, al lado de ellos, una especie de cacique marroquí exóticamente vestido, Germaine le propuso con naturalidad, casi con entusiasmo:

—¿Quiere que vayamos el domingo a Versalles?

Aceptó él, transportado. Podían almorzar allá, volver a la noche. Y en el fervor, en el contento de la propuesta, así como de la tarde que había pasado, mientras regresaban caminando por el bulevar, él se inclinó a forzar sus propias cualidades de elocuencia, sus atributos de lucimiento, entrando de lleno en un alegato por el que se preguntaba, en voz alta, preguntándoselo a la vez a ella, si el hombre será siempre, específicamente, el mismo ente resignado a no saber, a no querer saber, a no plantearse, a no querer plantearse, aquí o allá, las razones definitivas de su vida, el problema de los problemas, la llave de todo pensamiento. Y había en el rostro de él tal seriedad, que parecía vivir de semejantes preguntas. Ella, mirándolo, sonreía, con su delicado cuerpo alto, con su andar largo y elástico de mujer activa; y se notaba claramente que hubiera sonreído ante cualquier cosa que él hubiera dicho, por simpatía animal y por satisfacción de vivir.

Al dejarla junto a la parada del ómnibus, en el mismo barrio de Saint-Germain, empezó él a sentir el placer de hallarse ensanchado, aligerado, en los centros donde pesaba la sobrecarga de sí mismo. Luego, por la noche, en el bar del hotel, bebiendo el

jerez de cada día, evocó la entrevista, revisó con la mente el contorno físico de Germaine, hallándose al fin seguro de que las puertas de acceso a los otros acababan de abrírsele a través de una hendija, y de que lo conducirían, sucesivamente, a otros recintos, a otros semblantes, a otros hábitos y caracteres. Comió, cerca del faubourg, en un Duval; se alegró con el excelente borgoña; y todavía anduvo por las calles familiares antes de irse a dormir.

Sentía cierta dulzura íntima, insólita, y pensaba superior y lejanamente en los días de Buenos Aires, casi como si fuera el benévolo tutor de todas aquellas gentes y circunstancias que había dejado atrás.

Los domingos, la gente va temprano a Versalles. Pero ellos llegaron tarde, al mediodía, apenas con el tiempo justo para almorzar. Un sol nupcial endulzaba los verdes. Desde las ventanas del viejo hotel, al que correspondían vagos caracteres de castillo, se veía reverberar la luz, al rozar, en el parque, las briznas de otoño; allá lejos se agotaban las fuentes en una luminosidad cenital; un perro de hojalata colgaba sobre la puerta de una posta; vibraba todo: el vino, las palabras, la vida, y hasta de lo más viejo pendía una especie de sentimiento agudo de furtiva juventud.

El comedor del hotel estaba vacío. Pidieron los platos al mozo y comieron lentamente, bebiendo y riendo. Se hallaban los dos sentados en un rincón, junto a la ventana; y después de haber hablado con volubilidad, aprovechando la ausencia de los mozos, él, de flanco, tomó en un súbito abrazo los hombros de ella y la besó sorpresivamente en la boca sin darle tiempo ni ocasión de eludirlo. Ella se rió, sin decir nada. Mostraba entre los labios besados unos dientes mucho más blancos que la piel cobriza. Entonces, fortaleciéndose en el ataque, él se apoderó otra vez, con firmeza, de esa boca carnal, caliente.

Ella no lo besó, lo dejó hacer, pasivamente, echando atrás la cabeza, aunque de un modo suave y lento que no la obligaba a perder su porte altivo y orgulloso.

—Me gusta su voz —le dijo él—. Déjemela oír. Diga algo, alguna cosa . . .

Ella no contestó. Sonreía, sin resistir, y a la vez casi sin ceder, con cierta lejanía y cierto misterio.

—Dígame algo —repitió él. Y ante el silencio que se prolongaba, la besó de nuevo en la boca.

Entró el mozo, induciéndolos disimuladamente a que le pagaran y, siendo tarde, lo dejaran en libertad. Abandonaron el comedor, ella delante y él detrás, esperando que ella dijera algo, para asentirle u obedecerle.

—¡Cuántos años sin venir a Versalles! —dijo ella, mostrando la hilera de dientes blancos, casi azulados por el reflejo del carmín y del vestido. Y el sol les dio a los dos en la cara al salir a la acera, en las puertas del hotel.

Ella lo introdujo orgullosamente en aquel mundo. Visitaron el château, el Grand Trianon y el Petit Trianon, vieron desde todos los ángulos las famosas escuadras, los efectos, las perspectivas; y él sintió que de todo aquello se desprendía un grandioso tedio. Los años se cansaban allí mismo de majestad, de grandeza. El tiempo y el aire manifestaban la necesidad de empequeñecerse y evadirse. Las exaltaciones se superponen mal: si una razón nos exalta, otro motivo inmediato y diferente de exaltación nos abate; nos aferramos a la primera, ya no nos encuentra la segunda. En el fondo, los dos se sintieron apurados por escapar de allí.

Regresaron a pie al mismo hotel donde habían almorzado; y con el pretexto de tener que cepillarse la ropa, él pidió una habitación. Los condujeron a un cuarto del último piso. Era una habitación Luis XV, con una chimenea y dos grandes espejos y un busto de mármol parecido a la cabeza de Condé. El abrió la ventana, desde donde se veía nuevamente el espectáculo de las arboledas, los estanques, las perspectivas admirables, los grandes cuadriláteros que la tarde llenaba de soledad y melancolía. Volvió al centro de la sala y acercándose a Germaine trató de apresarla otra vez, y ella lo evitó y dio unos pasos para acercarse a la ventana y mirar desde lo alto el paisaje de Versalles. Entonces los dos permanecieron acodados, un rato, inmóviles, mientras iban llegando a escena los relevos vesperales.

Al cabo, él tuvo un movimiento de impaciencia, sin que pudiera disimularse a sí mismo el asombro y orgullo con que tenía a su lado a una mujer de tal belleza y tal dominio y predominio, y se acercó al timbre y llamó y cuando apareció el mozo en la puerta, pidió que subieran algo de jerez y una lista de lo que pudieran comer.

—¡Pero no nos vamos a quedar!

Estaba anocheciendo, según se veía por las ventanas.

—Solamente para comer aquí y volver —dijo él—. Sólo para comer y volver.

Se acercó otra vez a ella, y ella bajó los brazos y se dejó besar, y él sintió contra sus muslos los largos muslos de ella, duros y circulares con la belleza madura de la juventud. Su brazo subió y, adaptándose suavemente al pecho de la joven y a su dorso alto y arqueado, se cerró, apretando la figura entregada. Se desprendieron sólo cuando entró el mozo trayendo las viandas. Luego, al sentarse para beber, uno a cada lado de la pequeña mesa redonda, él, arrebatado por un rapto de euforia, empezó a hablar y hablar, contando en un francés hábil y dúctil todo lo que a ella pudiera hacerla admirarse o sonreír.

—Vámonos ya —dijo la joven al fin, inclinándose hacia donde estaba su cartera. Pero todo la invitaba a quedarse; y él la retuvo. No cerraron la ventana. El fue y echó llave a la puerta; pero desde afuera, desde abajo, desde el paisaje de Versalles, llegaba el olor de la noche tímida de octubre.

III

Se acercó así a esa mujer, a esas gentes. Surgió así de sí mismo. En un mes, parecía deleitado de tener contacto con aquel mundo que no esperaba. Como dicen Las Mil y una Noches, se le abrió el abanico del corazón. De tarde veía a Germaine; de noche la acompañaba a los Deux Magots. Todos aquellos espíritus se encendían en conversaciones inteligentes, a veces le iluminaba los ojos una frase, otras una risa, un grito, un libro ensalzado o aniquilado; o los estimulaba el proyecto de un mundo nuevo, aparentemente anárquico a fuerza de diferencia. Conoció al fin a Jo: era el dios tangible de aquellos eternos sublevados, un hombre cuya sola risa parecía una declaración de rebeldía; robusto, sincero, saludable. Y el viejo café literario, en el que se habían encendido y cansado tantas generaciones alternadas, estaba tomado por esos libertarios, cobraba de ellos, siempre a título fugaz, una suerte de sobrevivencia, la iluminación de un minuto, entre las diez y la medianoche.

A su vez, parecieron complacerse de conocerlo. Les gustaba

divertirse, y lo hallaron no común, a juzgar por la curiosidad con que, al conocerlo, lo escucharon. La presentación que de él hizo Mme. Brion contuvo apreciaciones categóricas, relevantes, hasta imperativas: "Es un hombre, sin duda, distinguido. Una noble cabeza". Pero las gentes de temperamento muy activo se desembarazan rápidamente de ondas concéntricas; aguas que apenas toca, para atravesarlas, la piedra. Oyeron con atención (él hablaba de las cosas suavemente, mediante apoyados matices, recurriendo a veces a delicados circunloquios, buscándoles explicaciones suficientes, ángulos interesantes, no fáciles de hallar, dignos de ser escalados con la veneración que causa la idea como tal idea) sus referencias, sus datos, y lo acogieron benévolos, volviendo sin más que esa breve pausa a los hábitos que cultivaban, a su diapasón y a sus temas. Cuando llegaba él al café del bulevar, le hacían sitio en la banqueta, llamaban al mozo, le deparaban algunas cortesías —y prontamente retornaban a los temas propios, a los que les eran familiares, predilectos, casi exclusivos.

El tendió pronto a hablarles de lo que lo preocupaba; quiso transmitirles, sin poder despojarse de los rasgos que la reflexión habitual de las cosas ponía fatalmente en su discurso, el sentimiento de hesitación, de duda, que las grandes cuestiones suscitaban en su ánimo. Le miraban en el semblante las huellas de esos escrúpulos, lo veían suavemente elevado por la honradez voluntaria de esos distingos constantes, de esos ejercicios de franqueza, honestidad y nitidez; entonces se callaban y a su vez, levemente inhibido, se adhería, en cuanto les era posible, a lo que ellos eran y él no era. El pasaba prontamente a escucharlos. Conservaba en sí inhibido el cúmulo confidencial. Esperaba. Ya diría otra vez lo que quería decir.

Sintió el denso placer de sus entrevistas con Germaine, a quien recibía en su cuarto: ella entraba siempre como una visita nueva, alguien que no tardará en retirarse, en volver a ser ella misma. ¡Con qué naturalidad caían pronto en el goce! La miraba él desnudarse con prontitud, sacarse prendas ligeras, sedosas y perfumadas, que no parecían tener el peso de materias, sino ser gasas geométricas, sintéticas. Ella venía al lecho con su paso largo y rápido de mujer delgada y alta, macizos y breves sus senos eréctiles, alta y echada hacia atrás la cabeza en que la boca sonreía sin dar nunca a la entrega importancia ni recaudo,

otorgándole la belleza simple de las cosas de la tierra, desprovistas de énfasis o pecado. El miraba con delectación la cabeza apoyada sobre la almohada, con el suave y hermoso pelo expandido en una dulce corona gorgónea; y le parecía lo más extraordinario y perfecto que la creación podía haber producido . . . En el intervalo de los arrebatos, quedaban inmóviles por algún tiempo, con esa sensación de predominio sobre todo cuanto existe, sobre lo vivo y sobre lo muerto, que produce la obtención plena del placer.

Al cabo de los primeros días de pasión oscura y silenciosa, él empezó a referirle sus preocupaciones superiores, a confiarle los pensamientos profundos y sin fin en que lo sumergía su naturaleza reflexiva y nostálgica. Quedaban de espaldas en el lecho, lado a lado, fijos los ojos en lo alto del cuarto, y mientras ella atendía, él buscaba ser preciso, exacto en las palabras, claro en lo que decía, penetrante en lo que reflexionaba. En los últimos tiempos su cuerpo se había afinado y ceñido, y la magrura morena que tenía en la cama, tendido junto al otro cuerpo más claro y dorado, parecía ser un signo remitido también a su mente, que se expedía con cierto temblor austero, severo . . . Y después de aquellas tentativas verbales, en que su voz sonaba masculina, tentante, en el cuarto cerrado, él sonreía, volviéndose, como pidiendo excusas, a la figura acostada a su flanco, tan pasiva en su espera laxa e invitante.

Entonces aparecía el apuro en ella, aquel apuro que se hizo cada día no más apremiante, pero sí más visible: la urgencia que manifestaba, después de ese intervalo seguido de la repetición del acto íntimo, por lanzarse de la cama y escapar cuanto antes a juntarse con sus amigos de los Deux Magots, a unirse, a reencontrarse con su vida propia y habitual. No podía retenerla con palabras: al contrario: parecía que las palabras la espantaban más y que si él hablaba, ella se daba más prisa por desaparecer. A su cuerpo delicado sólo lo retenía lo corpóreo, el amor que se manifiesta en gozo puro, el denso y glutinoso peso del abrazo.

¡Cuántas veces intentó él, al notarlo, reducirla, convencerla, retenerla! Era en vano. Ella pugnaba fatalmente por irse, cumplido el rito; y aun cuando lo escuchaba sin impaciencia, dúctil, silenciosa en los intervalos de la liturgia erótica, su atención parecía hecha en el fondo de la espera misma del otro abrazo que iba a conceder, y de la despedida.

—¿Por qué siempre ese apuro en irse? —protestaba él—. ¿Por qué?

—No tengo ningún apuro —se defendía ella—. Ningún apuro. —Y hundía la cabeza en la almohada, dando a su inquietud por escapar el aspecto de la cortesía.

Ya, al poco tiempo, empezó él a esperarla cada tarde resignado a la repetición del mismo acto: a esperar la aparición fugitiva de ese apuro, la aparición de esa figura elusiva que llegaba para darse y esfumarse, sin dejarle nada más que la carga de cosas que él no tenía tiempo de decirle y que se quedaban con él a solas, como compañeros frustrados, en el cuarto del hotel. Y él era ese personaje lleno de lo no dicho, lleno de lo no comunicable de sí mismo, mientras ella ya estaba de nuevo, riendo como si nada hubiera pasado, como si nada hubiera dejado, en el salón de los Deux Magots, entre los rumores de las charlas de los otros, con quienes se identificaba y a quienes escuchaba . . .

A veces la acompañaba de tarde, otras prefería ir de noche a los Deux Magots. Llegaba particularmente animoso, como olvidado de su preocupación, como si fuera dispuesto a mezclarse con todos ellos sin resistencia personal alguna; sensiblemente, ostensiblemente despersonalizado. Siempre la misma curiosidad ante él, los mismos rostros atentos, callados, y ante los que él, por un instante, se estimulaba; y luego, al rato de esa atención, la fuga de todos a su asunto, a sus temas, a su centro común, del que se sentía excluido. Se empeñó en aguzar sus instrumentos operantes para vencer la barrera, intentó trabar vínculos individuales más personales, más especiales con dos o tres de los hombres que frecuentaban las reuniones. Salió con ellos algunas tardes, invitándolos a beber o caminar. Todo iba bien mientras salía con ellos de a uno, entonces parecían cordiales, casi adictos. Parecían escuchar el esfuerzo que él hacía por volver sus preocupaciones inteligibles, sus pensamientos transparentes. Pero al citarse con dos o más, una y otra vez le fue dado, en el momento de llegar, percibir el hielo, la pausa que ocurría en ellos, como si acallaran su rumor natural para dejarlo penetrar en el medio artificial que para él se improvisaban y del que irían a despojarse, aliviados, no bien se separaran de él. Notó que les provocaba esa distensión, ese reparo, ese acatamiento, ese respeto —el mismo de siempre—, y que los cohibía e inhibía en

proporciones muy grandes. Ellos se llamaban afectuosa y animadamente por sus nombres de pila; a él le llamaban señor.

Pensó si lo que tácitamente denunciaban en él era una voluntad, un designio, de ser diferente, un propósito de mantenerse en cierto plano distinto y superior. Pero no parecía ser eso, sino más bien, una especie de emanación inevitable de la posesión, por parte suya, de personalidad. La intuían y se la adjudicaban, se la imputaban. Le conferían ese grado al que lo elevaba, contra su propia voluntad, contra las cosas, contra todo, algo que había traído al mundo y del que no se separaría por más que lo quisiera: una misteriosa gravitación, una diferencia con los demás, una autonomía inmanente, un aura que escapaba de su persona, separándola como persona misma.

Era como si traficara, *contra ellos*, con poderes misteriosos, ejercitando abstracciones que lo ponían en contacto con mundos enigmáticos en los que él se complaciera, y que se complacieran con él. O como si su comunicación con otro mundo fuera un arma deliciosa que él afilaba para sí mismo con peligro para los demás, o por lo menos con sospechosa exclusión de ellos.

Y no aceptaban que fuera así, secretamente no aceptaban la diferencia. "Ese es el extraño —parecían susurrar—. Ese es el que opera en la soledad. Ese es el que obtiene resultados secretos de sus sueños . . ."

¡Que lo pague! , parecían decir. Sí. El, aristocráticamente se iba a las nubes; y ellos estaban en los hechos, en la realidad, en la vida. El, el preocupado, el *inteligente*. Y ellos yendo directamente, jugosamente a la captación de las cosas, de las cosas que a él no le incumbían, que a él se le escapaban, como se le escapa el preso al guardían tentado de ilusión, de poesía.

Aunque a él, a decir verdad, no era la poesía lo que lo tentaba, lo que lo captaba, sino la ilusión de su responsabilidad en un mundo terrible y misterioso; y más que la ilusión, la asunción íntima de todo cuanto le parecía digno de merecer preocupación, cuidado, matiz, escrúpulo, solicitud. Y cuando él empezaba a querer explicarles esto, lo observaban suspendidos durante el tiempo que hablara, que quisiera hablar, atentamente, como se asiste a un fenómeno celeste; pero luego partían indefectiblemente como si tal cosa, sin siquiera comentarlo, ligeros, despreocupados, como se busca lo que tiene brillo cuando se escapa de la opacidad y el subterráneo.

Había empezado a decir a Germaine, un anochecer, yendo con ella a los Deux Magots, por el bulevar:

—Siempre pienso en un cuento, en una historia que pasa en Persia, entre imanes . . .

Y ella levantaba la barbilla, brillaban sus ojos al bulevar, y él, por alguna razón, advertía que era absurdo que contara aquello; que ni lo expresaría bien ni lo entenderían bien; y que era mejor hacer caducar la voz en aquel punto antes que aventurarla en la frustración. Esa vez ella le pidió que contara; y entonces, después de un instante de duda, él continuó. Ella esperó a que acabara el relato y manifestó, con dos palabras, cuánta gracia la había hecho y cuánto le gustaba que se lo hubiera contado. Pero su atención fue súbitamente requerida por el movimiento del tránsito en la calle transversal, y le pidió que se apurara, y protestó contra todo aquel tumulto, contra toda aquella turba, y pasó adelante como una vencedora, ganándoles el paso a los que caminaban con menos seguridad de propósito y brío que ella misma.

Por fin sintió él una especie de rebelión, el firme designio secreto de vencer aquella reticencia o reserva o facticia aquiescencia de los otros y echar abajo el puente que, con sólo aparecer, hallaba tendido. No se le escaparían como agua dejándolo solo con su aura de diferencia o decretada incompatibilidad, solo con ese inculpable e irremisible prestigio de príncipe, señor o duque-de-los-escrúpulos-esenciales, de-la-idea-superior, del comando de regiones-a-las-que-es-mejor-no-ir. No, decididamente. Estaba dispuesto a atravesar contrario sensu el puente, viniendo desde su región a la de los otros —y quemarlo después. Pues su lucha era por no ser tenido aparte, y en esa lucha estaba empeñado y vencería. Había de matar el cuerpo persistente de aquel adventicio respeto-recelo . . . ¿Iba a seguirlo ese respeto hasta la muerte? ¡Al diablo con él!

Y miraba, en los ojos de los otros, la pregunta, la cuestión tácita, el motivo de la casi desconfianza: "Ese es el que tiene fama, fama misteriosa; pero fama. ¿Por qué? No posee nada, nada que nosotros no tengamos. No ha ganado trofeos visibles o materiales. Es pobre, y lo que a todos nos guía, gentes comunes y mortales, es la posesión de lo tangible, el poder, el metal, la mansión. ¿De qué viene la fama de ese que está ahí? La usufructúa, *todos* se la conferimos; pero no es de este mundo, y

tiene tal vez poder sobre tinieblas . . .” Entonces desviaban los ojos, bajándolos primero.

Y él adivinaba en todos la misma reticencia, la misma desconfianza.

Y siguió recibiendo, cada tarde, a Germaine. El otoño, poco a poco, fue cediendo el paso a los fríos de enero, a las nieves de febrero; un dulce cierzo debía separar haya de haya en el bosque de Vincennes. París asumía, pasivo, la tristeza de su propio despojo. Cerraban las ventanas y oían desde el cuarto los ecos que el invierno devuelve a los pensativos, a los desesperados. Y se encarnizaban los dos en el amor: ella porque quería tornar rápido el disfrute, agotarlo e irse; él porque deseaba que una sorpresa la hiciera el mejor día querer quedarse, volverse a él, dar la espalda a los que allá afuera la esperaban . . .

Pero ella cada día estaba más llamada. La mano del hombre la acariciaba cada vez con más tristeza. Tocaba él aquellos muslos largos no como si fuera a gozarlos sino como si fuera a despedirlos.

—Un día, no vendrás más . . .

Esperaba que ella dijera que no, que protestara de la suposición. Pero sólo escuchaba aquel inexorable:

—No nos preguntemos nada . . . No digamos nada.

Sonreía secreta, callada. Duraba el silencio. No quedaba en el cuarto más que el ardor infinitamente solitario de la carne.

Fueron con ella y Jo a los museos, al Jeu de Paume, a un parque de diversiones. Y él los veía, los observaba, entenderse los dos, ir juntos a la risa, ser llamados simultáneamente por las sorpresas, por las cosas, por las reminiscencias. Y sólo le comunicaban a él el eco de esos efectos, el residuo difuso del entusiasmo, la prolongación aislada y lateral, amortiguada y ondulante, de lo que en los dos había sido impacto rápido y directo. A los tres se les agitaba a un tiempo el cuerpo en las risas, en la diversión, en el placer; y él quedaba siempre tercero, siendo tercero, ejerciendo de tercero, sintiéndose tercero.

Le pareció estar emitiendo un eco funeral de sí mismo. Era como si lo dieran por muerto. Y entonces experimentó, una vez más, su rebelión, protesta o mansa furia, y por una vez más se dispuso a salir a combatir por ser admitido entre esas olas que lo rechazaban.

Apareció, una noche, en los Deux Magots y, de improviso,

les anunció que quería dar una fiesta, una bacanal. Lo miraron todos, no estupefactos. La sorpresa es una versión insólita de lo que conocemos. Y ese extraño, ese ignorado, podía dar todas las versiones que quisiera de sí mismo sin producir sorpresa; era sentenciado como tal —y una sentencia definitiva anula la curiosidad.

Había buscado, a solas, un hotel de la orilla izquierda, un hotel muy pequeño, evidentemente venido a menos, pero cuyos salones familiares, concentrados en torno al pupitre de recepción, exhalaban cierta simpatía modesta. Y allí convocó al grupo de los Deux Magots, y a algunos amigos de éstos, para una tarde de marzo: el 24. Valía la pena observar la complacencia con que el hotelero, un bearnés, contemplaba con los ojos entornados el efecto de las flámulas de papel en el salón donde todavía parecían verse en medio de una decoración fin de siglo, los queridos trajes de otra época: las levitas, los rasos, las crinolinas. Los invitados fueron llegando alegres a ese ambiente lleno de carácter.

¡Con qué gracia, ligereza y diversidad, aparecieron, invitadas por Germaine y Mme. Brion, las mujeres! Las esperaba él: eran parte de su instrumento. Las vio llegar, vaporosas en su rapidez por ingresar en el torbellino, por azuzarlo; gozosas de sólo hablar; fulgurándoles los ojos en medio del sombreado negror de las pestañas artificiales, bellas de ilusión, perversidad y mentira. Los hombres eran diferentes: expresaban ciertas exasperaciones, ciertos cansancios, y se veía que buscaban con ojos voraces la realidad, a fin de poder descargar, sobre uno u otro objetivo, el manotón; reían rápidamente y tajaban el paso de un tema a otro con urgencia sumaria y simple autoridad, sin dejar espacio al matiz ni tiempo al discrimen o distingo. En la acción eran gregarios y partidarios; esa solución a priori del problema del pensamiento les ahorraba tiempo, dejándoles la intimidad como una mano, siempre oportuna, jamás motivada.

—¡Bienvenidos . . .!

El los recibió de pie, de oscuro, en uno de los flancos del salón. La cara le brillaba, la boca le sonreía. Estaba en su momento. Y se notaba palmariamente que lo conducía aquel propósito obcecado: exhibir ante los otros al que en él sabía de la disipación, bagatela o placer más que los otros mismos. ¡Qué lección, qué prueba iba a darles! No existe complacencia que se

compare con la de instruir al fatuo en fatuidad, al sarcástico en ludibrio, en vanidad al vano, al ocurrente en ocurrencia. Y él, en ese salón, en ese baile, ¡qué burla o befa haría de los otros, adelantándoseles en todo capítulo donde lo juzgaran atrás o lego, cándido o insuficiente! Al apretar las manos recién lavadas, entre el olor a cosmético y colonia, distinguió uno por uno, desde la mirilla de sí mismo, a esos jueces que él juzgaba.

—*En avant, les carcasses!*

En efecto, él mismo, al rato, eficaz, deliberado, pasando de sujeto a agente, asumió el espectáculo, se hizo espectáculo. Le sobraba finura y calidad, sutileza, malicia, para no emprenderlo de modo torpe o primario. Se envolvió todo en risas, como el disfrazado se envuelve en su disfraz; bailó, gritó, y en las pausas de su mano, no bajaba la copa más que para volver a ser blandida en la ufanía del brindis o la puerilidad del sorbo que se otorga a un voto o un deseo propiciatorio, jubiloso. Durante el baile, se colocó en el centro mismo de la farándula, agitado por las bruscas cascadas del placer que instigaba, animándolo, presidiéndolo, como el ejecutante que toma su parte al tiempo justo y no deja que decaiga el impulso, el rapto, el brío de que es promotor . . .

Tuvo la tenue conciencia de triunfar. Cuando uno es el centro de algo, uno lo nota sin lugar a dudas. Y la fiesta, en resumidas cuentas, giró un poco en torno a él: a él se dirigían los comentarios, las humorísticas protestas, las preguntas: donde quiera que estuviera, era el punto de referencia de todos los sectores, el árbitro de todas las parejas en las querellas de la burla, en las presentaciones, en la justiciera distribución de compañeros que hicieran par. La propia Germaine, vez tras vez, se situaba a su lado, compartía un poco los honores anfitrionales, pese a que él, hábilmente, aparentara no reparar en la cooperación y simular atender sólo a la baraúnda.

En el pequeño salón donde flotaba el olor a verbena de un extracto predominante, se vio fundido con todos y pensó, feliz, que todos estaban fundidos con él. La fauna de los Deux Magots, los hombres y las mujeres, aquellos raros extranjeros, obedecían a un ritmo señalado por él, otorgado por él; le pareció que debían sentirse gratos. Y lo habían visto con algo de diabólico o de demiúrgico, produciendo mágicamente alegría, con las parejas bailando en torno sin pausa alguna, y los trocitos

de papel coloreado volando sobre su cabeza, y el tumulto de dientes y bocas abiertas y rostros achispados girando destacadamente en la misma concitación, el mismo frenesí, el mismo sortilegio.

—¿Pero se van a ir ya? —les dijo a los primeross que intentaron al fin, siendo las dos, la retirada—. ¿Pero se van a ir ya?

Y los obligó a permanecer, a permanecer aún, a persistir, produciendo ruido y alegría en el baile, donde ninguna declinación parecía posible. ¿No gritaban ahora las mujeres elevando al aire los brazos en gestos dominantes que enfatizaban la necesidad de volverse locos? ¿No vociferaba Jo, y braceaba Mme. Brion y una mujercita rojiza soplaba ebria, hacia arriba, como una druida, entendiéndose con el aire? Y él, entre ellos, pero aparte, los miraba como su obra, muñecos olvidados de cualquier resistencia, dóciles a lo que se les sugiriera o propusiera con tal de no cesar la disipación, la francachela, en la noche irreversible del 24 de marzo, que además ya había pasado, ya se había hecho 25, ya iba a entregar al alba su destino.

Volvió en fin al hotel por los bulevares solitarios, contento, en el frío de la madrugada. Se habían despedido todos de él con una afabilidad jovial. Tenía la impresión de haber llegado esa noche a la médula de esos pocos seres humanos, de haber entrado en su cogollo. Y todavía, antes de dormirse boca arriba, se quedó evocando la fiesta, algo pesada la cabeza, cosquilleándole en la lengua la pasada trepidación y zumbándole la música en los tímpanos.

Al día siguiente —¿a qué disimularlo? — el gozo se le fue al pozo. Se había despertado agradablemente, almorzado tarde y pasado la siesta leyendo el *Telémaco* de Fénelon. A las seis se dio una ducha y luego salió para los Deux Magots. Unos pasos antes de llegar distinguió, apoyados contra la puerta, a Jo y un francés alto llamado Froidieu. Lo estaban comentando seguramente, y mal, porque cuando lo vieron acercarse se callaron, para al instante acogerlo con versátil deferencia. Entraron juntos en el café y se sentaron en el lugar de siempre, junto a Germaine, que ya estaba allí, a dos muchachas de Pau y a un periodista, un tal Augier.

Se sintió, naturalmente, incómodo, pensando lo que podían haber dicho de él, sobre todo al día siguiente de haberles

brindado la fiesta más generosa, más cordial. "Quizás me lo expliquen, al último, mediante alguna alusión o referencia", pensó. Pero nada dijeron; y contra lo que él esperaba, salvo dos o tres comentarios vagos y superficiales, ni siquiera se acordaron de la fiesta. Los siguió con los oídos y con los ojos, los estudió cuidadosamente, sin cuidarse de disimular la tensión de sus ojos y la inquietud de su disposición, esforzándose por descubrir cualquier indicio de palabra o gesto que le permitiera creer que la expansión compartida la noche antes los había juntado, familiarizado. Entonces, como no obtuviera dato alguno, signo alguno, él mismo, adrede, hizo una referencia cautelosa, aventuró una frase sobre la fiesta, estableciendo a toda costa el tema. Y lo que obtuvo —oh sorpresa— fue la seguridad, la evidencia, la revelación de que aun su fervor, aun su ímpetu y sociabilidad de la noche antes, habían sido tomados como una excentricidad sola, como una genialidad más, si bien suelta y desconectada, propia sólo de la alteración de carácter de un hombre extraño, dado a encerrarse en ideas y a solicitarlas y ejercitarlas en un egoísta, excéntrico, culpable y solitario juego, impertinente y excluyente . . . ¿No operaba con materias desconfiables?

—Buenas tardes —dijo pensativo, y salió.

Al levantarse y dejar el café había obedecido a un rapto, a un impulso inmediato, tras el que lo acogió el bulevard como se recoge a un desecho. Echó a caminar, se metió en el Luxemburgo, erró por los jardines hasta salir por la calle Augusto Comte; y sólo a las nueve pasadas volvió al hotel, donde encontró un llamado de Germaine. El se abstuvo de llamarla, comió, y después, a solas, sobre la mesita de carpeta floreada, estuvo escribiendo algunas páginas, que a la postre rompió inflexiblemente.

Al día siguiente, ella fue a verlo, a la hora de costumbre. Le llevaba unas frutas de primavera. Le dijo precipitadamente que en los Deux Magots se habían asombrado, la víspera, de su partida intempestiva. Se le acercó y, apretando el costado contra él, le alzó hasta la boca unos labios a la vez incitantes y elusivos. Pero las visitas eran cada día más cortas, los abrazos más tristes, las pausas del placer más llenas, por parte de él, de mortificación y taciturnidad.

Lo lastimó profundamente el ver que fuera del aspecto instantáneo y carnal, la mujer rechazaba ya para siempre su

ofrecimiento de amor. Cualquier día iba a desprenderse de él como se deja una compañía casual que ha servido para amenizar un viaje y de la cual puede uno no acordarse más, no bien se reanuda la vida de siempre, el mundo de siempre. El quería explicarle las difíciles cosas de su mundo, pero a ella no le interesaba su mundo. Le interesaba el mundo de ella.

Y aparecía herido ante la desatención a sus pensamientos hondos y conscientes.

—¿Por qué esa *maussaderie*? —acababa por preguntarle ella—. No me gusta ese gesto *maussade*.

—¿Quieres que me alegre de ver lo que estamos matando los dos, tarde a tarde? —protestaba él—. Entre los dos, ¿qué quieres tú que ocurra? Nada. Cada vez que has venido a mí te has ido antes de llegar.

—No es verdad —protestó ella—. No es verdad. —Pero las mujeres nunca anuncian el momento en que el sol de un hombre se pone en ellas. Las mujeres no hablan sino cuando sufren. O en plena felicidad. Pero nunca cuando ocultan en la entraña moral un huésped muerto.

Empezó él a no estar cuando ella llegaba. Ella lo esperaba un rato en el cuarto del hotel y luego se iba, dejándole unas líneas, unas líneas sin reproche, con la mera anotación de que había estado. El habría querido hallar un reproche. Regresaba al hotel deseando encontrarlo. No encontraba nada. Y así se fue separando de Germaine Dufaur y dejando de ir a los Deux Magots.

Cambió de hotel, atento a no dejar sus señas en el anterior, adonde sólo volvería de tanto en tanto para buscar la correspondencia. Había empezado a esperar de nuevo las cartas de su casa con alguna impaciencia, con necesidad. A las pocas semanas esa impaciencia y esa necesidad se disiparon. Aquellos papeles contenían los mismos párrafos cándidos y familiares, las mismas recomendaciones anodinas, los mismos motivos lejanos y respetuosos. Era como si se escribiera al monstruo, con paciencia, resignación, abnegación, y acatamiento. Y el monstruo era siempre él, a quien no se debía dañar, atraer ni rechazar, el sacro pasajero de su inexorable condición; y su condición era la del pensativo, la del desconocido, la del rechazado.

IV

Un día tomó el tren para Bruselas. Deseaba ir más lejos, más lejos, más lejos aún, conocer sitios donde no existiera una sola cosa que conociera, un solo rostro que hubiera visto antes su rostro. Llevaba en el bolsillo las invectivas de Baudelaire contra los bruselenses. Al llegar se puso a llorar de emoción ante el Hotel de Ville. Después, aquel arranque le pareció absurdo, y se sintió descalificado y avergonzado.

Al revés de lo que le había ocurrido en París, deseó estar algún tiempo solo, sin contacto con nadie, salvo para lo indispensable. Sus ideas, con la soledad, se hicieron más agudas y más lacerantes, lo lastimaban a él mismo, lo herían al aparecer; y le dejaban heridas, llagas. Una tarde entró en una iglesia, pero su unción se manifestaba más hacia las enormes naves creadas por la mano del hombre que hacia la imagen del hombre suspendida sobre la cruz, en el altar. Se sintió transido una vez más; pero más por su propio dolor, por la piedad que su estado le causaba, por la amargura de cargar un mundo no deseado, que por la presencia de Dios. Tuvo otra vez vergüenza de sí mismo y salió a la calle sin orar, pensando que quizás volvería otra vez, pero con disposición distinta, visitado por la fe, esa fe que él debía dar, ya que los otros no se la podían dar a él.

Invirtió muchos días, mientras paseaba por los parques, en hacer examen de conciencia, ordenar y elegir sus reflexiones, leer, y recapacitar más tarde sobre lo que había leído, asociándolo a dos o tres módulos eminentes, y elevándolo a distingos superiores, como ocurre cuando cotejamos una anécdota común y humana que nos ha impresionado con nuestras experiencias morales más profundas o con pasajes de nuestras lecturas más aleccionantes. Cada día, yendo y viniendo por aquella Bruselas extraña que desconocía, ejercitaba más la vigilancia de sus sueños, especulaciones y ocurrencias, anotando alguna vez las ideas que parecían más dignas en cuatro cuadernillos que tenía sobre la mesa, junto a los diarios íntimos de Baudelaire. Quiso alentarse con la idea del "placer aristocrático de no gustar"; pero esa idea le dio tristeza y contribuyó a que su entrada en los restaurantes fuera más mísera, más menesterosa de confianza por parte de la gran tribu abstraída de sus semejantes.

Se volcó en la literatura. Emprendió —comenzaba aquella

tarde el verano bruselense— la narración de una historia, llena de patetismo y crueldad, en la que un cínico parecía representar la apoteosis de emancipación de un ser humano, que se mofaba deliberadamente de la especie, la cual no parecía existir sino para ser seducida. Deseaba, al escribir, enfatizar la tesis de que, por una irrisión fatal, los resultados de cualquier búsqueda sólo están reservados al menos encarnizado y gustan darse fortuitamente. Era una hipótesis agria, amarga.

Bajó, el día en que estaba trabajando con más fervor, al vestíbulo del hotel, y allí, mientras estaba sentado ante una mesa, se le acercó un burgués maduro, bajo y calvo, cuyo busto corto aparecía envuelto en un saco ancho, moteado en la solapa de ralos y horribles lampones de grasa. El recién llegado pidió permiso para sentarse a su mesa, ya que el vestíbulo estaba lleno de gente, y lo hizo, en el acto, dedicándose a acariciarse los bigotes de un rubio descolorido mientras esperaba al mozo. Como viera que al hombre solo que lo había precedido en la mesa no le habían servido tampoco nada, le invitó, con voz meliflua y tímida, a beber un poco de cerveza; luego, como el otro accediera, cobró valor y se manifestó movedizo y locuaz, entrando a hablar de un senador socialista, entonces de actualidad, que había conocido y a quien ya despreciaba.

El escritor lo oyó con atención, con una especie de cooperante fijeza; y cuando el señor del saco manchado lo invitó a jugar una partida de dados, aceptó. El mozo trajo los cubiletes y empezaron a jugar.

—Dos ases —comenzó el señor—. ¿Juega usted a menudo?

—Nunca —contestó el escritor.

—¿Pues? ¿Qué le gusta a usted?

—Diferentes cosas . . .

—¿Ejemplos?

El señor del saco manchado agitaba el cubilete con agilidad y lo que decía parecía sólo un festón inútil del juego. Esperó con el cubilete invertido a que su contrincante viera la apuesta.

—¿Para qué voy a darle ejemplos? —dijo éste—. Ahora escribo. Eso me absorbe.

El señor levantó los ojos asombrados, le preguntó qué escribía. ¿Era un publicista, un poeta? Escuchó. En el acto, al recibir la respuesta, se manifestó diferente. Bajó el chop. Calló, adoptando el aire cohibido y cauteloso de quien teme haber

estado produciéndose con indiscreción y descuido ante un testigo peligroso.

Los dos ojillos desconfiados se fijaron en el escritor.

—Se trata de un mero pasatiempo —dijo éste, disculpándose ya de su actividad.

Jugaron un rato más; pero el señor del saco manchado hablaba ahora menos, se mostraba incómodo, apuraba el chop a grandes tragos; y no tardó en dar por terminada la partida. Pagó al mozo la cerveza y se retiró torpemente, quebrando el cuerpo en una precipitada reverencia.

Al los dos días el escritor dejó de trabajar. Le era de todo punto imposible ir adelante en lo que escribía. Había dejado de creer en el argumento del trabajo empezado, le parecía inútil escribirlo. Le parecía inútil escribir. Ignoraba para qué o para quién hacerlo; y no teniendo destinatario, su arte resultaba un juego en extremo vanidoso y fútil. Abandonó los papeles y resolvió dejar por un tiempo de hacer cosas, consagrándose a la reflexión.

Recibía, por los diferentes correos, muchas cartas en las que le proponían desde diferentes sitios nuevos contratos editoriales y le hablaban de las ediciones de sus libros, de liquidaciones apreciables y de éxitos crecientes. Pero todo eso le importaba cada día menos. Una a una rompió las cartas. Experimentaba una especie de repugnancia hacia toda su labor; y de buena gana hubiera quemado cuanto había hecho. Habría preferido ser un hombre apacible, un vecino de éste o aquel lugar, sin realces particulares, sin otro tesoro que su conversación cotidiana con las gentes de su nivel, frente a las que no lo señalara ninguna diferencia de propiedad o categoría.

Pero cómo hacer para despojarse de todo lo que acumulaba en su interior? Tenía el alma llena de cosas, en su mayor parte irresolutas; la mente asaltada de ideas imposibles de espantar; el espíritu invadido de temores, grandezas, pequeñeces, alientos y desmayos. No le sería posible desprenderse de esa carga identificadora. De todo podemos despojarnos menos de aquello que nos condena a ser nosotros mismos; no éste ni aquél, sino nosotros, permanentes, eternos, distintos e intransferibles hasta el final de la vida . . . Estaba ante la ventana abierta, en el mes de junio bruselense, cuando comenzaba el estío; y se sentía clavado a sí mismo como su planta al piso de ese cuarto.

Una tarde lo atrajo un cartel donde se elogia la belleza de Ostende. Decidió ir. Casi en seguida tomó el tren. El sol marino septentrional quemaba las arenas como en una costa meridional, tornándolas secas y áridas. Recorrió la costa con la cabeza descubierta al sol. Se entretuvo comiendo mariscos, de mañana, lentamente, y yendo de noche al Kursaal, para ver bailar a unos tártaros. Eran bailarines contratados para toda la temporada y actuaban sin entusiasmo, pero era el único espectáculo posible, y volvió. En una mesa próxima, la segunda noche, había una muchacha pálida. Era atractiva. Estaba en cabeza, usaba un peinado sumario y cándido, casi romano; tenía los ojos rodeados de un círculo percudido, algunas pecas parecidas a las manchas que produce un chorizo rojo en el caldo; la nariz corta y roma; la boca pequeña y vulgar. El decidió preguntarle algo desde su mesa, porque lo ahogaba la necesidad montante de escapar de sí.

—¿Usted es de Ostende? —preguntó a la muchacha.

Se fijaron en él los ojos dolorosos e inmóviles, iguales a los de ciertas figuras de la pintura flamenca que ostentan unas órbitas grandes en la cara carnosa y descolorida.

—No. Soy de Amberes —dijo ella.

El le preguntó si podía ir a sentarse allá. Ella asintió. Lo miraba con extrañeza; pero seguía inmóvil y dócil y parecía desconocer la resistencia.

El se limitó a hacerle preguntas, interrogaciones triviales. ¿Cómo era Amberes? ¿Qué hacía su padre? ¿Cuántas personas formaban su familia? La muchacha contestaba con monosílabos. Tenía algo de infantil y de áspero, pese a su falta de resistencia. Daba la sensación de estar dispuesta a otorgar todo lo que se le pidiera, pero a la vez de que no podía pedírsele sino lo que se veía, de que más allá de lo que se veía empezaba su mundo reservado e intrincado, su mundo inajenable.

A él le estimuló y agradó esa elementalidad; la necesitaba; le complació haber hallado un alma silvestre, algo de la rudeza y el vello de una fruta selvática.

Empezó a tutearla:

—¿Cómo te llamas?

—Mónica.

—¿Mónica qué?

—¿Qué importa eso? —preguntó ella.

—Tienes razón. No importa nada.

Mónica apuró su segundo helado. El le miró las manos; eran también vulgares, aunque no gruesas. Pensó que Juana de Arco debía tener las manos así, que las manos de esta muchacha debían parecerse a las manos de aldeana que vio el obispo Cauchon. Se lo dijo, y ella lo miró sin entender mucho, sin dejar de comer su helado.

Al fin salieron de Kursaal rumbo al hotel, para llegar al cual tuvieron que andar un largo trecho en la noche del balneario. El había sentido de pronto, horas antes, el ansia, casi imperiosa, casi sobrenatural, de tener al lado a esa adolescente, ese cuerpo mercenario; acababa de penetrarlo entonces, en el frío de la sala, un gran frío moral; eran cerca de las cuatro, lo más alto de la noche de Ostende se alzaba más allá del techo, a través del techo, como un ojo testimonial, judicial, el ojo que lo seguía sin perdonarlo. Sentía su cuerpo envejecido por la falta de respuesta porque sólo la respuesta vence, es movimiento, y todo lo que no es movimiento es senectud. Tuvo necesidad de refugiarse de él con alguien que no fuera él, y a lo único que podía acudir —él, que hubiera salido todavía a clamar por un alma pariente en la desolación de aquellas calles —era a esa muchacha que se ofrecía a cambio de unos cientos de francos con los que se compraría un pobre vestido o una oleografía deseada, para su cuarto maldito.

El la arrastró, con cierta ternura impersonal, profunda. Estaban tendidos, más tarde, en la asquerosa habitación, en silencio, pesando juntos en un tramo del tiempo, ella callada, él callado, cuando él que estaba boca arriba, reclamado por su mundo, empezó a pensar, a soñar, a rememorar. Entraba, sin notarlo, en esa especie de felicidad ingénita, inmanente, que lo elevaba sobre las circunstancias y el ambiente, sobre el contorno. La muchacha, a su lado, no le preguntaba nada, prefería estar así, como una cosa, después de haberse prestado dócilmente al acto taciturno y automático.

Fue al pronto cuando dijo él, como si se hablara a sí mismo; algo ajena y altiva la mirada:

—Estaba pensando en una historia . . . en el caso del sobrino de un imán . . .

Pero no siguió. Se quedó pensando la historia, soñando, evocando subjetivamente sus peripecias, refrescando poco a poco sus imágenes poéticas y punzantes.

Mónica estaba ahí, pequeña, encogida como una araña, escuchando en silencio el otro silencio, esperando las frases que iban a salir de esa prefacio, sospechando a su lado quién sabe qué rarezas o meditaciones. Permaneció inmóvil, atendiendo a su propia sospecha, a su recelo. Estaba de costado, casi de espaldas a él, cubierto el pecho por una camisita gris, contraídas las dos piernas que acababan en los pies de uñas pequeñas cuya pintura se había desleído y descascarado.

Comenzó a crecerle cierta nerviosidad —lo sintió él: la inquietud, la sospecha se volvió roce papilar—, un temor, un desasosiego indisimulable ante lo insólito o desconocido. No se atrevía siquiera a mirar al hombre que a su lado parecía haberse ido, alejado, quizás enajenado; que permanecía boca arriba pensativo, ahuyentando a un barrio de sí mismo. Esperaba, recelosa, la explosión o la revelación, el estallido de aquella ausencia del desconocido en algo temible. Al fin, sin anuncio, saltó de la cama, tímidamente, desconfiadamente, quizás con miedo de ser retenida: antes de un minuto ya se había calado las medias, calzado los zapatos, revuelto el sofá en busca del corpiño y el vestido verde . . .

El se quedó hasta tarde en el cuarto de ese abominable hotel. Transcurrió mucho tiempo en una zona de ausencia y quebrantamiento. Se había dormido casi a las seis, después de escuchar el adiós de la muchacha, de experimentar la amargura de quedarse allí solo, sin ganas siquiera de vestirse a su vez y salir con ella a la calle. Se aferró calladamente a la historia que recordaba, prolongándola en supuestos imaginarios, en hipotéticas combinaciones cuya solución asumía el resplandor, o la felicidad, de las ecuacioness poéticas terminadas. Todavía se le mezclaron al sueño las imágenes; y lo despertó y sobresaltó, en la alta noche, más de una vez, el cúmulo de ideas en que se había multiplicado y transformado la historia del sobrino del imán, que ahora se unía en su mente a un relato complicado, especie de representación de un universo en el que cada hombre vivía con su respectivo espectro acompañante, algo así como un segundo ente proyectado o desdoblado, algo así como un Angel de la Guarda profano, seminatural, semiultraterreno, testigo, y a la vez desmentidor, de su personaje titular . . .

Volvió, después de la media mañana, a su hotel, para darse una ducha y almorzar. Era un día nublado, típico de esa atmós-

fera grisácea y carbonosa de Flandes, un día en que todos los días negros parecían incluidos y delegados. Pensó en la muchacha, en Mónica, sin poder tolerarse tal pensamiento, lleno de repugnancia o agresividad invencible hacia sí mismo, como si fuera un productor sin escarmiento de experiencias fallidas. Se tuvo odio, y lástima.

Ingresó en el período más crítico de un alejamiento: aquel en que nosotros mismos nos desdoblamos en el mismo interlocutor, siendo a la vez tesis y antítesis, argumento y réplica, réplica y contrarréplica; y así, de nuevo y sucesivamente, hacia el silencio. Recorrió tarde a tarde las calles que rodeaban el Hotel de Ville, llevando en el alma enarbolada su soledad. Sus ideas se hacían de día en día más sutiles, comparables a esos bustos marmóreos que el invierno aisla en el paisaje, afinándolos y envejeciéndolos. Una especie de intensa flacura carnal le dejaba el cuerpo enjuto, ingrávido, reducido todo a consumirse, y por lo tanto a ascender. Desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche, sin parar, recorría dos o tres de los ocho arrabales, Etterbech, Ixelles, Saint Josse-ten-Noode. Volvía, cansado, a pararse ante el Palacio Real, frente a cuyos pisos de arco o columnata, tan asombrosamente aéreos, nítidos y equilibrados, pensaba en el hombre, que de pronto torna su desconfianza y su resistencia, su exclusión de cuanto no se le parece, en el acabado ferviente de una obra de paciencia y sublime subordinación a una ley de fe o belleza. Después de tantas horas de andar, observar y obtener reflexiones y principios, sentía hambre, hambre física, y entraba en alguna de las cervecerías, donde aun debía seguir recluido en el enmurallado de sus pensamientos. Las paredes reflexivas se alzaban de más en más en torno a él; aun cuando quisiera gritar ni siquiera el grito alcanzaría más que a la mitad de esas paredes —que no amaba pero que eran suyas—, sin poder salvarlas, liberarse. Entonces se aseguraba a sí mismo que nunca debería gritar, que su voz debería estar reducida a la triste y paciente murmuración interior, al cuidado de las ideas de poesía y abstracción en que se había formado.

A veces, en mitad de sus reflexiones, se filtraba un sueño, una fantasía; entonces se sorprendía suspendido de tal modo, que llegaba a olvidar el sitio donde estaba, a distraerse en forma tan profunda, que al volver en sí lo humillaba la mirada de las gentes en medio de las cuales había caído dentro de semejante

abstracción. Inspeccionaba tímidamente esas miradas de sorpresa e ironía, que no se privaban sin embargo de un suave y cauto fondo de respeto, y que ante él no se hubieran atrevido a hablar en términos de sorpresa e ironía. ¡Y cuánto les habría agradecido que lo hicieran! ¡Cuánto les habría rogado que se manifestaran irónicas y sonrientes, tal como eran, prontas, sinceras, identificadas ante él, en lugar de evadirse en esas expresiones íntimas, reservadas, controladas!

Otra vez estaba solo ante la mesa, mirando a través de los cristales del escaparate la tarde turbia y sin calor. Las estaciones parecían detenidas, el tiempo no se atrevía a ser una cosa u otra, pesaba en el aire nórdico el color plomizo de la historia, el mundo invitaba a que se le pensara con ultraje, sin sombra de benevolencia o paliativo, en su turbiedad, en su inamenidad.

El volvió a su cuarto, bajó a comer, abrió luego un libro en el salón, leyó hasta la medianoche, subió a acostarse; y al día siguiente emprendió al anochecer su viaje hacia Ginebra. No deseaba sino partir, alejarse, retirarse de nuevo, para partir otra vez si fuera necesario, y seguir su travesía, su travesía hacia el centro de los hombres, que no sabía dónde estaba ni dónde no estaba, qué era ni qué no era. Pero lo importante era seguir, continuar, seguir, continuar.

La mañana en que vio el semicírculo del Mont Blanc a través del Lago Leman, estuvo a punto de caer de rodillas. Cualquier cosa podía haberlo hecho llorar a la sazón; pero el espectáculo de esa grandeza solitaria le daba su ejemplo al elevarse sobre tanta cosa ajena, majestuosamente libre y desentendida. Estuvo a punto de caer de rodillas, pero oía, parado, los latidos de su corazón. Una infinidad de cisnes y gaviotas se movían al pie del puente, infinidad de cuerpos blancos agitados sobre la superficie azul. El monumento al duque Carlos de Brunswick levantaba hasta su vértice algo de palpitante, de humano, algo que le venía de su posición, al estarlo todo viendo y tener por delante la medialuna blanca de las cimas.

Sintió una infinita humildad, una infinitud humilde, una alegría, una indecible gratitud; y bajó hacia el centro de la ciudad con otro estado de ánimo de aquel con que había llegado. Le pareció estar pagando una culpa con el hecho acongojante de que, estando constituido como nadie para querer a todo el mundo, todo el mundo se le esparciera en mundos

gregarios, refractarios, categóricamente herméticos. Y la sensación de esa culpa y la idea de estarla pagando, era lo que le llenaba el alma de repentina emoción y júbilo. Tanto estallaba en saltos su corazón, que tuvo que detenerse un instante sin alientos frente al hotel Les Berges, y pensó si su corazón no estaría enfermo, y luego, desechada esa idea, caminó aun, contento, hasta la mitad misma de Ginebra.

Recordó con cariño a su mujer, a su cuñado y a su hermana; y aceptó el principio de que, por vocación y profesión, había operado con instrumentos de altivez y que la culpa de aquella especie de destino original era suya, antes que de los otros. Aunque eso no le borrara el dolor, lo mitigaba, lo atemperaba. Y el momento fundamental de una vida es aquel en que uno acepta la destrucción que ha de salvarlo.

Era imposible que pretendiera unirse a los otros hombres como si nada hubiera pasado. Había pasado: era un pez de otras aguas, se le resentían al él acercarse, era el sospechoso a quien se acusa; las culpas misteriosas generales era él quien debía pagarlas, *pues él hablaba a solas con potencias cuya potestad no está legislada ni reconocida, que no se pueden compartir, que son privilegiadas y por lo tanto para la mayoría lujosas, peligrosas y abominables* . . .

Abandonó el propósito de empeñarse o complacerse en la atracción de quienes lo repudiaban. Reconoció en sí la lepra del espíritu, que no necesita de esquila para denunciar su paso, que a cada rato es señalado y repelido. Sintió una gran amargura, el cardenillo del orgullo; y pensó que habría dado todos sus bienes por empezar la vida de nuevo y ordenar su inteligencia a una ley de humildad, de medianía y de comunidad. Lo contrario exigía estar sustentado como estaba sustentado el Mont Blanc, sobre la solidez de sus laderas; o como se levantaba, en portentoso equilibrio, la estatua del duque de Brunswick, frágil en apariencia, pero más fuerte que los aires más fuertes.

Halló que podía pensar sobre todo lo existente y lo inexistente con claridad, con una claridad como nunca había tenido; y que esa supremacía o predominio sobre las materias opacas y las cuestiones aparentemente irreductibles, equivalía a la mejor obra, quizás a la única obra que ninguna objeción ni crítica podían vulnerar. Pero, luego, ese poder se le ocurrió efímero, insignificante, comparado con su sed de amor humano. Y halló que

aunque no le quedaba ya más recurso que ejercer tal poder y soportarlo, en él estaría incluido, para siempre, el motivo de su definitiva desventura.

Hizo, en espíritu, una especie de bulto con la luminosidad que lo asistía, y con él al hombro, pensó que debía continuar marchando hacia regiones más solitarias, más solitarias aún, que esta dulce ciudad suiza. Podía ascender —sí, ascender— a los Alpes, a la Engadina. No deseaba más que subir, subir. La altura agitaba su corazón. De pronto sentía en el pecho aquellos galopes intensos, que luego de producidos le dejaban una sensación de vacío, un hueco profundo, una laceración, casi una herida; parecía quedarse sin sangre, se levantaba de la silla, abría la ventana y veía allá el monte níveo, elevado sobre el lago en medio de un cielo sin nubes. No le creían, no creían en él. No podía existir tristeza comparable con la idea de su separación del todo. En la lucha entre su espíritu y su ánimo, era su espíritu el que perdía. Estaba agraviado.

Se instaló en la Engadina, después de haber recomendado en Ginebra que no le mandaran las cartas. Eligió un albergue de madera, enclavado cerca de los ventisqueros mayores, elevado al sesgo sobre un pico, de modo que desde las galerías se veía el abismo, y allá abajo, en los valles, las plantaciones de heno y lino. El albergue estaba muy habitado, sobre todo por campesinos, cargados de prendas vistosas, que habían vuelto ricos después de dedicarse a la pastelería en Italia. Tuvo como vecinos de mesa a unos milaneses que hablaban aspirando algunas letras, y que eran ásperos y prácticos, al revés de los meridionales. Pero no intentó hablar con ellos. Se limitó a escucharlos y observarlos, de manera que se fundían a sus reflexiones como si hubieran sido ideas en lugar de seres humanos.

Cumplió cada tarde una especie de rito, que consistía en echarse a andar por los pasos abiertos a partir de la puerta del albergue. Se respiraba un aire azul, puro, cristalino, que parecía inmediatamente emitido por el espacio cóncavo del cielo. Un frío profundo erraba, pese a la época, por las cumbres; y las montañas mismas tenían el aire de vivir entristecidas y subyugadas por la temperatura rígida. Pero un brazo se levantaba al fin, libre, se levantaba sobre el frío, sobre el aire, sobre el medio, y enviaba al vacío su masa protestante.

Otras veces llegaba hasta un balcón de madera cerrado en

forma tubular por las nieves; entonces lo sobrecogía la profundidad y estrechez de las gargantas, cuyo fondo no se alcanzaba a divisar, que por lo alto se abrían tan sólo en un círculo azul, de escasísimo diámetro. El que allí llegaba parecía inexorablemente encerrado en un tubo blanco, los ojos sufrían, el vértigo venía a combate, era menester apartarse o tenderse en el suelo aferrándose al piso.

Pero las visiones eran espléndidas, contempladas desde cierta distancia, con la suficiente perspectiva.

De pronto lo invadía el recuerdo de su casa, la idea del calor que debía respirarse allí. Quedaba paralizado, atraído. Pero en seguida pensaba que él no pertenecía a ese mundo y que debía dejarlo en paz.

Después de los primeros días de contacto con aquellas cumbres, que se coronaban de blancura casi azul en las crestas, empezó a salir cada vez menos, porque las caminatas lo agitaban y regresaba agotado a dejarse caer en los sillones del salón rodeado de ventanales. La lectura había dejado de interesarle. Permanecía sentado, contemplando el vaivén de los turistas. A veces llegaban algunos viajeros vestidos con la indumentaria de la montaña, con gruesos zapatos negros y sombreros de paño con el ala angosta.

El se fijaba en todo aquello, en los rostros, en los modos, en los acentos, de la misma manera como separaba uno de otro los motivos de su reflexión, las parcelas de su monólogo, las inagotables secuencias cerebrales. Abrazaba el conjunto de argumentos universales en teorías limitadas; pero extendía ampliamente el número, la asociación de imágenes, de memorias. Era dueño de todo el mundo visible, gracias a ese procedimiento; y a veces, cuando pasaban ante él los milaneses que volvían de sus paseos diarios, lo sorprendían en mitad de alguno de aquellos procesos de incorporación, en que se dejaba ganar por visiones engrandecedoras, verbigracia por la evocación reflexionada de las escenas de la pared norte de la Sixtina, o por el recuerdo sorprendentemente nítido del ala de los Príncipes, o de la estatua de mármol de una bacante que había visto con Germaine en Versalles y sobre cuyo medio cuerpo desnudo dibujaba la sombra de los árboles un débil ramaje de arañazos. Había escapado como los elefantes enfermos o como los lobos marinos, que cuando se

sienten heridos aparecen a la vista, viniendo derrotados a la costa.

Una tarde tomó por el estrecho camino que salía desde el albergue, en plena Engadina, y llegó hasta una plataforma extensa y llana desde donde se dominaba fácilmente el grupo de gargantas. Pisaba la nieve y sin embargo los grandes picos blancos parecían tan lejanos de él como si hubieran pertenecido a otra región, infinitamente distante, infinitamente inaccesible. Apreció su debilidad ante los cúmulos nevados: nunca podrían darle más que esos torsos evasivos, a cuya belleza no llegaría nunca ni siquera el que los escalara hasta la cima, porque al llegar a lo más alto el escalador no encontraría, en vez de la majestuosa forma blanca, más que grumos de escarcha, pedazos de nieve salina, un barroso y corriente cristal incoloro. Se quedó mirando las crestas, tan elevadas aún sobre él en el declive de la tarde, los pasos que serpeaban allá abajo, el azul bárbaro del cielo, los brazos hialinos, gritos en que el blancor duraba congelado. Estuvo, de pie, por espacio de quince minutos, bebiendo el espectáculo, y después comenzó a bajar hacia el albergue, lentamente, traspasado de frío desde la carne al alma.

Entró en el hospedaje con los ojos llenos de brillo, con la cabeza despejada, asombrosamente ligero el cuerpo, como si acabara de dejar en lo alto la pesadez original, ese motivo de rémora con el que había luchado siempre. Las caras de los pasajeros que atravesaban el salón volviendo de fuera, le parecieron mágicas, mágica la claridad azulosa que aún duraba fuera, mágicos los botines de montaña de los hombres, las cabelleras sueltas de las mujeres que arrastraban frío, los grandes patines para esquiar. El mismo parecía haberse vuelto cristal. No producía interrupción, sino transparencia. Y el dolor de su corazón era tan grande, que parecía ya un bienestar.

Ese mismo día empezó a pensar, al fin, en su obra futura, la más grande, la más considerable de todas. Era el final del atardecer cuando se le ocurrió la idea, una idea magnífica, resplandeciente, que parecía, por lo entera, dibujada por otra mano que la suya, por una mano excelsa. Aquella noche comió apenas, el corazón le latía aceleradamente, estaba alborozado, pálido, ligero, y pidió, por excepción, una botella de vino espumante. Debía ponerse manos a la obra inmediatamente.

Sin embargo, al subir a su cuarto, en la soledad y dureza de

la noche, se apoderó de él nuevamente una irrefrenable congoja, como si, ya perdido el goce de la tierra, todo gozo fuera imposible. Estaba tan cansado que ni siquiera tuvo fuerzas para acostarse. Sintió frío y abrió el ropero para buscar una manta y echársela encima. Se dejó caer en un sillón y la respiración se le hizo, tal vez por obra de la altura, difícil, raleada. Era como si hubiera abandonado toda resistencia y no pudiera ya nada en beneficio de su cuerpo. Habría querido hablar, habría querido sollozar; pero era como si a él, que había deseado tan ardientemente expresarse, la expresión le estuviera inexorablemente vedada. Entonces entrecerró los ojos y quedándose hundido en el cauce de su fatal necesidad de pensamiento, se dispuso a la tarea que tenía por delante, la cual, a medida que creciera, lo separaría aun del mundo al que estaba apasionadamente referida, y no le daría nunca paz.

N° 268. Enero, febrero de 1961.

MUTACIONES

Me parece mentira estar de nuevo en París, haber dejado atrás en unas horas la inmensidad de los desiertos en torno a Karachi y Teherán, los cafés tristes de los aeródromos, el sol oriental, las sabanas desiertas serpeadas de ríos finísimos, el mundo helado de las nubes, la anchura y el silencio del Oriente, donde sería capaz de morirme de tristeza. Me parece que he dejado infinitamente atrás los alrededores del Tibet, los fuertes rojos, los mármoles calados de Agra, la terriblemente triste ciudad abandonada de Fathepur Sicri, la peste, la gente hambrienta, las mujeres trágicas de sari, el rostro adolescente del Dalai Lama, la inmensidad resignada de un continente al que soy tan ajeno como a la muerte y del que deseo escapar como del pensamiento de la muerte porque me persigue y me martiriza con su existencia fuera de la historia, una existencia que se hubiera quedado atrás y nos llamara con una voz sin voz como podrían llamarnos los muertos desde la zona remota en que los dejamos y les escapamos.

Nada de la rue Saint Honoré me parece ahora frívolo. Es el mundo, el mundo occidental, con sus inventos, sus bagatelas vivas e inteligentes, sus refinados paliativos. Esta realidad aparentemente trivial me vuelve a la historia. Estoy en lo más alto de la modernidad, en una modernidad que vence a la muerte en vez de ser vencida por ella como ocurre en esas inmóviles latitudes espirituales donde lo vivo está muerto igual que el agua en el glaciar.

Mientras espero a Supervielle en el saloncito a no poder más pequeño de su departamento sobre el Sena (muelle Louis-Blériot) — ¡oh latitudes de la India! — me fijo en las tallas que tiene sobre la mesa (unos ángeles Renacimiento de un suavísimo azul

con los brazos regordetes) y me parecen amigos, simpáticos, familiares, al lado de las feroces, crueles, multípodas tallas indias.

Supervielle, más tarde, va a escribirme en la dedicatoria: "Pour mon cher Mallea, enfin retrouvé . . ."; pero soy yo quien lo ha reencontrado a él, rehallado, y no necesito decírselo porque me basta la felicidad de estar ahora en este mundo, subido desde las simas del otro, con mis ojos brillosos ante las neblinosas noches de París.

Supervielle se pone el sobretodo y me invita a hacer lo mismo para mostrarme la terraza. Ya es de noche. Estamos ante el río. Permanezco estupefacto y alborozado frente al cuadro, con el Sena ahí mismo, abajo; y enfrente, a la distancia, la ribera de casas iluminadas, reflejándose adelante sobre las aguas, y la Torre Eiffel a la izquierda, y todo el resto del espectáculo como si hubiera sido un consuelo o una revelación a fin de borrarme la idea dramática del pueblo manso y hambriento que acabo de ver.

En el hotel Lauris de Agra, a unas pocas cuadras del Taj Mahal, durante nuestro viaje indio se nos acercó una tarde un muchacho de veinte años con una vara horizontal en la que llevaba posados cuatro pájaros diferentes.

Nos ofreció mostrarnos una prueba de la habilidad de los pájaros y no quisimos, porque a cada rato nos parecía ya encontrarnos con un charlatán más.

Sin embargo, en la ociosidad de la siesta, sin saber qué hacer hasta la hora de salir, ante la insistencia del muchacho, que se repetía, aceptamos al fin asistir a las pruebas, y él se sentó en el suelo y bajó la vara, poniéndose a preparar las suertes y las cajas de alpiste en que guardaba mezclados con los granos unos anillos ligeros y algunas monedas pequeñas.

Asistimos con asombro a esa escena maravillosa. Lanzado el anillo al aire, uno de los pájaros volaba tras él y lo cazaba y traía. Arrojada la moneda, el animalito ejecutaba lo mismo. Mandado con una seca orden en busca de una hoja, otro pájaro iba y la traía, arrancándola de un árbol. A otra orden, el tercero de los pájaros respondía yendo a arrebatar un cigarrillo de la boca de uno de nosotros y llevándolo a la de su dueño. Y en fin, dispuestas en el suelo sobre un lienzo algunas perlas de mostacilla, una aguja, un hilo, el pájaro elegido bajaba al lienzo,

enhebraba con el pico la aguja, se dirigía a la primera cuenta, la enhebraba, se dirigía a la otra, hacía lo mismo, y así sucesivamente hasta completar un fragmento de collar.

Nos quedamos sorprendidos e inexplicados, y el muchacho, volviendo a colocar las aves sobre la vara de mimbre, recogió de nosotros las cinco rupias, se abrió paso por entre los curiosos impecunes y se alejó del sitio sin festejo ni comentario de su proeza.

Estudio las variantes en los sucesivos manuscritos del Flaubert (*Madame Bovary*) y veo que de su última versión personal a la versión definitiva y actual, en lo que se refiere a la puntuación se ha llegado a una perfección objetiva, tercera, que corrige y fija los postreros establecimientos de Flaubert. El se leía en voz alta los párrafos conforme a un sistema de cadencias y de cesuras que todavía era imperfecto, en cuanto a puntuación, porque todavía obedecía a caprichos o a propensiones; pero ahora ha venido a quedar fijada la puntuación objetivamente necesaria, la coma donde debe ir y no donde la *oía* sonar el autor; el punto y coma en un lugar neutro, justo; el punto, seguido y aparte, en su lugar estricto y no en su colocación *simpática*.

Así, en materia de puntuación, lo perfecto no es lo que quería Flaubert, sino el sentido estricto.

Veo *La Guerra y la Paz* en un cinematógrafo de los Campos Elíseos después de haber hecho una larga cola al frío, y confieso que me importa menos la interpretación que el deleite causado por el respeto a las dimensiones del libro, a su *escala*. Un poco más de extensión —variedad— en las escenas del tiempo de paz, y la proporción habría sido perfecta. (Me gustaría ver un *Quijote* así: donde el espacio y el tiempo fueran un personaje más, y no menos importante, de la obra.) Es un personaje más el tiempo espacial en esta película digna, a pesar del color convencional: tan grande como el personaje invierno en la epopeya ruso-napoleónica. Al igual que el personaje invierno, el personaje espacio-tiempo triunfa en la novela de Tolstoy, que casi todo el mundo conoce en sus ediciones mutiladas, aunque aun en ellas se ve lo gigantesco de las proporciones —y este gigante es el héroe—, así

como se ve la proporción de una estatua en el tronco incompleto que se guarda.

Qué personaje es el grandor de las obras verdaderamente grandes: el grandor de los *Hermanos Karamazof* o de la *Odisea*, o de *Peer Gynt*. Toma parte en todo, interviene en todo, dispone, conquista, triunfa, se levanta ante el lector con una fuerza todopoderosa.

También la interpretación me gusta en esta *Guerra y Paz*. El noble e inteligente Mel Ferrer y la pura y casi infantil extrañeza de Audrey Hepburn, su fragilidad y tierna frescura. Con estos atributos, con esos rasgos, la he conocido personalmente en los largos meses del Hotel Raphael; y en ellos mismos en carne y hueso, se conservaba —tan raro en los intérpretes— esa calidad de protagonistas realmente superiores, que no son inferiores a la leyenda al ser inocentemente iguales a sí mismos.

Esta viejita que nos recibe en el cuarto piso de la casa donde vivió y murió Valéry es hija de Berthe Morisot y sobrina de Manet. Su padre es ese señor de barba que vemos en los estupendos cuadros colgados de las paredes: en uno, el más chico, se le ve parado junto a una ventana, o posando al lado de ella, en un jardín; en el otro, el más grande, se le ve sentado ante una mesa, también en un jardín, jugando ante un tablero con su hijita. Toda la casa está literalmente colmada de cuadros admirables: Degas, Manets, Corots, Morisots . . . El salón, los dormitorios, el comedor, albergan ese inmenso y confuso tesoro. Al acercarnos, en cualquier cuadrito mal iluminado surge la obra maestra; como surge, por ejemplo, de ese retrato de Berthe Morisot joven hecho por Manet, del que nos cuesta apartarnos, de tal modo es magistral y de tal modo actúa la sombría belleza del modelo. Los diferentes Corots me gustan menos: son de una época todavía imprecisa y no tienen esa pastosidad brillante que alguna vez nos atrajo en los Patinir, lo cual no implica una comparación de valor. Escucho con embeleso las explicaciones y anécdotas de la hija del hermano de Manet y Berthe Morisot. Luego ella va y trae un álbum y me muestra sin vacilación la estampa que reproduce la *Ninfa saliendo del baño* de que le he hablado y que está en el .Museo de Buenos Aires. En estos mismos cuartos, con su ventanal claro de taller, vivía su madre; y los cuatro pisos están llenos de cuadros tan valiosos como

estos; toda la casa tiene algo de *bric-a-brac*, ¡pero de qué *bric-a-brac*! No quiero cansar a esta viejita de negro, de ojos alargados y sonrientes, y mis preguntas son limitadas. Estoy todo el tiempo posible viendo esas obras maestras familiares. Ahí está el gran retrato de los padres de Manet, una tela estupenda, que vale todo un Tolstoy o todo un Balzac, que compendia un mundo, unos caracteres, una época, y que a la vez, pictóricamente, es de una calidad plástica notable, con sus increíbles diferenciaciones de materia sobre la base de negro y blanco, inteligente y magistralmente administrados. Los momentos transcurridos en esta casa, en estos cuartos, no tienen duración para mí, extensión o fugacidad, sino una especie de poder vertical con que se fijan en mí verticalmente. Cuando salgo de la casa el tiempo no ha pasado y la impresión que llevo no tiene pasado ni futuro.

Otra vez Tennessee Williams en uno de sus abusos de poder. Este film —*Baby Doll*— carece de la virtud (?) de sus obras teatrales, pero tiene de ellas todo el carácter, todos los tics y todo el procedimiento. Aquí se ve a Tennessee Williams: su obra (esta feria) es la obra y la feria que nos lo representan. ¿Se habrá imaginado que este escándalo es, en definitiva, el escándalo de su arte, de su modo, de sí mismo? Estos cuadros feroces de desolación, delirio, brutalidad y equívoca "poesía", no tienen la autenticidad elemental del teatro de Arthur Miller, su rudeza, tan legítima que a cada rato se hace tragedia. En Tennessee Williams todo es efecto y procedimiento; el asunto poco importa, lo importante es hacerlo estallar; pero no como estalla una obra normal, en su desenlace, sino como estallan en la estentórea multiplicidad de sus ondas los dos platillos golpeados. Se trata de unir un manojo de efectos hechos látigo y, con ellos, azotar al espectador por un lado y por el otro hasta dejarlo agotado y confundido, fuera de toda posiblidad de razonar. Es por excelencia el arte ante el que no cabe ninguna posibilidad racional de juicio porque la dimensión planteada rompe todos los moldes y se hace desmesura. Irracionalidad, más efectos. De lo que se trata es de golpear. Todo golpea: el conflicto humano roto en pedazos, la falta de unidad psíquica o psicológica, el descoyuntamiento de la lógica, la apoteosis del ruido como elemento de expresión moral y material.

Allí donde acaba la medida empieza la barbarie. Este princi-

pio, bueno para la política como para la vida, como para el arte, es llave que permite reducir a una razón inteligible lo ininteligible en Tennessee Williams. Se ha puesto a ser bárbaro y lo es, a expensas del espectador, de los caracteres, de la razón y de su coeficiente lógico de medida. Lo que separa de la grandeza a este grandor resonante de Tennessee Williams es que la grandeza es todavía medida y él ya está totalmente fuera de ella, en un mundo de monstruos estentóreos. Por lo demás, la expresión en él —y esta es su maliciosa pero a la vez cándida receta— viene a producirse como estado de todas las cosas: no sólo de las palabras, actitudes y maneras. Todo rompe en expresión. Y eso estaría bien si no fuera más que así. Lo malo es que todo rompe en expresión deformada o por decirlo mejor: todo se deforma en expresión.

De ahí el malestar que nos deja. Tenemos necesidad de juntar nuestras partes, de reintegrarnos a la unidad, de hallar fuera de ese espectáculo de deformación lo que nos vuelva a la forma de seres humanos: a una lógica racional y a una razón lógica.

La lectura de la pésima traducción española de un trozo del *Paraíso* (XIX, 1-6) me llena de cólera. Salgo a la calle y camino durante una larga media hora pensando en la magnificencia del original, que borra toda intrusión impura:

Parea dinanzi a me con l'ali aperte
la bella image que nel dolce frui
liete facevan l'anime conserte:
parea ciascuna rubinetto in cui
raggio di sole ardesse si acceso,
che ne'miei occhi rifrangesse lui.

En el hotel de provincia donde vive le llaman "La Condesa". Susurran que ha sido mujer de un vago conde, cincuenta años atrás. Viuda, y casada nuevamente, enviudó una vez más, después de un matrimonio tempestuoso, y una tarde europea se embarcó en un transatlántico con el ataúd del marido en las bodegas, rumbo a Buenos Aires. En alta mar, mucho antes de

cruzar el Ecuador, conoció a un brasileño del que se enamoró o del que le pareció conveniente enamorarse o a quien se creyó capaz de enamorar, voluntariosa y emprendedora. Idilio antes del Brasil, inminente despedida al acercarse a las aguas de Río. Conflicto. ¿Descender con el bello brasileño o continuar hasta su destino? Resuelve precipitarse a tierra tras su presa, cuando la detiene el capitán, la llama a comparecer ante él para decirle que no va a continuar sin ella con el ataúd, que debe ella seguir con él o desembarcar con él. Vacilación. Al fin la dama se decide por esto último y baja con el cadáver y de prisa le prepara unas exequias en esa tierra desconocida y acude al fin libre a su aventura. Nadie sabe decirme si dejó al brasileño o el brasileño desapareció. Me la muestran en el bar del hotel, ante la vidriera abierta a la calle. Está en cabeza, erguida, solitaria, mirando a la gente que pasa, aparentemente furiosa, fiscales los ojos tras los vidrios de las fieras gafas, preparada a descubrir, en alguna pareja o algún gesto, develado el secreto o el escándalo que llenó su vida y la nutrió de secreto muerto y muerto escándalo.

Es curioso cómo de algunas obras profundas, que nos marcaron al leerlas con su sello imborrable, no recordamos al cabo de algún tiempo súbita y automáticamente sino ciertas imágenes aisladas (a veces fragmentarias y con frecuencia insignificantes) que nos quedaron no pensables, sino vivas como si las hubiéramos visto nosotros mismos, aisladas en un lampo de autónoma y circunscrita claridad. Y esas imágenes incompletas tienen una potencia y una perdurabilidad imbatibles, más inmediatas y quizás más fuertes que el recuerdo meramente lógico de la línea argumental, del asunto entero con su ordenado desenlace. Por ejemplo del *Sastre de Tilsit* de Ernst Glaeser, que tanta impresión me produjo hace años en su totalidad, recuerdo al pronto y de inmediato la imagen del sastrecito cruzando borracho la plaza de la aldea; de *Crimen y castigo* a Raskolnikov delirando en una cama y luego llorando en pos de Sonia; de *La muerte de Iván Ilitch* al magistrado muriéndose en medio del pavor en una cama; de *La sonata a Kreutzer* la conversación en un vagón de tren; del *Idiota* una visita del tímido príncipe a las hijas del General Epanchine; de *Madame Bovary* la visita a la feria de Rouen; de *Eugenia Grandet* la calle y la casa; de *Pickwick* los

amores de Tracy Tupman; de *Los Maias* los paseos de los amigos por Lisboa.

Esta argumentación en la que se nos afirma que "el hombre es lo que hace", que el hombre es "las cosas que hace", la filosofía de la razón vital, me parece demasiado reducida de estatura para ser una filosofía abrazable por ese ser sediento de trascendencia que es el hombre. Una filosofía de esa naturaleza suprime al hombre que duerme y al hombre que sueña, y a mí me parece, al revés, que el hombre no es humano, que no existe, sino en tanto que sueña. "Vivir es una faena poética", dice el teorizador de la razón que comento. ¿Pero no es más verídico decir que soñar es una faena vital? Y luego, los que sostienen la inexactitud y eminente labilidad de la razón humana, ¿cómo se las arreglan para sostener que la ciencia más exacta, la matemática, ha sido inventada no por Dios, sino por el hombre? ¿Quién la decreta exacta? ¿No es el hombre mismo? Además se sostiene que esa filosofía de la razón vital se plantea la pregunta de "quién es el hombre" en lugar de la clásica y primitiva de "qué es el hombre", lo cual es impropio, porque el hombre no puede saber quién es —determinación de personalidad— sin saber qué es —determinación de substancia. Así, me parece que lo falible de la filosofía de la razón vital es que erige al accidente en substancia y nos brinda en imagen a un hombre totalmente desprovisto de organicidad poética, es decir de tragedia, porque trágico no es lo que nos pasa, ni lo que hacemos, sino la consecuencia esencial o sobrenatural de lo que hacemos o nos ocurre en el cielo, suelo y subsuelo de nuestra conciencia.

Una especie de tardío invierno ha venido hoy a cubrir la ciudad y a extender sobre todo lo que me es cotidiano y familiar ese coeficiente de lejanía en que consiste la tristeza. He dejado mi trabajo y he caminado por las calles que bordean el río y he tenido necesidad de contar a alguien los episodios de un nuevo libro que aparecen en mí cada vez más claramente, como los soldados que a medida que el alba avanza van saliendo del cuartel y que primero eran borrosos y parduzcos y luego se hacen nítidos y netos.

En lo que se refiere, *también* a la filosofía, todo lo que no

se nos presenta como revelación, queda fuera de nuestras puertas como concurrencia vana de impotentes y recurrentes bestias teóricas, perros flacos sin sangre ni cólera. Y lo que se nos presenta como revelación viene por cauces profundamente poéticos, como Platón o San Agustín, Heráclito o Nietzsche (el Nietzsche del *Ecce Homo*, más que el de *Zaratustra*). Todo el otro teorizar, la crítica kantiana o la argumentación esencialista de Husserl o la propia reiteración metódica de Heidegger —salvo el escorzo interno con que éste cierra en elipsis el "qué es el ente" de Tales—, tiene no sé qué de concluido antes de haber empezado, como tiene no sé qué de concluido el sistemático monólogo del loco, al que vemos lanzarse a hablar sabiendo ya que en su orden trágico nada penetrará que no sea alimento para su enajenación, manía para su manía. ¡Cuánto más cerca de nosotros está la metáfora que el tratado, cuánto más una idea resuelta en la evidencia de sí misma, que la argumentación laboriosa de esos circuitos lógicos, lanzados a abstraerse de más en más sin aventura ni peligro!

Anoche, *Hedda Gabler*, en el Franklin. Es un teatrito pobre, con dos alas de plateas abiertas en escuadra, y el escenario sin telón montado casi sobre el público. Una joven actriz angulosa, muy pálida, con el pelo muy negro, muy tirante, partido en dos y ajustado atrás en un rodete invisible, hace de Hedda. Interpretación discreta, un poco tenue, hecha en una escala modesta, casi pobre. La obra me parece distinta de lo que yo recordaba: menos misteriosa, más nítida, desnuda y efectiva en sus acciones y reacciones, menos secreta, quizás también menos poética. Una interpretación más densa e inteligente le habría devuelto esos valores que mi memoria le prestaba y ahora faltan. Pero la *acción* de una obra dramática no puede apreciarse en la mejor de las lecturas como en la peor de las interpretaciones: hay una dinámica física que se transforma y diversifica en nuestra lectura, asumiendo un tiempo —o tiempos— que nada tienen que ver con la transcripción de actos reales, concretos, de la obra misma. En la lectura siempre intervenimos como un personaje que actúa por acción de pensamiento alterando la acción dada en el texto; pero ante la realidad escénica, ante la definitiva y verdadera acepción teatral de la obra cuando sube a *ser* en el tablado mismo, ya no somos más que espectadores —y una parte de los

otros— sujetos al orden imperioso y excluyente del movimiento dramático.

Diré que yo tenía de esta obra una idea barroca y ahora se me presenta como una idea romántica o gótica, y que el ajuste actual de los dos planos le hace bien.

Empiezo a leer *The Old Wives Tale*, de Arnold Bennett, después de muchos años de oír hablar de ese libro y de conocer las propias referencias del autor y las extrañas alusiones al instante en que se gestó el libro, cuando Arnold Bennett vio entrar en un restaurant Duval de la Place Clichy, adonde solía ir a comer, a una mujer grotesca y vieja con manías de solterona, que en unos minutos se transformó en el hazmerreír de todo el restaurant.

Siempre se ha considerado a este libro casi como una obra maestra, y digo casi porque es un libro típicamenty burgués al cual dedicó el autor muchos años de reflexión y muchos más de trabajo, volviéndolo la empresa superior de su vida en el orden de la creación. Pero he aquí el gran problema, la gran hipotética incongruencia: un autor que dedica sus mayores energías, tiempo, experiencia y aprendizaje a componer un libro que, gigantesco al final por sus elementos técnicos integrantes, tiene, sin embargo, un tema menor, o mejor dicho, un tema sin realce ni verdadera capacidad de tragedia, sin mito triunfal, sino con un moderado mito mediano, y que por consiguiente viene a resultar comparable al efecto de una gran orquesta rica de los más diversos instrumentos pero empeñada en obtener los sonidos más eminentes de una sinfonía secundaria.

N° 298/299. Enero, febrero, marzo, abril de 1966.

INFIMA PARTE

(Este fragmento de la epístola de un personaje "simple" es en realidad ínfima parte de cierta comunicación mayor, que se desarrolla después compleja y virulenta en el contexto de la novela de que está extraído.)

Desde la barranca en que está enclavada la casa donde vivo bajan al valle dos estrechas vías serpeantes de las cuales una es un hilo de agua y la otra un caminejo tan angosto que si tuviera que descender por él más de una persona, tendrían que hacerlo en fila india, pues el camino carece de espacio más que para un cuerpo. Por lo demás, es tan empinado que el descenso se hace forzosamente presuroso, y el que lo practica, visto desde lejos, debe dar la impresión de alguien huyente del barranco hacia la tierra libre de la pradera. En cuanto al hilo de agua que conduce hacia abajo una finísima vertiente, se resuelve en el llano en un arroyuelo tributario, cristalino y ameno, excelente para el riego de sus filas de legumbres. De este modo, también por ese agente de comunicación vengo yo a servir desde mi región, o, mejor dicho, viene mi región a servir la casa solariega de los Randas, de quien es usted la última prolongación, bien que una prolongación indirecta.

Su casa, la granja, todo el campo que los rodea, están hoy hipotecados. Ello no ha servido para que doblegara usted la cabeza; y es proverbial entre la gente de estos sitios que, al revés, el contraste y las deudas en que los Randas la dejaron, viuda del último de sus hijos, sólo han servido para redoblar en toda su figura ese toque rígido y seco con que contesta a los perceptores de impuestos y a toda la variedad de cuervos que la comuna le envía a importunarla. Por otra parte, es sabido que, en el orden

de la representación, ha mantenido usted el penacho de esa casa y cuando, de tanto en tanto —como hace cinco noches—, abre las puertas a los invitados a una de sus fiestas pomposas y exclusivas, a una de esas foráneas comidas de etiqueta reunidas en un comedor colonial en mitad del campo abierto, nadie ignora que su busto erguido, su figura vestida de negro y su boca de labios finos y pocas palabras, ocultan el temblor de su cuidado sobre usted misma y señalan al mundo la prueba de un poderoso autodominio.

En sus ojos desdeñosos sólo unos pocos sorprenden ese relámpago de alerta por el que de pronto son cruzados. Pero aun los que lo ven atribuyen esa expresión intensa a la misma causa, y lo consideran como un signo de su necesaria autoridad, mujer sola y todavía joven en medio de una zona solitaria y de un destino igualmente solitario, cuyos aspectos íntimos o sensibles son para todos un dominio secreto. No para mí, usted lo sabe; pero yo soy un extraño, un transgresor, puesto a las puertas de su casa y que ahora, a sus ojos, merodea o atisba desde arriba, no sin la sonrisa irónica del adversario.

Esa sonrisa irónica se paseaba, en efecto, sobre mis labios, hace cinco noches, cuando ofreció usted su comida. Desde las nueve, en la oscuridad apacible de estas noches transparentes en que la luna aclara como nunca, vi llegar uno a uno a sus invitados, ejemplares de un coto insulso y decadente hacia quienes usted había dirigido mi desprecio, un desdén despechado, a su criterio, por lo cual, mostrándome ese cuadro de señores estaba segura de irritarme en mi cubil de la barranca. Vi llegar a unos acompañados de lujosas mujeres; a otros, de negro, solos. La enorme puerta, que está herméticamente cerrada desde que usted tan tajantemente me lo anunció, abría y cerraba una de sus hojas tragando a unos y otros; la casa estaba iluminada *a giorno*, y vista desde lo alto, centrando el campo, daba la sensación de una terraza feérica sobre la que caía un derrame de luces, casi diurnas por su pálido blancor. Se me representaba la absurda historia entera de esa familia de interesados inimaginativos, en quienes sólo la codicia asumía cierto valor de imaginación. Y de pie en la costa de mi barranca, como un piloto en la proa de su negra nave, con un mal cigarro negro en la boca, especie de titán me sonreía, imaginándome el salón de los Randas, con sus retratos de hombress angulosos haciendo los

honores a estos pares, igualmente estultos e igualmente inimaginativos, igualmente interesados e igualmente tristes, crueles de tedio y crueles de deseos muertos, pese a su aire pretenso de indiferentes, de ingeniosos y de supercivilizados.

Sin duda cree usted que con esas exhibiciones al excluido de las fiestas, con uno de esos rasgos insolentes, puede todavía herirme. Pero ya pasó el tiempo en que argucias tan elementales podían sacar de mi fibra sonidos acusados. Ya nada me veja ni nada me alcanza, salvo la sensación de hallarme en este puerto inaccesible . . . y salvo lo que usted sabe. Lo demás es para mí pasto de rumia; y antes de inducir en mis venas corrientes estimulantes, me fastidia y me encoleriza.

—Ah —la oigo decir con un aire de sorna.

No piense que soy simple. El fuego de furor y hambre de revancha que la raza humana pone a menudo en el fondo de los corazones al parecer más inocentes, esa llama dramática y oscura no cesará nunca, ardía también en mí; y yo parecía un hombre lanzado a la busca confusa o desesperada de un sentimiento humano que ennobleciera o dignificara, lejos de envilecerme más. Sí. Yo buscaba desesperadamente algo que me hiciera olvidar de mí mismo, dotándome de una memoria alta y viva: la memoria de una vida superior a la que ocurre y decae en esta tierra. Y ese deseo me daba no sé qué de solitario, no sé qué de salvaje, no sé qué de bárbaro.

Estaba dispuesto a pasar por todas las tenacidades, por todos los excesos, por todas las luchas para salir a esa especie de luz y que al fin pudiera ver a los hombres sin detestarlos o menospreciarlos.

He superado ya la época de las distracciones tolerantes. Soy un hombre a quien nadie puede sentir pasar al lado sin sentir que pasa un disidente. Y la vida trata a los disidentes con la condigna descortesía. La vida es un animal de espinazo suave y fauces astutas. Pero yo puedo ser más astuto que ella sin tener el espinazo suave, porque la espero sin necesitarla y puedo verla doblegarse y encresparse alrededor, alternativamente, sin que se me mueva un pelo, como si viera patalear, haciendo la comedia, a la zorra desatada del cepo, cuyo destino, pese a sus engañosas contorsiones, ya sabemos que será dejar el cuero.

Pude, pues, dedicar a su comida una sonrisa, la sonrisa que está en condiciones de otorgar a esa clase de fiestas un hombre

que ha venido aquí a pensar, descansar, vivir y pescar después de una eternidad de combates y ya cuando nada queda capaz de inspirar la lucha; cuando todos los resortes se han cansado menos el resorte que nos hace seguir de pie y durar, porque no pensamos entregar la vida, empecinados en vivirla hasta el fin, como el ayunador que cada día agrega un día más a su esfuerzo y continúa. Cada día más dejado atrás por su empresa, pero cada día más terco en seguir aún.

¡Seguir aún! Si me viera usted de cerca, usted que no me mira a dos pasos de distancia desde hace cinco años, vería qué profundo rastro ha dejado en mí el mediato y el inmediato pasado, y hasta qué punto estoy percutido por los resultados del encuentro con las circunstancias de mi vida. Advertiría que la antigua expresión de mi mirada ha dejado lugar a otra, y que ahora soy como un forastero casi desalojado de sí mismo; "la estatua de la indiferencia", como diría algún honesto bienpensante, sin pensar que nada puede caminar más mortalmente que un alma atravesada de flechas. Observe con qué frecuencia cultivo ahora el lugar común: es como si estuviera en luna de miel con los "clisés", ya que a la postre de una vida es cuando venimos a advertir que la representación de la vida en su sustancia y en sus accidentes se compendia en el vocabulario más reducido, aquel que se limita a las frases que, de tan comunes, antes nos parecían triviales, y que ahora vemos que son las únicas que representan lo que expresan, porque son las que están más cerca del silencio o quizás porque no han admitido la trampa demoníaca de haber querido ser vestidas de pomposidad. A mí mismo me extraña verme, de pronto, ante un espejo inesperado: "¿Quién es? ", me preguntaría anheloso ante ese advenedizo, si no fuera por saber que un mero sobresalto hubiera contestado antes a mi pregunta.

"¿Quién es? ", "¿Quién soy? ", "¿Existo? ", "¿Vivo *todavía*, o la exterioridad de mí que veo es mera exteriorización de un eco, alejado de su son original? " He ahí algunas cuestiones que el hombre encuentra de pronto como trozos de sílex perdidos en el suelo de sí mismo. ¿Quién es? ¿Quién soy? ¿Existo? ¿Existo aún?

(Rememorar es difícil, inútil). Pero yo estoy aquí para rememorar. Y no me propongo por el momento más que hacerle rememorar a usted —pese a que no lo quiera y se resista, con esa

recalcitrancia y renuencia con que se ha apresurado a volverme la espalda y dar sus pasos de dama vestida de negro hacia los sitios donde otros a mi vista han de recoger su afabilidad o su inteligencia—, sus largas charlas graves o sus risas de un sonido corto y metálico. Rememoremos, pues, ya que yo me lo permito.

(Tenemos tanto tiempo: usted allá, embarcada en su campo hacia la eternidad, y yo aquí embarcado entre el cielo que no pasa nunca y la tierra que tampoco pasa.)

Acuérdese de aquel hombre joven a quien usted preguntó a las puertas de su residencia de recién casada:

—¿Usted es el señor Blan?

Pregunta insincera pues me había visto una vez, meses atrás, y sabía perfectamente ante quién estaba.

—Sí. Yo soy —le contesté, disimulando.

Fue la segunda vez que rocé su mano larga; la mano fría y nerviosa de la mujer de un apenas conocido a quien iba a visitar por un proyecto que yo necesitaba conducir; la mano de Lucrecia Randas.

Fría y nerviosa, caminó delante de mí por el gran vestíbulo sombrío, hasta la puerta de un escritorio viejo, con sillones de baqueta negra cuya superficie aparecía gastada y arratonada.

Su marido, el último Randas, estaba sentado allí. Lo veo poniéndose de pie, dándome la mano, provisto de un saco negro de solapas cortas, de corbata oscura, con la nuez de tuberculoso escapándosele del cuello. Era seco, titubeante de palabra, con un medio alzar de brazos para apoyar —o corregir— algun final de frase.

Me invitó a sentarme, él hizo lo propio. Me escuchó con atención, con cierta nerviosidad poco perceptible, que no escapó a mi ojo preparado. Usted había dejado el cuarto después de haberse despedido. Su marido me dejó hablar, me interrumpió con alguna que otra pregunta.

Permanecía un poco de costado, en un sillón negro, y me pareció descubrirle algo de cura, el semblante flaco y apergaminado de un ayunador o de un asceta, la expresión de un puritano. Sobre la mejilla, que veía yo de perfil, se destacaba el hueso agudo del pómulo, especie de espina sobresaliente de una piel rasurada y muy brillante, de un tinte cetrino.

—Mi querido señor, no me interesa . . .

Desechó la idea. Fue uno de mis primeros fracasos. Pero salí con una invitación a comer para una semana más tarde.

No me duelen prendas para confesar que el día señalado fui sin ganas. En la primera entrevista había surgido un obstáculo a mi ilusión más reciente, y llevé aquella vez de Randas una idea agria. Usted, debo confesarlo, no lo aventajaba en simpatía. Era la flor lejana de invernáculo traída a este destino de cónyuge pasiva: sentí antipatía y desprecio por quien, superior de aspecto, y sin duda de ascendencia, había aceptado esa fortuna secundaria en una casa de elementales y de ahorrativos. Pero no dije que no; la noche marcada para la comida, fui.

Sin confesármelo, llevaba para impresionarla mi mejor ropa, y aun así debí parecerle un ser extraño y tosco, pues su comportamiento hacia mí fue, desde ese momento, frío. Recuerdo la mesa tendida con cierto lujo, las vinagreras de plata en el centro, las jarras gemelas de vidrio azul y verde conteniendo el vino blanco y el vino tinto, el aparador y el trinchante oscuros, austeros. Y a Carlos Randas, tan impresionado por la severidad que usted daba a sus gustos, al medio, al servicio, que parecía más un invitado rústico que el pudiente dueño de casa. Yo y él hablábamos cohibidos de los temas rurales ante aquella joven enhiesta y crítica que no me decía palabra.

Salimos al fin al "hall" a fumar un cigarrillo. El pocillo de café me temblaba en la mano áspera. Usted continuó entre nosotros, atenta a lo que hiciera falta; la repetición del café, el vaso de ron, el álbum de jardinería. Opinó sobre el parque, sobre las plantas, en forma rápida e incontrovertible.

Me fijé en aquel "hall", en la chimenea, en los retratos de aquellos hombres flacos, tristes, en el encaje de los cubremesas, en los candelabros con sus velas, en los cielos rasos y su amarillor de tumbas, en la pesada madera oscura de los zócalos, y sentí todo. Yo era entonces muy sensible a los sentimientos que me demostraran; aquella noche me sentí como nunca abandonado, humillado. Y, por reacción, experimenté la necesidad de hacer algo que me diera fuerzas, que me sacara del pozo y me colocara en el plano de aquella dueña de casa.

—¿Más ron? —me había preguntado usted, como quien susurra—: "¿Tendrá la impertinencia de aceptar aún?"

Tuve la osadía de decir que sí.

Se levantó y me sirvió otro poco, de la jarra de cristal y

plata. Sus manos eran seguras. Depositó la jarra y, enhiesta, volvió a sentarse.

Estábamos instalados en triángulo, con el desierto en medio; y yo me sentía tan a disgusto, tan rodeado de frío y mal disimulada malquerencia que no veía el momento de partir. Al propio tiempo, y por compensación, experimentaba un extraño sentimiento de angustia, como si irme así de aquella casa hubiera resultado una especie de confesión de inferioridad y yo hubiera tenido que hacerlo como un personaje indigno.

Confieso que experimenté la urgencia de fortalecer mi personalidad, rescatándola precozmente del oprobio. Así fue como, de pronto, obedeciendo a un impulso irreflexivo —y por lo tanto defectuoso, incompleto—, al escuchar la referencia de paso que hacía usted a la jarra del licor sosteniendo que estaba allí desde los orígenes de aquella casa, lo mismo que las jarras de plata destinadas a la cerveza, "pues lo propio y de rigor en otras épocas era beber la cerveza en jarras de plata", manifesté con viveza mi disconformidad, expresando que antiguamente no sucedía eso, sino otra cosa:

—Lo propio era beber la cerveza en jarras de peltre.

—No —dijo usted—. De plata.

Y guardó la actitud expectante de la persona que espera del que se ha equivocado la confesión del error. Pero no confesé ningún error, sino que, al revés, sostuve con calma y firmeza mi punto de vista. Eso la puso a usted en un singular estado de intolerancia e impaciencia. Me fue fácil advertir que se hubiera marchado con fastidio dejándonos solos, de no ser por aquellos principios de comportamiento que cultivaba en definitiva, aunque los retaceara en los detalles. Volví a manifestar, pues, de la manera más decidida, y a la vez más gratuita —pues con referencia a aquello no sabía de la misa la media—, que la gente de rango sólo usaba en otras épocas las jarras de peltre.

Sentí que me ponía erizado como un gallo, así como que mi sonrisa debía de tener algo de genuinamente petulante y odioso, que era, por lo demás, lo que deseaba.

Carlos Randas, al oírme, tamborileaba con los dedos esqueléticos sobre el brazo del sillón, mientras usted, con miradas expresivas de su estado de ánimo, calló a la postre de impaciencia, dejándome hablar a mis anchas.

Hablé, en efecto, con petulancia y total necedad, abundando

en no sé qué despropósito, hasta que al fin, viéndome hablar solo y comprendiendo que mi actitud había puesto más hielo aún en aquel cuarto áspero y desagradable, y no sabiendo por lo demás cómo poner fin a una argumentación caprichosa en la que cada vez me enredaba más y de cuya ilogicidad tenía conciencia, resolví ponerme en pie e iniciar mi partida. Usted y su marido se alzaron a su vez, como movidos por un resorte; y sin más palabras que las necesarias para significar su agrio adiós, me acompañaron hasta el zaguán.

No todo, sin embargo, es tan claro ni tan simple como nos lo muestra la vida en sus tan a menudo falsas evidencias. Y los caracteres de aquella visita, tan incómoda y tan ingrata, fueron cobrando en mi recuerdo, a medida que los evoqué al irme en mi lento sulky hasta la casa de mi padre —pues yo no soñaba entonces con vivir en el estratégico peñón—, contornos y salien-cias en cuya consideración me entretuve de camino, y que se aclararon aún más en los días subsiguientes mientras los estuve rumiando. No es fácil borrar del orgullo rasguños parecidos y mi masticación mental fue laboriosa.

Me preguntaba qué razón podía haber tenido usted para demostrarme tan rotunda y tan ardientemente la cólera que yo le merecía. No me resultaba fácil explicarme —pues nuestro primer encuentro había sido a mi ver fugaz e indiferente— un sentimiento a la vez tan acentuado y tan gratuito, más aún considerando que no era yo más que un muchacho casi de su edad, sin intenciones fastidiosas ni objetivos desagradables, pues lo que tenía entre manos era una idea sencilla relacionada con la plantación de montes. Pero yo desde el primer instante, al hallarla parada en el vestíbulo de su casa, había sentido en mis ojos su mirada rápida, contraria, y me había parecido verla contraerse y erizarse ante una impresión demasiado fuerte, segu-ramente de rechazo. Por qué le había suscitado rechazo así, era lo que me preguntaba, y mi inexperiencia juvenil me alejaba de toda interpretación satisfactoria. Quedé lastimado y ofendido, herido a la vez en mis sentimientos naturalmente benévolos, y en mi orgullo; y me quedó en el poso de mí mismo una borra que no poca gente advirtió entonces y no dejó de tener influencia en el desarrollo ulterior de mi carácter, antes alegre y fácil.

(De un vasto tríptico de ficción que aparecerá en estos días).

Nº 298/299. Enero, febrero, marzo, abril de 1966.

CRONICAS

EL "PREMIO VACCARO" 1965

En ocasión de la entrega del "Premio Vaccaro" 1965, otorgado a Victoria Ocampo, después de las palabras del Dr. Bernardo Houssay, Eduardo Mallea dijo:

Victoria Ocampo ha vivido como un todo, y eso es lo que reflejan a la vez su vida y su obra. El público que suele ver a los escritores a la luz de ciertos triunfos, ignora que esos relámpagos son como la iluminación del proyectil en la noche de combate, y que la vida de un escritor es pura y máxima contienda. Pero lo que importa es la causa y el precio que se da a esa contienda. En el caso de Victoria Ocampo son esos "tendencia o acto que tratan de conducir cada cosa hasta la perfección del valor que le es peculiar", definidos por Max Scheler, los que han conducido sus días y sus páginas escritas a sus luchas, su cárcel, su franqueza y su exactitud; eso ha hecho a la vez su calidad. Y eso es lo que ha determinado que se otorgue este premio. Un premio que señala a la vez en una producción tan vasta de títulos y méritos esa cualidad por excelencia: la belleza combativa.

Su obra cobra su mérito de esta definición principal: no tiene otro origen ni otro orden que su parecido *en espíritu* con los valores que su autora admiró, valores de timbre muy delicado, que requieren oídos expertos en otros sonidos que las estridencias. No se los puede leer sin haber hecho antes a solas la sutil, calificada, difícil experiencia de lo espiritual. La mayor parte de los lectores, a veces los profesionales más expertos, leen sin descubrir más que la apariencia general de los textos menos generales. El descubrimiento de las últimas resonancias de un

texto escrito es una experiencia mucho más rara de lo que se cree. De pronto en un texto literario la frase aparentemente menos significativa y más trivial encierra una gigantesca significación, como la frase que pronuncia Iván Ilitch al expirar. La mayoría la interpreta en su letra sin absorberla en su verdadero poderío. El poderío de ciertos géneros o textos está sólo en la calidad de su timbre último. La literatura de Victoria Ocampo radica en la sabiduría de la delicadeza de ese timbre.

El triunfo de la indagación eminente de las significaciones es uno de los más altos méritos de esta gran intérprete de almas y de gestas. Un deber de escolar llamaba ella al descubrimiento de Francesca y Beatrice en el fondo de la voz que las representaba. Pero ese deber de escolar era la escuela del aprendizaje de lo más hondo. Y este aprendizaje de lo más hondo es el resultado que nos ha ofrecido en su obra para que veamos hoy según un sesgo más verídico y más profundo esas figuras escondidas en la confusión de la leyenda. Había visto, *por dentro*, a Debussy había visto, *por dentro*, a Gandhi. Su papel fue así mostrarlos emocionantemente distintos, es decir, separados de cuanto tendía a confundirlos. Un hombre que tuvo el coraje y el orgullo de escribir en un libro el elogio de sus contemporáneos, y hablar en ese libro de escritores y de reyes, Winston Churchill, contó que, deseosos de ayudar a un hombre a quien admiraba mucho, Lawrence de Arabia, quiso preguntarle una vez qué le gustaría hacer, pues parecía consumada ya la empresa de Arabia. "En unos meses más —le contestó Lawrence— mi trabajo habría concluido. La tarea está hecha, y va a durar." "Pero ¿qué pasará con usted? ", insistió Churchill. "Todo lo que verá de mí —dijo Lawrence— será una pequeña nube de polvo en el horizonte".

De esa nube de polvo Victoria Ocampo nos ha contado el luminoso contenido. Lo que ha querido es dar fe de su fe, comunicarnos en textos casi poéticos de convincente, radiante credulidad, su idea de lo que quería que fuera creído. Y así, en vez de imponer a su obra el riesgo de la experiencia imaginaria, en su obra la creación ha consistido en la vida de que ha dejado provista su fe.

El coraje, la serenidad, la altura de conciencia es lo que la distinción que hoy se le otorga ha decidido señalar. El papel que ha necesitado Victoria Ocampo para escribir eso, con ser mucho, no ha sido tanto. Sólo ha necesitado dos cosas: verdad y liber-

tad. Para articular esas dos palabras no se necesita mucho papel. Lo que se necesita es otra cosa. El empeño de una vida.

Cuando conocí a Victoria Ocampo acababa ella de publicar el primero de sus testimonios, quizás uno de los más reveladores aunque fuera de los más juveniles. Una naturaleza eminentemente veraz empezaba en esas páginas a no querer retroceder, a no querer de ningún modo pactar y ese volumen pequeño y preciso era ya un vasto desafío.

Advertí en aquellos años que su relación con las cosas era una relación de precisión. Necesitaba que las palabras elegidas asumieran un significado exacto, particular y genuino, como exacta, particular y genuina era la emanación que su olfato obtenía de una tumbergia o el tono que sus ojos separaban de la coloración de un horizonte o el efecto que su oído abstraía de un acorde impecable. A mí que era improvisante y aproximativo, ese rigor me impresionó como un valor inusitado, un valor de madurez, que contrastaba categóricamente con la improvisación y el manso desorden de las expresiones prematuras, tan comunes en nuestra América. La vi buscar la palabra justa, pero no en la acepción flaubertiana, que por eminente que fuera era una acepción estética y profesional, sino en otra acepción tanto más difícil y tanto más delicada: la acepción de autenticidad. Esta busca contumaz de la palabra *verdadera* fue para mi un descubrimiento de lo que no tomaría ya nunca ligeramente. La ligereza del juicio corre siempre pareja con la inconsistencia del dato o la licencia de la intuición. Uno busca en los resultados de un escritor lo que la pista descubierta le anuncia bajo palabra. No hallamos sino en la medida de los datos que *podemos* ver; por eso la literatura es tan difícil cosa: como decía Claudel lo terrible de este oficio es depender abstractamente de la opinión de los demás, digo yo: de lo que los demás quieran, puedan y sepan ver. No pocos habrán pasado por los textos naturales de Victoria Ocampo como por un campo de floraciones improvisadas, sin advertir el discrimen delicado con que se ha obtenido allí el atributo de legitimidad.

Ese apetito de legitimidad, esa poderosa reclamación inteligente de verdad, es el atributo mayor de esta escritora. Su opción por el género testimonial como modo de comunicación predilecto no resulta así casual. Obedece al revés a una sed intensa de volver, en el orden de las experiencias del alma o el

conocimiento, lo desacomodado a sus goznes, en el sentido shakespiriano de la imagen. Esta productora de testimonios vivos, genuinos, vitales, no podía, no podría esperar a encontrar los géneros pacientes —los géneros por excelencia de creación—, debido a esa urgencia moral de producir *inmediatamente* su urgente verdad y su atestación. Esta literatura de impaciente, esta obra de impaciente, tiene, entre otros, el valor que corresponde a ese modo: la necesidad fundamental de dar cauce apremiante al grito de conciencia. Y éste es el valor admirable que distingue de los seres estéticos a las grandes naturalezas morales.

De esta familia de escritores, de esta familia de testigos, de esta raza de vehementes, la vuelve todavía parte más legítima otro de los elementos inductores de su obra o de su género. Tal otro elemento es su infinita causa de amor, su rigurosa autenticidad en la pasión, el apetito de justicia que señala en pleno combate la causa abrazada. En los volúmenes de sus *Testimonios* se levantarán en pie como columnas, por el afán de distinción y esclarecimiento, sus razones en vivo estado de inminencia, señalando los valores que tenía apuro en señalar para salvarlos de la confusión o del pasivo desconocimiento. No le ha bastado creer —en causas, en seres, en situaciones, en conflictos. Ha necesitado *llamar a creer*. Esa es su peculiaridad calificativa, la que la ha llevado a mostrarnos a lo largo de tantas décadas de expresión incansable todo cuanto valor le parecía auténtico; así, en términos de la mayor urgencia, como operan los cirujanos en los campos de sangre, ha llamado en esas páginas a creer, a distinguir, a no equivocarse sobre el valor justo de hombres y cosas por encima del adormecimiento mortal de la tibieza o del valor pernicioso del prejuicio.

Nada más lejos de mí que el vano ditirambo. El ditirambo traiciona la justicia. Y la justicia es este premio discernido por un jurado de hombres libres a una conciencia libre. Pero la justicia, como la cultura, está constituida de memoria y constancia. Hace falta que intelectualmente tengamos memoria de cuanta obra importante entre nosotros se haya hecho, que todo cuanto de valor se haya aquí hecho conste con vital permanencia. ¡De cuántas capitales obras argentinas no queda ya vigente sino el estudioso comentario, sin que esas obras sigan actuando como textos vivos! Poco se lee a Lugones, poco a

Groussac, poco a esos cuya obra no será fácilmente sustituida por otras equivalentes en significación y en dimensiones. Cada día que pasa nace una página, pero otra página se pierde. ¡Y cuántas veces no se juzga sobre textos sin haber dado a su mejor contenido su válida substancia, su necesaria constancia, y a esa constancia la memoria que ha de hacerla permanente! Yo quisiera señalar a esa voluntad de memoria y constancia algunos ensayos de Victoria Ocampo que no son los más conocidos, sino al revés los más ignorados, y a los que confiero una importancia suma para cierta iluminación profunda sobre nosotros mismos. Uno es su admirable ensayo sobre el otro Lawrence, el novelista espléndido de *Canguro*. Otro es su ensayo que se llama *Supremacía del alma y de la sangre*, para mí sin par en su género como teoría y justeza de visión. Pero de éstos y de otros parecidos de sus testimonios, la relectura provocaría constantemente en mí esos subrayados que cualquier otro lector de buena fe trazaría a su vez, con la sola excepción de quienes prescinden de la lectura competente de los textos para opinar con comodidad sobre su inexistencia.

La misma seguridad que Victoria Ocampo ha puesto en distinguir y definir la calidad de obras y almas la ha puesto en ir a la busca de cuanto pudiera revelarle cualquer aspecto de lo verdadero, ya en el terreno intelectual, ya en el terreno moral. Esa espontaneidad sutil de quien ausculta los sonidos más universales para descubrir en ellos sus revelaciones más particulares, sus más agudos metales, la ha puesto Victoria Ocampo en sus viajes incesantes por las cuatro regiones de su mundo expresivo.

Esas regiones de su mundo expresivo son: una región iluminativa, la de su comentario *De Francesca a Beatrice*; otra en que se resume cierto vasto compendio de preferencias apasionadas, los seis volúmenes de sus *Testimonios*; una tercera región que condensa lo que podría llamarse su canto mayor: las grandes reivindicaciones de almas claves de nuestro tiempo, sus textos sobre Gandhi y T. E. Lawrence; y en fin la cuarta, la región que lleva consigo, o sea el mundo de esa intensa gravitación personal sobre la que es vano hablar aquí, sobre la que en todas partes seremos preguntados, tanto en alguna casa señorial de Delhi, como en Greenwich Village o Washington Square.

Ha escrito, en fin, dieciocho libros. Ha hecho doce traducciones. Ha fundado una revista. Ha sostenido su publicación duran-

te treinta y cinco años. Ha esparcido por su medio una considerable siembra de cultura. Ha editado libros ajenos, algunos de los cuales son ya únicos en su significación para nuestras letras. Ha distinguido a los mejores y sido distinguida por los mejores.

Pero después de haber hecho todo eso, ella está viva y está aquí. Tal es el triunfo de su triunfo. Por eso —también— debemos darle este premio.

Nº 260. Setiembre, octubre de 1959.

CRONICAS

EL CASO "LOLITA"

Con motivo del decreto de la Municipalidad de Buenos Aires que califica de "inmoral" la novela *Lolita* de Vladimir Nabokov, editada por nuestra Editorial, y que determinó el secuestro de dicha novela, publicamos varios juicios de autores extranjeros sobre la obra en sí y las respuestas de los escritores argentinos a la encuesta que *Sur* llevó a cabo; algunos, sin ceñirse estrictamente a las preguntas, opinan sobre la novela y la censura municipal. Agregamos, asimismo, las declaraciones que al respecto hicieron la Sociedad Argentina de Escritores y un grupo numeroso de intelectuales, así como un resumen del debate que hubo en la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña a propósito de *Lolita* y que levantó la censura que pesaba sobre su publicación.

GRAHAM GREENE:

Lolita acaba de ingresar en la honrosa nómina de libros proscriptos, en la que estuvieron incluidos *Las flores del mal* y *Madame Bovary*. La estupidez e irracionalidad de la moralidad pública se han dado su última "accolade". Para mí (si exceptúo el desenlace) es una de las novelas más extraordinarias que han aparecido después de la guerra, y en la extraña mezcla de pathos y elementos jocosos del carácter del héroe hay verdadera originalidad. Si las autoridades piden libros "saludables", no cabe duda de que éste es uno de ellos. La sátira actúa como el alcohol sobre una herida.

LIONEL TRILLING:

Lolita se ocupa del amor. Quizá me entendieran mejor si lo

dijera en la siguiente forma: *Lolita* no se ocupa del sexo, sino del amor. Casi en cada página se expresa explícitamente alguna emoción erótica o algún claro hecho erótico, y sin embargo no se trata nunca de sexo. Se trata de amor. Y esto la convierte en un fenómeno único dentro de mis experiencias con novelas contemporáneas.

ALBERTO MORAVIA:

Una novela muy hermosa. Es tanto un libro para escritores como para el lector común.

DOMINIQUE AURY:

Lolita no es un escándalo: es una obra maestra.

ROBERT KEMP:

Talento, habilidad, todos los matices del estilo, incluso la frescura.

COLIN WILSON:

Es, sin duda, una novela de primera magnitud dentro de la gran tradición cómico-dramática de *Ulises*, y la he releído tantas veces como el *Ulises*.

KLEBER HAEDENS:

Sorprendente mezcla de ironía, de vida profunda, de humorismo, de angustia y de emoción.

ENCUESTA DE "SUR"

1. *¿Cree usted que un poder político deba ejercer la facultad de censurar obras literarias?*
2. *¿Cuáles son los límites y el criterio con que esa facultad debe ejercerse?*
3. *¿Cree usted que en el caso de* Lolita, *de Vladimir Nabokov, esa facultad ha sido ejercida con acierto?*

A la encuesta de Sur *respondieron: Victoria Ocampo, Juan Adolfo Vázquez, Jorge Luis Borges, Eduardo González Lanuza, Carlos Mastronardi, Silvina Ocampo, Carmen Gándara, Ernesto Sábato, María Rosa Oliver, Alicia Jurado, Guillermo de Torre, Manuel Mujica Láinez, Carlos Viola Soto, Alicia Marta Justo, Ernesto Schóo, Luis Justo, H. A. Murena, Jaime Rest, Enrique Pezzoni, José Blanco Amor y Virgilio Piñera.*

EDUARDO MALLEA:

No he leído el libro de Nabokov. Me alejo de los libros que hacen ruido como de las "loud people". Estoy inclinado a creer que —como decía Nietzsche de la historia— los grandes verdaderos libros avanzan silenciosamente.

Pero no creo que se trata en esta encuesta de defender un libro, sino de sostener un principio. La cultura es una manifestación de coraje o no es nada. El prohibir en literatura por úkase estimula los grandes miedos en vez de ayudar a razonar —en todo caso— las inteligentes reprobaciones. Prohibir no enseña nada. Prohibir es desconfiar de los resortes naturales de un rechazo legítimo, si es que el rechazo ha de ser la reacción propia que provoque una obra subalterna por su espíritu o por su letra. La prohibición inventa al diablo en vez de estimular la confianza en las operaciones de Dios.

DECLARACION DE LA SADE

"Las autoridades acaban de recoger y prohibir la venta de la novela *Lolita*, de Vladimir Nabokov, publicada por la Editorial *Sur*, calificándola de pornográfica. La Sociedad Argentina de Escritores no puede permanecer indiferente ante un acto de esta naturaleza, por lo que significa en sí mismo y por el peligro que entraña para nuestra cultura una discriminación, por parte de funcionarios, acerca del contenido de libros que, como el que motiva esta declaración, han merecido el elogio de críticos tan

indispensables como Denis de Rougemont, Graham Greene y John Hollander.

"La Sociedad Argentina de Escritores, consecuente con las declaraciones formuladas en el IV Congreso de Escritores, realizado en Mendoza, propicia una campaña de limpieza contra la torpeza pornográfica que ensucia los kioscos de publicaciones, pero en modo alguno puede admitir que ello sirva de pretexto para la calificación arbitraria de obras que por sus calidades artísticas, como en el caso de *Lolita*, quedan por ese solo hecho fuera de tan infamante designación.

"La historia de la literatura está llena de lamentables episodios que a la postre resultan inconcebibles, como el proceso contra Flaubert, gloria de la literatura francesa, por su obra maestra, *Madame Bovary*, provocados por la incomprensión y el entrometimiento de personas, sin duda bien intencionadas, pero ajenas a los verdaderos intereses artísticos de la colectividad.

"La calificación de los libros debe estar a cargo de escritores de las más diversas tendencias confesionales para evitar una intolerable imposición de criterios personales al conjunto de lectores cultos.

"El criterio de que una obra peligrosa en manos juveniles debe ser, por ese solo hecho, prohibida, impediría el conocimiento de la gran literatura de todos los tiempos y todas las lenguas, pues en toda ella se exponen las lamentables flaquezas, vicios e inclusive crímenes del ser humano. La calidad literaria realiza, justamente, un fenómeno de trasmutación espiritual de tales impurezas. Aunque la conducta de los protagonistas de *Lolita* sea tan objetable como la de la mayoría de los personajes de la práctica totalidad de las grandes novelas, no encierra ningún llamamiento a las bajas pasiones, ni estimula a una malsana imitación, características ambas de la auténtica pornografía; antes, por el contrario, las terribles consecuencias que de ella derivan pueden servir, al lector avisado, de advertencia.

"La Sociedad Argentina de Escritores, al reiterar su punto de vista acerca de la necesidad de una depuración de las publicaciones desembozadamente pornográficas, hace oír su voz de alarma y protesta contra la utilización de tan nobles propósitos con fines que los desnaturalizan, como es en el presente caso la prohibición de un libro de la calidad literaria de *Lolita*".

DECLARACION DE UN GRUPO DE INTELECTUALES

"La prohibición de la novela *Lolita* de Vladimir Nabokov configura, a nuestro juicio, un atentado contra una de las libertades fundamentales que garantiza la Constitución Argentina. Prohibir la libre circulación y por lo tanto el libre examen de una obra de carácter literario, de un autor de prestigio mundial, por apreciaciones subjetivas de un funcionario público respecto a la presunta moralidad o inmoralidad de la citada obra, implica una grave amenaza para toda actividad espiritual, puesto que, con idéntico criterio, ciertas obras importantes de la literatura universal podrían ser puestas en cuestión y prohibidas. Los que firmamos esta declaración no compartimos un juicio unánime respecto a la citada obra. Pero entendemos que, dada su jerarquía artística, ninguna autoridad pública está realmente facultada para impedir la libre polémica por parte de los intelectuales y el libre examen por parte de los lectores respecto a dicha novela. El "proteccionismo" y el "paternalismo" morales han sido siempre características de los regímenes políticos despóticos que mayor inmoralidad han alentado en los pueblos que rigieron."

Margarita Aguirre, Enrique Anderson Imbert, Raúl Aráoz Anzoátegui, José P. Barreiro, José Bianco, Adolfo Bioy Casares, José Blanco Amor, Jorge Luis Borges, Jorge Calvetti, Bernardo Canal Feijóo, Adolfo P. Carpio, José Edmundo Clemente, Nicolás Cócaro, Córdova Iturburu, Hugo W. Cowes, Rosa Chacel, Atilio Dabini, Carmen Da Silva, Guillermo Díaz Doin, José Donoso, Luis de Elizalde, Virginia María Erhart, Fermín Estrella Gutiérrez, Carlos Alberto Erro, Sara Gallardo, Juan Carlos Ghiano, Alberto Girri, Roberto F. Giusti, Federico González Frías, Alfredo González Garaño, Eduardo González Lanuza, Beatriz Guido, Juan José Hernández, Alicia Jurado, Alicia Justo, Mario A. Lancelotti, Norah Lange, Luis María Lozzia, Eduardo Mallea, Fryda Shultz de Mantovani, Juan Mantovani, Tomás Eloy Martínez, Carlos Mastronardi, Adolfo Mitre, Rodolfo Enrique Modern, Ricardo E. Molinari, Manuel Mujica Lainez, H. A. Murena, Conrado Nalé Roxlo, Silvina Ocampo, Miguel Alfredo Olivera, Jorge A. Paita, Félix della Paolera, Manuel Peyrou, Enrique Pezzoni, Luis Pico Estrada, Virgilio Piñera, Jaime Rest, Francisco Romero, Ernesto Sábato, Dalmiro Sáenz, Alberto Salas, Carlos Sánchez Viamonte, Ernesto Schóo, Norberto Silvetti Paz, Sebastián Soler, Luis Emilio Soto, Guillermo de Torre, Leopoldo Torre Nilsson, Enrique Tortosa,

Juan Adolfo Vázquez, Raúl Vera Ocampo, Marcos Victoria, Oscar Hermes Villordo, Carlos Viola Soto, Jorge Vocos Lescano y Alberto de Zavalía.

EN INGLATERRA SE LEVANTA LA CENSURA QUE PESABA SOBRE "LOLITA"

Londres, 19 (UP) — A pesar de una tormenta de protestas y de casi un año de espera, *Lolita*, la discutida novela de gran difusión en los Estados Unidos, será editada en Gran Bretaña este otoño.

El libro, contratado para aparecer en diciembre último por Weidenfeld y Nicolson, será publicado en septiembre y octubre próximo, según informó la editorial.

Nigel Nicolson, miembro de la Cámara de los Comunes, defendió a la firma editorial diciendo que ya se han editado y vendido alrededor de 250.000 ejemplares en los Estados Unidos. El libro también está siendo editado en París, Alemania Occidental e Italia.

Afirmó que "esta obra en particular tiene méritos sobresalientes y ha sido aclamada ampliamente en el mundo entero, al extremo de que tiene que haber un editor de suficiente valentía como para ponerla al alcance de los lectores británicos".

Nicolson dijo que si el libro, que trata de perversión, sugiriese que estas prácticas pueden conducir a la felicidad o fuesen agradables, "no habría vacilado en aconsejar a mis colegas no publicarlo".

El miembro del parlamento, sir Godfrey Nicolson (que no está emparentado con Nigel) dijo que el "libro es totalmente obsceno" pero se apresuró a agregar que ha llegado a esta conclusión a raíz de los comentarios periodísticos y no por la lectura del libro.

Cambios en la ley de obscenidad

Los alcances de la ley de obscenidad británica han sido ampliados considerablemente y ahora permiten que la defensa presente testigos que certifiquen los méritos literarios del libro.

Por primera vez en 1954, editores de fama fueron sometidos en masa a procesos criminales.

Cinco editores fueron llevados a los tribunales en esa época.

En el mismo año los magistrados de Swindon condenaron los ejemplares del *Decameron*, de Bocaccio, pero el fallo fue revocado en la apelación.

En marzo de 1955, la policía de Doncaster, Inglaterra, trató de destruir el informe del doctor Kinsey.

En la actualidad, bajo el derecho británico, no se puede procesar a nadie que demuestre que la publicación de una obra redunda en beneficio de "la ciencia, literatura, arte y saber, u otros temas de interés general".

INDICE

Al lector *1*
Mallea en un tríptico, por Jorge Cruz 3
Sumersión 21
Suerte de Jacobo Uber 45
Momentum vitae 67
El escritor de hoy frente a su tiempo 71
Rossi en Buenos Aires 85
Noche 87
Introducción al mundo de Franz Kafka 99
Sentido de la inteligencia en la expresión de nuestro tiempo 121
Aseveración sobre Sarmiento 137
Carta a Enrique de Montherlant 143
Documentos. Contestación a una carta de Ozorio de Almeida 157
Un bien pensante 159
El hombre gordo de Kensington 167
Desagravio a Borges 185
Juego 187
Rudolph Kassner 233
La celebración 239

Correspondencia. Carta a Eduardo Mallea, por Eduardo González Lanuza. Contestación a González Lanuza, por Eduardo Mallea 257

Los otros mundos 269

Mutaciones 319

Infima parte 329

Crónicas. El "Premio Vaccaro" 1965 337

Crónicas. El caso "Lolita" 343

La coordinación gráfica
estuvo a cargo de Artigas Suárez

Se terminó de imprimir en el mes de setiembre de 1984
en los talleres de Caligrama S.A., W. Villafañe 468, 1160 Buenos Aires.



INDIA

COMPAÑIA DE SEGUROS GENERALES S.A.

Av. Pte. Roque Sáenz Peña 728 - 730 - 736
Tel : 34-8729/8767/8771



Argentia

Empresa Argentina
Productora de Medicamentos
Departamento Cultural

S1CJ.15.1.
H0008135